

Selección RNR

El dilema  
de Elsa

BEGOÑA GAMBÍN



Romance Actual

# El dilema de Elsa

*Begoña Gambín*



1.ª edición: noviembre, 2017

© 2017, Begoña Gambín

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 9788490699171

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A todos aquellos que me han dedicado una  
palabra de aliento y se han alegrado por mí.  
No tengo palabras suficientes para agradeceros  
el ánimo y la fuerza que me habéis transmitido.*

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

# Capítulo 1

Elsa se encontraba tras los cristales de la ventana de su habitación. Miraba, sin ver, el paisaje tranquilo de su ciudad natal. Sabía que iba a añorarlo pero, aun así, no conseguía concentrarse en este para que su retina lo grabase para siempre.

Los últimos acontecimientos ocurridos en su vida conseguían distraerla y, a través de sus ojos, solo alcanzaba a ver las imágenes dolorosas que habían provocado su situación actual.

Ella era una mujer fuerte y decidida, y cuando tomaba una decisión, no daba marcha atrás. Su vida, hasta ahora, había transcurrido de forma plácida, mientras conseguía año tras año, lo que se proponía: deseó conquistar al chico más guapo y solicitado del instituto y lo logró; luego quiso diplomarse en enfermería y lo hizo como número uno de su promoción; se empeñó en trabajar en el mejor hospital de su ciudad y allí había estado trabajando hasta ese día; ahora se había propuesto dar un giro a su vida y se disponía a ello.

No sabía lo que el destino le depararía fuera de su comfortable hogar, pero necesitaba poner tierra, mar y aire de por medio. No quería encontrarse con Luis en cualquier esquina de la ciudad.

Había que tener en cuenta que llevaban diez años frecuentando los mismos lugares y relacionándose con los mismos amigos. No. No podía continuar viviendo allí, por lo menos por ahora...

Su instinto le hizo enfocar los ojos y fijarse en una silueta que acababa de cruzar la cancela de la casa de sus padres. Era inconfundible para ella. Cerró los ojos, apoyó la frente en el cristal y lanzó un suspiro tan profundo que empañó de vaho el cristal.

De inmediato le vino a la mente la imagen que más odiaba recordar en esos momentos: había adelantado su llegada a la casa que compartía con Luis desde hacía cinco años debido a que habían tenido una larga, dificultosa y

exitosa operación en el hospital, y el cirujano jefe había decidido que todo el personal que había colaborado en esta se fuese de inmediato a descansar a sus respectivas casas. Había entrado cansada y con un fuerte dolor de cabeza, y se había dirigido hacia su habitación para quitarse la ropa y darse una reconfortante ducha.

Cuando traspasó la puerta entornada del dormitorio, se había encontrado con una escena dantesca: Luis intentaba ponerse los pantalones haciendo equilibrios sobre un solo pie y con el cuerpo desnudo por completo, mientras miraba con fijeza la entrada al cuarto. Al otro lado de la cama, Carla, una de sus amigas, en cueros, recogía con precipitación todas sus prendas esparcidas por el suelo y luego las apretaba con fuerza contra su cuerpo sin dirigir la mirada hacia donde acababa de aparecer Elsa.

—¡Elsa! —gritó Luis.

La joven se había quedado helada en el quicio de la puerta con los ojos desorbitados.

—Luis... Carla... —susurró.

Sus ojos se anegaron de lágrimas. Luis consiguió ponerse los pantalones y se dirigió hacia ella.

—¡No te acerques! ¡Ni me toques! —gritó con energía a la vez que alzaba los brazos con las palmas levantadas para impedir el avance de Luis.

El joven se detuvo con brusquedad y Elsa, que había perdido de golpe toda su fuerza, giró con lentitud y, arrastrando los pies, se dirigió hacia la salida de la casa. Cuando se encontró en la calle, no sabía qué hacer. Quería meterse en un rincón a llorar, pero acababa de dejar atrás su zona de confort, donde ella se encontraba a salvo de todo y donde su, hasta ese momento, novio la reconfortaba cuando tenía algún momento malo. Avanzó por la calle sin saber hacia dónde dirigirse, sin poder pensar con coherencia. Solo podía ver las imágenes que le habían traspasado el corazón como una puñalada. Su novio y su amiga Carla... ¿desde cuándo? ¿Cómo había podido hacerle eso Luis? Su novio era toda su vida. Estaba enamoradísima de él desde hacía diez años y su mundo giraba alrededor de Luis. ¿De verdad se merecía ella esto?

Lo había dado todo por esta relación, absolutamente todo. Ese corazón que palpitaba cada vez que estaba junto a él acababa de romperse en miles de trozos. Su decepción había sido tan grande con él, con su Luis, su novio de toda la vida, su amor, que su cuerpo se había quedado sin sangre.

Sin rumbo fijo, se adentró en un parque cercano a su casa, a la casa de los dos... Lo recorrió hasta que llegó a un bosquecillo donde ella sabía que había un banco oculto entre los árboles y donde podría dar rienda suelta a sus sentimientos. Se sentó en él sin fuerzas. Sentía su cuerpo como si acabase de pasar un camión sobre este: le dolía hasta la más insignificante de sus pestañas. Gruesas lágrimas comenzaron a salir de entre sus párpados y rodaron por sus mejillas como abundantes cataratas. Echó el torso hacia adelante, apoyó la cabeza entre sus manos, y los codos en sus piernas. Su mente intentaba poner claras sus ideas; recordó los últimos tiempos intentando averiguar los posibles indicios de que esto estaba pasando ante sus narices. Sintió como si se le retorciese el estómago y miles de cristales lo perforaran. Cruzó sus brazos sobre el vientre y se curvó hacia adelante. Le faltaba la respiración y expulsaba fuertes bocanadas de aire por la boca. Era el primer gran golpe de su existencia y dolía. La vida había sido generosa con ella y le había dado lo más importante que hay en la vida: unos padres que la querían y que se desvivían por ella, así que todo lo había obtenido con relativa facilidad. Ahora debía gestionar esto. Su fama de mujer fuerte no podía sucumbir ante el primer golpetazo. Lloraría todo lo que tenía que llorar ahora, pero en cuanto cerrase el grifo, una nueva Elsa resurgiría de entre las cenizas, más valiente aún. Había visto muchas miserias en el hospital como para que un cabrón infiel la venciese. Elsa sabía quién era ella y de lo que era capaz. Tenía una gran fuerza de voluntad.

Durante largos minutos, casi una hora, Elsa no dejó de llorar, pero poco a poco se calmó y entonces percibió la vibración que su móvil producía en el pequeño bolso que todavía llevaba colgado en bandolera. Siempre lo tenía solo con vibración, sin sonido, cuando estaba en el trabajo, y todavía no lo había activado. Con movimientos lentos y desganados extrajo el móvil,

encendió la pantalla y pudo comprobar que Luis le había llamado infinidad de veces. El chat del WhatsApp que tenía con él estaba inundado de mensajes. No. No iba a abrirlos ni le iba a contestar el teléfono. Para ella ya no existía Luis y, por supuesto, tampoco Carla. No le gustaban las confrontaciones ni las discusiones, así que no iba a tenerlas con Luis. No valía la pena. La decisión ya estaba tomada.

Le temblaban las manos y, como pudo, deslizó su dedo por la pantalla mirando sus contactos hasta que localizó a Paula. Era perfecta para estos casos. Su amiga Paula era una mezcla explosiva: extravagante y hippie, pero también era la más dulce y cariñosa de sus amigas; y la más empática y comprensiva. Sí, en estos momentos la necesitaba a ella. Era algo mayor que Elsa, poco, unos dos o tres años. Se habían conocido en el instituto. Paula estaba en el último curso, mientras que para ella era su primer año. Su amiga (entonces desconocida) había iniciado una huelga de hambre junto a otras compañeras del instituto para reivindicar cualquier derecho de la mujer (no recordaba bien cuál era) y ella, que ya tenía su vocación de enfermera, les había prestado una pseudoasistencia sanitaria. Desde entonces se habían hecho amigas dentro del concepto de amistad que tenía Paula y que Elsa también compartía: cuando quieras, estoy ahí para ti, pero no esperes que todos los días de tu vida esté pendiente de lo que haces.

Elsa rozó con la yema de su dedo corazón el icono del teléfono verde para marcar el número de su amiga. Escuchó el soniquete de la llamada durante largos segundos hasta que oyó la voz de Paula.

—¡Elsa! ¡Qué alegría!

—Hola, Paula.

—Uy... qué voz... ¿Dónde estás? Voy para allá.

—Gracias. Te mando mi ubicación.

—Hasta ahora.

Colgaron las dos a la vez. Lo sabía: Paula era así. Tenía una sensibilidad especial para detectar cuando la necesitaban y no se andaba con subterfugios. Iba al grano.

Elsa era una morenaza guapísima con unas curvas de infarto, pero cuando su amiga logró localizarla, se encontró con un ser encogido sobre el banco con el pelo todo enmarañado. Sus brazos rodeaban sus piernas, y su cara la ocultaba sobre los muslos. Paula corrió hacia ella en cuanto la divisó, se sentó a su lado y la abrazó.

—¿Qué ocurre, Elsa? —la interrogó en un susurro junto a su oído para no asustarla.

La joven no hizo ningún gesto que dejase entrever que la había escuchado y que sabía que se encontraba a su lado; solo se percibían ligeros temblores en todo su cuerpo producidos por el llanto. Paula le acarició el cabello a la vez que se lo apartaba del rostro para poder observarla. Le dio un beso en la mejilla y reforzó el abrazo intentando transmitirle fuerza y calidez; le volvió a susurrar:

—Cariño, tranquilízate, por favor. Estoy aquí, contigo. Ven, abrázame, refúgiate en mí.

La amiga la cogió por los brazos para que la abrazara a ella y se recostara sobre su torso y así se sintiese protegida. Cuando Elsa le obedeció, la estrechó para sí, recostó la cabeza de su amiga en su hombro y la rodeó con sus brazos acariciando con sus manos su espalda y cabello. Poco a poco percibió como se tranquilizaba y su cuerpo dejaba de temblar. Cuando lo consideró oportuno, apartó el pelo del rostro de Elsa y, cogiendo su cabeza entre sus manos, la alzó y la colocó frente a la suya para mirar sus facciones.

—Elsa, cariño, mírame —le pidió mientras revisaba los efectos que había producido en la cara su actual estado.

La maltrecha joven elevó los ojos y la miró. Paula no pudo evitar hacer una mueca en su propio rostro al comprobar los destrozos que se habían ocasionado en la bella faz de su amiga. Tenía los párpados hinchados; alrededor del iris de sus hermosos ojos negros no se percibía ni una mota de color blanco, sino que estaban inyectados de multitud de venas rojas; la nariz colorada, hinchada y mucosa; su boca se mantenía en una mueca de inmensa tristeza; en fin, todo su rostro estaba rojo y repleto de manchurriones

producidos por las lágrimas y los restregones del poco maquillaje que solía llevar al trabajo.

—No hace falta que me digas nada, cariño —le habló la joven con dulzura—. Dime solo si puedes andar. Tengo el coche muy cerquita. Te vienes conmigo a mi casa, ¿vale?

Elsa afirmó con un breve gesto de su cabeza. Sus ojos, a pesar de toda la hinchazón que tenían, reflejaban una tristeza tal que a su amiga se le encogió el corazón. Aun así, Paula hizo de tripas corazón, elevó las comisuras de los labios formando una leve sonrisa, la agarró por los hombros y se levantó con lentitud para ayudar a Elsa a alzarse del banco. Jamás había visto a su amiga así, ni siquiera llorar. La enfermera era una chica valiente y rara vez se quejaba o protestaba por algo, más bien todo lo contrario. Solía salir por sí misma de todas sus luchas, sin pedir nada a nadie, pero también era cierto que, a lo largo de su joven vida, no había pasado por momentos duros. Había tenido una vida bastante fácil. Además, una de las características más notables de Elsa era que siempre tenía una sonrisa en sus labios y usaba la ironía como nadie; estaba dispuesta en todo momento a echarse unas risas con los amigos. No sabía lo que le había pasado a la enfermera, pero lo que estaba claro era que había sido un gran golpe para ella.

—Bueno, ahora nos vamos a ir a mi casa y te vas a dar un bañito relajante mientras yo te preparo un chocolate calentito, ¿qué te parece? —le iba diciendo a la vez que la sostenía y la ayudaba a caminar.

En cuanto llegaron al coche, Paula abrió la puerta del acompañante y empujó levemente a Elsa para acomodarla en el asiento. La joven se dejó caer con un quejido casi imperceptible.

—¿Te duele algo, Elsa? —interrogó su amiga con la angustia reflejada en sus finas facciones.

—No, no —negó la enfermera y secundó lo dicho con movimientos bruscos de su cabeza.

—Bien, pues ponte cómoda —le pidió Paula al tiempo que intentaba coger el cinturón de seguridad—. Yo te ayudo a ponerte el cinturón, tranquila.

Cuando terminó de acomodar a su amiga, Paula le cerró la puerta y rodeó el coche para introducirse en este. En cuanto se sentó, se giró hacia Elsa.

—¿Estás preparada? ¿Nos vamos? —le preguntó mientras la miraba con ternura.

Elsa afirmó con un gesto de su cabeza que tenía reposada en el asiento. Sus ojos estaban cerrados y sus manos, sobre su regazo, las tenía entrelazadas con fuerza. Se le notaba el sufrimiento que estaba padeciendo por todos los poros de su piel. Paula arrancó su coche y condujo con sosiego, sin brusquedad, para no molestar a su amiga. Mientras atravesada la ciudad, parecía que Elsa se tranquilizaba un poco y, al fin, consiguió modular su voz, aunque en un tono muy leve.

—Gracias, Paula —musitó sin mirarla.

Paula desvió la mirada un segundo hacia su amiga.

—No hay de qué, cariño. No he hecho nada que no harías tú por mí —le respondió a la vez que alargaba el brazo derecho y le daba un apretón en sus retorcidas manos.

Cuando llegó al garaje del edificio donde estaba su casa, Paula ayudó a bajar del coche a Elsa. Subieron hasta su piso en el ascensor y, en cuanto entró en su pequeño apartamento, la condujo hasta el salón.

—Siéntate aquí, Elsa. Voy al aseo a prepararte la bañera y vuelvo enseguida —le ofreció a la vez que señalaba un cómodo sillón amarillo mostaza que se encontraba en el centro del salón.

Elsa hizo lo que Paula le decía y se dejó caer en el sillón. Su amiga, tras dedicarle una larga mirada, giró y se dirigió hacia el aseo. Desde allí, elevando la voz, comenzó a hablar con Elsa para intentar animarla.

—Verás que bien te vas a encontrar en cuanto tu cuerpo se relaje en el baño de espuma que te voy a preparar. Te voy a poner unas sales de sándalo que son una pasada, ya lo verás. Yo me las pongo cuando vengo cansada y siempre me quedo dormida en la bañera sin darme cuenta.

Paula hablaba y hablaba intentando distraer a Elsa de su problema y que enfocase su mente en ella. Era difícil, pero con paciencia...

La amiga de Elsa era una muchacha muy especial. Era la más altruista de todo el grupo de amigos. A pesar de haber pasado una infancia bastante dura, había sabido sobreponerse a todo eso y ahora dedicaba gran parte de su tiempo a ayudar a los demás en distintas ONG. Con su pelo rojo y su forma de vestir, medio hippie medio extravagante, mucha gente a lo largo de su vida la había etiquetado a priori como una persona bohemia, pero era todo lo contrario, y en cuanto hablaban con ella cinco minutos... los conquistaba.

Cuando volvió al salón, soltó su mochila multicolor que siempre llevaba colgada en su espalda y que era como el bolso de Mary Poppins. Nadie sabía cómo se las arreglaba, pero siempre llevaba en esta cualquier cosa que alguien necesitase. Se agachó junto a Elsa, cogió sus manos y la interrogó:

—¿Quieres que hablemos antes de bañarte o cuando salgas?

Ladeó su cabeza, esbozó una sonrisa mientras le guiñaba un ojo y continuó:

—Porque hablar, vas a hablar, amiga. No voy a permitir que rumies tú sola toda tu pena, así que hazte a la idea, guapa. Dime, ¿cuándo prefieres hablar, antes o después del baño?

Elsa la escudriñó, desvió la mirada al ver la seguridad en su cara y agachó la cabeza.

—Después.

—Vale. —Aceptó al mismo tiempo que se levantaba y tiraba con sus manos de las manos de Elsa para que se levantara—. Pues vamos al aseo que, mientras te desnudas, estará la bañera a rebosar. Supongo que no tendrás inconveniente en que te ayude a desvestirte y bañarte, ¿verdad? No sería la primera vez que te veo desnuda... —concluyó con dudas en la voz.

—No, no. Claro que no. Creo que te necesito.

Paula no la soltó de la mano mientras caminaban hacia el aseo. Elsa andaba arrastrando los pies y con la mirada fija en el suelo. En cuanto entraron, su amiga comenzó a despojarla de la ropa. Elsa reaccionó y colaboró en ello, mientras oía el sonido del agua que llenaba la bañera. Paula apartó la cortina que la rodeaba y vio que estaba casi a rebosar. Introdujo una

mano en el líquido transparente para comprobar la temperatura y cerró los grifos, y la nube de espuma que flotaba en el agua se quedó estática, esperando que alguien la penetrara.

—Bueno, cariño, ahora métete en la bañera con cuidado; no resbales, por favor, que esta vieja bañera es un poco traicionera —le informó con una sonrisa a la vez que la agarraba de un brazo para que pudiese guardar el equilibrio sin problemas—. Eso es... así... ¡Ya está! Ahora, mientras yo te lavo el pelo, tú te frotas el cuerpo con la esponja, ¿o quieres que lo haga yo?

—No, no. Yo puedo —su voz sonó más fuerte.

—Bien. Pues toma: esponja y gel —le dijo mientras le ofrecía ambas cosas entre sus manos.

Paula se arrodilló tras Elsa y, durante unos largos minutos, ambas se dedicaron a su cometido sin pronunciar una sola palabra. Solo se oía, de vez en cuando, suaves suspiros de Elsa. Paula le frotaba el pelo con suavidad con su champú con olor a fresas. La enfermera tenía una espesa y larga cabellera que le caía por la espalda y dificultaba su lavado pero, con paciencia, Paula logró enjabonarla con abundante espuma. Mientras, Elsa se había dedicado a friccionar su cuerpo con la esponja. Cuando ambas terminaron, Paula la empujó hacia atrás para quitarle el jabón del pelo con la ayuda de la alcachofa de la ducha y la acomodó con la espalda pegada a la bañera.

—Quédate un ratito aquí relajándote mientras yo preparo el chocolate caliente —le pidió mientras se dirigía hacia la puerta.

Paula se quedó unos segundos en el vano de la puerta y miró a su amiga con cara de preocupación. Algo se retorció dentro de ella al ver a Elsa en ese estado; ella, que siempre tenía una broma en sus labios y una carcajada pugnando por salir de su boca. En el momento que comprobó que se quedaba tranquila, se dirigió hacia la cocina y preparó dos tazas grandes de chocolate caliente. Lo llevó al palé de madera que hacía de mesa de centro del salón y volvió al aseo. Cuando entró, encontró a Elsa con los ojos cerrados y el cuerpo laxo. Se acercó a la bañera, se puso en cuclillas y posó una mano sobre su rostro.

—Querida... —susurró.

Elsa levantó los párpados y miró a su amiga.

—Estoy mucho mejor, Paula, gracias. —La calmó—. Tenías razón. El baño me ha sentado de maravilla.

Paula le sonrió y la joven no pudo evitar responderle igual.

—Sí, sé de lo que hablo... Y ahora, el chocolate te terminará de reconfortar. ¿Quieres salir ya de la bañera?

—Sí, claro —contestó a la vez que hacía el amago de levantarse—. ¿Podrías acercarme una toalla?

—¡Por supuesto! —exclamó incorporándose con energía.

Abrió el armarito que había bajo el lavabo y extrajo una mullida toalla. La desplegó extendiéndola frente a la bañera para recibir a su amiga. Elsa se levantó y se envolvió en ella al tiempo que salía del agua y posaba sus pies sobre la alfombra. Comenzó a restregarse ayudada por su amiga. Paula cogió otra toalla más pequeña y la frotó sobre su hermoso cabello.

—Ahora vuelvo —dijo Paula mientras dejaba la toalla en el borde de la bañera y salía del aseo.

Al momento regresó con un montoncito de ropa entre sus manos. Le guiñó un ojo a su amiga y sonrió.

—Debes sentirte alagada. Voy a dejarte mi mejor chándal. El que más me gusta. ¡Ni se te ocurra estropeármelo, eh!

Elsa sonrió, cogió el montón de ropa y lo miró con atención.

—¡Tu famoso chándal de los domingos! ¡Pero si lo cuidas como oro en paño! —exclamó entre risas.

Paula se echó a reír acompañándola.

—Para que veas lo que te quiero.

Elsa la miró con cariño, se enrolló la toalla sobre el pecho, cogió la ropa y la depositó sobre la banqueta que había junto al lavabo. A continuación, se acercó a su amiga y abrazándola le dio dos sonoros besos en ambas mejillas.

—Eres maravillosa, Paula. Ya sabía yo que era a ti a quien tenía que

llamar —confesó cogiéndole las manos—. Gracias por no forzarme y darme mi tiempo mientras me mimabas y me cuidabas. Mil gracias.

—¡Anda, no seas boba! He hecho lo que creía mejor para ti. Nada más. Y ahora tenemos que ir a tomarnos ese chocolate caliente que nos está esperando en el salón antes de que se enfríe. Vístete, cariño. Te espero allí. — Le conminó con una sonrisa en sus labios.

—Vale. Me visto en un periquete —aseguró a la vez que soltaba a su amiga y cogía la primera pieza de ropa—. ¡Vaya! ¡Pero que braguitas tan monas! —exclamó girándose para enseñárselas a su amiga con una amplia sonrisa en sus sensuales labios—. No sabía que eras fan de Mafalda...

Elsa acabó la última frase entre carcajadas. Paula se unió a ella y rompió a reír.

—Sabía que tú las apreciarías como se merecen —remató saliendo del aseo.

Antes de dirigirse al salón, pasó por la cocina para coger unas galletas para acompañar el chocolate, un paquete de servilletas de papel y una jarra con agua y dos vasos. Acababa de depositarlo todo sobre la mesa cuando salió Elsa del aseo. Paula se giró a mirarla y le sonrió.

—Ven, siéntate aquí —le pidió señalándole con una mano el sofá de terciopelo azul eléctrico que estaba pegado a la pared frente al sillón amarillo. En medio, entre los dos, estaba la mesa de centro donde reposaba el chocolate.

Se sentaron las dos en el sofá, una al lado de la otra, a la vez cogieron sus tazas de chocolate y de inmediato se las llevaron a los labios. Elsa miró a su amiga con los ojos bien abiertos. La hinchazón de sus párpados ya había desaparecido casi del todo y Paula pudo ver la sorpresa en ellos.

—¡Dios mío! ¡Qué rico está esto! Es el mejor chocolate que he probado en mi vida —aseguró.

—Gracias. Es una receta especial de mi abuela.

—Pues felicita a tu abuela. Está espectacular.

La mirada de Paula se llenó de tristeza.

—Ya no puedo...

Elsa comprendió enseguida lo que quería decir su amiga y su mirada se entristeció también. Dejó la taza encima de la mesa y se acercó a ella para abrazarla.

—Lo siento, cielo, no quería entristecerte. Lamento no haberme acordado. Paula negó con la cabeza y le dio un beso en la mejilla a su amiga.

—Tranquila, es ley de vida.

Ambas se quedaron pensativas durante un buen rato mientras saboreaban el chocolate.

—Bueno, Elsa, creo que ha llegado la hora de que me cuentes qué es lo que te ha pasado —la invitó con voz suave y serena mientras la sondeaba con sus ojos.

Elsa le devolvió la mirada. Sus ojos, con el recuerdo de lo que había ocurrido, se volvieron a llenar de lágrimas. Se los frotó con vigor con las manos, dio un fuerte resoplido y miró fijamente a su amiga.

—¡Ya! No te preocupes, no voy a llorar más. Se acabó. Ya he llorado todo lo que me voy a permitir. Ya no se merecen más lágrimas por mi parte —puntualizó entre dientes.

—¿Quiénes? —interrogó asombrada.

Elsa meneó la cabeza con pesar agachándola y fijó la vista en el suelo.

—Luis y Carla —dijo con voz cortante.

—¿Luis? ¿Qué Luis? ¿El tuyo? —inquirió desconcertada—. ¿Y Carla?

La enfermera frunció el ceño. Transformó su rostro, que pasó de la pena al enfado.

—Sí, mi ex, Luis, y Carla. Me los he encontrado a los dos follando en mi cama —confesó oscureciéndosele la voz.

Paula se quedó con la boca abierta, completamente noqueada.

—¡No! —exclamó incrédula—. ¿Estás segura? ¿Los has visto tú?

Elsa cerró los ojos y asintió con un gesto de la cabeza.

—Hoy he salido antes de trabajar y cuando he llegado me los he encontrado en mi dormitorio. Paula, no te puedes imaginar la escena que me encontré...

—Si no quieres, no me la cuentes, cariño. —La cortó, a la vez que posaba una mano sobre su pierna.

La joven irguió su torso, giró la cabeza y sus ojos miraron a Paula con un brillo de fortaleza que la dejó admirada.

—No, tranquila, ya me he repuesto. Como te he dicho antes, ya he llorado todo lo que tenía que llorar. A partir de ahora fuerza y al toro. Yo ya sé lo que tengo que hacer y te aseguro que no me va a temblar el pulso.

—Tú decides tu vida, cariño. Nadie más.

Elsa giró su cuerpo para encararse con Paula y, con una media sonrisa irónica, le dijo:

—Paula, cuando entré en mi habitación me los encontré a los dos desnudos; Carla recogía su ropa del suelo y la apretaba contra su cuerpo en un intento de taparse con ella y Luis saltaba a la pata coja mientras trataba de ponerse los pantalones de pie.

La joven no pudo reprimirse y soltó una fuerte carcajada. De inmediato se tapó la boca con la mano.

—Lo siento, lo siento, Elsa, no he podido reprimirme.

Elsa soltó una carcajada, un poco histérica.

—No te preocupes. Es que la escena era tremenda. Casi parecía sacada de una comedia.

Paula miró con detenimiento a su amiga.

—¿Y cómo te sientes?

La enfermera respiró con profundidad, se calmó y paseó la mirada por el salón. Intentó ahondar en sí misma; leerse por dentro, para poder ser lo más clara y sincera posible.

—Bueno... como has podido comprobar por ti misma, me ha dolido mucho. Y sigue lastimando, pero es el daño de la traición lo que ahora

prevalece. Es el primer golpe fuerte que me da la vida y voy a superarlo con ahínco y en el menor tiempo posible. En eso me voy a concentrar.

—Y entonces, ¿ahora qué piensas hacer? —le preguntó con interés.

—Pues amiga mía, lo tengo clarísimo. Jamás lo perdonaré. Siempre he dicho que no pasaría una infidelidad de mi pareja y, ahora que la he vivido, me reafirmo. Luis se acabó en mi vida. Y Carla, por supuesto. Es cierto que no puedo dejar de quererlo de un momento para otro, pero con el tiempo lo lograré. Mi vida estaba centrada en él. Todo lo hacíamos juntos, y yo todo lo hacía por él. Por eso no voy a enfrentarme a Luis, ni quiero verlo, ni nada de nada más con él. Sabe cómo convencerme para lograr que haga lo que él quiera, y prefiero evitar la tentación. Mi decisión ya está tomada.

—Lo sé, Elsa. He visto en varias ocasiones cómo te manipulaba. Ahora te lo puedo decir: siempre he pensado que dependías demasiado de él y que te manejaba a su antojo. Y, la verdad, es que era algo que no entendía porque todos sabemos cómo eres —confesó su amiga.

—Pues no sé, Paula, quizás fuese la costumbre, o que él sabe cómo convencerme, o que lo quiero demasiado.

Paula sonrió con socarronería.

—Pues a partir de ahora, cada vez que pienses en él, recuerda las imágenes vividas hoy y te echas unas risas a su costa. Piensa en lo ridículo que estaba.

—¿Sabes? Por eso te he llamado a ti. Sabía que me apoyarías decidiese lo que decidiese, sin intentar cambiarme de idea —confesó dedicándole una mirada cómplice.

—¡No, hija, no! Mejor que tú no sabe nadie lo que quieres. Eres adulta y responsable. Tú decides tu vida.

Ambas amigas se fundieron en un fuerte abrazo.

Desde entonces, se encontraba de nuevo en la casa de sus padres, en su cuarto, con sus recuerdos juveniles. No es que fuese su ideal, pero era lo que le tocaba por ahora. Se llevaba genial con sus padres, pero estaba

acostumbrada a estar en su propia casa, o lo que ella había considerado su casa durante los últimos cinco años y ahora era duro volver con los padres, aunque fuese por un tiempo corto. Dio un vistazo a las paredes de la habitación donde, hasta hacía poco tiempo, aún se encontraban las fotos de Luis y de ella que había ido colocando durante los cinco años anteriores a irse a vivir juntos. Quitar todos esos recuerdos de los tabiques la había removido por dentro al volver la vista atrás a tantos y tantos momentos vividos junto a él, pero aún sin ellos, no conseguía eliminarlos de su mente. Evocaba con precisión el cuerpo escultural de Luis, su rostro aniñado, casi lampiño, que le había fascinado y que apenas había cambiado desde que lo había conocido; su sedoso pelo largo castaño claro, casi rubio, que solía llevar en una coleta baja y al que a ella le había gustado soltarlo y acariciarlo; y sus caricias... siempre la habían hecho suspirar de gozo.

Sabía que su madre no tardaría en llegar anunciando la visita de Luis. Oyó sus leves pasos acercándose hacia su cuarto.

—Elsa, Luis está aquí. Quiere verte —dijo Ana, su madre, en cuanto abrió la puerta de la habitación.

—Ya sabes lo que tienes que decirle, mamá.

—Si, hija, sí. Se lo he dicho. Pero ha insistido.

—Pues yo insisto también. No pienso volver a verlo en mi vida. Hace un mes que tomé la decisión y sigo pensando lo mismo. Dile de mi parte que me deje en paz.

—Dice que se ha enterado de que te vas a trabajar fuera y que necesita verte antes de que te vayas.

—Mamá, yo no tengo nada de qué hablar con él. Mis cosas las saqué del piso un día que sabía que él no estaba allí. En él le dejé todos los recuerdos de los dos de estos diez años. No quiero nada. Y el piso es suyo; recuerda que sus padres se lo regalaron cuando decidimos irnos a vivir juntos. No tengo nada de qué hablar con él —insistió.

Ana giró con lentitud y, sin pronunciar palabra, salió del cuarto.

Elsa se sentó en la cómoda butaca que permanecía en una esquina del

dormitorio desde que sus padres se la habían comprado cuando empezó a estudiar enfermería para que tuviese un apacible lugar donde estudiar. Apoyó la cabeza en el respaldo y comenzó a recordar los últimos acontecimientos.

Al día siguiente del encuentro inesperado con Luis y Carla, Elsa acudió al trabajo como si nada de importancia hubiese ocurrido en su vida, pero, aunque intentó disimular, sus compañeros del hospital se lo notaron enseguida. No había podido evitar sentirse nerviosa y que eso repercutiese en su trabajo; además, su casi permanente sonrisa había desaparecido o más bien había sido sustituida por una mueca. Había acompañado en una operación al doctor Jaime Ruiz, y este había notado en algunas ocasiones que su enfermera favorita había dudado al preparar el instrumento y al asistirlo durante la operación. Elsa había percibido que el doctor la miraba con atención en distintos momentos y sabía que no había estado a la altura. ¡Menos mal que la operación era sencilla y muy corriente!

Cuando acabaron en el quirófano, el doctor Ruiz le pidió que lo acompañara a la cafetería a tomar un café. No era algo inusual, pero acostumbraban a ir todos los componentes del equipo que habían participado en la operación. Por eso ella se sintió un poco inquieta por la invitación individual. La aceptó, por supuesto, pero se dirigió a la cafetería, junto al doctor, un poco encogida, esperando una bronca monumental de este.

Cuando llegaron a la cafetería, primero se encaminaron hacia la barra, pidieron sus consumiciones y, con ellas en las manos, se dirigieron hacia la zona de las mesas. El doctor eligió una mesa pequeña, para solo dos comensales y apartada de los otros clientes que había en la cafetería. El cirujano le apartó la silla para que se sentara y, a continuación, lo hizo él frente a ella. Dejaron las tazas en la mesa, y el doctor Ruiz apoyó los codos encima y sobre sus manos descansó su barbilla, y la miró con curiosidad.

—Elsa, ¿qué te ocurre? —la interrogó con verdadero interés por averiguarlo.

Llevaba varios años en estrecha colaboración con él. Al principio

trabajaba en una de las plantas del hospital y se sentía feliz allí, pero una vez había presenciado una operación por casualidad, invitada por la enfermera jefe de quirófano. Había asistido por no hacerle un desplante y complacer a la entusiasta enfermera, pero para asombro de ella misma, le había fascinado y había decidido que su futuro laboral iba a tomar otro rumbo. En cuanto tuvo oportunidad, se especializó en enfermería de quirófano y, cuando hubo una plaza libre, la había conseguido esforzándose con gran empeño. Desde entonces, había adquirido una experiencia y perfección tal que todos los cirujanos se la rifaban, pero el doctor Ruiz, gracias a su antigüedad en el hospital, tenía preferencia a la hora de solicitar enfermera y siempre la reclamaba para sus operaciones. Así que había terminado prestando ayuda en la mayoría de las operaciones del doctor.

Jaime Ruiz era una persona bondadosa. Elsa se sentía orgullosa de trabajar con él porque veía a diario su dedicación plena a salvar la vida de sus pacientes o a mejorar la calidad de las mismas. Jamás dejaba de hacer todo lo posible, o incluso más, por un enfermo. Ambos se habían hecho grandes compañeros a pesar de la diferencia de edad. El cirujano tenía bien avanzados los cincuenta años, mientras que la enfermera aún estaba dentro de la veintena.

La joven no se sintió con fuerzas para ocultar lo sucedido y le hizo un relato breve. El doctor mantenía su mirada fija en ella y poco a poco, según ella iba contándole lo que le había ocurrido el día anterior, su mirada se iba llenando de estupefacción y tristeza. Elsa no podía parar de mover su pierna izquierda convulsamente y su mirada se perdía en la lejanía. Había empezado a hablar con voz casi imperceptible, pero poco a poco se había ido sulfurando ante el recuerdo vivo de la infidelidad de Luis, y su tono se había elevado a la vez que se fruncía su ceño.

—Elsa, no tendrías que haber venido a trabajar hoy —replicó él cuando la enfermera permaneció callada unos largos segundos.

—Lo siento, doctor. Creía que no me afectaría tanto en el trabajo. Es cierto, no debería haber venido, pero el simple hecho de quedarme en casa de

mis padres rumiando mi pena me acongojaba aún más —musitó con los ojos bajos.

—No me has entendido bien, Elsa. Me refiero a que después de lo que te pasó ayer, tendrías que haberte quedado en casa para descansar y reponerte. No hablaba del trabajo, hija.

Elsa levantó el rostro hasta posar sus ojos en los del doctor.

—Gracias, doctor, por preocuparse por mí, pero creía que me vendría mejor venir a trabajar para distraerme, sin darme cuenta de que mi trabajo no es una forma de distracción, ya que de él dependen vidas humanas.

—Es el primer palo que te da la vida, ¿verdad?

—Sí, doctor Ruiz. La verdad es que sí. Pero he de confesarle que lo llevo mejor de lo que pensaba. Por lo menos no voy llorando por los rincones. Esto me ha endurecido y me ha hecho comprender que soy una mujer aún más fuerte de lo que sabía que era.

—Eso ya lo tenía claro yo. Te he visto como actúas en momentos de gran tensión en el quirófano y eso dice mucho de ti. Pero tu inexperiencia en los duros golpes que da la vida de vez en cuando ha hecho que no sepas que después de algo así, debes descansar el cuerpo y la mente durante un tiempo o puedes entrar en colapso.

—Sí, tiene razón, me he dado cuenta de ello hoy. He de confesarle que es muy reciente y no puedo evitar que me afecte. Pero lo único que no soportaría es volver a verlo, por lo menos, en una larga temporada.

El doctor Ruiz meditó largos segundos. El café que había pedido ya estaba frío, pero aun así, se llevó la taza a los labios y bebió de él. La consumición de Elsa permaneció donde estaba. A la joven no le pasaba nada en esos momentos por la garganta.

—¿Has pensado en alejarte de esta ciudad? —preguntó en cuanto dejó la taza sobre la mesa.

—¿Irme de Valladolid? ¿Abandonar mi puesto aquí? No, no. Mi trabajo en este hospital es lo que he deseado toda mi vida y no quiero perderlo. Aquí soy muy feliz.

—¿Y si yo te prometiera que cuando quisieras volver, tendrías tu plaza esperando? Nosotros tampoco queremos perderte a ti. Eres la mejor enfermera de quirófano que ha pasado por aquí en muchos años. Me refería a desempeñar tu trabajo durante una temporada, digamos un año, en otro lugar, para luego volver a reincorporarte a este hospital. Si es lo que necesitas, creo que podré conseguírtelo.

Elsa se quedó pensativa un rato con la mirada perdida.

—¿Usted qué opina, doctor? ¿Qué cree que debo hacer?

El doctor Ruiz la escrutó con mirada bondadosa.

—Verás, si pienso de forma egoísta, por supuesto que preferiría que te quedaras con nosotros. Como te he dicho, estamos todos los cirujanos muy contentos con tu trabajo. Para nosotros es una faena prescindir de ti. La seguridad que nos da saber que tú nos acompañas en el quirófano es muy valiosa. Pero si he de pensar en ti, te aconsejaría que te fueras a Inglaterra por dos motivos principales. El primero, y creo que más importante para ti, porque, como tú dices, alejándote del entorno de esta ciudad podrás olvidar con mayor premura. Allí nada te recordará a él. Sin embargo, aquí todo te lo evocará. ¿Sí? —la interrogó e hizo una parada en sus palabras esperando una contestación.

—Sí...

—La segunda es que la experiencia que vas a adquirir en el extranjero te va a beneficiar mucho en tu profesión. Es una oportunidad única, en un hospital de última generación con un cirujano de máximo prestigio.

Elsa lo observaba absorta, escuchando cada palabra, cada consejo de ese gran hombre. Percibió algo específico en sus últimas palabras.

—Pero... usted está pensando en algo, ¿verdad? —inquirió con un tono de sospecha.

—Pues sí, mira. Da la casualidad de que la semana pasada, durante un pequeño congreso que tuvimos un grupo de cirujanos de Europa, recibí una oferta de trabajo para un enfermero o enfermera de quirófano para una ciudad de Inglaterra.

La enfermera sintió un cosquilleo por su columna. Notó como se ponía nerviosa y comenzó a mover sus pies, alternándolos.

—Inglaterra... —murmuró Elsa.

—¿Sabes hablar inglés? —inquirió el doctor con interés.

—Sí. Bastante bien. Además, hice un curso especial de inglés para enfermeros que ofrecieron en el tablón de anuncios del hospital. Lo hice, más que nada, por curiosidad.

—Pues ahora podrías poner en práctica lo aprendido. Es un contrato de doce meses mínimo en un hospital privado de Brighton, en el condado de Sussex. El cirujano jefe y propietario del hospital se llama Adam White, y fue él quien me habló de la oferta de empleo. Es un grandioso cirujano, serio y frío, el típico inglés, pero con unas manos prodigiosas. Yo lo conozco porque solemos acudir a los mismos congresos. No sé, Elsa, si quieres, puedo hablar con él. Es una gran oportunidad y la verdad es que pensé en proponértelo a ti, pero como sabía que estabas preparando la boda con Luis...

—Pues ya no hay boda. Mañana, que es mi día libre, me dedicaré a anularlo todo. —Pensó breves segundos y añadió—: Doctor Ruiz, déjeme meditarlo. Pasado mañana, cuando vuelva, le daré una contestación a su oferta.

—No. Pasado mañana no. Tómate una semana libre, medita, piénsatelo bien, sal con tus amigas, pelea con tus padres... —Le indicó con una media sonrisa—. Haz lo que el cuerpo te pida y luego dime que sí. Creo, con franqueza, que no deberías desaprovechar esta oportunidad. ¡Es una orden! —Concluyó el doctor, esta vez sonriendo abiertamente.

Elsa siguió los consejos del doctor Ruiz y lo primero que hizo fue ir a casa de sus padres a contarles lo que había pasado. Esa noche había dormido en casa de su amiga Paula y se había dirigido al trabajar desde allí. Sus padres no sabían nada de lo que había ocurrido el día anterior. En cuanto los puso al corriente, obtuvo el apoyo inmediato e incondicional de ellos, y le ofrecieron

su habitación para todo el tiempo que quisiera. Después llamó a su amiga Paula y quedó con ella para el día siguiente. No quería pregonarlo todavía entre sus amistades. Ya se irían enterando; estas cosas corrían como la pólvora, por eso había decidido compartirlo solo con Paula.

Paula se retrasó un cuarto de hora de la hora citada, tiempo que aprovechó para ver algunos de los escaparates que había en ese centro comercial. Era normal en ella: no era nada puntual, pero el resto de amigos ya lo tenían asumido.

—¡Hola preciosa! —exclamó su amiga abrazándola por detrás y dándole un beso en la mejilla izquierda.

Elsa dio un salto por la sorpresa y se giró con brusquedad.

—¡Qué bruta eres! —protestó con una enorme sonrisa que la contradecía.

Paula le correspondió con otra sonrisa y le dio otro beso en la otra mejilla.

—Pero eso te gusta, ¿a qué sí?

La enfermera le dio una palmadita en el hombro entre carcajadas.

—Sabes que sí, loca.

Miró a su amiga de arriba abajo. Llevaba unos pantalones bombachos en tonos morados, camiseta deshilachada azul eléctrico, una cazadora vaquera dos tallas mayores a la que tendría que llevar y su inseparable mochila colgada a la espalda. Su cabello teñido de rojo le caía en bucles por la espalda; lo había enganchado con un par de pinzas para el pelo en lo alto de la cabeza y a los lados lo llevaba rapado al dos.

—Mira que te queda bien esa ropa, Paula, si yo me la pusiera, parecería un espantapájaros —comentó admirativa.

—Cada una tiene su estilo, chica; yo tampoco me vería vestida como tú.

—¡Pero si voy de lo más normalita! Yo no llamaría estilo a llevar unos vaqueros y un jersey negro —reconoció mirándose a sí misma.

—A ver, cariño, en eso consiste el estilo. Esos vaqueros ajustados que potencian tu potente pompis y marcan tu cintura, y ese jersey ceñido a tus

curvas es tu estilo, y es un estilo para quitar el hipo a cualquiera.

—¡Eh, eh! ¡No te pases! Yo no voy ceñida ni intento provocar nada. No tengo la culpa de tener las curvas que tengo y que cualquier ropa que lleve me las remarque.

—Bueno... si llevases un burka, seguro que no llamarías la atención —  
adujo Paula entre risas.

Elsa explotó en una fuerte carcajada.

—¡Calla, loca! Anda, ven conmigo y ayúdame a buscar algo de ropa. —La azuzó empujándola hacia adentro del centro comercial.

—¿Terapia de compras para las penas? —inquirió su amiga haciendo una mueca.

—No. La verdad es que estoy planteándome irme a vivir a Inglaterra y quería ver que tipo de ropa podría encontrar en estas fechas que me sirviese para allí.

Paula miró a su amiga sorprendida y la agarró de un brazo para que parara de andar.

—¡Cómo! ¿Irte a vivir a Inglaterra? ¿Tú? ¡Jamás lo hubiese imaginado! De todo el grupo de amigos, de ti sería la última de la que pensaría que quizás se fuese a vivir fuera de aquí.

—Ya. Tienes razón, Paula, jamás se me había pasado por la cabeza. Es algo que me ha propuesto el doctor Ruiz. Ya sabes, el cirujano a quien suelo ayudar en el quirófano.

Paula afirmó enérgicamente con la cabeza.

—Sí, sí. Recuerdo que has hablado de él.

—Pues me ha aconsejado que vaya a ejercer mi profesión durante un año a un hospital de Brighton.

La joven frunció el ceño y miró a Elsa con curiosidad.

—¿Así sin más? ¿Por las buenas va y te ofrece esa oportunidad?

Elsa volvió a soltar unas fuertes carcajadas.

—¡Eh! ¡No pienses mal del doctor Ruiz! ¡No veas intenciones ocultas! —

Volvió a soltar otra risotada—. Qué mal pensada que eres.

—¡Yo no soy mal pensada, guapa! Solo he unido dos más dos, cuatro. — Frunciendo aún más el ceño ante la burla de su amiga.

—Pues esta suma dan cinco. Yo le conté al doctor Ruiz lo que había ocurrido, y él me propuso esta posibilidad. Fue para ayudarme, Paula, para alejarme de Luis y su entorno, que es el mío. Yo le dije que lo que menos me apetecía era verlo. Por lo menos por ahora.

Paula la miraba con los ojos y la boca abierta.

—¿Tú le has contado todo eso al cirujano? —preguntó intrigada.

Elsa la miró sonriente.

—Paula, conozco al doctor desde hace algunos años y nos llevamos muy bien. Me tiene en alta consideración en mi trabajo. Cuando ayer se dio cuenta de que me ocurría algo, me sentí obligada a explicarle lo que me sucedía. Él solo quiso ayudarme. Nada más.

La amiga le dedicó una amplia sonrisa, la agarró por la mano y comenzó a andar de nuevo.

—Vale, vale. Me has convencido. Vamos a ver qué encontramos. Voy a hacer que te gastes el sueldo de un mes en ropa, y no creas que va a ser solo ropa para el frío inglés...

Elsa se dejó arrastrar llevándose la otra mano a la cabeza simulando que estaba consternada.

—¡Dios! Creo que me he equivocado de compañía.

Un fuerte portazo hizo que Elsa dejara a un lado sus recuerdos. Supuso que había sido Luis al salir de la casa. Le daba igual. Se sentía muy decepcionada y engañada. Luis llevaba casi dos años intentando convencerla para que se casaran y, por fin, ella había accedido tan solo un mes antes de descubrir a Luis y a Carla juntos en su propia cama.

Ella seguía amándolo. Por eso no quería verlo. Cabía la posibilidad de que, si él se acercaba a ella, terminaría perdonándole todo. Si consiguiese ponerle

una mano encima, estaba perdida. Pese a sus aires de mujer independiente, Luis siempre había sabido subyugarla y, en cuanto tenían alguna disputa, él sacaba sus artes de seducción y terminaban en el lecho. Era una faceta de Luis que no le gustaba nada. Todo lo solucionaba en la cama. Y, para colmo, ella se dejaba. Luego se echaba la bronca a sí misma por dejarse embaucar y perdonarlo todo por un buen polvo. Y es que... Luis era un experto en lides amorosas. ¡Maldita sea! No quería seguir pensando en su ex. Necesitaba arrancárselo de la cabeza como fuese. No estaba dispuesta a claudicar porque, si cedía y volvía a la casa que habían estado compartiendo, se odiaría así misma día a día, cada mañana cuando se levantase de la cama. ¡No! Había tomado una decisión y la iba a cumplir.

Se levantó de la butaca y continuó metiendo ropa en la maleta que, abierta, permanecía sobre el pequeño lecho individual. Al día siguiente volaba rumbo a Inglaterra.

## Capítulo 2

Los siguientes días transcurrieron para Elsa de forma caótica: el vuelo hasta el aeropuerto de Londres; el traslado en tren hasta la ciudad de Brighton, en donde estaba el hospital en el que iba a trabajar; la localización de la casa de huéspedes donde había alquilado una habitación para su estancia allí, y la presentación a su nuevo trabajo, y todo ello bajo la presencia perenne de la lluvia, un reflejo perfecto de su estado de ánimo. Para Elsa todo había transcurrido como en una nube, pero no las típicas nubes algodonosas en las que cualquiera se podía imaginar flotando sobre ellas, sino nubes bajas de color gris oscuro precursoras de las características lluvias primaverales.

El hospital al que se había incorporado era ultramoderno. Todo estaba controlado de forma impecable. Por lo que ella había podido comprobar durante sus primeros días de trabajo, su gestión era magnífica. Todo funcionaba a la perfección: el equipamiento sanitario, el personal y hasta los enfermos. Según dedujo, el hospital privado se dedicaba, sobre todo, a la medicina interna; a este acudía gente con un alto poder adquisitivo porque, como ella misma había podido comprobar, era un hospital con especialistas de reconocida trayectoria, apoyados por tecnología de nivel superior y un alto nivel asistencial. Los enfermos eran tratados con todas las comodidades posibles. Las habitaciones eran individuales y contaban con muebles auxiliares para guardar ropa, además de un par de sillones cómodos. También se disponía de una sala anexa para recibir a las visitas en donde había un sofá y una mesa redonda con sillas, así como la posibilidad de tener otro dormitorio para un acompañante. Los cuadros que colgaban de las paredes y la decoración hacían las estancias más acogedoras. La comida era elegida dentro de un amplio menú, siempre teniendo en cuenta las necesidades de dieta de los enfermos.

El personal era diligente y profesional, pero nada más. No había camaradería: no se hablaba de otra cosa que no fuese de temas del hospital. Durante la entrevista que tuvo el primer día con el jefe de personal, se le advirtió que estaba prohibido confraternizar con el resto del personal sanitario, administrativo o de cualquier otra índole, incluyendo los enfermos. Esto la había sorprendido en gran medida, ya que estaba acostumbrada a todo lo contrario en el hospital español, donde los miembros de su departamento formaban una gran familia y con los que solía verse incluso fuera del horario laboral.

Bueno, de todas formas, no le preocupaba. No pensaba estar allí más del año acordado. Lo importante era la experiencia profesional y esta, por lo que había visto, iba a ser gratificante. Los primeros días se había dedicado a asistir a las operaciones como observadora para que pudiese ver el método que usaban allí. La relación entre los cirujanos y las enfermeras era fría y distante; solo a nivel profesional. Elsa lo había podido comprobar por sí misma durante el tiempo que había podido compartir con sus compañeros y compañeras en la sala de enfermería. Era una sala donde, de forma exclusiva, se permitía la estancia de los enfermeros y enfermeras, y quedaba prohibida al resto de personal, así como a la sala de los doctores, solo ellos tenían acceso. No había mantenido una sola palabra con los cirujanos, salvo las más imprescindibles y necesarias en el quirófano.

Pese a la prohibición expresa, Elsa esperaba encontrarse con el propietario del hospital, el doctor Adam White, para agradecerle la posibilidad de trabajar allí, pero aún no había coincidido con él. No tenía ni idea de cómo era físicamente ni a nivel profesional, salvo lo que le había comentado el doctor Ruiz en España. Allí, ni si quiera en la sala de enfermería, se comentaba nada de los doctores y mucho menos del propietario del hospital.

En el mismo hospital que ella vivía otra enfermera española, aunque de otro hospital, con la que entabló de inmediato una fuerte amistad. Era una joven muy abierta y dicharachera, a la vez que cariñosa y preocupada por ayudar a los demás, así que congeniaron con rapidez. La pensión donde se encontraban

era un poco aséptica, neutra. Los cuartos eran bastante espartanos, con los muebles justos: una cama individual con su correspondiente mesita y un armario. Los clientes habituales eran turistas que pasaban unos días allí hospedados y seguían su viaje. Era barata, por supuesto, pero no era un lugar donde vivir una larga temporada.

Lorena residía allí desde hacía seis meses y estaba muy harta de seguir en esta, así que, a los pocos días de llegar Elsa, le propuso alquilar un pequeño apartamento para ellas dos.

—Lorena, me gustaría mucho irme de aquí, pero según tengo entendido, el alquiler en Inglaterra es altísimo y no creo que podamos permitirnoslo. Además, llevo menos de una semana en mi nuevo puesto y no voy a poder dedicar tiempo a la búsqueda de algo que nos convenga.

—No te preocupes por eso. Yo me encargo. Llevo varios meses buscando, pero no encontré nada para mí sola, pero para las dos... algo he visto ya. Cuando encuentre la vivienda que nos acomode, te lo diré.

—Está bien. Confío en ti. La verdad es que lo preferiría. El personal del hospital es tan frío, afectivamente hablando, que necesito algo parecido a un hogar cálido para contrarrestarlo.

—¿Frío? ¿A qué te refieres? —preguntó curiosa.

—Pues a esa norma de no tener relaciones extra profesionales con el personal.

—¡¿Qué?! —exclamó asombrada.

—¿No ocurre lo mismo en tu hospital? —interrogó desconcertada.

—Pues... no —respondió Lorena con estupor—. Yo tengo grandes amigos entre el personal de mi hospital. Pronto los conocerás.

—¡Ah! Mm...mm...no sé... creía que era algo normal en este país.

—No. Que va. Es cierto que la gente de aquí es más fría que en España, pero se relacionan entre ellos como nosotros.

Elsa se quedó confundida, pero sacudió la cabeza quitándole importancia.

A la semana de estar trabajando en el hospital, le asignaron su primera operación para participar en ella de manera práctica. Se encontraba ya en el quirófano cuando entró el cirujano. Elsa estaba comprobando el instrumental cuando notó que se abrían las puertas, elevó la mirada y se encontró con unos ojos esculpidos en acero frío que la dejaron sobrecogida. Sin darse cuenta, dejó caer el material quirúrgico que tenía entre las manos encima de la bandeja de aluminio donde debía depositarlo, lo que produjo un estrepitoso ruido. Agachó la mirada para colocarlo bien y, cuando volvió a levantarla, una mirada furibunda y salvaje la hizo estremecer.

—Cuando acabemos la intervención la espero en mi despacho. Soy el doctor White. —Expulsó con brusquedad una voz profunda a través de la mascarilla.

—Sí, doctor —consiguió murmurar Elsa cuando reconoció el nombre.

Consiguió controlar el pánico que se había apoderado de ella y participó en la operación de forma impecable aplicando toda su profesionalidad. Cuando el cirujano acabó, giró sobre sí mismo y salió sin añadir nada más. Solo había escuchado su voz penetrante en lo estrictamente necesario para realizar la intervención. Elsa esperó a que él se fuese para salir del quirófano y poder quitarse la mascarilla, el gorro y los guantes. Se dirigió a la sala de enfermeras y preguntó dónde podía localizar el despacho del doctor White.

—¿Te ha citado él? —interrogó una enfermera con gran asombro.

—Si...

Notó que le daba la información con cierta precipitación, y Elsa se dirigió hacia allí. Caminó nerviosa y bastante desanimada por los pasillos del hospital. No tenía claro por qué la había citado en su despacho; no sabía si era para hablar con ella como nueva integrante del hospital o para darle una reprimenda por la torpeza con el material quirúrgico, aunque pensaba que no lo merecía, pero algo había detectado en la actitud que había tenido la enfermera que le había indicado el lugar donde se encontraba el despacho y en la fiera mirada con la que la había despedido el doctor White, que le avisaba de que por ahí iban los tiros.

La zona de despachos quedaba en la última planta y, en concreto, el despacho del doctor White estaba al fondo, en lo más recóndito del entramado de pasillos. Sus pasos cambiaron de ser pausados, lentos, a ser apresurados y rápidos. Había comenzado con mal pie con el director del hospital, o por lo menos, eso había deducido en los ojos del doctor. Subió en el ascensor junto con otros compañeros, marcó el botón del último piso y cuando se cerraron las puertas, en el aluminio que quedó frente a ella, pudo ver su imagen. Se sorprendió al verse despeinada y con el rostro blanco como el papel. En el penúltimo piso se quedó sola en el ascensor y aprovechó para acicalarse un poco. Pasó los dedos por el pelo, se lo ahuecó y alisó, y se pellizcó un poco las mejillas para darse un poco de color. Cuando salió del ascensor al corredor principal de la última planta, giró a la derecha siguiendo la flecha que indicaba la localización del despacho del director. Ella ya había estado en ese piso cuando había ido a firmar el contrato y a hablar con el jefe de personal, y ya en ese día le había sorprendido la sobriedad de los pasillos y las oficinas en las que había estado. La madera de nogal oscuro predominaba en el entorno en contraste con los tonos claros que había en el resto del hospital. Continuó haciendo caso de las flechas que le indicaban el camino hasta el despacho de dirección. Cuando llegó ante la puerta de este, aspiró con fuerza y expulsó el aire con lentitud para intentar serenarse, elevó los hombros, echó los brazos hacia atrás y se puso recta. Miró hacia abajo para comprobar que todo estuviera en orden en su uniforme. Tocó la puerta con dos golpes.

—Adelante —tronó la voz del doctor.

Cuando abrió la puerta y entró en el despacho, el hombre que estaba tras la amplia mesa de madera de fresno macizo se levantó con brusquedad a la vez que formaba una mueca airada en sus labios.

Elsa notó que empezaba a temblar sin saber el motivo.

—Claire... —murmuró con el rostro desencajado.

La enfermera se desconcertó ante la reacción del doctor. Se quedó envarada y detuvo sus pasos.

—Doctor... Soy Elsa Ramírez, la enfermera que le ha ayudado en la operación. Me dijo que viniese a su despacho —dijo con aplomo, aunque no lo sentía en su interior.

Elsa tenía ante ella a un hombre impresionante. Su altura, de casi un metro noventa, la apabullaba. Durante la operación no se había dado cuenta de la envergadura del doctor, ni de los anchos y potentes hombros. El pelo liso, rubio ceniza, le caía rebelde sobre la frente. El rostro era de una belleza arrolladora: nariz recta, de firme y cuadrado mentón y con unos labios sensuales con una mueca de hastío. Pero lo que más impresionó a Elsa, volvieron a ser sus ojos: grises como el acero, fríos como el hielo y fieros como un león.

Mientras Elsa contemplaba y analizaba a Adam White, él hacía lo mismo con ella. En un primer golpe de vista, había confundido a la enfermera con su exmujer. No era muy normal en Inglaterra encontrar ese tipo de mujeres: con pelo ondulado y moreno, ojos negros, labios gordezuelos y estatura media con voluptuosas formas. Cuando la contempló con detenimiento pudo comprobar que, aunque el parecido era asombroso, había unas evidentes diferencias: de altura era algo más baja, pero sus formas, que se divisaban a través de la bata, eran más... generosas y su rostro... no, no se parecía en nada a Claire. Esta enfermera española era de belleza más natural, sin tanto artificio como la belleza de su ex, y quizás por eso era extraordinariamente hermosa.

Se había separado de su mujer hacía dos años. El divorcio entre el doctor White y su mujer había estado rodeado de un grandísimo escándalo. Él era muy conocido en la alta sociedad inglesa, y su mujer lo había dejado en evidencia manteniendo, a vista de todos, una relación extramatrimonial. Embebido en su trabajo, había sido el último en enterarse. Nadie se había atrevido a decírselo porque conocían el agrio carácter del doctor y temían su reacción.

Un día, había escuchado una conversación en la cafetería del hospital entre dos médicos que no habían advertido que él había entrado en la cafetería y se

había sentado detrás de ellos. Su mente se había nublado y había salido con furia de la cafetería. Había ido a su casa y había dado órdenes de arrojar todas las pertenencias de su mujer a la basura y cambiar cerrojos y contraseñas de seguridad de su amplio y elegante ático.

Su mujer, como era habitual, estaba ausente y cuando había vuelto, Adam no había permitido que entrara en su domicilio. Así había comenzado entonces un largo y tedioso proceso de divorcio que había acabado hacía tan solo un mes y en el que había conseguido conservar todo su patrimonio para él solo.

El odio que había conseguido acumular a lo largo de esos dos años se había reflejado en sus ojos cuando Elsa había entrado en su despacho. Tras comprobar que no se trataba de su exmujer, algo más sosegado, aunque no mucho, volvió a sentarse.

—Acérquese —le ordenó a la vez que hacía un gesto con la mano apremiándola.

Elsa se apresuró a ponerse frente a la mesa del doctor, aunque le temblaban las piernas. El doctor White, mantuvo a Elsa de pie, sin ofrecerle asiento y le dijo con voz atronadora:

—Señorita Ramírez, es el primer y último aviso. La próxima vez que vuelva a ocurrir algo como lo que ha pasado en el quirófano será despedida.

Elsa se quedó pasmada. Esperaba una reprimenda cuando vio la ira en sus ojos, pero no algo tan drástico e injusto. Y Elsa, con las injusticias no podía...

—Doctor White, no creo merecer esa amenaza. Mi cometido, si me lo permite...

—¡No! ¡No se lo permito! ¡No vuelva a replicarme! —gritó interrumpiéndola.

—...lo he desarrollado a la perfección —continuó Elsa con voz pausada, observando cómo le cambiaba la cara al doctor ante el atrevimiento de ella.

—¿¿Cómo se atreve?! ¿Me quiere decir que no ha dejado caer el instrumental? ¿Qué me lo he imaginado? —volvió a tronar con esa voz en

sumo grado personal, pastosa y bronca.

Pese a todo, a Elsa le había gustado el sonido de esa voz y, como tenía por costumbre, ya que era algo innato en ella, cuanto más enfadado lo veía a él, más se calmaba ella y más pausada y contenida se volvía su propia voz.

—Yo no he dicho eso, doctor. Es cierto que se me ha caído el instrumental que tenía en la mano sobre la bandeja debido al susto...—calló de súbito. ¡Ya había metido la pata! No podía seguir.

—¿Al susto? ¿Qué susto? —interrogó con curiosidad.

Elsa siguió callada.

—¡Hable! ¡Maldita sea! ¡¿Qué susto?! —ladró el cirujano exasperado.

—El susto que me produjeron sus ojos, doctor —continuó con resignación.

¡Ea! ¡Ya estaba dicho! Ahora sí que estaba despedida. En la mirada de Adam hubo un leve latigazo de satisfacción, pero duró poco tiempo.

—Lárguese de aquí. Ya queda avisada. Una más y estará en la calle.

Elsa giró con brusquedad y salió con paso elástico del despacho. Estaba hecha un basilisco, furiosa con el doctor y con ella misma por no haber sabido explicarse bien, aunque temía que no habría servido de nada. Adam White ya tenía un veredicto y no iba a cambiarlo por mucho que le dijese ella. «¡Es un ogro!», pensó ofuscada.

A partir de aquel día, le asignaron todas y cada una de las operaciones que realizaba el doctor White. Cuando vio por primera vez el cuadrante donde pudo comprobarlo, sintió miles de agujitas perforarle el estómago. No esperaba que ocurriese algo así, pero pensando en la mirada de rabia que había visto en el doctor, no era de extrañar que no quisiera perderla de vista. Llegaba siempre cuando Elsa estaba preparando el instrumental y su fría mirada no se apartaba de ella hasta que comenzaba a operar. Elsa procuraba en todo momento cumplir con su cometido a la perfección. Se sentía observada por el doctor y se había hecho el firme propósito de no darle ni una

mínima razón para cumplir sus amenazas, así que andaba con cien ojos, agudizando los cinco sentidos. Procuraba no cruzarse en ningún otro sitio con él, incluso se cambiaba de pasillo o sentido en cuanto vislumbraba su figura por algún lugar. Tenía claro que había entrado con mal pie ante el director y propietario del hospital, pero también sabía lo que debía hacer si pretendía estar allí el año que se había marcado como tiempo máximo para estar en Brighton.

—Lorena, de verdad, yo creo que está esperando un error mío, como si fuese un ave de presa —le comentaba a su amiga quince días después—. Pero se va a quedar con las ganas.

Las dos amigas se encontraban en la habitación de Elsa. Lorena era una joven alta y delgada con una melena corta de color castaño con mechas en bronce y con una elegancia innata. En esos momentos estaba sobre la cama, sentada de lado y recostada sobre el cabezal mientras oía las quejas de su amiga con el ceño fruncido por el estado en que se encontraba la joven enfermera. Elsa paseaba alterada de un lado a otro del pequeño cuarto.

—Así me gusta, Elsa. No te dejes apabullar por *ese*.

—Lo malo es que su ritmo de trabajo me está dejando agotada. Nunca he visto a un cirujano realizar tantas operaciones, y la mayoría no son sencillas. He de reconocer que tiene unas manos prodigiosas —concluyó con tono de admiración parándose ante su amiga.

—Eso he oído, sí. He indagado algo sobre él entre mis compañeros y lo describen como tú: frío y déspota, pero con unas manos para la cirugía maravillosas.

—La verdad es que es admirable... —susurró Elsa con una mueca en su rostro.

Lorena no observó el cambio de expresión de su amiga.

—Por cierto, tengo un cotilleo muy interesante sobre tu doctorcito. ¿Quieres saberlo? —inquirió con una suave sonrisa irónica.

—Claro que sí. Cuenta —contestó interesada. Se sentó a los pies de la cama y giró su cuerpo para quedarse frente a su compañera de hostal.

Lorena le contó a Elsa el lamentable suceso ocurrido con la mujer del cirujano. La enfermera de quirófano agrandó con lentitud sus ojos por la sorpresa, a la vez que comenzó a morderse el labio inferior.

—Fue un escándalo monumental en su día. Toda la prensa se hizo eco, ya que el doctor White es muy conocido, y su mujer, una tal Claire no sé qué, no pertenecía a su mismo círculo, es decir a la *jet set* inglesa —dijo con sorna—. Antes de casarse, formaba parte del cuadro médico del hospital de su futuro marido, aunque dejó de trabajar cuando se desposaron. Según me han dicho, ella ahora trabaja en un hospital al norte de Inglaterra, exiliada allí por su marido, justo en el punto más alejado de Brighton. Por lo que se ve, nadie ha osado darle trabajo en alguna ciudad más cercana a esta. —Remarcó la palabra «osado» haciendo un gesto de entrecomillado con dos dedos de las manos y la enfatizó con la voz.

Elsa ya casi no prestaba atención a su amiga desde que esta había pronunciado el nombre de la exmujer de Adam: Claire. Ese era el nombre que él había pronunciado cuando ella había entrado en el despacho, por lo cual, dedujo que la había confundido con ella. Ahora lo entendía todo. Sintió lástima por él. Había pasado por el mismo trance apenas dos meses atrás y sabía qué se sentía. Si ella le recordaba a su exmujer, no le extrañaba su comportamiento, ni sus miradas cargadas de ira. No era algo personal contra ella.

—Pobre hombre... con razón... —susurró Elsa con voz lastimosa—. Aunque ya haga dos años de eso, no todo el mundo sabe afrontarlo igual y, sabiendo ahora su historia, lo que detecto en él es que en su interior guarda mucho dolor, odio y rencor, y que eso lo proyecta a su alrededor.

En ese momento decidió que iba a poner todos los medios posibles para que el doctor White conociera su interior. No solo su físico, que obviamente era el que le recordaba a su mujer. «Pero ¿para qué? ¿Qué más me da? ¿De dónde ha salido este empeño?», pensó la enfermera desconcertada ante su propio interés por que el doctor White la conociera de verdad. Era cierto que se sentía impresionada por él, que las pocas veces que había conseguido verlo

sin la mascarilla, no podía apartar su mirada de ese pétreo rostro, pero eso no significaba nada. No. «¡Ya está! Quiero eliminar esa furia de sus ojos porque... si, porque... porque... tengo que convivir con él durante un largo año y claro... hacerlo en esas condiciones... era molesto. Eso es. ¡No había ningún otro motivo más!», se dijo Elsa a sí misma, auto convencién dose.

—¡Ea! Se acabaron las penas. Vámonos de compras ahora mismo — decidió Elsa levantándose y cogiendo a su amiga de la mano arrastrándola.

—¡Así me gusta! ¡Que vivan las compras! —exclamó la joven entre risas — ¡Y que le den a tu doctorcito!

Ya había quedado claro que Elsa era una mujer decidida, por eso cuando al día siguiente de haber tomado la resolución de que tenía que convencer al doctor de que ella no era como su mujer y lo vio en la cafetería sentado ante una mesa sobre la que había depositado la bandeja con su almuerzo, con determinación, llenó otra para ella en el autoservicio, y se dirigió hacia él.

—Buenas, doctor, ¿le importa que le haga compañía? —y sin darle tiempo a responder, se sentó frente a él.

Nubarrones plomizos se dejaron ver entre el iris de los ojos del cirujano, mientras clavaba con intensidad la mirada en Elsa. ¡Cómo odiaba a esa mujer! Cada vez que veía su bello rostro, veía reflejado en él la falsedad de su ex y el dolor producido por esta. Por culpa de Claire había desarrollado un fuerte rechazo hacia el sexo opuesto. Para él, desde hacía dos años, las mujeres eran, fuera del hospital, para usar y tirar. Las utilizaba durante un breve tiempo para satisfacer su deseo sexual y las apartaba de sí como simples objetos.

Sobre Elsa proyectaba su odio a Claire, pero también su pasión. Desde el primer momento que la había visto en su despacho, la había deseado de forma desmesurada. Sus formas redondeadas y sensuales lo excitaban y le provocaban pensamientos lujuriosos. Necesitaba poseerla, pero a la vez sentía ira de que esto fuese así. Quería hacer daño a la mujer que provocaba ese descontrol en él. Así que, en cuanto ella se sentó frente a él, su mente

perversa se confabuló y pensó que tenía que idear un plan para conseguirlo. Trató de controlar su casi irrefrenable deseo de gritarle alguna barbaridad y le dijo con voz grave:

—Señorita Ramírez, preferiría estar solo.

—¡Oh! No se preocupe, me iré enseguida. Solo quería agradecerle la oportunidad que me ha brindado al admitirme entre su personal —expuso con una sutil sonrisa en los labios.

Elsa sabía que elogiar el ego de los hombres era una forma bastante sencilla de satisfacerlos y hacerles bajar la guardia.

—El doctor Ruiz —continuó Elsa— elogió su trabajo, pero he podido comprobar, con mis propios ojos, lo acertado que estuvo y por eso quería hacerle saber mi satisfacción al tener la posibilidad de colaborar con usted.

Adam empuñó los ojos. Él no era tonto y se había dado cuenta de que Elsa pretendía adularlo. Lo que no supo ver era el motivo por el cual lo hacía. Pensó que la española estaba flirteando con él, y esto le provocó una fuerte ira y sed de venganza. Sabía la fama de apasionadas que tenían las españolas y decidió comenzar a tejer su tela de araña.

Obligando a su rostro a relajarse, esbozó lo que pretendía que fuese una sonrisa.

—La satisfacción es mía, señorita Ramírez. Su profesionalidad es digna de alabanza. Jamás tuve una enfermera en el quirófano tan competente. Sabe lo que necesito antes de que se lo pida.

Y eso era cierto. Adam, en su fuero interno, sabía que había dicho la verdad, aunque su mente no quisiera reconocerlo.

—Se lo agradezco, doctor —replicó ella con sorpresa.

—Dígame, señorita Ramírez, ¿qué le impulsó a aceptar el trabajo? Según me dijo el doctor Ruiz, era la mejor enfermera del hospital y estaba muy considerada entre todo el personal.

La tristeza se reflejó en el rostro de Elsa. Desde que había llegado a Brighton, casi no se había acordado de Luis, no había tenido tiempo, pero la

pregunta de Adam le hizo recordar todo aquello.

—Asuntos personales, doctor.

—Espero que esos asuntos personales no interfieran en su trabajo — cuestionó con rudeza.

—No. No, para nada. No se preocupe. Jamás lo consentiría.

—Y dígame, ¿qué le parece el hospital?

—Pues, mire, para serle sincera, me parece un claro ejemplo de lo que se puede hacer con dinero. —El cirujano frunció el ceño ante sus palabras. No le habían sonado muy elogiosas—. No. No me malinterprete, me refiero a que, con una buena gestión, se puede hacer que un hospital tenga instalaciones con los avances más beneficiosos para el bien de sus pacientes.

Mientras hablaban, ambos habían ido relajándose y sin darse cuenta, a la vez, estaban consumiendo sus correspondientes almuerzos. Estaban teniendo una conversación más o menos cordial. El tema derivó a asuntos netamente profesionales, y no dejaron de hablar hasta que se levantaron para continuar con sus trabajos.

## Capítulo 3

Los siguientes días, tras esa casi cordial conversación, Elsa no dejaba de observar en todo momento al doctor White y pudo comprobar que el examen era recíproco. Algunas veces sus miradas eran penetrantes y filosas y, sin embargo, otras eran admirativas y ardientes. Un cambio había obrado en él: ya no solo se dedicaba a pedirle el instrumento quirúrgico, si no que ahora también la saludaba al entrar y se despedía al salir. Incluso, se había atrevido a volver a comer con él en la cafetería del hospital, cuando ambos habían coincidido. Era cierto que solo hablaban sobre temas de trabajo, pero ella, gracias a esto, había llegado a apreciar hasta qué punto era un apasionado de su labor al frente del elenco de cirujanos y, más en concreto, de su propia experiencia en el quirófano. Ella notaba que no estaba acostumbrado a esas intromisiones del resto del personal, pero al menos la toleraba.

Poco a poco fue haciéndose a la vida del hospital y a sus compañeros, y pudo comprobar que aparentaban cumplir con eficacia las normas de convivencia dentro del hospital, pero *sotto voce* había detectado que había lazos más fuertes de lo que parecían. Era algo inevitable... También se enteró de que era la primera vez que el doctor White requería la ayuda de la misma enfermera durante más de dos días. Por eso sus compañeros lanzaban, como quien no quiere, especulaciones y murmuraban curiosos.

Un día, mientras se tomaba un café en la sala de enfermería, detectó que una compañera la estudiaba abstraída. Estaban las dos solas y, en un momento dado, abrió la boca como para decir algo, pero pareció que se arrepentía y volvió a cerrarla. Elsa se sintió incómoda y no pudo evitar intentar averiguar qué tenía ensimismada a la enfermera.

—Parece que te preocupa algo, ¿puedo ayudarte? —inquirió con tono amable.

La compañera se sobresaltó al oírla y la miró a los ojos con intensidad.

Según tenía entendido, se trataba de una enfermera que llevaba allí bastante tiempo y que estaba muy bien considerada por el resto de compañeros. Prácticamente todos acudían a ella cuando tenían alguna duda, incluso ella había solicitado sus consejos en alguna ocasión y esta la había ayudado con gran amabilidad. Por eso se había atrevido a preguntarle con franqueza.

—Bueno... la verdad es que sí —contestó en tono de duda.

—Si tiene algo que ver conmigo, por favor no tengas reparos en decírmelo —indagó Elsa con una sonrisa amable.

—A ver, exactamente contigo no va, aunque estás implicada —comenzó la enfermera—. Se trata del doctor White.

Elsa alzó las cejas de forma interrogativa y la miró animándola a continuar. La enfermera pareció que se envalentonaba, se levantó del sillón en el que estaba descansando, se acercó a Elsa y se sentó en una silla adyacente.

—Mira, Elsa, me pareces una chica muy simpática y sencilla. La verdad es que me caes bien y, por lo que he podido averiguar, eres muy competente con tu trabajo e incluso te preocupas por serlo cada vez más, algo que yo aprecio en gran medida en nuestro gremio. No me gustan las personas que pasan de puntillas por su trabajo intentando hacer lo mínimo para cumplir. He visto que tú no eres así, por eso me atrevo a hacerte una advertencia.

Calló pendiente de la reacción de Elsa. Esta se inquietó al oír sus últimas palabras y se removió en la silla.

—¿Advertencia? ¿Sobre qué? ¿Qué ocurre? —preguntó intranquila.

—La gente murmura.

—¿De qué? ¿Sobre mí?

—Sobre el motivo por el que tú viniste aquí y de que el doctor White solo te requiera a ti para colaborar en sus intervenciones.

Elsa se quedó petrificada. Después de meditar unos segundos rompió a reír con fuertes carcajadas. Su compañera la miró con los ojos desorbitados ante su reacción.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio se especula sobre eso? —preguntó a la enfermera con ojos asombrados y mirada franca.

—Pues sí —confirmó con un tono de duda en su voz.

Elsa acercó su silla aún más a la de la enfermera y bajando la voz en un susurro le confesó:

—No podrían estar más lejos de la realidad. Yo vine aquí recomendada por un cirujano de mi hospital en España y, en cuanto al doctor White, lo que ocurre es que tuvimos un encontronazo el primer día que le asistí en una operación, y lo que yo creo que está haciendo es controlarme para ver si cometo algún error —le explicó con una mueca en su cara.

—Eso lo explica todo... —susurró para sí misma. La enfermera parpadeó con intensidad como para despejar su mente—. Elsa, perdona por molestarte con este cotilleo.

—No pasa nada. Es normal que la nueva sea el blanco de todos los chismes, pero estate tranquila, nada de lo que me has insinuado es real. No hay favoritismos del doctor White hacia mí, sino más bien todo lo contrario.

La compañera se la quedó mirando con el ceño fruncido y entrecerrando los ojos con una expresión pensativa. Elsa la observó y dedujo que había algo más que ella no había percibido.

—Dime —la instó.

Al ver la duda en sus ojos, Elsa le puso una mano sobre las de ella que reposaban una encima de la otra sobre la mesa.

—Por favor, dime —volvió a instarla.

La enfermera lanzó un suspiro hondo.

—Está bien. Hay algo que no has entendido o que yo no he explicado bien —reconoció. Bajó la cabeza y con ella los ojos—. El cotilleo que ronda por el hospital no se trata de vuestra relación profesional, si no la personal —concluyó elevando la cara para mirarla.

Al rostro de Elsa le sobrevino un color rosado fruto de la vergüenza y la ira. Movié los ojos desorbitados y agitó las manos con nerviosismo.

—¿Estás insinuando que hay algo entre el doctor y yo? —graznó elevando la voz.

La enfermera giró en redondo para asegurarse de que no había nadie.

—Elsa, lo siento. Creía que me habías entendido. Yo sé que no es verdad, se te nota a la legua. ¡Menudo sofoco que te has llevado! No te lo tomes así, mujer, como tú has dicho, la gente se fija en cualquier novedad para crear chismes nuevos.

—Pero es que esto es muy fuerte. ¿Inventar algo así solo porque me ha reclamado más de lo normal en sus operaciones? Esto es demasiado.

En ese momento, otra enfermera entró en la sala y se dirigió directamente hacia la máquina del café. Elsa miró a su compañera indicándole silencio con su mirada. La enfermera afirmó con un gesto de la cabeza. Elsa se levantó con parsimonia y salió de la sala con paso alicaído. Era su hora del almuerzo y, siguiendo la costumbre, dejó que sus pasos la guiaran hasta la cafetería que usaba el personal. Andaba con languidez, con la mirada en el suelo, sin prestar atención a la gente con la que se cruzaba. Cogió el ascensor, bajó al piso inferior, atravesó todo el hospital y se internó en el ala donde estaba situada la cafetería del personal del hospital. Cuando llegó allí, no pudo evitar que la mirada se le fuese hacia una figura que había reconocido de inmediato. En cuanto lo vio, la furia que había sentido antes de salir de la sala de enfermería volvió con fuerza a su cuerpo. «¡Todo es culpa suya!», pensó la joven mientras se dirigía hacia donde él se encontraba. Llegó a la mesa y se situó frente a él, apartó la silla y se sentó.

—¡Permiso! —exclamó rubicunda.

Adam levantó sus ojos hasta ella con un gesto de sorpresa.

—¿Y si se lo niego? —interrogó con voz pastosa y mirada fría.

Elsa se inclinó hacia delante, posó los brazos en la mesa y miró con vehemencia al doctor.

—Lo siento, doctor, pero tengo que hablar con usted.

El doctor tardó un largo rato en contestarle.

—Mire, señorita Ramírez, no sé el tipo de trato que hay en su país por parte de las enfermeras hacia los doctores, pero aquí, se hace con respeto. Y usted no lo está teniendo en estos momentos conmigo —amenazó a la vez que fruncía el ceño y se inclinaba hacia adelante con la intención de intimidarla.

Elsa repiqueteó con las uñas sobre la mesa. Necesitaba desahogarse y el doctor White se lo estaba complicando.

—Lo siento doctor White, es cierto que no debería haber interrumpido así su almuerzo, pero es que estoy muy enojada. Lo que menos podría pensar yo al venir a su país es que se me juzgara por algo que no fuese mi trabajo.

Adam White estaba desconcertado. Ningún empleado, jamás, le había hablado así, pero si se analizaban los síntomas externos de la enfermera, como él lo estaba haciendo, algo verdaderamente impactante la tenía enfadada. Las otras veces que la enfermera se había sentado en su mesa, lo había hecho con educación y una sonrisa, aunque él no la hubiera recibido de igual modo. Desde que se había dedicado a observarla la había conocido algo y dudaba que se atreviese a interrumpirle en ese estado si no fuese por algo significativo, aunque, aun así, él no pudo evitar sentirse colérico. No quiso dar un espectáculo en la cafetería del hospital y, dando un profundo y ruidoso bufido, decidió averiguar cuanto antes que es lo que le pasaba a la señorita Ramírez.

—Bien, ya que está aquí y ya me ha interrumpido, dígame de que se trata —concedió con magnanimidad recostándose en su silla.

Ahora que era el momento de hablar, Elsa se quedó muda. Esperaba una batalla campal con el doctor, y su rápida predisposición a escucharla la había dejado anonadada.

—Me acaban de informar que se rumorea entre el personal del hospital que hay algo sentimental entre nosotros dos. Y todo por culpa de su reiteración a solicitarme como su ayudante en el quirófano. ¿Usted sabía algo de esto? No lo habrá hecho a propósito, ¿verdad? —le interrogó con el ceño fruncido.

Adam dejó transcurrir unos segundos para asimilar lo que acababa de decirle Elsa.

—No, señorita Ramírez, yo no tengo nada que ver con ese rumor, si eso es cierto —dijo sorprendido.

—Por supuesto que es cierto y me gustaría saber, si no es una práctica habitual en usted solicitar siempre a la misma enfermera, por qué lo hizo conmigo. —Quiso averiguar algo más tranquila ante la negativa del doctor.

Adam se incorporó con acritud de la silla y se inclinó sobre la mesa con ojos fríos y furiosos.

—Señorita Ramírez, me estoy cansando de oírla insinuar que yo tengo algo que ver con esas supuestas murmuraciones. Si quiere saber por qué ha estado ayudándome usted y no otra enfermera, la respuesta creo que es evidente: observarla en su trabajo. Nada más.

El doctor White percibió por dentro que mentía. No solo quería controlarla, también le gustaba verla moverse por allí. Se sentía atraído, sin quererlo, por esa mujer fuerte que se atrevía a replicar sus opiniones y, sobre todo, por ese cuerpo exuberante que se dejaba vislumbrar bajo la bata blanca.

—Lo siento, doctor, no pretendía insistir en ese hecho. Le creo, pero no deja de ser culpable de estos chismes vergonzosos —se disculpó con sinceridad.

Adam la estudió abiertamente, repasándola con la mirada. Esbozó una irresistible sonrisa torcida.

—¿Tanto le horrorizaría que así fuese? ¿Tan despreciable le parezco?

Sus ojos se encontraron durante un electrizante momento. Su voz ronca le provocó a Elsa un agradable escalofrío en la espalda.

—Usted sabe que no se trata de eso —murmuró con un tono vergonzoso que a él le hizo ampliar la sonrisa.

—No se preocupe, señorita Ramírez, cortaré esos rumores de raíz. Mañana ya no existirán —determinó con rudeza.

—¡No! —exclamó— ¡¿Qué va a hacer?!

—¡Muchacha! ¡¿En qué quedamos?!

Elsa se removió en su silla inquieta. Se mordió el labio inferior sin saber cómo hablarle sin ofenderle.

—Bueno, no se... —intentó explicarse—. No quiero que tome represalias contra mis compañeros. Ellos se han dejado confundir por una situación distinta.

Adam la miró extrañado. No entendía a esa mujer. Ahora defendía a los que habían infundido los rumores.

—Entonces, ¿qué pretende que haga? ¿Cómo quiere que arregle la situación?

Elsa bajó la mirada hacia su regazo, sus dedos jugueteaban nerviosos con los botones de la bata. Su cabeza era un caos. Ya se le había pasado el enfado inicial y ahora se sentía culpable por haber ido con el cuento al doctor. Tenía que habérselo pensado dos veces y ahora no se encontraría en esa disyuntiva. Además, la forma de actuar del doctor la había desconcertado mucho. No sabía qué pensar de él. Lo que sí sabía era que su cuerpo reaccionaba cuando lo tenía delante, escuchaba su voz pastosa y personal o buceaba en sus ojos metálicos.

—Déjelo, no haga nada.

—Entonces, seguirán las murmuraciones —aseveró confuso.

—Ya, pero prefiero que se olvide del tema por sí mismo —reconvino meditabunda—. Supongo que, si deja de actuar de forma distinta conmigo, los chismes se irán diluyendo en el tiempo.

—No me gusta nada que usted me imponga como debo actuar, señorita Ramírez, nada de nada —exhortó con el rostro desencajado—. Yo decidiré que es lo que tengo que hacer.

—Pero...

—No hay más que hablar. —Le cortó el doctor—. Yo dirijo este hospital, no usted, así que, si ya ha expuesto sus quejas, me gustaría que me dejase terminar mi almuerzo con tranquilidad.

Elsa, sin volver a decir una sola palabra, se levantó de la silla y con la cabeza alta y el cuerpo estirado se dirigió hacia la salida de la cafetería.

Adam la observaba mientras salía. Le atraía todo de esa mujer, no podía evitarlo, pero su rencor hacia el sexo opuesto estaba tan arraigado en él que solo conseguía sentirse culpable por dicha atracción. Cuando había visto, frente a él, los labios de la enfermera moviéndose cuando le hablaba, había tenido la necesidad de atraparlos con los suyos en un beso arrollador, pero a la vez se justificaba con la excusa de hacerla callar de cualquier manera posible. Era insufrible sentirse en esa dicotomía que lo hacía pelearse consigo mismo todo el tiempo. Debía hacer algo para solucionarlo, aunque no sabía el qué. Se había propuesto vengar en ella la furia que sentía por las mujeres, pero todavía no sabía cómo hacerlo y menos ahora si, como ella le había dicho, habían surgido esos rumores. Estaba claro que en el hospital debía tener más cuidado, quizás debía empezar a trazar una estrategia para llevar a cabo fuera del trabajo...

—Elsa, he conseguido un pequeño apartamento perfecto para las dos —le dijo Lorena en cuanto pisó el hostel al mismo tiempo que le salía al encuentro por el pasillo—. Si no tienes guardia, podríamos ir esta tarde a verlo, ¿qué te parece?

—De acuerdo, ya no tengo que volver al hospital hasta mañana. Además, necesito distraerme un poco —contestó alicaída.

Lorena se fijó en ella y observó que no tenía un buen aspecto.

—¿Qué te ocurre? ¿Ha pasado algo en el hospital? —le interrogó interesada.

—¡Buff! ¡Qué no ocurre! —exclamó desalentada. Elevó los ojos al techo y los puso en blanco e hizo un mohín con sus labios—. Mejor te lo explico luego, ahora me gustaría darme una ducha. ¿Has comido ya? —Inquirió a su compañera de hostel y, en cuanto vio que su amiga negaba con la cabeza, le propuso—: Pues si quieres, en cuanto me asee, nos vamos a tomar algo y te cuento, ¿vale?

—Perfecto, te espero en mi cuarto.

Elsa estaba en la ducha y no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido en el hospital. Se preguntaba a sí misma como había podido censurar al doctor White. No sabía de donde había sacado el valor. Pero lo malo era que no solo recordaba la situación, sino que también tenía, dándole vueltas en su cabeza, el sonido de la voz del doctor, sus ojos fijos y analíticos recorriendo todo su cuerpo, sus manos de dedos largos... ¡Tenía que quitárselo de la cabeza!

Habían decidido ir a una pequeña cafetería que estaba cerca del hostal y que preparaba unas ensaladas muy ricas. En cuanto las sirvieron y se marchó el camarero, Lorena la miró y enarcó las cejas interrogándole.

Elsa la miró pesarosa.

—¡Ay, Lorena! Creo que he metido la pata con el propietario del hospital. —Empezó la enfermera pasándose una mano por la cara de forma afligida.

—¿Qué has hecho? —inquirió preocupada. Con dulzura, posó una mano sobre la mano de Elsa que descansaba encima de la mesa.

Elsa agachó la vista hacia su plato de ensalada.

—Me han contado un cotilleo que circula por el hospital y he ido directa al doctor White a recriminarle, echándole la culpa.

—Explícate mejor, cielo —la animó con voz suave, intentando calmarla, aunque lo que había dicho la había dejado atónita.

Elsa cada vez se sentía más descontenta con su actuación y tenía vergüenza de contarle.

—Esta mañana una compañera me ha informado de que corrían por el hospital rumores que nos relacionaban al doctor y a mí de forma personal. —Levantó la cabeza y miró a su amiga—. Ya me entiendes...

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio? —Se sorprendió Lorena.

—Pues sí, hija, es en serio... Pero eso no ha sido lo peor... Nada más enterarme, me he encontrado en la cafetería con el doctor White y no se me ha ocurrido otra cosa que ir a encararme con él y echarle la culpa del cotilleo.

La he cagado, Lorena —concluyó al tiempo que se tapaba la cara con las manos.

—Pero no lo entiendo, Elsa. ¿Por qué lo has culpado a él? —interrogó frunciendo el ceño tras meditar sus palabras.

Elsa quitó las manos de su cara y se apartó el pelo que se le había venido hacia adelante.

—Es que el motivo de todos esos rumores es provocado porque el cirujano me solicita como enfermera en todas sus operaciones, y eso no lo había hecho nunca con otra enfermera.

Lorena se quedó con la boca abierta, estupefacta.

—¿Por eso surgieron los cotilleos? Pero eso es normal...

—Por lo visto, no en este hospital, y menos con el director y propietario.

—Me dejas alucinada. Pues si que tienen poca faena que hacer el personal de ese hospital que se entretiene en esas chorradas, la verdad.

—Ya. Tienes razón, pero ahora no es lo que más me preocupa, ya te he dicho que increpé al cirujano jefe, Lorena. No sé qué hacer, la verdad. Ahora me arrepiento muchísimo de haberle dicho algo.

—No le des tanta importancia, Elsa. Tenías derecho a enfadarte. Además, tú eres la víctima, así que no te sientas culpable de lo que has hecho.

—Pero me arrepiento de la bronca que le he echado al doctor White —confesó desanimada—. Creo que me voy a sentir mejor si le pido perdón.

—Elsa, cielo, haz lo que tú consideres mejor para ti. Si te vas a sentir mejor pidiéndole disculpas, eres tú quien tiene que tomar la decisión. Solo quiero aconsejarte que lo que hagas o no hagas sea por ti, en tu propio beneficio.

Elsa se quedó pensativa. Lorena aprovechó para empezar a comer su ensalada y su compañera la imitó mientras meditaba. Cuando las dos ya habían acabado, Elsa volvió a mirar a su amiga.

—Sí, lo voy a hacer. Voy a pedirle perdón —declaró con contundencia, segura por completo de lo que quería—. Además, aunque se comportó como

un ogro, yo lo incité —concluyó elevando sus comisuras formando una media sonrisa irónica.

—Vale, pues ahora decidido, vámonos a ver nuestra posible nueva casa.

Tras la frugal comida, ambas se dirigieron hacia el apartamento cuya localización estaba más o menos equidistante entre los dos hospitales donde trabajaban las dos enfermeras, por lo que ambas podrían ir andando o en un corto viaje en autobús. El piso constaba de dos dormitorios, con baño en ambos y un salón-comedor. A la cocina, situada al fondo del comedor, se accedía por una puerta lateral y, junto a esta, una barra americana unificaba los ambientes y proporcionaba una sensación de mayor amplitud a la zona. Estaba decorado en estilo moderno con muebles bastante nuevos y en sintonía. Las habitaciones eran lo suficientemente amplias para que estuvieran equipadas por un enorme armario empotrado, una amplia cama de matrimonio con sus dos mesitas de noche a cada lado y una cómoda con anchos y profundos cajones. Los dos cuartos eran muy similares, solo cambiaba el color de la decoración, así que no tendrían problemas a la hora de elegirlos. El salón estaba compuesto por un sofá de tres plazas tapizado en microfibra morada, un mueble ligero para la tele y una mesita de centro. Al lado estaba el comedor, que solo disponía de una mesa redonda con cuatro sillas y un pequeño aparador pegado a la pared. La cocina estaba amueblada con muchísimo gusto y equipada con un horno, un frigorífico y un lavavajillas. Las puertas de sus muebles de almacenaje estaban lacados en un brillante rojo, y la encimera era de granito negro. En la barra corrida, desde el lado del comedor, había tres banquetas altas tapizadas con la misma tela que el sofá. A Elsa le pareció perfecto y el precio no estaba mal, así que allí mismo firmaron el contrato, dieron la fianza y el alquiler de tres meses por adelantado. Después fueron al hostel a recoger sus cosas y a despedirse de la propietaria y, esa misma noche, se instalaron allí.

## Capítulo 4

Al día siguiente, Elsa se sentía cansada después del trajín del día anterior, pero satisfecha de su nuevo hogar. Pasó por la administración y dejó su nueva dirección por si tenían que localizarla por algún motivo. Después se dirigió al quirófano. Comenzaba fuerte el día. Tenía una operación con el doctor White a las nueve en punto. Llegó tres minutos tarde y se quedó cohibida cuando vio que él ya estaba allí.

—Perdón, doctor, he pasado por administración para dar mi nueva dirección.

Unos afilados cuchillos salieron de los ojos del cirujano y se clavaron en el corazón de Elsa.

—¡Silencio! Póngase en su sitio.

El tiempo que duró la intervención fue una tortura para Elsa. Durante toda esta, cada cierto tiempo, Adam levantaba la mirada y la dirigía hacia su enfermera. Jamás había hecho eso, así que le produjo un gran desasosiego. Pero había sabido controlarse y aparentar calma mientras lo asistía en su intervención. Ella intuía que todo era producto de la discusión del día anterior, así que cuando el cirujano terminó la operación y se disponía a salir del quirófano, se afanó en marchar detrás de él y, mientras se quitaban juntos los guantes para dejarlos en el depósito para tirarlos, la enfermera se revistió de valor y le exhortó con angustia:

—Doctor White, necesito hablar con usted. ¿Podría recibirme?

Adam se giró para mirarla a los ojos mientras se bajaba la mascarilla. Sus ojos lanzaban dardos de fuego y su mentón apretado casi crujía.

—Ahora no puedo. Ya la avisaré —gruñó dándose la vuelta y abandonando la sala.

El cirujano se dirigió con paso firme y sin mirar a nadie hacia su despacho. Se encerró en él para pensar. Necesitaba aclararse las ideas. Tenía una lucha

interna que no conseguía dilucidar. Por una parte, sentía placer al verla a su lado en el quirófano, tan eficiente, tan concentrada en su trabajo... Y, por otra parte, odiaba las sensaciones que le despertaba. No quería sentirse atraído por ella. Seguro que ella era como todas, y no quería caer en las redes de una mujer otra vez.

El día transcurrió sin volver a coincidir con Adam, así que cuando terminó su jornada, se fue a su nueva casa con la perspectiva de un fin de semana libre. El sábado por la noche salió con Lorena y sus amigos a cenar y de copas. Conoció a un grupo fantástico de gente con el que conectó enseguida. El domingo, Lorena tenía guardia por la tarde y cuando se fue, Elsa decidió hacerse un bol de palomitas y ver con placidez una película en la televisión. No hacía ni diez minutos que se había instalado lo más cómoda posible en el sofá, cuando sonó el timbre de la puerta. Se levantó con pereza y la abrió. Sus ojos se expandieron como platos cuando vio que tras la puerta se encontraba Adam White.

—Buenas tardes, señorita Ramírez —saludó con voz bronca.

—Buenas...

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, por supuesto. Adelante —balbuceó mientras se apartaba del quicio de la puerta.

Elsa vestía unos cómodos y cortos pantalones de algodón y una camiseta de tirantes, ambas piezas de color azul celeste. Bajo la camiseta se podía apreciar que no llevaba nada más sujetando su generoso pecho. Adam no pudo contenerse y dirigió su mirada hacia él, lo que provocó en Elsa un escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral.

—Voy un segundo a cambiarme... —susurró Elsa.

—No, tranquila, no hace falta. Me voy en un segundo.

—De acuerdo. Pero... siéntese, doctor White. —Indicó con su mano el sofá—. ¿Desea tomar algo? ¿Un café? ¿Un té?

—Se lo agradecería, la verdad es que prefiero un café. Tengo entendido que los españoles saben hacerlo muy bueno.

—Enseguida se lo traigo, aunque quizás lo decepcione —sugirió con una pícaro sonrisa.

Elsa ya había recobrado su aplomo y se dirigió hacia la cocina dando la espalda a Adam. La miró irse, recorriendo su figura con ojos llenos de deseo. Llevaba el abundante cabello suelto y le caía por la espalda como un manto. Ansió penetrar sus dedos entre los rizos y elevárselos para acariciar su cuello con los labios. No sabía lo que le pasaba, pero esa chica despertaba sus instintos y lo excitaba hasta lo indecible. Desde hacía mucho tiempo no había sentido nada con tanta fuerza.

Se levantó, la siguió con cautela y se apoyó en el marco de la puerta mientras la observaba. Elsa destilaba sensualidad por todos los poros de su ser moviéndose de un lado a otro mientras preparaba el café. Adam sintió la necesidad de acercarse a ella pegándose a su espalda, pero se limitó a entrecerrar los ojos e intentar relajarse para arrancar de sí su excitación. No quería asustarla... todavía. Volvió con sigilo al sofá antes de que ella percibiese que la había seguido.

Elsa volvió al salón portando una bandeja con las dos tazas de café y el azucarero.

—Espero que le guste. Si no, voy a dejar en mal lugar a todos mis compatriotas —declaró sentándose junto a él.

Adam echó azúcar en su taza y la cogió dando un sorbo.

—Perfecto. Podrá volver a su país —dijo con sorna.

¡Vaya! El ogro tenía sentido del humor.

—Bueno. Pues usted me dirá a que es debida esta agradable visita —inquirió Elsa con una amplia sonrisa.

Los ojos de Adam volvieron a oscurecerse. Cada vez que Elsa pretendía ser cordial y simpática, él lo atribuía a un deseo, por parte de la enfermera, de flirtear con él y engañarlo como lo hizo su ex. Ya nadie más lo iba a engañar. Una cosa es que la deseara como amante y otra que ella creyese que él era una presa fácil y que lo iba a conquistar con un parpadeo de sus largas y rizadas pestañas. Le iba a dejar las cosas claras.

—He venido —repuso volviendo a su habitual brusquedad— porque aprecio mucho al doctor Ruiz y no me apetece quedar mal con él.

Elsa le miró con ojos interrogantes.

—Pero...

—¡No interrumpa! Le avisé en mi despacho que ya no tenía más oportunidades y el viernes volvió a fallar.

—Solo me retrasé tres minutos...

—Tres minutos son una eternidad en la vida de un paciente.

—Pero aún no estaba el enfermo en el quirófano, doctor, mi retraso no perjudicó en nada a la intervención.

—¡Es un fallo!

—Vale, de acuerdo ¡Es un fallo! Ya entiendo. Estoy despedida. ¿Algo más? —explotó furiosa.

Adam sintió que se le había ido de las manos. Su pretensión no había sido en ningún momento prescindir de los servicios de la enfermera en el hospital. Tan solo quería dejar claro que él no era fácil de manipular, pero no había contado con la parte enérgica ante las injusticias que él ya había observado en Elsa en la otra ocasión que le había recriminado por su fallo en el quirófano y que no se dejaría apabullar así como así. Frenó su enojo buscando en su mente alguna forma para reconducir la dirección de la conversación.

—Señorita Ramírez, me ha entendido mal. He venido aquí de forma extraoficial para advertirle para que no volviese a ocurrir —reculó con un tono más suave.

Elsa miró asombrada al ogro.

—¿Eso quiere decir que no estoy despedida?

—No. No lo está. Pero debe tener claro que las reglas de mi hospital son para cumplirlas y que ya no tendrá más oportunidades, pese a mi amistad con el doctor Ruiz.

—Sí, señor, no volverá a ocurrir, se lo aseguro.

Bien. Ahora sí. Lo había conseguido. Sus ojos volvieron a fijarse en el

pecho de Elsa en el que, a través de la camiseta, se apreciaban sus pezones erectos. Por lo que se veía, ella también estaba excitada. Con fuerza de voluntad pudo contener a sus manos que casi se disparan para tocarle los pezones. Todo su cuerpo clamaba un acercamiento hacia ese otro cuerpo. Para recomponerse acabó su café.

—Si me lo permite, doctor —interrumpió Elsa sus pensamientos—. Yo quería hablar con usted también. Necesito pedirle perdón por todo lo que le dije el otro día. No era mi intención acusarle, pero acababa de enterarme de los cotilleos que circulaban por el hospital y estaba furiosa. Lo siento, de verdad —concluyó posando su mano sobre sus pechos con un gesto de arrepentimiento.

A Adam se le desviaron otra vez los ojos hacia ellos. Hizo un ímprobo esfuerzo y los apartó para mirar sus bellísimos ojos.

—Desde que era un niño, nadie me había hablado así. Nadie me había acusado de algo tan deshonroso, y la verdad es que me sentí muy ofendido —expuso con voz acerada.

—Lo siento, señor —insistió.

Adam hizo un gesto para que se detuviese.

—Ya la he escuchado. Déjeme acabar —continuó—. También he venido con la intención de hablar con usted sobre este tema. He corroborado lo que me dijo. Son ciertos esos rumores que nos relacionan a nivel personal. He intentado acallarlos con subterfugios, pero no sé el resultado que tendrá —hizo una pausa y la miró con firmeza—. A mí, como a usted, tampoco me hace gracia que nos relacionen.

Elsa hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Su voz pastosa y fuerte la tenía hipnotizada.

—Bueno. Ya me marcho —dijo poniendo la taza en la bandeja a la vez que se incorporaba con brusquedad para ponerse de pie.

Elsa, salió de su ensimismamiento y se levantó con presteza del sofá. No midieron bien las distancias y sus cuerpos chocaron. Por instinto, ambos se agarraron el uno al otro para no caer. Adam cogió a Elsa por la cintura,

envolviéndola en un fuerte abrazo, y la joven se sujetó con ambas manos de los brazos de él. Una corriente eléctrica hizo una fuerte descarga en los dos. Sus cuerpos se pegaron. Se miraron a los ojos. Elsa era bastante más bajita que Adam y tuvo que elevar la cabeza y echarla hacia atrás. Adam recorrió la espalda de Elsa con sus manos mientras la atraía hacia sí para unir sus cuerpos con más profundidad hasta parecer uno solo. Mirándole con ardoroso deseo fue agachando su cara hasta casi rozar la de ella. Veía en su mirada el mismo deseo que sentía él.

Unió sus labios a los de ella con una fuerza salvaje abriendo los labios de Elsa con su lengua y penetrando en su boca con lascivia. Elsa no pudo evitar descontrolarse: elevó sus brazos y enroscó sus manos en la nuca de Adam haciendo fuerza para juntar aún más sus labios con los de él. Adam exploraba la boca de la joven con su lengua recorriendo todos sus rincones. Ella, excitada, respondía con deleite al pasional beso.

Las manos de él comenzaron a recorrer el cuerpo de Elsa. Las introdujo por debajo de la camiseta llegando hasta los pechos y atrapando entre sus dedos los pezones firmes y excitados de Elsa. Al sentir la apasionada caricia, recobró la razón y, colocando las manos sobre el pecho de Adam, le dio un fuerte empujón. Sorprendido, miró a la joven con los ojos encendidos y, sin decir nada, la esquivó y salió del apartamento dando un fuerte portazo.

Elsa, en cuanto oyó el estrépito, se sentó de golpe en el sofá. Todo su cuerpo estaba estremecido y temblaba de excitación. No sabía cómo había conseguido separarse de él porque su ser le pedía todo lo contrario. Jamás había sentido arder su interior de la forma en que lo había hecho entre los brazos del cirujano. Ni siquiera sabía cómo había conseguido la fuerza de voluntad suficiente para apartarlo, porque Adam, con tan solo sus besos, había logrado abrasarla desde los dedos del pie hasta las puntas del pelo. Había sentido la necesidad imperiosa de entregarse a él, y eso la había asustado. Mucho. Pero lo que le había dejado desconcertada era la reacción de Adam.

Al día siguiente, el comportamiento de Adam se limitó al ámbito profesional, algo que Elsa esperaba, pero para lo que no estaba preparada, era para la mirada cargada de odio del cirujano. Cada vez que coincidían, la fulminaba con sus ojos. Ella no era tan inocente como para pensar que el beso compartido entre los dos fuese a suponer una relación más íntima entre ellos, pero lo que tampoco podía imaginar era la reacción desproporcionada del cirujano.

Adam, por otro lado, estaba enfadado consigo mismo además de con Elsa. Con él por tener el deseo irrefrenable de poseer a Elsa, algo que le hacía perder el control de sí mismo desbordado por la lujuria. Con ella, porque su cuerpo, sus curvas, su rostro y esos maravillosos ojos negros eran los que le provocaban un volcán interno. Había ido a su casa para comprobar si su atracción radicaba en la bata blanca y lo sexi que estaba con ella, pero en cuanto la vio con esos pantaloncitos y esa camiseta donde se le dibujaban sus pezones, su teoría había caído por su propio peso. El deseo que había sentido, por su puesto, había sido aún mayor. Y el beso... Aún sentía en su boca el sabor de los labios de Elsa, la fuerza de la pasión, la excitación... Había sido arrollador. Tenía dos opciones: emplear toda su fuerza en olvidarla o convertirla en su amante, por lo menos por un día. Quizás así se le pasaría la obsesión que estaba padeciendo.

El resto de la semana fue más de lo mismo. Odio en la mirada de Adam y estupor en la de Elsa. Se notaba a la legua que el cirujano la esquivaba. El turno en el quirófano había vuelto a la normalidad y ya no le ayudaba en todas sus operaciones, sino que también lo hacía para otros médicos. Pero cuando tenía una operación con él, Adam llegaba siempre cuando todo estaba preparado para intervenir y se marchaba casi con la última puntada. Estaba tan desconcertada por el comportamiento de Adam que todo su cuerpo estaba siempre en tensión a la espera de que él la hablara sobre lo ocurrido en su casa, pero eso no ocurrió.

Cuando tuvo su siguiente día libre, dedicó la mañana a ir de compras junto

con Lorena. Comieron en un buffet libre japonés, y Elsa prefirió volver a casa, agotada, mientras su amiga se iba de fiesta con sus amigos. La tensión con la que había vivido la última semana le había producido un verdadero cansancio físico. Eso, y su mente que no hacía más que jugarle malas pasadas rememorando el beso entre Adam y ella, volviendo a excitar su cuerpo y llenándole la cabeza con preguntas que no se quería plantear.

Estaba cambiándose de ropa, ocupada otra vez en esos pensamientos, cuando oyó el timbre de la puerta. Volvió a vestirse y antes de abrir, esta vez miró por la mirilla.

—Abre, Elsa, sé que estás ahí —tronó la voz inconfundible de Adam, llamándola por su nombre por primera vez.

Elsa abrió la puerta y, al ver su rostro pétreo, entrecerró los ojos con mirada pensativa.

—¿Qué desea, doctor White? —preguntó haciendo énfasis en el tratamiento.

—¿Puedo pasar?

Elsa se apartó, dejó libre el paso y, cuando entró, cerró la puerta.

—Usted dirá.

Adam se giró y se plantó frente a ella.

—Quiero que vengas a cenar conmigo —anunció con brusquedad, de forma autoritaria.

—No. —Fue lo primero que le salió.

—Por favor... ¡Ah! Y llámame Adam, por lo menos cuando no estemos en el hospital —insistió el cirujano bajando el tono de la demanda.

Elsa se quedó sorprendida. Este hombre parecía una montaña rusa con sus cambios de humor. Pensó volver a negarse, pero recordó lo ocurrido con su esposa y tuvo la seguridad de que a él le había costado mucho acudir a su apartamento para hacerle esa proposición.

—Permíteme diez minutos para darme una ducha y cambiarme. He de ponerme algo más adecuado. —argumentó haciendo un gesto con las manos

hacia sí misma señalando su ropa.

Vestía un pantalón vaquero algo raído y ajustado y una blusa estampada, ceñida a su cuerpo. Adam la miró y tuvo que reconocer que, aun así, estaba preciosa y unos locos deseos de poseerla volvieron a adueñarse de su cuerpo.

—Desde luego —pudo decir con voz enronquecida.

—Siéntate, enseguida vuelvo.

Elsa se encaminó hacia su dormitorio sin advertir que Adam la seguía. Cuando entró en él, se dirigió hacia el armario para coger la ropa e irse al aseo. Abrió las puertas y se puso a rebuscar.

Adam, con sigilo, comenzó a acercarse por detrás hacia ella sin poder controlarse. De imprevisto, se acopló a su espalda y le rodeó la cintura con sus brazos, inclinó, a su vez, la cabeza hacia ella y comenzó a darle suaves besos en el cuello. Pilló a Elsa tan distraída que no pudo prever lo que iba a ocurrir hasta que sintió un fuerte latigazo recorrer todo su cuerpo cuando el cuerpo de Adam se adhirió al suyo. Cerró los ojos y dejó caer su cabeza hacia atrás, acoplándose al musculoso pecho de Adam. Sentía toda la virilidad de él pegada a su espalda y sus manos infiltradas por debajo de la blusa le recorrían el estómago centímetro a centímetro; se acercaron con lentitud a sus pechos. Su boca se deslizaba por su cuello. Llegó hasta su oreja y jugueteó con el lóbulo; luego introdujo su lengua dentro del oído.

Adam respiró con fuerza, la giró y de inmediato tomó posesión de su boca, primero con suavidad. Recorrió con su lengua los bordes de los gordezuelos labios de Elsa, después escarbó su boca con la lengua. La joven le devolvió el beso mientras jugaba con su lengua y la introducía dentro de la boca de él. Los brazos de Elsa se enroscaron en su cuello a la vez que introducía sus dedos entre su pelo, acariciándolo mientras Adam mantenía sus manos dentro de la blusa de la joven, deslizándolas por su espalda. Así permanecieron durante largos minutos, inflamando sus deseos a través de un beso arrollador, devorándose el uno al otro.

Adam, con mucho esfuerzo, consiguió apartar su cara de Elsa y la miró a los ojos con deseo ardiente.

—¿Paro? —interrogó con voz bronca. Por un momento se sintió caballeroso.

—No, no... deseo más —contestó Elsa, más que con la voz, con sus ojos encendidos de pasión, y ella misma volvió a juntar sus labios a los de él.

Adam dirigió sus manos hacia el pantalón vaquero de ella, lo desabrochó y lo empujó hacia abajo. Elsa dio unas patadas hasta que se deshizo de él. Después comenzó a abrirle la camisa, botón a botón, sin soltar su boca de la de él. Echó la camisa hacia atrás y esta se deslizó por los brazos de Adam hasta caer al suelo. Elsa pudo contemplar la prieta musculatura de su tórax cuando separó sus labios durante unos segundos para saciar su curiosidad, para volver de inmediato a devorar la boca de Adam. Tenía un cuerpo de infarto escondido bajo sus trajes de eminente cirujano. Y, sin poderlo remediar, puso sus manos en su cuerpo desnudo recorriéndolo centímetro a centímetro hasta que se detuvo en las tetillas, pellizcándolas. Adam ya no pudo más y, dando un gemido entre los labios de Elsa, se desabrochó el pantalón y lo dejó caer. Oleadas de calor le recorrían el cuerpo al sentir el contacto de las palmas de Elsa sobre su piel. Le desabotonó la blusa y dejó al aire sus pechos tan deseados. Sus grandes y finas manos de cirujano fueron al encuentro de los senos de Elsa, rozó su sedosa piel con tal suavidad que produjo en ella un gemido de placer.

Adam, con pesar, retiró las manos de Elsa de su propio torso para poder quitarle la blusa del todo. La cogió en brazos, la depositó con delicadeza sobre la cama y se colocó junto a ella de rodillas. Sus labios, por primera vez en mucho tiempo, se separaron de la boca de Elsa y fueron recorriendo su cuello con lentitud hasta llegar a uno de sus senos y tropezar con el pezón, donde comenzó a jugar con su lengua. El otro pecho lo tenía cubierto con una de sus manos, frotándolo y rozando con suaves toques su areola. Elsa se contorsionaba de placer. Su cuerpo se retorció próximo al éxtasis. Sus dedos acariciaban todo el tórax de Adam con frenesí. Notó el miembro de él junto a su muslo, atrapado aún en su ropa interior, y bajó una mano para tomarlo con esta. Adam sintió que el pulso se le disparaba y que empezaban a temblarle

las rodillas.

El cirujano gimió sobre el pecho de Elsa. Con una mano, sin separar sus labios del pezón, se quitó sus slips, después recorrió con las yemas de los dedos los muslos de ella, acariciándolos. Elsa respondió al tacto y sin poder evitarlo abrió sus piernas. Adam llegó hasta la ingle y rozó las braguitas húmedas. Enganchó un dedo en ellas y se las bajó con fuerza. Volvió a subir sus manos por el interior de los muslos hasta llegar a la cavidad más íntima de una mujer. Elsa agarró con ambas manos la cabeza de Adam, que todavía estaba entretenido con su pecho, lo izó y, mirándolo con fogosidad, le susurró:

—Quiero más.

Elsa juntó su boca a la de él introduciendo su lengua y besándolo con pasión desenfrenada. Él sabía lo que ella quería, pero no estaba dispuesto a dárselo todavía. Con su mano entre el vello del pubis quería provocar que lo necesitara aún más. Introdujo sus dedos entre la humedad provocando espasmos en el cuerpo de Elsa. Adam apenas podía contener el torrente que pugnaba por salir de su interior. Era fuego vivo.

—Por favor... ya —rogó Elsa separando levemente sus labios de los de él y mirándolo con ojos de súplica.

Nadie le había hecho sentirse tan deseado. Su cuerpo se había convertido en un volcán a punto de estallar, y era consciente de que se sentía tan excitado que le quedaba poco tiempo para llegar al orgasmo. Sacó sus dedos de adentro de ella y se colocó entre las dos piernas abiertas de Elsa. Introdujo la punta de su miembro, apoyando sus brazos a los lados de la joven. Esta incorporó su torso un poco, lo suficiente para alcanzar con su boca los pezones de él, dándole pequeños mordisquitos. Adam soltó un grito de placer y empujó hacia adentro. Elsa se recostó y elevó sus piernas para facilitarle la penetración. Él buscó sus labios y las manos de Elsa se enroscaron en su cuello.

Adam comenzó a retorcer sus caderas para introducir todo su miembro dentro de la joven hasta conseguir arrancarle un fuerte gemido de gozo.

Entonces comenzó a moverse en su interior seguido en el ritmo por las caderas de Elsa. Esta se agarró con fuerza de los brazos de él retorciéndose en éxtasis mientras el cirujano daba los últimos empujes y, sin poder contenerse más tiempo, se desbordó dentro de ella. Se dejó caer encima del cuerpo de Elsa, agotado. La abrazó y giró su cuerpo hasta que él quedó debajo de ella a la vez que tomaba sus labios de nuevo.

La joven se apartó hasta caer sobre la cama, junto a Adam. Poco a poco sus cuerpos se fueron relajando y la respiración se hizo más normal. Ninguno de los dos despegaba los labios. Un silencio opresor se hizo latente en la habitación.

El cirujano estaba asombrado por la fuerza de las sensaciones que acababa de sentir. Jamás había experimentado tanto placer. Elsa lo volvía loco y sabía tocarle las teclas adecuadas para llevarlo al extremo. Había perdido tanto el control de sí mismo que ni siquiera se había acordado de ponerse un preservativo. Cuando, para asombro propio, se había plantado delante de la puerta de Elsa había pensado que llevándola a cenar podría comenzar a conquistarla para llevársela a la cama, pero su deseo irreprimible lo había descontrolado. Era cierto que se había puesto como objetivo acostarse con ella y poseerla y así quitársela del pensamiento, como siempre le ocurría, pero una vez conseguido, no se sentía saciado. Sentía unos irrefrenables deseos de abrazarla, besarla con ternura y susurrarle al oído lo bien que se sentía. Y volver a repetirlo una y otra vez. Pero eso no debía consentirlo. Se estaba dando cuenta que Elsa estaba despertando en él sensaciones que no debía tener, porque solo le harían sufrir.

Elsa permanecía callada ocupada con sus pensamientos. No podía ocultarse a sí misma que había sido su mejor experiencia sexual. Ella siempre había tomado a Luis como un buen amante, pero lo que acababa de sentir... En fin, tenía que ser sincera con ella misma y debía admitir que se sentía atraída por ese despótico inglés. Atraída sexual y sentimentalmente. Su corazón latía a mil cada vez que lo veía, ¡para qué ocultarlo! No sabía explicar el por qué, pero ella sentía que había otro Adam escondido en su

interior y presentía que debía ser lo opuesto a lo que aparentaba. Su forma de tocarla y de preocuparse para que ella gozase más allá de lo que era necesario para satisfacerse a sí mismo le había descubierto a una persona sensible y amable.

Con brusquedad, Adam se puso en pie, recogió su ropa y se la puso con precipitación ante la atenta y asombrada mirada de Elsa. Salió del apartamento sin decir ni una sola palabra. Elsa, en cuanto oyó el portazo, rompió a llorar con desconsuelo. Cada vez lo entendía menos. Ella no lo había buscado. Había sido él el que había ido a su casa dos veces, pero esta segunda vez había sido demasiado. Después de la pasión que habían compartido, había salido huyendo de allí, como si se avergonzase de haber sucumbido a ella. No. Esto no iba a volver a ocurrir. Ella se tenía en muy buena estima, se quería a sí misma y no quería implicarse en algo que la iba a destruir mentalmente. Por mucho que desease a ese inglés prepotente y dominante, ella no iba a ser un juguete en sus manos. ¡Y para colmo no habían usado protección! ¿Sensible y amable? ¡Y un cuerno!

Cuando acudió de nuevo al hospital, el comportamiento de Adam fue bastante grosero, irascible y borde. Desde que se había acostado con Elsa no había conseguido quitarse de las manos el suave tacto de la piel de la enfermera, ni el olor a madreselvas de su abundante cabello negro; sus profundos ojos negros los tenía clavados en su retina y sus labios aún saboreaban el dulzor de su boca. A lo largo del día no se encontró con un solo miembro del hospital que no recibiera una bronca de él. El personal, al comprobar el humor que tenía, lo evitaba para no cruzarse en su camino. Tan desmedido era su comportamiento que hasta en la sala de enfermería se comentaba. Elsa estaba presente. Ese día le habían cambiado su puesto en las operaciones de Adam y solo tenía colaboración con otros cirujanos.

—Os aconsejo que no os acerquéis hoy al doctor White —exhortó una enfermera entrando furibunda en la sala.

—¿Qué te ha hecho a ti? —interrogó otra enfermera que estaba tomando

un té.

—Menuda bronca me ha dado por llevar un botón de la bata desabrochado.

—¿No has operado hoy con él? —interrogó la enfermera que tomaba el té mirando a Elsa.

—No. Me han cambiado las operaciones.

—Pues has tenido suerte. Me han contado que ha echado una reprimenda a un enfermero por llevar unos zuecos con un número superior al tamaño de sus pies. No sé lo que le pasa. Siempre ha sido muy estricto, pero lo de hoy...

Elsa pensaba que el comportamiento de Adam se debía a lo que había pasado en su apartamento dos días antes. Pero... ¿por qué? ¿Estaba arrepentido? Ella pensaba que sí, que ese era el motivo. Creía que estaba furioso por haber hecho el amor con una enfermera. «Hecho el amor»... mejor lo llamaría de otra forma...

## Capítulo 5

Resignada ante la nueva situación, Elsa se dedicó a cumplir con su cometido. Pasó toda la semana sin cruzarse con Adam, ya que, por su parte, ella también lo evitaba; controlaba sus horas de operación o de descanso. Oía a las enfermeras relatar todos los excesos de autoritarismo que provocaba el cirujano y que tenían revolucionado a todo el hospital. Cuando por fin llegó su día libre, la tensión de la joven era tal, que solo pensó en pasarlo en la cama. Lorena tenía guardia y se fue, por lo que Elsa se quedó sola, que, por otra parte, es lo que deseaba.

Sonó el timbre. Elsa se dijo que fuese quien fuese, se iría y no se movió de la cama. Volvió a sonar. La enfermera, impasible, siguió sin moverse. No quería ver a nadie. Otra vez volvió a sonar el timbre, esta vez más persistente, a la vez que golpeaban la puerta. La joven se levantó resignada. No podía ser él. La había estado evitando toda la semana. Se asomó a la mirilla... ¡Era él! No se lo podía creer. Apoyó la cabeza en la puerta intentando contener las lágrimas.

—Abre, Elsa. Sé que estás ahí. —Su inconfundible voz pastosa.

—¡Déjame en paz! —gritó histérica Elsa.

—No voy a parar hasta que me abras la puerta. Montaré un escándalo.

Y volvió a pulsar el timbre con fuerza a la vez que golpeaba la puerta. Elsa fue corriendo a su cuarto, se vistió con una fina bata y volvió para abrir la puerta.

—¡Para ya! ¡¿Qué demonios quieres?! —gritó Elsa.

Adam entró como una exhalación y, sin detenerse ante ella, recorrió el pequeño apartamento con zancadas largas y mirando a todos lados como si buscara algo o a alguien.

—Pero ¿qué haces? —interrogó Elsa cuando lo vio volver al salón.

—¿Por quién me has sustituido? Dímelo, ¿por quién? —exclamó Adam a

la vez que la agarraba por los brazos y la zarandeaba.

La furia que había en los helados ojos del cirujano dejó a Elsa anonadada.

—¿Qué dices? —murmuró.

—¿Con qué cirujano te acuestas ahora? ¡Dímelo! —inquirió como poseso.

Elsa, al final lo entendió, se desasíó con bruscos movimientos de sus brazos y alzando la mano derecha le dio una bofetada.

—¡No soy tuya! ¡No te pertenezco! —gritó con fuerza, temblorosa.

Adam, enloquecido, la rodeó con sus brazos capturando con ellos todo su cuerpo y con furia pegó sus labios a los de ella. Elsa intentaba desasirse de él, pero Adam, a cada movimiento suyo, la apretaba con más fuerza. Intentaba penetrar con su lengua en la boca de ella, pero Elsa la mantenía firmemente apretada.

—Abre la boca —le ordenó Adam despegando sus labios.

—No.

—Vamos, Elsa, me deseas, igual que yo a ti —dijo Adam conteniendo la voz y dulcificándola.

—No. Así no volverás a tenerme nunca más —sentenció con firmeza.

Adam aflojó un poco a su presa, la miró a los ojos y le dijo con deseo:

—Pues el otro día no pensabas lo mismo.

—El otro día era el otro día. Ya no más. Así no.

La soltó con brusquedad y se puso a recorrer el pequeño salón como un león enjaulado. Se paró frente a ella y le espetó:

—¿Qué pretendes? ¿Qué me case contigo?

—No. Pero yo no soy una mujer de aventuras, soy de sentimientos.

—¡Ja! Eso decís todas —dijo furioso.

Y salió del apartamento como una exhalación. Agotada, Elsa, cerró la puerta y volvió a su cama llorando con amargura. Nunca habría pensado que el serio y frío doctor White se podría comportar así. Le dolía el corazón y el alma.

Cuando llegó Lorena, fue a hablar con su amiga y la encontró febril. Le

puso el termómetro y su temperatura superaba los 40° C.

—Elsa, mañana no podrás acudir al hospital —le informó preocupada.

—Sí, sí. Tengo que ir —susurró angustiada. Se pasó la mano por la frente e intentó incorporarse en la cama.

—No —le rebatió empujándola para que volviese a estar tumbada—. Mira cómo estás. No tienes fuerzas ni para hablar. Ya me extrañaba a mí que quisieras pasar el día en la cama, con lo activa que eres. No te preocupes por nada, yo cuidaré de ti. Mañana es mi día libre. Llamaré a tu hospital para avisar.

Elsa comprendió que Lorena tenía razón.

—Gracias. Eres una gran amiga —le agradeció con ternura.

—Tranquila. Hoy por ti, mañana por mí. Espero que cuando yo esté enferma, tú hagas lo mismo que yo, y podrás saber lo que es cuidar de un mal enfermo —dijo con sorna.

Elsa pasó una noche horrorosa, llena de pesadillas y sobresaltos. Agradeció a su amiga la insistencia de que no fuese al hospital porque no habría podido sostener el instrumental.

A media mañana, mientras Lorena estaba en la cocina preparando un caldo ligero para Elsa, sonó el móvil de esta. Lo tenía sobre la mesilla de noche, lo cogió, miró el número, pero no lo conocía.

—¿Diga?

—Elsa. —Era su inconfundible voz. Silencio—. Elsa, ¿estás ahí? —repitió. Silencio—. ¡Elsa! ¡Contéstame! —exigió con voz atronadora.

—Dime —logró musitar.

—¿Por qué has faltado hoy? —inquirió con tono exigente.

—Estoy enferma —susurró cerrando los ojos y pasándose la mano que tenía libre por ellos.

—¡Mientes! —exhortó.

—Pues vale. No pienso discutir —le repuso sin fuerza en la voz.

—Quiero que vengas esta tarde a trabajar —insistió Adam.

—No —le respondió con toda la firmeza de la que fue capaz.

—¡Maldita seas! —exclamó enfurecido.

Y colgó.

Las lágrimas surcaban la suave piel de su bello rostro. Ella no había ido a Inglaterra para sufrir y estaba sufriendo más que en España. Ni la infidelidad de Luis le había hecho tanto daño como el que le provocaba Adam. Quizás sería mejor volver a su ciudad.

Oyó a Lorena que se dirigía a su habitación. Limpió de un manotazo las lágrimas que le recorrían la cara.

—Ya tienes aquí una nutritiva sopa a la española. Verás que pronto te pones bien —dijo entrando en el cuarto.

Elsa se incorporó y dejó que Lorena colocara la bandeja sobre sus piernas.

—Gracias —consiguió susurrar.

Lorena la miró con fijeza.

—A ti te pasa algo, ¿verdad? No eres la misma desde que nos hemos instalado aquí.

—No me pasa nada.

—Si, sí que te pasa, pero no te voy a forzar. Cuando tú tengas la necesidad, ya me lo contarás. Aquí estaré para escucharte.

Elsa alargó un brazo para tomar la mano de su amiga ente la suya y la apretó.

—Gracias.

Cuando acababa de terminar la sopa, sonó el timbre de la puerta. Lorena fue a abrir. Elsa, desde su cama, oyó con claridad la voz de Adam. Estremecida, se arrebujó con la colcha de la cama.

—Elsa, ha venido a verte el doctor White —le informó Lorena a la vez que se asomaba por la puerta y dejaba entrar al hombre que la había herido tanto—. Aquí les dejo, yo voy a continuar con lo que estaba haciendo.

Adam no había despegado los labios todavía. Recorría con su mirada el

bulto que Elsa formaba bajo la colcha hasta llegar a sus ojos.

—Hola —dijo a lo tonto Adam.

—Hola —le contestó Elsa.

—He venido a verte —dijo por no seguir callado.

—Ya lo veo.

«Uf, menuda conversación de adolescentes», pensó Adam.

—¿Cómo estás? —le preguntó con el rostro serio.

—Mejor —le contestó. Desvió la mirada del doctor y se subió más la colcha.

—¿Tienes fiebre? ¿Quieres que te haga una revisión? —inquirió con tono inquisitorio.

—¡No! No quiero que me toques. Y sí, tengo fiebre —contestó con furia—. ¿A qué has venido? ¿A comprobar que en efecto estoy enferma?

—No, he venido a hacerte compañía durante un rato —repuso con el ceño fruncido.

—No necesito tu compañía —lo rechazó.

—¡Está bien! ¡Pues si no necesitas mi compañía, me voy!

—¡Pues adiós!

Adam contempló durante unos segundos el bello rostro de Elsa. Tuvo la tentación de acariciarlo con suavidad, de sentarse en la cama junto a ella y cuidarla. Esos pensamientos no eran buenos para él. Había acudido a la casa de la joven con el propósito de recriminarle su falta de profesionalidad al fingir una enfermedad, a sabiendas de que ella no era de ese tipo de personas. En su fuero interno lo sabía. Y no le había sorprendido nada comprobar que en realidad la joven estaba convaleciente. Pero de ahí a sentir la necesidad de cuidar de ella como si fuese algo importante para él... Giró con brusquedad y salió del apartamento sin despedirse. Era la tercera vez que lo hacía. Por lo que se veía, era su forma más común de demostrar que estaba enfadado. También era la tercera vez que, cuando él se iba, Elsa comenzaba a llorar.

—Elsa, corazón, ¿qué te pasa? Desahógate, querida —dijo Lorena

abrazándola.

Elsa no pudo aguantar más y, entre lágrimas e hipos, le contó a Lorena todo lo que había ocurrido entre ella y el famoso cirujano. Lorena la acunaba entre sus brazos mientras escuchaba horrorizada el calvario del que era objeto su amiga por parte de ese hombre tan déspota.

—Cielo, has hecho muy bien al rechazarlo si es lo que sentías —opinó en cuanto Elsa calló.

—Eso es lo malo, mi cuerpo no quería despegarse de él, pero sé que, si no lo hubiese hecho, después me habría odiado. Lorena, creo que estoy sintiendo algo por él; a pesar de todo, me atrae. Me di cuenta ayer cuando vino aquí y se portó de la forma en que lo hizo. Por eso me derrumbé. Comprendí que se está metiendo en mi corazón, aunque no entiendo ni cómo ni porqué. Casi ni hemos hablado y solo conozco su lado oscuro como persona. No ha hecho nada para merecerlo, pero, aun así, me duele el corazón cuando se comporta así conmigo, aunque no voy a consentir que me utilice como desahogo sexual, pese a que yo sienta el mismo deseo que él. No sé, chica, igual estoy confundida y solo es sexo —concluyó la joven haciendo un aspaviento con las manos.

—Elsa, si es eso lo que quieres, entonces te aconsejo que lo evites, si no, tarde o temprano caerás en sus redes.

—Ya. Había pensado volver a España —anunció con pesar.

—¡No! Eso sí que no. Esto debe acabar de alguna forma, o vences tú o vence él. Pero no lo dejes a medias, sino vivirás pensando en lo que pudo haber sido y no fue. Mira, a partir de ahora, no te vas a volver a quedar sola en casa. Si la tentación es muy grande para ti, la evitaremos. Si no coincidimos en el horario de trabajo, no vendrás a casa hasta que yo vuelva. Nos organizaremos. Ya lo verás. Si en realidad quiere algo contigo, tendrá que ir de frente.

Elsa meditó largos segundos el consejo de su compañera y amiga. Se separó de ella, se sentó en la cama y le cogió las manos con agradecimiento.

—Creo que es el mejor consejo que me podrían dar, y voy a seguirlo a

rajatabla. En el hospital no tengo más remedio que verlo y compartir espacio con él, pero allí es incapaz de dirigirse a mí de forma personal. Y si tú me ayudas, lo evitaré fuera del trabajo. No quiero volver a sentirme como una muñeca de usar y tirar o de usar cuando se me antoja, como me sentí el otro día que vino a aquí. No me he ido de Guatemala para meterme en Guatepeor —concluyó enérgica.

Cuando Elsa volvió al trabajo se encontró con la sorpresa de que volvía a colaborar en las operaciones de Adam. Para ella era un suplicio, pero lo acató con resignación. Adam seguía siendo el hombre frío y déspota pero no pudo echarle a Elsa una sola bronca porque la chica andaba con sumo cuidado para evitarle a él el placer de amonestarla. Procuraba recorrer el hospital lo menos posible para eludir coincidir con él por los pasillos. Pero lo que no pudo esquivar era la mirada furiosa de esos ojos de acero y la voz bronca y despótica. Le hubiese gustado seguir trabajando con todos los cirujanos del hospital por dos motivos. Para evitar los rumores y para no acercarse a él. En su corazón tenía la tentación y en el cerebro la razón. Dura lucha en liza.

Cuando llegó el siguiente día libre, hizo caso de Lorena y pasó el día fuera de casa hasta que salió su amiga del trabajo. Paseó por un parque cercano, dándole de comer a los patos que había en una pequeña laguna. Los caminos intrincados del parque la distrajeron porque se entrecruzaban y la llevaban de un tipo de vegetación a otra: arbustos, plantas con multicolores flores, árboles autóctonos, suave y brillante hierba. Luego comió en un coqueto restaurante que se encontraba en medio del parque y después fue a buscar a su amiga al hospital en el que trabajaba. Cuando esta salió, iba acompañada de algunos de sus compañeros y decidieron ir a tomar el té y merendar unas deliciosas pastas en la terraza de un salón de té.

En cuanto llegó al hospital al día siguiente, notó que en los ojos de Adam se había acrecentado la furia mezclada con el odio y su voz era aún más cortante, si eso era posible. Elsa se preguntó si habría acudido a su casa...

Durante los días siguientes tuvo mucho trabajo en el hospital y una

guardia que la mantuvo despierta durante cuarenta y ocho horas. Cuando salió del hospital después de la guardia, recibió una gran sorpresa. En la puerta la esperaba Luis.

—¡Elsa! ¡Por fin te encuentro! —exclamó al verla, yendo a su encuentro.

Luis le cogió las manos, sin atreverse a darle un beso. Elsa lo miraba con asombro. Por detrás de él vio pasar un fabuloso descapotable. Le dio un vuelco el corazón cuando echó un vistazo al conductor y vio a Adam que la miraba con acerada ira.

—Estás preciosa, Elsa —la piropeó su exnovio mientras la recorría con la mirada desde los dedos de los pies hasta las puntas del cabello.

—¿Qué haces aquí? —le interrogó con brusquedad, en cuanto volvió a la realidad.

—He venido a buscarte. No puedo vivir sin ti —le respondió con una mueca compungida con la cara.

—Lo has pensado un poco tarde, Luis.

Elsa estaba estupefacta ante la tranquilidad con que se había tomado la llegada de Luis. Ya no sentía rencor hacia él, es más, ya no sentía nada por él. El destino había hecho que se interpusiera por en medio otro hombre.

—Tenemos que hablar —la interrumpió en sus pensamientos.

—No, Luis, estás muy equivocado. Yo no tengo nada que hablar contigo.

—He de explicarte —dijo con expresión pesarosa sin soltarle las manos.

—No, no tienes que explicarme nada.

Otra vez pasó por detrás de Luis el descapotable con Adam en su interior.

—Escucha. Fue...

—No, no escucho. Escucha tú. Yo ya no te quiero, aunque hubiese una explicación razonable, que no lo creo, para tu infidelidad, no volvería contigo —dijo con más crueldad de la habitual en ella debido al nerviosismo que le había entrado ante la mirada de Adam.

—Pero Elsa...

—Luis, siento que hayas hecho el viaje en balde, pero lo nuestro se acabó.

Ahora he de irme.

—Por favor, Elsa, necesito hablar contigo, por favor —insistió.

La enfermera sintió una punzada en algún recóndito lugar de su corazón. No dejaba de ser Luis. Su compañero durante diez hermosos y gratificantes años, y quizás él tenía razón y se debían una conversación. Observo a su ex y lo encontró nervioso. No dejaba de balancearse de un lado a otro.

—Mira, Luis, salgo de una guardia y de una semana estresante de trabajo. De verdad que no estoy en condiciones de hablar con nadie en estos momentos. Necesito descansar. ¿Cuándo te vas?

—Cuando consiga tener una conversación contigo. Yo me pliego a tus deseos, cuando te venga bien, charlamos, pero hagámoslo, por favor —volvió a rogarle con un amago de sonrisa.

—Está bien, si todavía vas a estar aquí mañana, tengo el día libre y puedo dedicarte un rato. ¿Sigues teniendo el mismo número de móvil?

—Sí, claro.

—Pues te mandaré un WhatsApp cuando tenga claro la hora y el lugar, ¿te parece bien?

—Por supuesto. Esperaré tu mensaje.

—Bien, pues nos vemos mañana —concluyó mientras daba un paso para alejarse.

—¡Espera! —Alargó la mano para hacerla parar—. ¿Te puedo llevar a tu casa? ¿O acompañarte?

—Ni lo uno, ni lo otro, Luis. Ya nos veremos mañana.

Elsa se alejó de Luis y, con paso decidido y elástico, salió del recinto del hospital. Cuando llegó a la calle, un frenazo junto a ella la hizo mirar. El descapotable de Adam estaba allí.

—Entra —le espetó Adam abriendo la puerta.

—No.

—No seas terca. Te llevaré a tu casa.

Elsa se sentía agotada después de tanta lucha interna. Adam la estaba

volviendo loca. Y ahora aparecía Luis. Era demasiado para ella. Entró en el coche y se sentó a su lado. Durante un rato, Adam condujo en silencio. Elsa ya lo conocía y sabía que no tardaría en explotar. Apretó los labios en espera de acontecimientos.

—¿Quién era ese? —por fin estalló.

—¿Quién? —interrogó con las cejas levantadas con fingida sorpresa.

—No te hagas la tonta. El que te cogía de las manos.

—Mi ex —le informó con tono seco.

Adam giró su cabeza durante un segundo para mirarla. Tenía el ceño fruncido.

—¿Has vuelto con él? —inquirió con tono irritado.

—Eso es asunto mío.

—¡Contesta! —bramó soliviantado.

Elsa no pensaba dejarse apabullar por ese coloso. Negó moviendo con energía la cabeza.

—He dicho que no es asunto tuyo. A ti ni te va, ni te viene.

—No me provoques, Elsa, puedes salir perdiendo —gruñó con voz amenazante.

—No te tengo miedo, Adam —dijo mientras lo miraba de reojo.

—¡Pues deberías! —exclamó. Desvió la mirada de la carretera durante unos segundos soltando fuego por los ojos.

—¿Así es como piensas conquistarme? —preguntó melosa en tono de burla.

—¡Yo no quiero conquistarte! —estalló con furia.

—Perdón, me equivoqué, ¿así es como piensas convencerme para que haya sexo entre tú y yo? —dijo cargada de ironía.

Habían llegado a casa de Elsa. Adam paró el coche, la enfermera bajó sin pronunciar palabra y se metió en la portería. Esta vez había ganado ella.

Cuando Elsa se despertó al día siguiente, ya era medio día. Había pasado una noche de insomnio rememorando los encuentros con Luis y Adam. Se había movido de un lado para otro de la cama desesperada hasta que al final se había levantado para tomar una tila y había leído hasta altas horas de la madrugada para distraerse. Pero nada conseguía apartar de su mente a Adam. Luis..., bueno, de vez en cuando se acordaba de él, pero el que de forma permanente estaba en sus pensamientos era el doctor White. Al final, ya estaba amaneciendo cuando logró dormirse.

Cuando los rayos del sol sobre sus ojos lograron despertarla, levantó con pesadez la cabeza para mirar el despertador que tenía sobre la mesita de noche. Ya eran las doce y todavía no se sentía con fuerzas para levantarse. Remoloneó un rato más enredándose entre las sábanas. Cuando por fin consiguió levantarse, se dirigió al aseo. Una refrescante y tonificante ducha le aclaró las ideas. Debía tener una conversación con Luis: él tenía razón. Se la debían mutuamente, así que desbloqueó el chat de WhatsApp que tenía con él, le mandó un mensaje y se puso de acuerdo con él para encontrarse en el restaurante del hotel en el que se hospedaba. Se vistió con un traje chaqueta de pantalón negro con pinzas y una blusa azul turquesa. Llegó unos minutos tarde al restaurante, y cuando entró vio a Luis sentado ya en una mesa. Se acercó hasta él.

—Hola Luis —lo saludó.

—Hola querida... —le contestó aliviado al ver que acudía a la cita.

Se levantó para apartarle la silla a la joven para que se sentara.

—Estás preciosa, Elsa. Pareces más madura.

—Luis, hace nada que me vine aquí. No exageres —replicó asombrada del piropo de su ex. No era algo habitual en él.

De inmediato se acercó un camarero para tomar nota de la comanda. Cuando se fue, Elsa se recostó en su silla y puso sus manos en el regazo. A Luis se le notaba inquieto. Llevaba un traje gris marengo con una camisa blanca sin corbata y no dejaba de tocarse el cuello como si estuviese ahogándose. Sin embargo, ella estaba tranquila. Casi se alegraba de la visita

de su ex porque eso le había abierto los ojos sobre sus sentimientos hacia él. Hasta ahora, desde que había llegado a Inglaterra, se había construido un muro que le impedía pensar en Luis, pero su corazón sí que había seguido su curso y tenía claro lo que sentía.

—No exagero, de verdad. Te veo más bella que nunca —aseguró Luis con admiración.

—Bueno, vale, lo que quieras, pero ese no es el tema que tenemos que tratar, ¿no crees? —aclaró encauzando la conversación al meollo de la cuestión. No estaba acostumbrada a la galantería en Luis y se sintió desasosegada.

—Es cierto, Elsa. He venido porque te debo una explicación y miles de disculpas. Y si me lo permites, quiero empezar por las disculpas. Aunque me pase el resto de mi vida pidiéndote perdón, no será suficiente para merecerlo, pero no por eso voy a dejar de intentarlo. De todo lo que ha ocurrido a raíz de que me descubrieras en casa con Carla, lo que más lamento es haberte hecho daño.

—Eso tenía una fácil solución: no haberlo hecho —adujo con tono seco.

—Lo sé, cariño, todo lo que me digas, me lo he dicho yo ya miles de veces. No tengo justificación.

—No, Luis, no la tienes. Yo confiaba plenamente en ti y la decepción que he tenido contigo no tiene solución.

Luis se removió inquieto en la silla al oír esas palabras.

—Elsa, por favor, haré todo lo que quieras para que vuelvas conmigo. Lo que sea. Dime cómo te puedo recuperar, por favor —terminó con voz desesperada.

Elsa negó con la cabeza, se incorporó hacia delante, apoyó los brazos en la mesa y le dijo con calma:

—No puedes.

En ese momento llegó el camarero con el servicio. Les sirvió el vino que habían pedido y puso sus platos delante de cada uno. Preguntó si necesitaban

algo más y ante la negativa de los dos, los dejó solos. Luis no tardó en tomar la palabra para intentar convencer a la enfermera.

—Elsa, mi amor, me equivoqué. Podría alegar que fue un momento de ofuscación, que iba con unas copas de más, que ella me incitó, la monotonía... no sé, miles de excusas, pero no existen, Elsa, no serían verdad. Yo elegí tener una aventura con Carla, es más, fui yo el que la convencí a ella. ¿Por qué? Pues ni yo mismo lo sé. Te amo a ti. Siempre te he amado y no tenía ningún motivo para hacerlo. Solo puedo decirte que te fallé, que sé que no me merezco que me perdones, pero aun así te lo pido. No concibo la vida sin ti —confesó de corrillo desgarrando el alma en su voz y con la mirada repleta de pesar con una pizca de esperanza.

Elsa lo miraba absorta. Pensaba en la vida que había perdido por la inconsciencia de su exnovio. Pero ahora era tarde, su desengaño había sido tan grande que su amor por Luis había desaparecido de un plumazo. Cuando estaba en España no se había dado cuenta, pero desde que había llegado a Brighton no había vuelto a pensar en él.

—Lo siento, Luis, pero ya no es posible. Se acabó.

Luis alargó las manos por encima de la mesa para coger las de Elsa.

—¡No! —exclamó con angustia— Elsa, tu mejor que nadie sabes lo que teníamos. Era hermoso. Podemos seguir teniéndolo. Yo pondré todo de mí; tú déjate querer, y yo conseguiré que lo olvides y me perdones.

—No se trata de eso, Luis —explicó. Retiró sus manos de debajo de las de su ex—. Ya no hay nada que perdonar ni olvidar. Te perdoné y lo olvidé el día que dejé de amarte. Lo siento, pero así es. En mí ya no hay amor.

Los platos permanecían intactos encima de la mesa. Elsa volvió a recostarse en la silla, poniendo distancia entre ellos. Luis comenzó a restregarse la cara con las manos desesperado.

—Elsa, por favor, no me hagas esto —pidió. Retiró sus manos del rostro y la miró con los ojos llorosos.

—No insistas más, Luis. El favor te lo pido yo a ti. —Apartó su silla y se levantó—. Será mejor que me vaya. Hasta siempre Luis —concluyó

alejándose de él y saliendo del restaurante.

Luis se quedó allí abatido... pero no pensaba darse por vencido. No. Se sentía muy seguro de sí mismo y estaba convencido de que tocando las teclas adecuadas iba a conseguir persuadirla.

Cuando Elsa llegó a trabajar al día siguiente, la llamaron de recepción y se encontró allí con un enorme ramo de flores. Cuando estaba leyendo la tarjeta que le había dejado Luis, notó un escalofrío por la espalda al ver por el rabillo del ojo la figura inconfundible de Adam White. Su exnovio le había dejado unas bellas palabras con las flores, pero cuando ella tomaba una decisión... Ese día no le tocaba ninguna operación con el doctor White, así que comenzó el trabajo con mayor tranquilidad, pero si se creía que se iba a librar de verlo, se equivocaba. Parecía que cada vez que doblaba una esquina, se tropezaba con él, así que según transcurría el día, se iba poniendo más nerviosa. En cuanto lo veía, se le retorcían las entrañas y el corazón le palpitaba descontrolado. Sus enigmáticos ojos la perseguían por todas partes.

Con la mala suerte que estaba teniendo ese día, prefirió salir a comer fuera para tener la seguridad de que no se encontraría con él en la cafetería del hospital. Se acercó hasta un pequeño restaurante italiano que había cerca del hospital. Se sentó en un rincón apartado donde una mesa solitaria parecía que la estaba esperando. Pidió unos espaguetis carbonara y decidió relajarse comiendo con tranquilidad. Llevaba una temporada que parecía que estaba viviendo la vida de otra persona. Sin embargo, era su propia vida que se había dado la vuelta como un calcetín. Hacía poquísimo tiempo que estaba allí y ya necesita unas vacaciones. Perder de vista a Luis y a Adam y, si tenía ganas de pensar en ellos, buscar en su interior y tomar decisiones, y si no le apetecía hacer nada de eso, pues a disfrutar sin hacer nada, sin más.

Al salir del hospital, se encontró otra vez a Luis esperándola. El alma se le cayó a los pies. Solo tenía ganas de llegar a su casa y meterse en la cama para olvidar al amparo de Morfeo.

—Luis, por favor, no me lo hagas más difícil —le dijo en cuanto se acercó

a ella.

—Tranquila, Elsa, solo he venido para acompañarte hasta tu casa. No voy a molestarte con mis súplicas —explicó con una sonrisa esbozada en sus labios.

—Preferiría que no lo hicieras. Además, no me apetece andar hoy, estoy muy cansada. Voy a coger el autobús.

—Bien, pues te acompañaré hasta la parada, ¿te parece?

Elsa meditó largos segundos.

—Está bien. Vamos —consintió mientras comenzaba a andar.

El recorrido fue muy corto, pero Luis no la importunó más con sus ruegos. Todo lo contrario, la entretuvo con su conversación hasta hacerla reír. Parecía que no había pasado nada entre ellos y que seguían siendo la pareja de antes. Aunque encontraba algo distinto en él, como más caballeroso y sensible.

Cuando llegó a su casa se dio una estimulante ducha, se puso su camisón preferido y, sin tan siquiera cenar algo, cerró la ventana de su habitación, puesto que todavía había luz natural, y se acostó. Todavía estaba buscando acomodo cuando sonó su móvil. Lo cogió de la mesilla de noche donde lo había dejado y vio que la llamada era producida por Adam. La rechazó y apagó el móvil para que no volviera a molestarle. Pero no pudo apagar sus pensamientos. Tenían vida propia y se empeñaron en indagar en su relación con Adam. Hasta ahora ambos solo se habían dedicado a chocar como dos trenes, salvo cuando habían hecho el amor en esa misma cama. Su mente le decía que tuviese más paciencia con él, que su trauma lo tenía vivo y necesitaba a una mujer como ella que le demostrase que no todas eran unas interesadas y unas falsas. Al final salió victoriosa su reflexión y se prometió a sí misma que iba a intentar conocer al hombre y que él la conociese a ella.

## Capítulo 6

Cuando llegó al hospital al día siguiente, Elsa se encontró con la sorpresa de que tenía un aviso para que acudiese al despacho del doctor White en cuanto llegara. La joven suspiró, tomó aire y se encaminó hacia allí. Ante ella tenía otra batalla. Comprobó que tuviese la bata en condiciones, se la alisó y se mesó los cabellos. Tocó la puerta.

—Adelante. —Oyó a través de la puerta la voz pastosa y fuerte.

Entró en el despacho. Adam estaba sentado detrás de la mesa como un dios todopoderoso.

—¿Me ha llamado, doctor White? —preguntó mientras avanzaba por el despacho hasta ponerse delante de la mesa tras la que se ocultaba el cirujano.

—Sí, siéntese —le dijo. Señaló con su mano uno de los sillones que tenía frente a sí, al otro lado de la mesa.

—Usted dirá —dijo después de acomodarse en el asiento.

—Señorita Ramírez, he decidido enviarla a desempeñar otro trabajo.

—¿Cómo? —interrogó desconcertada.

—Mi madre está enferma del corazón, muy delicada, y necesito una enfermera para que se ocupe de ella —aclaró de forma concisa.

—Pero, doctor White, yo soy enfermera de quirófano. Seguro que hay enfermeras más cualificadas que yo para ese cometido —explicó en un intento por rechazar el cambio.

—He decidido enviarla a usted —dijo ceñudo—. Mi madre vive sola en mi finca, a unos 150 kilómetros de Brighton.

Elsa se removi6 inquieta en el sill6n, se remeti6 tras la oreja un mech6n de su cabello que se haba desprendido del mo6o que habitualmente llevaba para trabajar y se lami6 los labios en un intento de humedecerlos. Se notaba que estaba muy desconcertada y nerviosa.

—Pero...

—No hay peros. Está decidido. —Le cortó sin poder apartar la mirada de su boca.

Elsa se quedó mirando absorta sus ojos de color del acero con tanta fijeza que detecto alrededor del iris un borde con el tono más oscuro, casi gris marengo. La tenían tan hipnotizada que tuvo que agitar su cabeza para concentrarse y volver a la realidad. ¡Se estaba obsesionando con esos ojos! «Sería una forma de librarme de él durante un tiempo. Solo lo vería cuando fuese a visitar a su madre», pensó reflexionando.

—De acuerdo —decidió— ¿cuándo he de irme?

—Mañana mismo. Pasaré a recogerla a las diez de la mañana. Esté preparada para pasar una larga temporada allí —le informó asombrado del cambio de actitud de Elsa. Creía que le iba a costar más convencerla.

—¿Larga temporada? ¿Cómo cuánto? —quiso saber elevando las dos cejas manifestando su asombro.

—No lo sé con certeza. Ahora puede marcharse a su casa para preparar el cambio —le replicó con brusquedad.

Ahí acabó la conversación, y Elsa se marchó del despacho desconcertada. No entendía a Adam. El otro día, en el coche, había parecido un hombre celoso y en esos momentos la apartaba de su vida.

Cuando llegó al apartamento le contó a Lorena el cambio de trabajo.

—Elsa, sabes que te puedes negar, ¿verdad? A ti no te contrataron para hacer de enfermera particular.

—Lo sé, pero creo que voy a estar mejor lejos de Adam. De todas formas, en cualquier momento puedo volver. Y por el alquiler no te preocupes, te haré llegar el dinero.

—Tranquila, por eso no me inquieto, puedo aguantar algún mes sin tu ayuda. La que me preocupas eres tú.

—No lo hagas, en serio. Lo he estado pensando y creo que me va a beneficiar. De esta forma me alejo de Luis y de Adam, que es lo que me va a

venir muy bien. Precisamente ayer estaba pensando que lo ideal sería tener unas vacaciones para quitármelos de la vista una temporada y hoy me destierran a una mansión junto al mar, ¡pobre de mí! —concluyó con una sonrisa irónica.

Lorena soltó una amplia carcajada secundada por Elsa.

—Pues creo que tienes razón. A lo mejor tendré que ir a hacerte alguna que otra visita. Seguro que habrá una gran piscina y me veré obligada a ir para comprobar que no te ahogas en ella —la secundó entre risas.

—No te creía yo tan interesada... querida amiga... —replicó cargada de ironía.

—¡Uy! ¡Mira que eres mal pensada! Anda, vamos a tu cuarto. Te ayudo a preparar la maleta, seguro que a ti se te olvidan los bikinis —dijo con guasa mientras la empujaba hacia su habitación.

A las diez de la mañana se despidió con un abrazo de su amiga.

—Te llamaré.

Cuando bajó, Adam ya la esperaba junto a su descapotable ultramoderno. A la joven le extrañaba mucho la elección de ese modelo de coche teniendo en cuenta las pocas veces que lo podría utilizar a lo largo del año, pero ese día sería una gozada ir en este. Hacía un día precioso de inicio del verano con un sol luminoso y con el cielo, casi en su totalidad, despejado. Los colores de Inglaterra relucían más y le contagiaron bienestar. Adam metió la maleta de Elsa en el portaequipaje y le abrió la puerta para que se sentara. Dio la vuelta al coche y se puso al volante. Su rostro parecía esculpido en piedra.

—Elsa, una cosa te pido. Procura no darle algún disgusto a mi madre. Tiene el corazón muy delicado. Lo que pretendo es fortalecerlo para poder operarle.

—Sé hacer mi trabajo, Adam —indicó mosqueada al deshacer de un plumazo su placidez.

—No me refiero a tu trabajo. Estoy hablando en el ámbito personal —

remarcó con el ceño fruncido.

—Entiendo —aceptó imitando el gesto con su ceño.

—Te pido que cuando estemos delante de ella, tengamos una relación cordial —le aclaró.

—Eso no depende solo de mí —le rebatió al tiempo que giraba la cabeza para mirarlo.

—Por mi parte así será —admitió con firmeza.

—Pues por la mía, también —acordó.

—En la mansión tendrás mucho tiempo libre. En realidad, tu cometido será cuidar de que mi madre siga el tratamiento establecido por mí, de medicamentos, de alimentación y de ejercicio. No serás una señorita de compañía, así que podrás disfrutar de las instalaciones de la mansión —le explicó.

—Entendido.

Adam la miró y frunció aún más el ceño.

—¿No piensas decir nada más? —gruñó.

—Pues no —le respondió con flema.

—Elsa, te he dicho que quiero una relación cordial —insistió de forma recriminatoria.

—Todavía no estoy en presencia de tu madre —aclaró.

—¡Eres imposible! —exclamó y, a continuación, apretó la mandíbula con fuerza.

—Mira quien fue a hablar —dijo con tono irónico y una media sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Me consideras imposible de soportar? —inquirió elevando el tono de su voz hasta sonar enojado.

—Pues mira, ahora que lo preguntas, sí —le respondió a la vez que elevaba los brazos en un gesto claro de exasperación.

—Seguro que tu ex no te lo parece —exhortó.

Elsa lo miró desconcertada.

—No sé a qué viene eso. Mi ex no tiene nada que ver aquí.

—¿Sigues con él? —le interrogó con voz contenida.

—No quiero hablar de él.

—Por favor, Elsa, contéstame —y su voz casi sonaba amable.

Elsa volvió a recordar la tragedia personal de Adam y su decisión de que la conociera de verdad.

—No estoy con él —respondió resignada.

—¿Para qué ha venido? —siguió indagando.

—Para convencerme de que volviéramos a estar juntos.

—¿Y lo has rechazado?

—¡Sí! —exclamó con exasperación.

—¿Por qué?

—¡Basta, Adam! Son cosas muy íntimas. —No le apetecía tener confidencias con él.

Adam calló y su rostro volvió a convertirse en frío y duro, como el mármol. Estaba claro que mientras le daba lo que él pedía, su comportamiento casi podría pasar por normal, pero cuando ella le negaba algo, aunque fuera una simple respuesta, se convertía en un ser déspota y cruel. Elsa se hizo el firme propósito de amansar a la fiera.

—Adam ¿podrías explicarme por qué me has escogido a mí para cuidar de tu madre? —le preguntó usando una voz dulce.

Adam la miró, soltó una mano del volante y la puso en su pierna. El corazón de Elsa comenzó a latir con ferocidad, aunque no dejó que esto se reflejara en ella.

—Por qué te deseo.

No lo entendía, la deseaba y la apartaba de él. Pero no preguntó. Prefería no profundizar en ese tema que la hería tanto.

Cuando llegaron a su destino, Elsa se quedó sobrecogida. Unos altos muros no dejaban ver la exquisita maravilla que guardaban en su interior. Tras cruzar la puerta, un arcoíris de colores apareció ante sus ojos. Hasta

llegar a la mansión, recorrieron medio kilómetro de jardines elaborados con mimo y cuidado, llenos de espectaculares flores y plantas formando dibujos geométricos con bellas formas. ¡Parecía un caleidoscopio! La mansión era impresionante, de estilo antiguo, con docenas de chimeneas apuntando al cielo desde sus diversos tejados. Enormes plantas trepadoras cubrían parte de la fachada dejando ver la piedra oscura entre sus hojas. Y todo estaba rodeado por un esplendoroso manto de césped verde, tan intenso, que dañaba a la vista.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Elsa sin poder contenerse.

—¿Te gusta? —indagó Adam al ver su cara de asombro y oír su exclamación.

—Gustarme es poco. ¡Es una maravilla!

—Gracias. Este es mi refugio —le dijo con voz ensimismada. La miró de reojo y terminó con el tono más endurecido—. Aquí no entra ni sale nadie sin mi permiso.

Elsa giró su cabeza para mirarlo. No sabía por qué, pero eso le había sonado a amenaza. En ese momento, se abrió la puerta de la mansión, y salió el que Elsa supuso que era un mayordomo, aunque era la primera vez que ella veía uno en vivo y en directo.

—Buenos días, doctor White, señorita...

—Robert, esta es la señorita Ramírez, viene a cuidar de la señora White.

El mayordomo hizo un movimiento con el cuerpo que a Elsa le pareció una reverencia y se dirigió al maletero del coche. Sacó dos maletas y se dirigió hacia la casa a la par que decía:

—La señora White se encuentra en el saloncito verde, doctor.

—Gracias Robert.

Elsa no salía de su asombro: mayordomos que hacían reverencias, salones de colores y dos maletas. Una era suya, la otra esperaba que no fuese la de Adam. Creía que él se volvería el mismo día.

Cuando entró en la mansión detrás de Adam fue cuando Elsa logró apreciar la verdadera dimensión del lugar en el que se encontraba. A cada paso que daba descubría verdaderas joyas, ya sea en lienzos, cerámica, mármoles o cualquier otra forma de arte. Parecía un museo.

—Tendré que tener cuidado, soy capaz de perderme y estar una semana buscando mi cuarto —bromeó Elsa con una amplia sonrisa.

Adam la miró y, al ver su sonrisa, su rostro se relajó, sus ojos se hicieron cálidos y sonrió.

—Organizaría un rescate para ir en tu búsqueda.

Ambos soltaron una carcajada. Qué guapo estaba cuando se reía. Era la primera vez que lo hacía así, sonriendo con amplitud en su presencia, y se quedó boba mirándolo.

—Ven, voy a presentarte a mi madre. Te caerá bien.

Adam la guio por enormes pasillos hasta llegar a una puerta de roble. Tocó y abrió al mismo tiempo. La habitación era de dimensiones medianas y, en cuanto la vio, Elsa comprendió por qué lo llamaban así: tenía un amplio ventanal desde donde se veía el jardín y la luz lo iluminaba todo; estaba decorado con cortinas y tapicería en los sofás con amplias y hermosas flores con enormes hojas; las paredes estaban pintadas de un verde oscuro y, por todos los rincones, hermosos maceteros de terracota cobijaban plantas de un verde lustroso y brillante con bellos toques de flores de diversos colores. La madre de Adam se encontraba sentada en un cómodo sillón leyendo junto al ventanal. Levantó la mirada cuando oyó la puerta.

—Madre...

—Adam, hijo, te estaba esperando.

Adam se acercó a su madre y le dio un tierno beso. La dama quiso levantarse, pero el cirujano se lo impidió, con un suave apretón de la mano en su hombro.

—No te levantes. —Miró a Elsa—. Mamá, te presento a tu enfermera, Elsa Ramírez.

—Acércate, hija.

Elsa se aproximó y se puso frente a ella. Era una mujer aún joven, de unos sesenta años, rubia como su hijo, pero con los ojos verde esmeralda. Tenía un porte innato de gran señora y su rostro reflejaba paz.

—Buenos días, señora White, es un placer conocerla.

—Querida, ¿puedo llamarte por tu nombre? Eres tan joven...

—Por supuesto, señora. Estaré encantada.

—Espero que tu estancia aquí sea agradable. —Le deseó con una sonrisa franca y entrañable.

—Gracias... Seguro que sí —murmuró con timidez.

—Madre, si no te importa, antes que nada, voy a enseñar su cuarto a la enfermera.

—Por supuesto, hijo, que se acomode.

—Vamos, señorita Ramírez.

La joven se despidió de la madre de Adam y siguió a este. El doctor avanzó por el mismo pasillo y se detuvo frente a otra puerta.

—Pasa —le pidió abriendo él mismo la puerta. Se apartó a un lado para dejarle sitio para que accediera a la habitación, luego entró él y cerró la puerta a continuación.

Se encontraba en una amplia estancia con todas sus paredes repletas de macizas estanterías abarrotadas de libros. Una mullida alfombra cubría casi todo el suelo. Cómodos sofás y sillones de cuero marrón estaban estratégicamente diseminados por toda la habitación. Al fondo, delante del ventanal, había una amplia mesa de estudio.

—Como ves, no estamos en tu cuarto. Esto es la biblioteca.

—Ya me he dado cuenta.

—He de hablar contigo, pero antes... ¿me permites un momento tu móvil?

—¿Para qué?

—Elsa...

La muchacha escarbó en su bolso, sacó el móvil y se lo alargó. Adam lo cogió y se lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

—¿Pero qué haces? —preguntó sorprendida.

—Ya lo ves. Te confisco el móvil.

—Y eso... ¿a qué santo? —preguntó suspicaz a la vez que torcía su cabeza hacia un lado.

—Elsa, aquí hay unas normas que cumplir —replicó con contundencia.

—¡Eres el hombre de las normas! A ver, ¿qué normas son esas? —exclamó poniéndose en jarras.

—En primer lugar, como acabas de comprobar, nada de teléfonos.

—¿En toda la casa?

—No hay para ti —subrayó.

—¿Me estás diciendo que las normas son solo para mí? —inquirió sulfurada.

—Sí —respondió Adam con total tranquilidad.

—Pues haz el favor de usar tú el teléfono y llamar a un taxi —le pidió con voz contenida.

—¿Para qué? —preguntó desconcertado.

—Hay gente que se preocupa por mí y, si no puedo avisarles que he llegado bien y que estén tranquilos, me voy.

—Lo siento, pero no. Esa es la segunda norma. No saldrás de aquí sin mí o sin autorizarlo yo.

—Pero ¿qué dices? ¿Me estás secuestrando? —inquirió con tono más elevado.

—No, Elsa. Son unas simples normas. Estimo mucho mi intimidad y a esta mansión no viene nadie. Mi madre no sale nunca de aquí y mis sirvientes me son fieles. Absolutamente fieles —recalcó.

—Y yo no puedo salir —insistió incrédula.

—No, y te advierto que nadie de aquí te ayudará a salir.

—¿Y eso no es secuestro?

—Tómalo como quieras. Pero tú estás aquí trabajando, y en este trabajo hay normas.

—Comprendido. Pero insisto, necesito avisar de mi llegada y de que no podré ponerme en contacto por ahora. O me dejas mandar un mensaje o me voy —discutió enfadada.

—Está bien —se resignó devolviéndole el móvil—. Manda tus mensajes y devuélvemelo.

Elsa cogió el teléfono de la mano de Adam y, apartándose un poco, les mandó un WhatsApp a Lorena para explicarle lo ocurrido y a Luis para avisarle que había tenido que ausentarse de Brighton y que tardaría en volver, por lo que era mejor que se volviese a España, y a continuación lo apagó.

—Ahora ¿puedes llevarme a mi dormitorio? —inquirió mientras se volvía hacia él y le alargaba el móvil para que lo cogiera.

—Por supuesto. Solo quería recordarte la enfermedad de mi madre.

Elsa le lanzó una mirada furibunda. Le estaba haciendo chantaje emocional. Estaba tan enfadada que ya no prestó atención a la casa y se quedó fría cuando Adam abrió la puerta de su habitación y la dejó pasar.

—Espero que te guste.

Elsa no contestó. Observó que ya tenía allí la maleta y que alguien había sacado su ropa y la había colgado en el armario. Cuando oyó cerrarse la puerta, giró y se dirigió hacia ella.

—¡Maldita sea! ¡No hay pestillo, ni cerrojo, ni llave!

Decidió darse una ducha para tranquilizarse. No comprendía nada, pero determinó seguir las normas y cumplir con su cometido de la forma que él deseaba. Pensaba tomarse la situación como unas relajantes vacaciones en un hotel de cinco estrellas. La madre de Adam parecía agradable y no quería perjudicarla en su salud, así que, dejaría el enfado a un lado. Seguro que así desconcertaría a Adam.

Cuando terminó la gratificante ducha, se puso un vaporoso vestido estampado y decidió salir a buscar el saloncito verde donde se encontraba la madre de Adam, mientras recorría la mansión. Con tranquilidad observaba todas las obras de arte que se encontraba a su paso durante el recorrido. Ensimismada, no se dio cuenta de que alguien la observaba desde un recodo

de uno de los pasillos. Contemplaba un hermoso cuadro de la campiña inglesa cuando unas férreas manos la agarraron por la cintura y la arrastraron hacia un rincón. Elsa, por instinto, fue a dar un grito, pero el sonido se quedó a mitad de camino, en su garganta, porque su boca fue sellada por unos absorbentes labios. Enseguida reconoció a quien pertenecían esas manos, esa boca y el cuerpo que se plegaba al suyo. Una oleada de calor le recorrió toda su piel y una sensación de goce se apoderó de sus pechos apretados contra el cuerpo de Adam. Intentó serenarse. Eso no era lo que ella quería del cirujano. Bueno, sí, pero no como él lo conseguía. Adam, excitado, la besaba con fuerza y pasión, y sus manos comenzaron a recorrer el cuerpo de Elsa.

Por fin, la joven consiguió la suficiente fuerza de voluntad como para ponerle las manos en el pecho y empujarlo. Giró en cuanto se notó libre y echó a correr hasta cruzarse con un sirviente.

Adam se quedó en aquel rincón del corredor, respirando con ansiedad. Deseaba a Elsa cada vez más, y poseerla se estaba convirtiendo en una obsesión para él. Estaba convencido de que en cuanto se cumpliera su deseo, Elsa dejaría de ser una obsesión. Tras esperar unos minutos para relajarse, salió del recodo y se dirigió a la biblioteca. Sabía que, si se cruzaba con ella ahora, recibiría su desprecio. Eso le dolió. Para Adam, el encuentro sexual que había tenido con la joven había sido el más satisfactorio de toda su vida y había pensado que ella también había disfrutado, pero ante las negativas de Elsa a volver a tener una relación íntima con él, dudaba de que hubiera sido así y necesitaba tener la oportunidad de demostrarle que él podía conseguir que ella gozase con plenitud.

Elsa logró llegar al salón verde y se instaló junto a la dama. Había conseguido calmarse antes de entrar en la sala, aunque su corazón seguía palpitando descontrolado. Las dos mujeres pasaron un rato agradable, mientras conversaban, hasta que les avisaron para pasar al comedor. La madre de Adam se apoyó en el brazo de Elsa para andar y despacio, como si fuesen dando un paseo, se dirigieron allí.

—Adam se empeña en llevarme entre algodones. Quiere que haga

ejercicio, pero sin hacer ningún esfuerzo.

—Eso es lo que le conviene, señora White —le dijo con ternura.

—Por favor, Elsa, llámame Grace.

—Señora...

—Por favor...

—De acuerdo, será un honor para mí.

—Me ha dicho mi hijo que eres la mejor enfermera del hospital.

—Y lo es, madre —afirmó una voz tras ellas.

Ambas se giraron. Adam buscó con ansiedad la mirada de Elsa. No encontró enfado, pero tampoco supo definir lo que había en esa mirada.

Entraron los tres en el comedor. Adam ayudó a su madre a sentarse y ocupó su lugar en la cabecera de la mesa. A ambos lados suyos tenía a las dos mujeres.

Para sorpresa de Adam, Elsa se comportó deliciosamente dicharachera. Las dos mujeres llevaban la voz cantante en la conversación, mientras que Adam las observaba y contestaba solo cuando la pregunta iba dirigida a él. Solo se explayó cuando Elsa le preguntó por el tratamiento que debía seguir con su madre. Para entonces ya habían vuelto a instalarse en el saloncito verde. Adam le contestó todas las dudas que tenía Elsa sobre lo que tenía que hacer o no.

—Bueno, hijos, ahora os dejo un rato. Voy a descansar a mi cuarto. La verdad, Elsa, es que desde hace tiempo os he copiado en vuestro amor por la siesta.

—No me extraña, Grace. Es uno de nuestros mejores inventos —confirmó riendo—. Yo voy a imitarla.

A Adam se le nubló la vista.

—Había pensado en dar un paseo para enseñarle las instalaciones, señorita Ramírez.

—¡Ah! Bueno... si no le importa, será en otro momento.

Adam frunció el ceño. Otra vez le negaba su compañía.

—Está bien. La estaré esperando en la biblioteca cuando se levante de la siesta —le informó con la voz lo más cordial que pudo. No quería demostrar su enojo delante de su madre.

Las dos mujeres salieron y se dirigieron a sus habitaciones. Elsa intentó conciliar el sueño, pero le fue imposible, así que pensó en coger un libro de la biblioteca, pero cuando estaba de camino, se acordó de que él estaba allí. Entonces decidió ir a dar un paseo ella sola por los dominios de ese coloso. Preguntó a Robert por dónde salir y hacia dónde ir, y salió de la mansión.

## Capítulo 7

Mientras tanto, Adam, impaciente, intentaba entretenerse leyendo un libro. Al cabo de una hora ya no pudo aguantar más y se dirigió al dormitorio de Elsa. Golpeó la puerta con reiteración y, en vista de que no respondía, entró preguntando:

—¿Es que no piensas salir de aquí en toda la tarde?

Miró alrededor y encontró la habitación vacía. Se asomó al baño que tenía la puerta abierta y nada. Elsa no estaba. Nervioso, salió del cuarto y la buscó en el saloncito verde. Nada. Recorrió pasillo tras pasillo, y nada. Al fin se cruzó con Robert.

—¿Has visto a la señorita Ramírez?

—Sí. Hace como una hora me preguntó por dónde salir para dar un paseo por el jardín.

—¡Maldita sea!

—He hecho mal de indicarle, doctor White.

—¡Eh! No, no, Robert. Has hecho muy bien.

La que lo había hecho mal era Elsa al volver a despreciar su compañía. Salió de la mansión con zancada larga y firme. Se puso a buscarla por todo el jardín sin encontrarla. Minuto tras minuto, su angustia y desespero se iban acrecentando. No podía haber salido de allí. Era imposible. Nunca había odiado la grandiosidad del jardín salvo en ese momento.

En un extremo del jardín había un pequeño lago rodeado de césped. Sentada sobre este, Elsa jugaba con sus dedos en el agua. Cuando la vio, a Adam le dio un vuelco el corazón. ¡Estaba allí! La joven parecía sumida en sus propios pensamientos, porque no lo oyó llegar. La agarró por los hombros y la izó.

—No vuelvas a hacerme esto —le dijo al mismo tiempo que la abrazaba y buscaba sus labios.

Elsa no pudo evitar corresponderle y apretarse a él para dar rienda suelta a sus deseos. Profundizó el beso con deleite, pero cuando notó que Adam le empezaba a subir la falda del vestido comprendió que el cirujano estaba perdiendo el control y, forzándose a serenarse, separó los labios de él, y le dijo, lo más tranquila que pudo, mientras se esforzaba por alejarse de su cuerpo:

—¿Qué es lo que no debo volver a hacer?

—Creía que te habías ido —le reprochó con voz bronca.

—Ni lo he intentado. Tú me has advertido que sería imposible.

—Te estaba esperando en la biblioteca para dar un paseo y tú has despreciado mi deseo.

—Perdona, no sabía que era tu deseo acompañarme. Creí que lo habías dicho por compromiso.

Adam frunció el ceño. En verdad deseaba pasear con Elsa por el jardín.

—Soy tu anfitrión.

—¿Mi anfitrión? Yo te llamaría jefe o carcelero, pero no anfitrión.

—Elsa, te he dicho ya varias veces que no me provoques.

—Perdona, pero, chico, es que sacas todo lo malo que hay en mí — confesó cambiando de táctica. No tenía ganas de discutir más. Solo le apetecía tener unos días de descanso alejada de él—. Venga, demos un paseo tú y yo. Será agradable.

Los dos se relajaron y pasearon por los dominios de Adam. Este le enseñó la piscina que estaba oculta detrás de la mansión.

—Cuando quieras, puedes utilizarla. El único que la usa soy yo.

—Te lo agradezco, porque nadar es mi deporte favorito.

—¡Vaya! El mío también. Cuando quieras nos hacemos unas carreras.

—Será estupendo. A mí no me molesta perder.

Ambos rieron.

Cuando llegaron a las caballerizas, Adam le preguntó si sabía montar a caballo.

—No. Jamás lo he hecho. Me da algo de miedo...

—No te preocupes, yo te enseñaré. Así podremos ir a recorrer el bosque —sugirió señalando detrás de las caballerizas—. Toda esa arboleda son terrenos míos. Verás cómo disfrutas.

Elsa se lo quedó mirando; una sospecha empezó a rondarle la cabeza.

—Oye, Adam, ¿tú cuando vuelves a Brighton?

Adam se giró a mirarla.

—¿Por?

—Es que... yo creía que habías venido solo a traerme y que volvías enseguida al hospital.

A Adam volvió a nublársele la vista. Por eso ella era tan amable con él. Otra vez se sentía rechazado por Elsa.

—Estoy de vacaciones —reconoció con brusquedad.

—Entonces... ¿qué hago yo aquí? Tú podrías ocuparte igual o mejor que yo de las necesidades de tu madre.

—Volvamos a la casa. Debe ser casi la hora de cenar —concluyó la conversación con sequedad.

Elsa se sentía anonadada. Tenerlo allí todos los días era, a la vez, un placer y una tortura, y no sabía cuál de las dos sensaciones ganaría.

Volvieron a encontrarse con la madre de Adam, y acudieron los tres juntos a la llamada de la cena. Pese a su desconcierto, Elsa volvió a proceder como a la hora de la comida; sin embargo, Adam, esta vez, no se mantuvo callado. Sacó todas sus armas de conquistador y se comportó de forma encantadora. Tenía esa fina ironía sarcástica típica de los ingleses que a ella tanto le gustaba.

Pasaron una velada muy agradable charlando y riendo, y la madre de Adam contando anécdotas de cuando su hijo era pequeño. Ella fue la primera en retirarse a descansar, pero ante la decepción de Adam, Elsa la siguió. No quería quedarse a solas con él porque siempre terminaban peleando y prefería tener un final feliz para esa velada.

Pero Adam tenía otro desenlace para ese día. Su plan estaba trazado ya desde antes, y el hecho de que Elsa volviese a evitarlo lo hizo afianzarse en su primera idea.

Mientras Elsa se acostaba, él se fue a la biblioteca y se preparó una copa. Su corazón se aceleraba cada vez que pensaba en el momento, tan esperado, de acudir al cuarto de Elsa. Iba a hacerle gozar lo indecible. Ansiaba tocar su suave piel, recorrer con sus manos cada célula de su cuerpo, verla contorsionarse con sus caricias y fundir con su boca, los sensuales labios de Elsa.

Dejó transcurrir una hora. Quería que ella estuviese en el primer sueño para que despertase en el momento que él comenzase a tocarla. Su cuarto estaba junto al de ella, así que primero pasó por allí, se dio una ducha y desnudo se puso una bata de seda. Salió al pasillo y con sigilo se dirigió hacia la puerta de Elsa. La abrió con prudencia. La habitación estaba a oscuras. Cerró la puerta con cuidado y se mantuvo quieto durante un tiempo para acostumbrar sus ojos a esa penumbra. La ventana estaba abierta y por ahí entraba una sutil luz que procedía de algunas de las farolas de jardín que se mantenían encendidas toda la noche. Al cabo de un rato, pudo divisar los muebles de la habitación. Sobre la cama, un bulto señalaba dónde dormía Elsa.

Adam cogió el preservativo que llevaba en el bolsillo, lo dejó sobre la mesita de noche y se quitó la bata dejándola caer sobre la mullida alfombra. Se acercó a la cama, retiró la sábana y contempló el cuerpo de Elsa oculto, tan solo, por un reducido camisón de algodón. Estaba acostada de costado, sobre el brazo izquierdo, lo que dejaba la fina curva de su espalda ante la mirada de Adam. Se la veía bellísima.

Se tumbó en la cama en la misma postura que ella. Pasó la mano con suavidad por la espalda. Con mucho cuidado, la agarró por su brazo derecho y la hizo girar para que se quedase boca arriba. Su boca, entreabierta, quedó a pocos centímetros de él. Agachó su cabeza rozando con sutileza sus labios en la boca de ella. Su mano derecha se deslizó por debajo del camisón y

comenzó a rozar la piel de su estómago. Elsa abrió los ojos atemorizada, intentó incorporarse y gritar, pero se lo impidió Adam con sus manos y su boca. Pasó su pierna por encima de ella, sin presionarla, solo para sujetarla.

—Elsa, soy yo. No te asustes —le susurró sobre sus labios despegándolos de los de ella solo lo justo para poder hablar.

Elsa se quedó paralizada.

—Déjate llevar. Nos deseamos los dos, lo sabes.

Despacio, se separó un poco más de su boca.

—Así no —murmuró Elsa.

—Ya verás, Elsa, te voy a hacer gozar como nunca.

Elsa contuvo las ganas de llorar. El hombre que había despertado nuevos sentimientos en ella iba a utilizarla como un juguete sexual, y eso le producía tal congoja en el pecho que le paraba la respiración. Enseguida se dio cuenta de que, si ella quería, podría quitárselo de encima y apartarse. Ese no era el motivo de su zozobra, sino el hecho de que se colara en su cuarto sin consultar con ella. Intentó serenarse y se hizo el firme propósito de no demostrar ni un ápice de disfrute. Iba a darle una lección a ese frío y despótico hombre.

Mientras ella distraía su mente pensando en otras cosas para no sucumbir a las caricias de Adam, este comenzaba con su juego de seducción. Su lengua recorría los voluptuosos labios de Elsa. Le volvían loco esos gordezuelos y bien perfilados labios de Elsa. Sabían muy dulces, y su lengua, sensitiva, disfrutaba jugando con ellos. Continuó deslizando la lengua por su cuello, con lentitud; luego por su oreja, introduciéndola dentro y mordisqueando el lóbulo. Elsa intentaba serenarse. Por dentro estaba sintiendo un fuego abrasador, pero su cuerpo estaba flácido, como sin vida.

La mano de Adam exploraba cada centímetro de su piel con parsimonia. Jugueteó con sus senos, pellizcando sus pezones hasta que se pusieron duros. Era la única muestra de placer que Elsa no había podido contener.

Su boca volvió a los labios de Elsa. Introdujo su lengua dentro sin encontrar resistencia, pero tampoco fue correspondido. Recorrió el interior de

su boca, provocándola con la lengua, pero pese a los insufribles deseos que tenía Elsa de devolver el beso, su férrea decisión la hizo mantener su boca laxa.

—Bésame —gruñó Adam con voz grave.

La joven no le hizo caso, y el cirujano, desistiendo, elevó el pequeño camisón y buscó con su boca los pezones de Elsa. Para esta era una tortura contener sus fuertes deseos y cada segundo que pasaba se hacía más difícil. Su vulva estaba inflamada de deseo y la humedad de su interior era prueba evidente de que su cuerpo estaba reaccionando, aunque ella no quisiera.

Adam deslizó su mano por el cuerpo de Elsa hasta conseguir erizarle el vello. Recorrió sus muslos, intensificando la caricia por el interior hasta que llegó a su cavidad húmeda y cálida. Adam lanzó un grito agónico.

—Elsa, tu cuerpo reacciona, no puedes negar que me deseas, ¿por qué estás así? ¿Por qué no te dejas llevar?

Silencio.

Él siguió intentando hacerla reaccionar. Introdujo sus dedos dentro de ella y solo consiguió un ligero espasmo. Su lengua continuó frotando sus pezones donde había encontrado la reacción incontrolable de Elsa. El cuerpo de Adam estaba encendido, excitado, ante el tacto de la joven. Su subconsciente le decía que no estaba actuando bien, pero su excitación lo apartaba de su mente. El cuerpo laxo de Elsa no le permitía dar y recibir en la medida en la que él tanto ansiaba, pero su anhelo por ella era tan grande que se conformaba con las migajas que estaba consiguiendo. La posesión de Elsa lo era todo para él.

Separó con delicadeza las piernas de Elsa y se colocó entre ellas. Cogió el preservativo de la mesita, se lo colocó y cogió sus nalgas para poderla penetrar. El cuerpo de la joven ya casi no obedecía a la razón y pugnaba por estremecerse y retorcerse en pleno orgasmo. Levantó las piernas y rodeó con ellas la espalda de Adam. Este, asombrado, la miró, pero como la luz era escasa, no pudo ver la gran tristeza que reflejaba el rostro de Elsa y entendió la acción de la joven como de aceptación del deseo que ella también sentía.

Sin poder contenerse, empujó hacia adentro al mismo tiempo que buscaba su boca. Aunque Elsa comenzó a seguir el ritmo de Adam con sus caderas, no participó del beso, pero no pudo evitar que, con la llegada incontrolable del orgasmo, se le escapara un gemido que provocó que él deseara estar lo más profundo posible dentro de ella. Le levantó aún más las caderas y dio unos fuertes golpes con las suyas hasta que explotó en el interior de Elsa.

Cayó, exhausto, sobre ella y enseguida giró y se puso a su lado, de costado, mirándola con intensidad. Elsa, entonces, se incorporó un poco cogiendo la sábana que permanecía a los pies del lecho, se tapó agarrándola con firmeza sobre el pecho y se giró, dándole la espalda a Adam.

—¡Maldita sea! —exclamó el famoso cirujano. Saltó de la cama, se quitó el preservativo y salió corriendo, como enloquecido, de la habitación de Elsa. Allí se quedó, como recuerdo, su bata de seda, mientras él se encerraba en su cuarto.

Elsa se quedó acurrucada en el lecho mientras su rostro se mojaba de silenciosas lágrimas. Podría haber sido la noche perfecta y había sido la peor noche de su vida. Ella necesitaba algo de sentimiento, no solo sexo y, aunque deseaba dolorosamente a Adam, no estaba dispuesta a convertirse en tan solo un desahogo para él. A pesar de ello, no iba a dejarse vencer por Adam. Ahora lloraría todo lo que necesitase, pero a partir del día siguiente, iba a ignorar lo que había pasado esa noche. Con Luis ya se había sentido mujer objeto y no iba a tolerar que le pasase lo mismo con Adam. Pensaba que su mejor arma era mostrar indiferencia total ante lo que él deseaba. Con Adam lo obtendría todo o nada. El sexo no sería su único punto de unión.

Adam, frustrado, paseaba por su habitación. Se sentía humillado por Elsa y, para colmo, su deseo por poseerla, en lugar de disminuir, había aumentado. Elsa no se había resistido en ningún momento, pero él sentía que la había forzado. Su furia, según revivía lo que había pasado, iba en aumento. Lo curioso era que estaba enfadado consigo mismo por no haber sabido controlarse y no haber abandonado el cuarto de Elsa, con dignidad, antes de que ocurriese algo. Pero le era imposible dominarse. Ahora mismo habría

regresado otra vez allí y habría repetido su comportamiento de igual manera. No quería volver a proceder así y menos sentirse como se sentía. Era la primera vez que una mujer no se daba con gusto y placer a él. Solo tenía un remedio para poner fin a esta situación.

Cuando Elsa, a la mañana siguiente, apareció por el saloncito verde, que era el preferido de Grace, vio que la madre de Adam estaba triste. Su semblante reflejaba todo lo que sentía y, en ese momento, la dama, no era feliz.

—¿Qué le ocurre, Grace? —le interrogó cogiéndole las manos.

—Elsa, cariño, perdona que comparta contigo mi malestar, pero necesito hablarlo con alguien.

—Dígame.

—Hacía años que Adam no se tomaba unas vacaciones y estaba una larga temporada conmigo. En el momento en que me avisó de su repentina visita para quedarse durante un tiempo, me dio una alegría inmensa, y cuando esta mañana Robert me ha dicho que se había ido de madrugada...

—¿Se ha ido?

—Sí, hija, sí, se ha ido.

A Elsa, la noticia la entristeció. Su corazón se encogió. Aunque fuese una tortura verlo, durante la noche, había dado por hecho que él estaría allí cuando se levantase, y su súbita desaparición le había producido un vacío inmenso. No se comprendía ni ella misma; unas veces pensaba una cosa y, al momento siguiente, lo contrario.

—No se preocupe, Grace, seguramente habrá tenido algo urgente que hacer y volverá pronto para acabar sus vacaciones con usted —intentó tranquilizar a la dama.

—¿Eso crees? —inquirió con ansiedad.

—Sí, Grace.

No. No lo creía, pero la mujer estaba muy consternada y debía quitarle esa

pena.

—Bueno, por lo menos tengo el consuelo de que estas tú aquí.

Elsa se conmovió con la resignación de Grace.

Los días pasaban de manera agradable para las dos mujeres. Conversaban durante horas, paseaban por el jardín y jugaban a las cartas. Se habían vuelto grandes amigas y disfrutaban de su mutua compañía. Para Elsa era un descanso el no tener la tensión diaria de la presencia de Adam, aunque, por otra parte, lo echaba muchísimo de menos. Cada rincón de la mansión le traía recuerdos de él, y cuando paseaban por el jardín, rememoraba el paseo que habían disfrutado juntos.

Se acostumbró a darse un baño en la piscina todas las mañanas, disfrutando del ejercicio tonificante. Le hubiera gustado poder competir con él. No podía apartarlo de su mente y añoraba sentirlo junto a ella, gozar con él de todas las formas posibles. Ahora no estaba tan segura de haber obrado bien cuando Adam acudió a su dormitorio aquella noche.

Adam había vuelto al hospital y trabajaba de forma compulsiva. Quería borrar de su mente a Elsa y su desprecio. Se sentía un ser pequeñito, minúsculo ante su infamia y había pensado que, trabajando y alejado de ella, lograría que desapareciese de su interior. Él jamás había obrado así. La acción más ruin que había cometido en su vida había sido tirar todas las pertenencias de su mujer a la basura. Reconocía que para su trabajo era una persona estricta, pero de ahí a *acosar* a alguien... Nunca se había tenido por una persona manipuladora y violenta, y con Elsa estaba llegando a esos límites. Debía alejarse de ella.

Pero todos sus intentos eran en vano, cada minuto que pasaba, pensaba en ella, en su risa, su forma de torcer la cabeza cuando se enfadaba, sus palabras insidiosas y hasta en su altanería cuando se le enfrentaba. Era una mujer decidida y dulce a la vez, aunque esta segunda faceta la había visto en

contadas ocasiones, pero reconocía que esto era por culpa suya. Sin embargo, ahora soñaba con conocer su parte dulce, sensible, sus pensamientos, oír su voz, bucear en sus ojos y compartir con ella gratos momentos.

No era fácil para él admitir que deseaba algo más de Elsa. Que se le había metido bajo la piel y deseaba compartir con ella otros momentos en los que no fuese imprescindible un contacto físico. Y menos después de cómo se había comportado con ella desde el mismo momento de conocerla. Si hacía acto de contrición consigo mismo, debía reconocer todas sus culpas, y eran muchas. Su forma de atosigarla y perseguirla había rayado lo absurdo. ¿Qué demonios le había pasado? ¿Por qué se había portado de esa manera con ella? Muchas mujeres habían pasado por sus manos desde su divorcio. Muchas. Y con ninguna había tenido la necesidad de verter sobre ella todos sus traumas, sus dudas y sus odios. Habían pasado por su vida sin más. Algunas con un poco de conquista y otras con tan solo una pregunta. Después, habían ido a formar parte del pasado. Su odio se había centrado en su ex y en todas las mujeres en general, pero sin descargar su furia en ninguna en particular. Todo lo contrario a lo que le había ocurrido con Elsa. Su mente estaba muy confusa.

Cada día que pasaba se le hacía interminable. Ni siquiera su trabajo lo sacaba de ese huracán de sentimientos que daba vueltas en su cabeza. A la conclusión a la que sí había llegado era que, para estar en paz con su propia conciencia, debía pedirle perdón a Elsa. La había observado tanto. La había estado siguiendo con su mirada todas las veces que había podido y la había visto relacionarse con los demás, interactuar con la gente y había tenido que reconocer que Elsa no se parecía en nada a Claire. Nada en absoluto. Ella era servicial y comprometida con los pacientes, a la vez que exudaba una fortaleza de la que los contagiaba. También se había dado cuenta de que cuando ella no sabía que él estaba a su alrededor, sonreía de continuo. Algo que no ocurría cuando estaba en su presencia. Y estaba tan bonita cuando sonreía... Sintió un deseo irreprimible de que esas sonrisas hubiesen sido dirigidas hacia él. Pero tenía que reconocer que no se lo había puesto nada

fácil. Más bien todo lo contrario.

Cuando ya llevaba diez días de insoportable nostalgia decidió volver a la mansión. Era noche cerrada y llovía copiosamente, así que decidió no llevar el descapotable. Sacó su flamante BMW del garaje y se lanzó a la carretera. Adam se conocía el camino hasta su hogar con los ojos cerrados.

## Capítulo 8

Elsa y Grace contemplaban como llovía tras los grandes ventanales del saloncito verde. Durante esos diez días, Grace le había hecho de cicerone y le había ido enseñando todas las dependencias de la inmensa mansión. Ahora entendía por qué la dama pasaba la mayoría de sus horas en ese acogedor saloncito: el resto de salones eran inmensos en comparación con este. Elsa ahora sabía que la habitación de Adam era la contigua a la suya, por expreso deseo del cirujano. Según su madre, había otras habitaciones más bonitas y que solían acoger a las visitas, pero él había insistido que fuese esa la de ella. Todas las mañanas, tras su baño en la piscina, cogía flores del jardín y las colocaba en hermosos jarrones en el cuarto de Adam. Otra dependencia de la mansión en la que le gustaba estar era la biblioteca. Le recordaba a él. Su olor permanecía tanto en su cuarto como en la biblioteca.

—Recuerdo cuando Adam era pequeño y se ponía a llover. En cuanto me descuidaba, salía al jardín y se colocaba bajo la lluvia. Cuando nos dábamos cuenta y salíamos a reñirle, nos decía: «Papá, mamá, es que así creceré más rápido».

Las dos mujeres se echaron a reír.

Después de cenar, Grace se retiró a su cuarto y Elsa se fue a la biblioteca. Le gustaba, por las noches, leer antes de acostarse. Oía la lluvia tras los cristales. Solía irse a dormir bastante tarde porque a las doce de la noche debía tomar la tensión de Grace y auscultarla. Esa noche, cuando estaba a punto de dejar el libro que leía e ir a la habitación de la dama, llegó Robert con evidentes muestras de estar conmocionado.

—Señorita Ramírez, ha habido una desgracia —le dijo con voz temblorosa.

—¿Qué pasa Robert? ¿La señora? —Se puso en pie alterada al ver al mayordomo.

—No. El señor. Ha sufrido un accidente con el coche cuando venía hacia aquí —le informó.

Elsa no se atrevía a preguntar. No quería saberlo.

—Está en su hospital.

—¿Vivo? —consiguió formular la pregunta.

—Sí, sí, aunque grave.

A Elsa se le aflojaron las piernas.

—No sé si debo decírselo a la señora, señorita Ramírez —continuó Robert.

—No. Por supuesto que no.

—Es que no sé qué hacer —confesó abochornado.

Comprendió que debía hacerse cargo de la situación.

—Por lo pronto, yo me voy al hospital. ¿Hay algún coche aquí? —le preguntó mientras pensaba en la mejor forma de actuar para preservar la salud de Grace.

—Señorita, tengo prohibido dejarla salir.

—Robert...

El mayordomo miró angustiado a Elsa.

—Está bien. Frederick la llevará. Es el chófer de la señora.

Elsa lo prefería. No había conducido todavía en Inglaterra y, entre que allí el volante estaba en la derecha y su estado nervioso, no sabía si llegaría sin percances al hospital.

—Robert, no le diga nada a la señora White. Cuando mañana se levante, le dice que he tenido que ir a Brighton a solucionar un problema con los papeles de mi permanencia aquí, que volveré lo antes posible y, por favor, que no se les note a ustedes. Compórtense como siempre. Esto podría ser un duro golpe para el corazón de la señora. No lo podría resistir. Intentaré traerme al señor lo antes posible... si es posible.

Su voz se quebró, pugnando por salir las lágrimas que hasta entonces había podido contener.

El trayecto hasta el hospital se le hizo eterno. Temblaba de miedo acurrucada en su asiento. No sabía con lo que se iba a encontrar allí y eso la tenía desesperada. El dolor que sentía era desgarrador. Jamás había experimentado algo parecido. Las entrañas se le retorcían por dentro y un fuerte dolor de cabeza se había instalado en sus sienes. Ahora lamentaba su comportamiento la última vez que habían estado juntos. Si hubiese hecho lo que le pedía el cuerpo, por lo menos tendrían un recuerdo memorable. Se prometió a sí misma que, si Adam salía bien de esta, actuaría con él como deseaba hacerlo. Le mostraría su verdadero yo y no esa versión sucedánea y malhumorada que hasta ahora parecía que salía cuando estaba con él. Ella siempre había sido una joven llena de alegría y con una fina ironía siempre en sus labios, pero reconocía que desde el golpe que había tenido con Luis, se había vuelto más huraña y quejica. Eso iba a cambiar de inmediato y su yo auténtico iba a volver *ipso facto*. Siempre había pensado que la vida estaba para disfrutarla, y ella últimamente pasaba por esta de puntillas por si volvía a tener otro duro golpe. Y no, otro duro golpe le había hecho ver que se había equivocado, que la vida era muy corta como para no aprovechar todos los momentos buenos que esta le ofrecía o que ella se brindaba a sí misma. Al fin y al cabo, en muchas, muchísimas ocasiones, ella era la que escogía el camino a seguir y de ella dependía el que lo gozase o sufriese.

Cuando llegó al hospital, enseguida le informaron dónde estaba Adam y cuál era el médico que se había hecho cargo de él. Fue primero a hablar con el doctor Anderson. Elsa lo conocía bastante bien porque el doctor James Anderson formaba parte del grupo de médicos jóvenes que se solían saltar un poco las normas y compartían ratos de charla con las enfermeras en cuanto tenían un rato libre. Y daba la casualidad de que con él había sido con quien más trato había tenido ella en el poco tiempo que llevaba en el hospital.

—Doctor, supongo que sabrá que estoy cuidando de la madre del doctor White. He venido a ver como se encuentra él —anunció en cuanto entró en su despacho.

—Sí. Estamos informados de su cometido. La verdad es que la

esperábamos.

—¿Podría informarme de la situación? —inquirió con voz profesional.

—Por supuesto. El doctor White, como supongo que sabe, sufrió un accidente con su coche. Gracias a su documentación, la ambulancia lo trajo aquí de inmediato. Había perdido el conocimiento producto de una conmoción cerebral. La verdad es que nos asustamos bastante; nos pareció más grave de lo que era. Creímos que el golpe le había afectado a algún órgano vital porque sus constantes vitales eran casi inexistentes.

—Supongo que le realizaron todo tipo de pruebas.

—En efecto. Ahora mismo estaba comprobando los últimos resultados.

—¿Y?

—Aparte de la conmoción cerebral, solo tiene algunas pequeñas fisuras en un par de costillas.

—¿La conmoción le ha afectado en algo?

—Bueno... sí. No tiene hemorragia ni aneurisma. Pero todavía no ha recuperado el conocimiento por lo que aún no sabemos si tiene otros síntomas. Le hemos escrutado el cerebro milímetro a milímetro y físicamente no hay daños, pero hasta que no recupere la conciencia... ya sabe...

—De acuerdo. Ahora, ¿puedo verlo?

—Por supuesto, la acompaño.

—No hace falta, doctor, sé el camino, gracias de todos modos.

Se había mantenido firme en su condición de enfermera, pero cuando salió del despacho, apoyó su espalda en la pared del pasillo, se llevó las manos a la cara y rompió a llorar con tanta fuerza que su cuerpo se convulsionaba. Con tenacidad intentó calmarse. Necesitaba ir a ver a Adam, pero no podía acudir a su lado en esas condiciones. Cuando pudo tranquilizarse, se dirigió con rapidez hasta la UVI, donde se encontraba Adam. Entró con gesto contenido, despacio y sin hacer ruido. Sobre la cama estaba él, quieto, con los ojos cerrados y el ceño fruncido. Le habían puesto una vía en una muñeca y una bolsa de suero con, suponía, algún medicamento, que bajaba gota a gota para

introducirse en su sangre. Su rostro estaba muy pálido y lleno de magulladuras. Pequeñas heridas rojas por la sangre desperdigadas por su rostro y sus brazos contrastaban con la palidez de su piel. Aun así, su perfil seguía teniendo la misma fuerza de siempre y su mentón reforzaba la dureza y a la vez belleza de sus facciones. Se acercó hasta él, le cogió la mano y se la apretó. Acercó su cara a la de él y le susurró al oído con ternura:

—Adam, debes despertarte, tu madre y yo te estamos esperando en casa.

Ningún movimiento por parte del enfermo hizo suponer a Elsa que la había oído. Le dio un tierno beso en la frente y, acercando una silla a su lado, se sentó decidida a estar allí hasta que despertase. No había soltado su mano y con flaqueza apoyó su frente en el brazo de Adam mientras gruesas lágrimas caían de sus ojos. Después de largos minutos, con pesar levantó su cabeza y se enjuagó el rostro. Hacía pocas horas del accidente, por lo que no era alarmante que todavía estuviese así. Tras el descanso, cuando su cuerpo y su mente estuviesen preparados, despertaría. Ella quería que su rostro fuese lo primero que viese, pero para ello debía recomponerse.

No hizo falta esperar mucho tiempo, al cabo de una hora, Elsa, que tenía la mirada fija en su masculino y atractivo rostro, notó que parpadeaba y movía los labios.

—Adam, Adam, ¿me oyes? —le preguntó acercándose a él.

El cirujano movió la cabeza de un lado a otro, se intentó mojar los labios con la lengua y sin abrir los ojos, murmuró:

—Tengo sed.

—Adam, sabes que no puedes beber todavía. Te mojaré la boca con agua para que no te la notes tan seca.

Elsa buscó algodón y lo mojó en agua. Lo acercó a los labios de él y se los humedeció, luego lo introdujo dentro de la boca para hacer lo mismo con el resto. El cirujano aún no había abierto los ojos.

—Adam, abre los ojos.

—No puedo, me pesan —susurró y volvió a quedarse dormido.

Durante otras dos horas, Elsa contempló a Adam sin volver a ver movimiento en su cuerpo. Se había hecho cargo del cuidado de Adam y ella era la que le ponía el medicamento junto al suero, le tomaba la temperatura, la tensión, le curaba las heridas, etcétera. Estaba observando la botella de suero en el momento en que oyó su voz.

—Elsa...

—¡Adam! ¡Por fin!

—Elsa... estás aquí —susurró.

—Sí, Adam, estoy aquí. No te alteres, debes descansar.

—Me gusta que estés aquí —reconoció con voz ronca pero dócil.

Elsa sonrió con dulzura.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber el cirujano.

—Tuviste un accidente con el coche, pero tranquilo, estás bien —le explicó acariciando con suavidad su brazo.

Adam intentó incorporarse, pero un fuerte dolor en el torso le hizo desistir.

—Me duele todo el cuerpo. Dime qué tengo. La verdad, Elsa —pidió mirándola fijamente a los ojos.

—Solo algunas fisuras en las costillas, contusiones y conmoción cerebral —le contestó Elsa a la vez que posaba una mano en su hombro para impedir que se moviese.

—Vale —dijo con resignación.

Adam elevó su brazo y cubrió la mano de Elsa con la suya.

—Debes descansar, lo sabes. Es la mejor medicina para ti.

—No recuerdo nada —reconoció con pesar.

—También sabes que eso es normal, Adam.

—¿Quién me está tratando? —Quiso saber el cirujano.

—El doctor Anderson —le informó la joven.

—Por favor, dile que venga. Quiero hablar con él —le pidió mientras le apretaba con suavidad su mano.

—Está bien, pero prométeme que serás breve y que luego descansarás —le

exigió preocupada.

—De acuerdo.

Elsa salió y regresó a los pocos minutos con el doctor.

—Quiero que me haga un informe completo de la situación —exigió Adam en cuanto vio al médico.

Este le expuso lo ocurrido, en qué estado estaba y todas las pruebas que le habían realizado. Adam quedó satisfecho, y el doctor Anderson se marchó. De repente, su cara se contrajo y giró su mirada hacia la enfermera.

—Elsa, ¿y mi madre? ¿Sabe algo? —preguntó con angustia.

—No. No sabe nada y no quiero que se entere hasta que te vea. En cuanto acabe el periodo de observación, te llevaré a la mansión y allí yo te cuidaré.

—Gracias, Elsa —dijo con voz tierna.

—No hay de qué.

—Sí lo hay. Después de cómo me porté contigo esa noche...—susurró Adam con un claro tono de arrepentimiento en su voz—. No sé cómo me miras a la cara, así con que menos entiendo que me estés ayudando ahora. Elsa, de verdad que lo siento. No sé lo que me pasó. Me convertí en un sádico. Te prometo que jamás volverá a ocurrir algo así. Me avergüenzo y me arrepiento de lo que pasó. No es excusa, pero tú haces que me encienda como la paja y pierda el control.

—Bien. Te perdono, pero que quede claro que no voy a pasarte ni una más —le advirtió señalándolo con un dedo.

—Lo sé, Elsa, lo sé. Te juro que no volverá a pasar. Si vuelvo a perder el control será con tu consentimiento —añadió con una mirada traviesa.

—Y ahora a dormir, Adam. Es lo que más necesitas.

—Sí, tienes razón. Estoy agotado.

Adam se quedó profundamente dormido casi enseguida. Elsa aprovechó para irse a su casa a dormir un rato, darse una ducha y volver al hospital. Cuando llegó al apartamento, Lorena estaba allí.

—Elsa, ¡que sorpresa! ¿Ya no necesita el doctor White tus servicios? —

preguntó con ironía.

—¡Ay, Lorena! Tengo tanto que contarte... —confesó con tristeza.

—¿Qué ha pasado? —inquirió al mismo tiempo que desaparecía su sonrisa y aparecía en su rostro la preocupación.

Elsa le hizo un relato de todo lo que había pasado en la mansión y acabó contándole el reciente accidente.

—Elsa, no te entiendo, después de lo que te hizo, ¿vas a cuidar de él?

—Estoy empezando a conocerlo mejor, Lorena, y sé que ahora me necesita, aunque solo sea para reponerse de sus heridas. Además, me ha pedido perdón. Es mucho más de lo que yo esperaba —dijo llorando.

—Si algún día me lo cruzase, le diría cuatro verdades bien dichas a ese monstruo. Por cierto, ¿Sigues sin móvil? —refunfuñó enojada.

—Pues si... ya te conté en el mensaje el por qué —le contestó con tono compungido— Por eso me atrevo a pedirte tu móvil para hacer una llamada.

—No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. Ni a ti, ni a él. De todas formas, no es el mejor momento para hablar de estos temas y menos para recriminarte —confesó Lorena alargándole su móvil—. Toma. Úsalo todo lo que necesites, pero antes deberías reponerte un poco.

—Gracias, cielo. Tienes razón. Hoy es el cumpleaños de mi amiga Paula y me gustaría felicitarla, y no es plan que lo haga con voz llorona —le aclaró alargando su mano para coger el teléfono mientras que con la otra se restregaba los ojos.

Se desplazó hasta la ventana y mirando a través de sus cristales marcó el número de su amiga a la par que tragaba varias veces para aclararse la garganta. Esperó a que contestara.

—¿Diga? —oyó al otro lado de la línea.

—¡Felicidades! —exclamó con fuerza.

—¿Elsa? ¿Eres tú? —inquirió su amiga con voz alegre.

—¡Pues claro! ¿Pensabas que te iba a fallar?

—Qué alegría oírte, cariño. ¿Qué tal te va por esos lares? Andaba un poco

preocupadilla por ti porque no hablas mucho por el grupo del WhatsApp.

—Bueno... de todo un poco. Parece que llevo aquí toda una vida por la de cosas que me han pasado.

—¿En serio? —preguntó su amiga intrigada.

—Ya lo creo, Paula. Me encantaría que estuvieses aquí para compartirlas contigo.

—Pero chiquilla, si hoy en día no hay distancias con internet. Si no te gusta por teléfono, nos hablamos por Skype, ¿quieres?

—No es lo mismo, cielo —se quejó la enfermera—, pero creo que no voy a tener otro remedio por ahora. En estos momentos no puedo porque estoy que me caigo de sueño. Esta noche pasada no he dormido y me voy de inmediato a la cama unas horitas. Si no pasa nada y estás esta noche en casa, me conecto en el portátil de mi compañera de piso —dijo mirando a su amiga con las cejas levantadas pidiéndole consentimiento. Al ver la afirmación con la cabeza de Lorena continuó—. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Te espero esta noche. No celebro mi cumpleaños hasta el fin de semana porque mañana trabajo, así que estaré en casa —aclaró.

—Muy bien, cariño, pues ya me despido de ti. Muchísimos besos. Disfruta de todas formas de este día.

—Gracias, Elsa. Te quiero. Besos para ti también.

Elsa colgó y le devolvió el teléfono a Lorena.

—Muchas gracias por dejármelo, cielo. Eres un sol.

—Lo que necesites. Y esta noche, aunque no esté yo, ya sabes dónde está mi portátil, úsalo cuanto quieras.

—Gracias —le respondió escapándosele a la vez un enorme bostezo.

Viendo la mueca de cansancio que hacía su amiga, Lorena la abrazó y la llevó hasta su cama.

—Descansa. Tienes los nervios a flor de piel.

Elsa asintió con energía con la cabeza. Había pasado la noche sin dormir y se sintió agotada nada más posar su cabeza en la almohada.

## Capítulo 9

Se despertó después de cinco horas de un sueño reparador. Su intención no había sido dormir tanto tiempo. Se levantó corriendo, se duchó, comió algo ligero y se marchó al hospital. Lorena ya se había ido a trabajar. Cuando llegó al hospital se cruzó con una de sus antiguas compañeras.

—¿Vas a ver al doctor White? —le interrogó.

—Sí.

—Pues te aviso: ha preguntado por ti y está de un humor de perros. Ni herido se le aminora su mal genio.

Elsa aligeró el paso y entró en la UVI.

—Buenas. Ya estoy aquí —anunció mirando el ceño fruncido del cirujano.

—¡Ya era hora! ¡Creía que no volverías! —espetó gritando.

—¡Uy! No te vas a librar de mí con tanta facilidad—le riñó con ironía.

—¿Dónde has estado? —le interrogó refunfuñando.

—He ido a mi casa a dormir un poco. Pero dime, ¿cómo te encuentras? —se interesó.

—Como si hubiese tenido un accidente con el coche —reconoció con sorna.

Los dos rieron. Ya se le había pasado el enfado. Al despertarse y comprobar que ella no estaba en la habitación, había preguntado a una enfermera que le había informado que no estaba en el hospital. «¿Y si se había ido para no volver?», se preguntaba una y otra vez. Hasta que la vio aparecer por la puerta, un sentimiento de pánico se había asentado en su interior. Ella le había asegurado que cuidaría de él junto a su madre, pero ¿y si se había arrepentido? Pero no. Ahora estaba allí y la veía sonreír. «Es lo más bello que he visto en mucho tiempo», se dijo mientras la contemplaba reírse.

—Bueno, ahora, si me lo permites, voy a ir a hablar con el doctor Anderson. Quiero saber el tratamiento que debes seguir y cuándo puedo sacarte de aquí.

—De acuerdo.

Elsa buscó al doctor James Anderson y, cuando lo encontró, lo interrogó.

—Doctor, ¿hay alguna novedad con respecto al doctor White?

—No, señorita Ramírez, todo marcha bien. Ha tenido mucha suerte. El accidente pudo ser mortal, según me dijeron, pero gracias a que llevaba un buen coche, ha quedado en lo que ya sabe usted.

—¿Me podría informar del tratamiento aconsejado?

—Por supuesto. La verdad es que iba a hacerlo. Según me han informado las enfermeras, el doctor se ha negado a seguirlo hasta que no estuviese usted aquí. Según decía, usted se había comprometido a cuidar de él. —En cuanto el joven vio como Elsa afirmaba con la cabeza, continuó—. Mire, lo más importante es el reposo. Nada de movimientos bruscos ni ejercicio físico violento. Los primeros dos días debe permanecer en la cama y luego podrá moverse por el hospital, pero con cuidado. Por otra parte, durante dos horas al día deberá realizar movimientos suaves para estimular los músculos y que no se atrofien a la vez que acelera la recuperación del hueso. Es importante que no sienta dolor, en todo caso una ligera molestia. Según vayan pasando los días lo previsible es que cada vez los movimientos sean más intensos. Si no es así, me avisa. Estos ejercicios se alternarán los dos primeros días con hielo colocado en la zona dañada durante diez minutos. Es decir, dos o tres minutos de ejercicios, diez minutos de hielo y así sucesivamente. Los días sucesivos, en lugar de hielo, le pondrá unas compresas de agua fría. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien. El resto del día deberá llevar unas vendas, no comprimidas en exceso, con una cataplasma. La enfermera de planta le informará como realizarla. Ella le atenderá en todo lo necesario.

—Doctor Anderson, había pensado llevármelo a su mansión, junto a su

madre, para la recuperación. Ella no sabe nada y preferiría que no lo supiese hasta que lo viese.

—¿Y cuidar de los dos usted allí? —preguntó con asombro.

—En efecto.

—Tiene usted un gran corazón, señorita Ramírez —sentenció con admiración.

—Bueno, creo que es mi obligación.

—No, no lo es, y usted lo sabe. El doctor White podría permanecer en el hospital hasta su recuperación total.

—Preferiría llevármelo, doctor. Lo cuidaré bien.

—Eso lo sé. Bien, iré ahora a ver al doctor White y, si todo sigue igual y él lo desea, mañana mismo podrán irse, pero con la condición de que yo vaya a visitarlo regularmente.

—De acuerdo. Mientras usted va con él, yo iré a la sala de enfermería a hacer unas llamadas.

Elsa habló con Robert para avisarle de la posible llegada para el día siguiente y se informó de cómo estaba la señora White. Luego llamó a España y habló con sus padres. Desde que se había instalado en la mansión de Adam, no había tenido contacto con ellos. Y la última llamada había sido para Lorena que la apodó cariñosamente «loca» por volver a su cárcel.

Cuando se aproximaba a la puerta de la habitación de Adam, salió el doctor Anderson. Era un hombre joven, de unos 35 años, soltero y guapo. Tenía una sonrisa amplia de niño bueno que exhibió cuando la vio llegar.

—¿Sabe qué?

—Dígame, doctor.

—No sabe el favor tan grande que le va a hacer a este hospital.

—¿Y eso?

—Por llevarse al doctor White. ¡Menudo genio! Si todos los enfermos fuesen como él, terminaría siendo un hospital psiquiátrico, pero para el personal —bromeó con su amplia sonrisa.

—Creo que exageran. Tampoco es tan fiero el león —respondió sonriendo.

—¿Qué no? En diez minutos que he estado allí, les ha echado la bronca a todos los miembros del personal que han entrado. A la enfermera, porque le ha apretado demasiado el tensiómetro, a la auxiliar de limpieza porque hacía ruido al limpiar el aseo, a mí por no dejarle irse hoy mismo.

Elsa soltó una carcajada

—Creo que lo mejor será que me ponga una coraza para entrar —se burló.

—Sí, creo que sí —contestó entre risas el doctor.

—¿Vendrá usted a visitarlo a la mansión?

—Sí, claro, aunque no le hizo mucha gracia que pusiese esa condición.

—Pues nos vemos allí, doctor —se despidió mientras se dirigía hacia la puerta de la UVI y agarraba el pomo.

—Nos vemos.

Entró en la habitación y se encontró de frente con el ceño fruncido de Adam.

—A ver, ¿qué te pasa? —preguntó con tono de fastidio, aunque seguía con su sonrisa en los labios.

—A mí nada —repuso como un niño enfurruñado.

—Eso no es lo que me han dicho —le reconvino.

—Ya te he oído hablar y reírte con ese guaperas del doctor Anderson.

—Es muy agradable —dijo con una media sonrisa.

—Ya. —Cada vez su enfado era más obvio.

—Bueno, ¿cómo estás?

—¿De qué os reíais? —inquirió con una mueca en sus labios y sus ojos clavados en ella con frialdad.

—He preguntado yo primero —cuestionó con alegría.

—Dolorido —rezongó llevándose la mano a la cabeza.

—Pero ¿has notado algún síntoma fuera de lo normal que fuese producido por la conmoción? —Se interesó.

—Aparte de que no recuerdo nada del accidente, no.

—Eso casi es preferible, ¿no crees?

—¿De qué os reáis? —insistió terco.

—¿Seguro que quieres saberlo? No te va a gustar —bromeó Elsa con una sonrisa.

—Sí —espetó golpeando la cama con el puño de la mano.

—Vale. Nos reíamos de ti —le respondió con mirada juguetona.

—¡¿De mí?! —Exclamó intentando incorporarse —¡Ay!

—Estate quieto, Adam —le exigió acudiendo a su lado y poniendo las manos sobre los hombros para inmovilizarlo.

—¿Por qué os reáis de mí? —bramó.

—De tu mal genio, hijo —contestó poniendo el dedo índice en su ceño y frotándoselo—. Siempre tienes el ceño fruncido.

—¡Eso no es cierto! —protestó frunciendo el ceño.

—¿No? A ver si es verdad y aguantas dos días sin hacerlo —lo retó.

—¿Apostamos? —Le recogió el guante apareciendo en sus labios una sonrisa lobuna.

—Vale, ¿qué apostamos?

—Si no lo frunzo durante dos días... me darás un beso.

Elsa se quedó paralizada y se le fue la sonrisa de la boca.

—Adam...

—Es una apuesta. Si gano yo, tú me darás un beso a mí.

—¿Y si gano yo?

—Entonces... te lo daré yo a ti. —Valoró con una sonrisa pícara.

Ambos se rieron. Elsa lo meditó breves segundos. Lo estaba deseando.

—De acuerdo. Trato hecho.

—Voy a ganarte —le advirtió señalando con un dedo índice hacia ella.

Elsa cogió la silla que había cerca, la puso al lado de la cama y se sentó en esta. Se remetió el pelo tras la oreja e hizo una mueca de duda.

—Eso ya lo veremos.

—Bueno, ahora cuéntame en qué has ocupado tu tiempo durante estos días en la mansión —solicitó interesado.

—Está bien. Te lo contaré mientras empiezo con tu tratamiento. Voy a por hielo y la cataplasma. Vuelvo enseguida.

Elsa le relató lo que su madre y ella habían estado haciendo y Adam sintió no haber estado allí para compartir esos momentos junto a ellas. Era grato oír contar a Elsa la placidez de sus paseos o el jolgorio cuando intentaba hacer trampas en las cartas y su madre se daba cuenta. Estaba tan pendiente de lo que le contaba, que apenas protestó por las molestias del hielo y los ejercicios que tuvo que realizar. Cuando más se quejó fue cuando le puso el vendaje con la cataplasma. Eso sí, en todo momento tuvo mucho cuidado de no fruncir el ceño.

El resto de la tarde, Adam contempló como Elsa iba de un lado para otro, entre su cuerpo, el goteo y la enfermería, para curar sus heridas y darle los medicamentos prescritos, mientras conversaban con tranquilidad. Pese a que le dolía casi cada músculo de su cuerpo, sentía una alegría interior al ver a la joven revoloteando a su alrededor con esa melena larga que le caía en cascada por la espalda. No estaba acostumbrado a verla con el pelo suelto porque para trabajar en el hospital siempre lo llevaba recogido. Pero desde que se había despertado de la conmoción y lo único que tenía que hacer era observar, se había dedicado a analizar a Elsa, y su hermoso pelo había captado su atención.

Antes de irse, Elsa decidió cambiarle las vendas que le comprimían las costillas porque las veía un poco flojas.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! —protestaba el cirujano.

—Me gustaría que dejases de quejarte.

—Si tú tuvieses estos dolores, habría que ver qué harías —protestó quejoso.

Elsa lo miró mientras levantaba una ceja.

—Vale, perdona, gracias por curarme —aceptó con unas tremendas ganas

de fruncir el ceño.

—Mucho mejor. Así nos llevaremos bien —replicó la enfermera con una sonrisa sarcástica.

Adam se había propuesto no enfadarse por nada y menos demostrarlo frunciendo el ceño. Ansiaba deleitarse con el beso que debería darle ella si ganaba la apuesta y cuando Elsa dijo que se iba a su casa a dormir, puso toda su voluntad para que no se le notase el disgusto.

—¿Volverás mañana?

—Por supuesto. Recuerda, mañana nos vamos a tu casa.

Se inclinó y le dio un beso en la frente.

—¿Estás haciendo prácticas? —le interrogó con sorna.

—Eso quisieras tú —imitándolo.

—¡Elsa, ven! —le exigió autoritario.

—Lo siento, doctor White, pero mi turno ha terminado —concluyó con una sonrisa cargada de picardía y salió de la habitación. Dejó al cirujano mirando la puerta por donde se había ido con los ojos rebosantes de sentimientos encontrados y unas más que problemáticas preguntas dando vueltas en su cabeza.

Elsa sabía lo mucho que Adam la deseaba, y eso le gustaba. Si no hubiera sido por el otro lado oscuro que había mostrado él, habría jugado sus cartas de otra forma. Pero casi obligarla a corresponder a sus deseos de poseerla era lo peor que podía haber hecho. Era cierto que él no la había sujetado con fuerza en ningún momento; que, si hubiese querido, se habría podido desasir de él y apartarse, pero su cuerpo le había fallado y su mente... su mente era un lío. Pero de todo eso se había dado cuenta después, cuando había meditado y no lo había tenido cerca. De todas formas, eso no eximía a Adam de su mal hacer.

Elsa se consideraba una mujer con facilidad para la conquista en general, ya fuese amor, amistad o camaradería, pero con las armas puestas encima de la mesa, no solapadamente. Era una mujer abierta y le gustaba conocer a la

gente: no se cerraba en una concha. Pero Adam había ido por un camino rebuscado y eso a ella no le había gustado, aunque creía que ahora tendrían otra oportunidad. Adam había cambiado, aunque él no se hubiese dado cuenta, y ahora era el momento de lanzar el órdago sobre la mesa.

En cuanto llegó a su casa, se puso cómoda, buscó algo para picotear, cogió un refresco y llamó a su amiga Paula por Skype.

—Hola, guapa —saludó a su amiga en cuanto apareció en la pantalla.

—¡Hola, preciosa! —le respondió.

—¿Qué tal va tu día de cumpleaños? —preguntó con una enorme sonrisa en su rostro.

—Bueno... va —respondió Paula bajando las comisuras de los labios y apretándolos en una mueca.

¡Uy, uy! Desde que le había pedido ayuda el día que había descubierto a Luis con Carla, debía reconocer que no se había preocupado por su amiga, sino todo lo contrario: ella había estado pendiente en todo momento de Elsa.

—Pero Paula... ¿qué te pasa? —preguntó con interés.

—Nada —respondió mostrando un amago de sonrisa que no llegó a cuajar.

—No. De eso nada, cielo. Tú eres la alegría personificada. Si estás así, es porque algo te ocurre. —Al ver que su amiga no hablaba, insistió—. Cuéntamelo, por favor. Tú has sido mi paño de lágrimas todo este tiempo, ahora me toca a mí serlo para ti.

Paula había agachado la cabeza para que su amiga no viera su rostro, pero al final no tuvo más remedio que claudicar. Necesitaba desahogarse con alguien, y Elsa era la más sensata de todas sus amigas. Se levantó a cerrar la puerta de su cuarto y, cuando volvió, miró a su amiga y respiró con fuerza.

—¿Te acuerdas de Teresa?

Elsa frunció el ceño concentrándose.

—¿La que nos presentaste hace unos meses, en navidades, creo...?

Paula afirmó con la cabeza.

—Sí, esa.

—¿Qué? —interrogó la enfermera azuzándola a que hablara.

—Bueno... teníamos un medio rollito... Desde hace poco tiempo, la verdad. Al principio solo éramos amigas.

—¿Y?

—Pues que, de imprevisto, cuando creía que avanzábamos... nada, me ha dado calabazas.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Y no te ha dado una explicación?

Su amiga hizo una mueca arrugando los labios expresando sus dudas.

—Nada que me haya convencido, Elsa. Parecían excusas baratas. Si me hubiese dicho que no sentía nada especial por mí, pues nada, lo asumía y punto, pero no. Se ha limitado a decirme que estaba liada con el trabajo, que no tenía tiempo para dedicarme, que quizás más adelante...

—Pues sí, tienes razón, parecen pretextos...

Elsa se reconcentró. Miró con interés a su amiga.

—A ver... cariño... ¿Su familia sabe algo sobre ti? —continuó.

Paula le devolvió la mirada; su rostro se transformó.

—Pues no lo sé... la verdad es que no es algo que yo suela preguntar y menos en las primeras citas.

—¿Y no crees que tenga algo que ver, cielo? —interrogó con voz dudosa.

Paula agachó la cabeza pesarosa.

—No lo sé... pero si es así, lo que más me dolería sería su poca confianza conmigo. Me tomaba por una persona con la que se podía hablar de todo —contestó con enorme tristeza en su voz.

—¡Eh, eh! ¡Ni se te ocurra! ¡Por supuesto lo eres! La prueba la tienes que fue a ti a quien llamé cuando descubrí al infiel de mi novio con la petarda de Carla. Esto no puede darte la vuelta como un calcetín y dejar de ser quién eres, cariño. Eres luz, Paula, una luz luminosa y brillante. Eres fiel, rebasas alegría y buen rollo, eres una buenísima amiga y por supuesto que eres de total confianza, amiga —expuso con mucho cariño en sus palabras.

Paula miró con gratitud a Elsa y esbozó una sonrisa.

—Gracias, Elsa. Te quiero.

—Más te quiero yo a ti —correspondió con una amplia sonrisa.

La amiga hizo un gesto con la cabeza cerrando los ojos como para espantar todos sus malos pensamientos.

—Bueno, que yo quería saber cómo te iba a ti en esas tierras inglesas —cambió de tema con una amplia sonrisa.

—Buff. Ni te imaginas todo lo que me ha pasado. Ha habido de todo. Hasta ha venido Luis a pedirme perdón —le informó en un intento de distraer a su querida amiga.

Paula puso cara de estupefacción.

—¿En serio?

—¡Ya te digo!

—Entonces... ¿habéis vuelto? —le preguntó con gesto de estupor.

Elsa negó con la cabeza.

—¡Qué va! No. Todo lo contrario. Aquí me he dado cuenta de que lo que yo sentía por él no era todo lo que se puede llegar a sentir.

Paula la miraba asombrada.

—Cielo... ¿tú te has enamorado de otro hombre? —La amiga esbozó una sonrisa pícaro y continuó— o... ¿de una mujer?

Las dos estallaron en fuertes carcajadas hasta llenar sus ojos de lágrimas.

—¿Me quieres llevar al huerto, cariño? —preguntó Elsa entre risas.

—¡Ya te gustaría a ti! —contestó su amiga hilarante.

Poco a poco las dos jóvenes consiguieron calmarse mirándose una a la otra con gran cariño.

—Venga, Elsa, contesta mi pregunta —insistió Paula.

Elsa giró la cabeza apartando la mirada del ordenador; miró al fondo de la habitación de Lorena intentando que no viese la verdad en sus ojos.

—Elsa, no puedes ocultarlo —continuó Paula con una sonrisa sarcástica—. Ya no —concluyó soltando otra sonora risotada.

—¡Vale! ¡Vale! —Exclamó la joven enfermera elevando las manos con un claro acto de rendición—. Sí, es cierto: hay alguien que está haciendo que mi corazón palpite demasiado, pero es una larga historia y no tengo tiempo para contártela entera, además, ni yo misma estoy segura de mis sentimientos. La verdad es que me encantaría encontrarme contigo ante una cervecita bien fría y desahogarme contigo.

—Bueno, quizás no tarde tanto en ocurrir eso... —comentó con una sonrisa socarrona.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber interrogándola también con los ojos.

—Pues que estaba mirando un vuelo baratito para Brighton.

—¡Qué bien! ¡Me encantaría! —exclamó la joven con alegría. Sin embargo, luego se le oscureció el rostro—. Aunque a lo mejor no puedo estar contigo. No vivo ahora en la ciudad. Estoy atendiendo a una enferma un poco alejada de aquí, pero no te preocupes, sigo teniendo mi piso a medias con otra enfermera y allí te puedes alojar el tiempo que quieras.

—Pero si no estás tú... —dijo decepcionada.

—No, no. Tú ven. Igual ya he vuelto o me puedo escapar unos días para estar contigo. —La cortó Elsa.

Continuaron unos pocos minutos más contándose sus cosas hasta que ya no pudo más de sueño y, despidiéndose con cariño de su amiga, se fue a la cama.

A la mañana siguiente, cuando entró en la habitación de Adam, este le espetó enseguida.

—Venga, Elsa, levántame de aquí y vámonos ya.

—Tranquilo, Adam, tranquilo. Hay que avisar a la ambulancia —le informó a la vez que elevaba los brazos y alzaba las manos con un claro gesto de calma.

—¿Ambulancia? ¡Yo no quiero ambulancias! —protestó.

—Lo siento, pero no hay otra forma de llevarte. Por ahora debes permanecer en cama.

—Pero ¿y mi madre? Cuando me vea llegar en la ambulancia... —inquirió preocupado.

—Ya he hablado con Robert sobre esto y la distraerá al otro lado de la casa. Cuando te vea, ya estarás instalado en tu cama.

—Gracias, Elsa. Has pensado en todo —le agradeció con mirada tierna.

—Tu madre es una mujer encantadora. No me gustaría que esto le afectase.

—Venga, pues, avisa para que vengan a por mí —la azuzó con impaciencia.

Elsa se fue y regresó al instante.

—Ya está. Ahora voy a ponerte guapo.

—Tendrás que hacer un milagro.

—Nada de milagros. Aunque estés lleno de moretones y arañazos, resultas atractivo —la alabó con una sonrisa.

—¿Te lo parezco a ti? —interrogó con travesura.

—Señor doctor, ¿está usted coqueteando conmigo? —indagó con socarronería.

A Adam se le encendieron los ojos. Agarró a Elsa por una muñeca, tiró de ella y atrajo su cara a unos centímetros de la de él.

—No sé si voy a poder aguantar hasta mañana —le respondió a la vez que clavaba sus ojos en ella con una mirada intensa.

Elsa se puso colorada. Sabía a lo que se refería él. Se acercó aún más a su cara con deseos de pagar la apuesta ya, pero en el último segundo, rozando sus labios, se echó para atrás. Quería que él sufriera un poquito más.

—¡Elsa! —exclamó Adam frustrado.

—¿Sí, doctor? —dijo con tono de no haber roto un plato en su vida, mientras se alejaba de él.

—¡Ven aquí!

—Doctor, doctor, cálmese usted o va a perder la apuesta —se burló al tiempo que ponía sus brazos en jarras y repiqueteaba el suelo con la punta del

pie.

Adam se echó a reír

—Está bien. Me estaré quieto. Haz conmigo lo que quieras.

—¡Eso quisiera yo! —murmuró por lo bajito.

—¿Qué?

—Nada, nada. Voy a curarte y a arreglarte. Estate quieto.

A Adam le costó un dolor insufrible en... bueno, *ahí*, dejar que Elsa lo tocara por todo el cuerpo sin poder hacer lo mismo con ella. Cuando Elsa apartó la sábana y pudo ver el bulto que pugnaba por estar libre bajo el pantalón del hospital, se puso colorada y una sonrisita maquiavélica le flotó en la cara. Con parsimonia fue realizando su trabajo, sin prisas.

—Eres mala —la acusó con la voz encendida de pasión.

—¿Yo? Encima que te estoy dejando hecho un dandi —apuntó con voz de inocente.

—Doctor White, su ambulancia ya está aquí. —Entró una enfermera avisando.

## Capítulo 10

Durante el trayecto hasta la mansión, ambos permanecieron callados. Los dos estaban preocupados por el efecto que iba a provocar en la madre el ver a su hijo postrado. Cuando llegaron, como había quedado Elsa con Robert, no se cruzaron con Grace. Elsa acomodó al cirujano en la cama de la mejor forma posible para que su madre no se diera una fuerte impresión al verlo.

—Adam, voy al encuentro de tu madre. Cuando vengamos, intenta que no te vea sufrir.

—Lo sé, Elsa, lo sé. Es mi madre.

—Tienes razón, perdona.

Y se fue en busca de Grace. Cuando la vio a lo lejos, en las caballerizas, se acercó a ella.

—Grace —la llamó cuando ya estaba junto a la mujer.

—¡Elsa! ¡Has vuelto! —La dama le dio un abrazo y un beso—. Te he echado de menos.

—Y yo a usted —le respondió con ternura.

—Que alegría tenerte aquí otra vez.

—Tengo una sorpresa para usted.

—¿Sí, hija? ¿Qué? —inquirió la dama con curiosidad.

—He vuelto con su hijo —le informó con una amplia sonrisa.

—¿Está aquí Adam? —preguntó con la cara llena de felicidad.

—Sí. Está en su habitación, ¿vamos? —le dijo a la vez que la agarraba del brazo e iniciaba el camino de vuelta.

—Claro, pero... ¿por qué no ha venido contigo aquí? —indagó la dama intuitiva.

—Bueno... no se encuentra muy bien. Lo he dejado en la cama —expuso con cautela.

—¿Qué le pasa? —se asustó.

—Grace, tranquilícese, no pasa nada y no quiero que usted se altere. Tranquila. —Acarició el brazo de la mujer con ternura para calmarla.

—Bien. Me tranquilizo, pero dime que le pasa.

—No es nada grave. Unas simples contusiones. Ahora mismo lo verá usted.

Entraron en el cuarto de Adam.

—Hijo, ¿qué te ha pasado? —preguntó Grace preocupada.

—Nada, mamá, estoy bien —le respondió el cirujano con una amplia sonrisa en su rostro.

—Grace, mírelo, ¿lo ve? Está bien. Tranquilícese —insistió Elsa.

—Pero, entonces, ¿por qué está en la cama? —inquirió la dama.

—Porque tiene algunas fisuras en las costillas y debe hacer reposo. En unos días lo veremos saltar por el jardín.

—Bueno, Elsa, no te pases. No saltaría por el jardín, aunque no tuviese fisuras en las costillas, eh —bromeó con una amplia sonrisa.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre delante de su madre y eso le agradó a Elsa.

—Por lo menos estás de buen humor —comentó más tranquila su madre.

—Eso es culpa de tu enfermera, me ha contagiado. Perdona por robártela, mamá.

—Así que estos eran los papeles que tenías que solucionar, ¿verdad? —aventuró la dama al tiempo que desviaba la mirada hacia Elsa.

—Lo siento, Grace, no podía decirle nada —explicó la joven con una tímida sonrisa.

—Bueno, ahora que ya veo que no es nada grave, decidme que le ha pasado —solicitó Grace.

—Mamá, tuve un accidente con el coche. Pero ya ves... has criado a un hombre muy fuerte.

—Sí, un coloso —susurró Elsa.

—¿Cómo me has llamado? —interrogó Adam a la joven con curiosidad.

—Nada, nada.

—Elsa... dímelo.

—Coloso. Cosas mías —le confesó con una intensa mirada.

Grace se retiró a su dormitorio. Había notado que algo ocurría entre los dos jóvenes y prefirió hacer mutis por el foro y dejarlos solos.

—Elsa, me gustaría saber que más epítetos me has llamado —le interrogó Adam sin un gramo de enfado.

—¡Uy! ¡Muchísimos! —confesó Elsa.

—¿Me los dices?

—No.

—Venga, uno más —insistió el cirujano.

—Ogro.

—¿Ogro? —interrogó Adam sorprendido.

—Pero no como *Shrek*. Un ogro de verdad —aclaró la joven con una sonrisa socarrona.

—¿Eso te parezco? —le preguntó el cirujano algo mosqueado.

—Me lo parecías, sí —puntualizó Elsa.

—¿Ya no? —Quiso saber Adam.

—No.

—Elsa, acércate —le pidió a la vez que entrecerraba los ojos y alargaba su mano para que la joven depositase la suya en ella.

—No —se opuso con sus ojos llenos de picardía.

—Por favor...

—No.

—Te estás aprovechando de mi invalidez —le recriminó Adam, pero sin pizca de enfado.

—Sí —afirmó con una amplia sonrisa.

—¿Ves por qué eres mala?

—Vale, pero no soy un ogro —se burló del joven.

—¡Elsa! ¡Ven aquí!

—No.

—¡Me vuelves loco! —aseveró pasándose las manos por el cabello—. Quiero que sepas que me vengaré.

Elsa soltó una carcajada.

—Voy a traerte la comida —dijo mientras se dirigía hacia la puerta.

—Elsa, no huyas de mí.

—No huyo, te cuido —sentenció cerrando la puerta.

¡Malditas costillas! Iba a hacer todo lo posible para curarse lo antes posible. Necesitaba como el beber abrazar a esa muchacha. No sabía lo que le había pasado desde que había despertado del accidente, pero no tenía ningunas ganas de seguir a la gresca con ella. Más bien todo lo contrario. Bueno, quizás estaba echándole la culpa al golpe, pero él sabía que cuando había cogido ese coche para ir a su finca, ya llevaba en mente intentar un acercamiento con Elsa de una forma distinta. No sabía por qué, pero necesitaba sentirla a su lado, disfrutar de ella y con ella. Era algo que le había rondado en la cabeza todo el tiempo que había estado trabajando en la clínica cuando se había ido de la mansión.

Su madre y Elsa almorzaron con él en una mesa redonda que había en un rincón de la habitación junto con dos butacas. Fue una comida muy agradable que él disfrutó como hacía tiempo que no lo hacía. Después, las dos mujeres acercaron a la cama una mesa auxiliar y las dos butacas, y jugaron a las cartas con Adam. Él hacía muchos años que no lo hacía con su madre; desde que era un niño y ella le enseñaba.

—¡Elsa! ¡Has hecho trampa! ¡Te he pillado! —exclamó el cirujano con humor.

—¿Yo? ¡Demuéstralo! —contestó la joven a la vez que ponía cara de incredulidad e inocencia, pero con una sonrisa sospechosa...

Estas palabras salían a menudo entre partida y partida. Elsa no podía evitarlo, le gustaba hacer trampas en el juego y, sobre todo, que la pillaran. Estuvieron con él toda la tarde jugando o hablando mientras la enfermera lo ayudaba a realizar los ejercicios y le ponía el hielo prescrito y, después de cenar, continuaron conversando con él. A Grace se la veía algo cansada, ya que no había descansado después de comer como hacía siempre, así que aguantó poco rato.

—Bueno, yo me voy a la cama —informó Grace al tiempo que se levantaba.

—Yo también —la siguió Elsa.

—Elsa... podrías quedarte un poco más. No tengo sueño —le pidió Adam esperanzado.

—Si quieres, te traigo un libro.

—Vale... —asintió con resignación.

—Voy a ver la tensión de tu madre y te traigo uno de la biblioteca. ¿Algún género en especial?

—Me da igual.

—¿Una novela romántica? —preguntó con sorna.

Adam la miró con los ojos encendidos.

—Mejor de terror.

Riendo, Elsa abandonó la habitación. Cuando volvió, llevaba en la mano dos libros.

—Si te portas bien, te hago compañía leyendo.

—De acuerdo —admitió mientras esperaba a que ella se acercase para cogerla.

Elsa le alargó el libro desde lejos, pero él fue más hábil y le agarró la muñeca tirando de ella.

—¡Ahora te tengo! —gritó triunfal.

—Suéltame, Adam, te voy a hacer daño en las costillas —advirtió la enfermera.

—No puedo aguantar más, Elsa, lo siento, pero no puedo —confesó Adam con voz ardiente.

Y estrelló sus labios en los de ella con furia. Su lengua penetró sin dificultad en la boca de Elsa, recorriendo todos sus recovecos. Notó la lengua de ella correspondiendo al beso, buscando la suya. Una oleada de calor le recorrió todo el cuerpo. Separó su boca de la de Elsa a la vez que cogía su cabeza por ambos lados con sus manos y recorrió su cara con los labios dándole sonoros besos por los ojos, la nariz, la barbilla, por todos lados y volvió otra vez a su boca, pero esta vez, una lengua ansiosa lo esperaba y penetró en la suya buscando el placer del beso. Adam emitió un grito de satisfacción al ser correspondido de esa manera. Largos minutos permanecieron así, hasta que Elsa se separó de él.

—Ya está bien, Adam —dijo con cariño—. Supongo que querrás curarte.

—Sí. Pero aún más deseo otras cosas —reconoció mirándola con lujuria.

Elsa se rio con nerviosismo. A ella le pasaba igual, pero no era el momento ni la situación de dejar libre a los sentidos.

—Venga, lee el libro —sugirió al tiempo que se sentaba en la butaca que había junto a la cama y abría el suyo.

Adam, con resignación, la obedeció. A los pocos minutos, se había quedado dormido y su rostro reflejaba una gran placidez. Elsa se levantó, se acercó al herido, lo arropó, cogió el libro, le dio un beso en la frente y se fue. Adam abrió un ojo, miró la puerta y volvió a cerrarlo. «Elsa es una muchacha maravillosa, nadie como ella para hacerme sentir vivo»: ese fue su último pensamiento antes de volver a dormirse.

Cuando Elsa entró en la habitación de Adam a la mañana siguiente, este ya había desayunado. La joven traía un ramo de flores en las manos.

—¡Qué madrugador! —exclamó mientras se dirigía hacia el fondo de la habitación.

—Y tú que dormilona —le reprochó con una sonrisa.

—No. Vengo de la piscina. Ya he hecho mi deporte diario —le informó a la vez que sacaba de los jarrones las flores marchitas y ponía las nuevas.

—Me preguntaba quién había puesto esas flores.

Elsa se sonrojó.

—¿Cómo te encuentras? —La joven eludió las palabras de Adam.

—Ansioso. Esperando mí premio.

Elsa le miró con interrogación.

—He ganado, Elsa. Debes pagarme la apuesta —le exigió con una sonrisa traviesa.

—¡Oh!

—¿Oh? Esa no era la respuesta que esperaba —se burló Adam.

—¿No? ¿Y qué esperabas? —preguntó azorada.

—«Claro, cielo, ahora mismo te pago» —dijo imitando la voz de ella.

Elsa se rio con nerviosismo. Se acercó a él.

—Claro, cielo, ahora mismo te pago —repitió con voz dulce, acercándose cada vez más.

Sus labios rozaron los de él. ¡Y se separó!

—Ya está —afirmó la joven con sorna.

—¡Elsa! —gruñó.

—Hijo, me vas a gastar el nombre —protestó la enfermera con ironía.

—Elsa, eso no es lo acordado.

—¿No? ¿No es un beso lo que te he dado? —preguntó con voz cándida.

—Tú sabes que no es un beso en condiciones.

—¿Vas a fruncir el ceño?

—¡Vaya! ¡Con que esas tenemos! ¡Haciendo trampas! —exclamó burlón—. Pues no lo vas a conseguir. Ven aquí y dame un beso en condiciones. Las apuestas hay que cumplirlas.

—¡Está bien, ogro!

Elsa se acercó y esta vez su beso logró encenderlo con un fuego abrasador

que lo devoraba por dentro. Su cuerpo se estremeció de placer dejándose arrastrar por la fogosidad de la joven, que jugaba con sus labios y su lengua a su antojo. Cuando Elsa se separó con lentitud de él, su sed todavía no se había aplacado, más bien todo lo contrario. Intentó volver a atraerla hacia sí, pero la joven se lo impidió. El cirujano soltó un gruñido de frustración.

—Adam, ya basta —dijo con suavidad—. Estás herido, ¿recuerdas?

—Te necesito, Elsa. Te deseo tanto que me haces perder la razón —musitó intentando contener el hambre voraz que sentía por ella.

—Debes recuperarte.

Adam la repasaba con la mirada de forma eficiente.

—¿Me prometes que no te irás cuando me recupere?

—Te lo prometo —aseveró con una pequeña sonrisa conmovida.

—¿Y qué me darás lo que deseo?

—También te lo prometo. Pero hasta entonces, prométeme tú que no harás más excesos.

—¿No podré besarte siquiera? —preguntó como un niño a quién se le niega un caramelo.

—Adam...

—Por favor...

—¡Qué caprichoso eres!

—No es capricho, Elsa, es necesidad.

—Pues tendrás que reprimir esa necesidad porque no sabes controlarte y eres incapaz de pasar con un beso. Y eso no está bien para tu salud.

—Está bien. Te haré caso —aceptó resignado.

Sabía que Elsa tenía razón. En sus condiciones físicas no podía realizar ningún exceso, aunque su mente y su cuerpo se lo pidiesen con urgencia. Una vez que había admitido lo que era inevitable, tenía ganas de seguir adelante y cumplir su máximo deseo cuanto antes. Pero la enfermera estaba en lo cierto y debía recuperarse. «Bueno, ¿no decían que lo bueno se hace esperar?», pensó Adam, pues él esperaría y sería de lo bueno, lo mejor.

—Bien. Ahora deberías hacer algo de ejercicio con tus piernas —dijo Elsa.

—Tienes razón.

Elsa le curó las heridas y le ayudó a levantarse. Adam paseó durante un rato por los pasillos de la mansión, pero a pesar de que no tenía grandes dolores, el esfuerzo lo agotó enseguida y tuvo que volver a la cama. Desde allí observaba a la joven recoger todo el instrumental utilizado en su cura. Le vino a la memoria el daño que le había causado la última noche que había pasado allí antes de volver a la clínica. Todavía no entendía cómo ella lo había perdonado. Él no se había perdonado a sí mismo. Jamás lo haría. Era una mancha en su vida de la que no se iba a desprender nunca. Sabía que, en ocasiones, y sobre todo desde que su mujer le había sido infiel, era una persona difícil de tratar, dicho de una forma suave, pero lo que él había hecho esa noche... No. Jamás se lo perdonaría. Por eso quería recompensar a la joven y ofrecerle la cara más amable que también tenía, aunque desde hacía un tiempo hubiese permanecido oculta. Bueno, por eso y porque la deseaba a rabiar, tuvo que confesarse mientras la miraba deslizarse por la habitación con movimientos involuntariamente sexis.

Cada dos o tres horas, Elsa lo obligaba a levantarse para que sus piernas volviesen a ser fuertes como antes. Cuidaba de él como si fuese un niño. Durante la tarde, Grace les hizo compañía. Mientras, Elsa masajeara los músculos de Adam y hablaban de los lugares a donde él la llevaría cuando se recuperase. Por la noche, Adam estaba agotado por el esfuerzo y se durmió enseguida.

A la mañana siguiente, Elsa llegó llena de energía a la habitación de Adam.

—Venga, Adam, a levantarse. Hoy vas a hacer ejercicio en la piscina. Hace un día precioso y el sol te vendrá de maravilla para curar tus heridas —le informó con una amplia sonrisa.

—Eso me apetece, Elsa —aceptó a la par que le devolvía la sonrisa.

—Pues te traeré el bañador y pasaremos allí un buen rato. Hasta podrás tomar el sol.

El ejercicio en la piscina le hizo sentirse mucho mejor. Las heridas de la cara estaban casi curadas y los hematomas ya se estaban poniendo amarillos, signo evidente de que no tardarían mucho en desaparecer. El tórax lo seguía llevando comprimido con un vendaje especial para propiciar el soldado de las fisuras en las costillas. Y el sol estaba haciendo que su tono de piel adquiriera un color saludable.

Los tres juntos pasaban ratos entrañables. Las dos mujeres se desvivían por complacer al cirujano, y este se dejaba hacer sin protestar. Cuando se metían en la piscina, Elsa se ponía un ajustado bikini que dejaba ver sus generosas formas. A Adam le costaba apartar la mirada de sus curvas, pero salvo por el hecho de que siempre que podía la enlazaba por la cintura, su comportamiento estaba siendo impecable.

## Capítulo 11

Cuando llevaban varios días realizando los ejercicios en la piscina, llegó el doctor Anderson para visitar a Adam. Se encontraban en la piscina cuando apareció por la puerta lateral de la mansión.

—Esto me gusta, doctor White, veo que su aspecto ha mejorado mucho — comentó James en cuanto observó al cirujano.

Ambos salieron de la piscina para recibir al doctor. Elsa se excusó para cambiarse de ropa. Mientras se iba, la mirada del doctor Anderson la siguió. Adam se percató y no le gustó ver la admiración hacia la joven en sus ojos. Los dos hombres se sentaron en la terraza, junto a la piscina.

—Me siento muchísimo mejor, doctor Anderson. Los hematomas y las heridas ya están curados. Mis músculos han vuelto a la normalidad. Solo me falta comprobar cómo van las fisuras.

—Dentro de quince días podría acercarse al hospital para hacerle una radiografía y ver cómo van.

—De acuerdo. Tengo ganas de quitarme este vendaje.

—El vendaje podrá quitárselo en cuanto deje de sentir dolor.

—Perdón que los moleste. Adam, ven un momento que te cambie las vendas mojadas o cogerás una pulmonía —intervino Elsa asomando por la puerta—. Dispénsenos unos minutos, doctor Anderson, enseguida volvemos.

—Por supuesto, señorita Ramírez.

—Es una tirana —cedió Adam con una sonrisa.

Elsa le cambió las vendas, lo dejó vistiéndose con ropa seca y bajó a hacer compañía al doctor Anderson. Se sentó junto al joven en el mismo sillón que había ocupado Adam.

—Supongo que se quedará a comer, doctor Anderson.

—Por favor, no estamos en el hospital, podríamos llamarnos por nuestros

nombres, ¿no?

—Por mí, perfecto.

—Me llamo James.

—Yo Elsa. ¿Te quedarás a comer? —le ofreció con simpatía.

—Me encantaría, gracias.

—¿Conoces a la madre de Adam?

—No he tenido ese placer.

—No tardarás en hacerlo, suele bajar a estas horas para tomarnos juntos el aperitivo.

—¡Vaya! Otra costumbre española que merece la pena importar —señaló con una sonrisa.

—¿Otra? ¿Qué otra costumbre española te gusta? —preguntó Elsa con curiosidad.

—Bueno, hay muchas. Está claro que sabéis vivir bien. La siesta, la fiesta, la alegría, el jamoncito, la tortilla de patatas, el sol... —según iba hablando, sus ojos se ponían en blanco.

Elsa se echó a reír

—Basta, basta, deja algo para nosotros.

—¿Ves? A eso me refiero. Da gusto oírte reír —reveló James mientras la miraba sonriente.

Adam estaba en la puerta mirando a la pareja. Sus ojos se habían oscurecido.

—James, la risa no es patrimonio de los españoles.

—Ya, pero a nosotros nos cuesta más. Somos más secos. Pero es que en especial tu risa es muy contagiosa.

—Vosotros tenéis un humor socarrón que a mí me encanta.

—¡Ah! Eso es bueno saberlo. Tendré que sacarlo —se alegró el doctor a la vez que le guiñaba un ojo a la joven.

«¡Maldita sea! Ese guaperas está intentando conquistar a Elsa», pensó Adam. Esperaba que la llegada del doctor no enturbiara su paraíso

particular...

—Doctor Anderson —dijo mientras se acercaba y se sentaba con ellos—. Me gustaría que me informara de cómo va el hospital, antes de que se fuese.

—Tienes tiempo, Adam. El doctor se queda a comer.

«¡Lo que le faltaba!», se quejó para sí mismo el cirujano.

—Bien, entonces podrá ser un informe bien amplio —argumentó serio.

—Por supuesto, doctor White.

—Pero primero vamos a tomar el aperitivo. Voy en busca de tu madre, Adam —indicó la joven al mismo tiempo que se levantaba de su asiento.

Cuando Elsa regresó con Grace, le presentó al doctor y esta pidió al servicio un ligero aperitivo que les sirvieron en la misma terraza. Grace, Elsa y James conversaron con amabilidad, mientras que Adam los observaba furibundo. Su pequeño edén había sido perturbado con la presencia del doctor Anderson. Después del aperitivo, las dos mujeres se fueron a pasear por el jardín mientras que el doctor Anderson ponía al día con respecto a la marcha del hospital al doctor White. Adam observaba como el doctor Anderson no quitaba la mirada de las dos mujeres.

Durante la comida, la situación fue la misma que en el aperitivo: Adam callado, mientras que Elsa, Grace y James departían con simpatía.

—Elsa, estoy pensando que, si me lo permites, esta tarde podría llevarte a visitar el entorno. Llevas demasiado tiempo encerrada aquí, ¿no crees? —propuso de pronto James, tras enumerar algunos de los lugares dignos de ver por esos lares.

Adam lo miró con ira.

—Gracias, James, pero mi obligación está aquí.

«¿Obligación?», pensó Adam. Esa palabra no le había gustado nada.

—Elsa —terció Grace—, James tiene razón. No has salido de aquí desde que viniste, salvo para ir al hospital.

«Pero... ¿qué decía su madre? Se ponía a favor del guaperas», rugió en su interior el cirujano.

—Grace, mi deber...

«¿Deber?», rumió para sí Adam de nuevo. Esa palabra tampoco le gustaba.

—Quita, quita. —Le cortó la dama—. Todo el mundo tiene derecho a un descanso.

—Pero Grace, si aquí me paso el tiempo descansando —objetó Elsa.

—No hay peros, te vas esta tarde con el doctor Anderson a divertirte.

«¿Divertirse? ¿sin él? Pero... ¿qué estaba pasando aquí? ¿Nadie le iba a pedir permiso a él?», se preguntó Adam enfadado.

—¿Verdad que sí, Adam? —inquirió la dama, volviéndose hacia él.

—No. —Era su oportunidad—. No puede.

—¿Por qué no? —preguntó Elsa. La negativa de él le había molestado.

La tensión se palpaba en el ambiente.

—Porque tu deber es cuidarnos a mí y a mi madre —contestó frío y distante.

Algo se quebró en el corazón de Elsa.

—Pues lo siento por ti, pero me voy a tomar la tarde libre —decidió con energía y, volviéndose hacia el doctor Anderson, continuó— James, espérame diez minutos. Vuelvo enseguida y nos vamos.

Se levantó de la mesa y salió.

—Adam, has sido muy duro con esa muchacha —le recriminó su madre—. No se lo merece.

Adam permaneció callado.

—Creo que su madre tiene razón, doctor White. Ha ofendido a Elsa. Ella no quería salir esta tarde y su hiriente negativa la ha obligado. Tiene mucho orgullo para dejarse dominar.

Lo sabía. Adam sabía todo eso, pero el solo pensamiento de verla junto a otro hombre, lo hacía ponerse furioso. Intentó controlarse ante su empleado.

—Lo sé, doctor Anderson y disculpe el espectáculo. Tiene razón. Distráigala esta tarde. Ella se lo merece —cedió con pesar.

Cuando apareció Elsa, no dirigió la mirada hacia Adam ni un instante. Se comportó como si no estuviese.

—¿Nos vamos? —preguntó a James.

—Encantado, Elsa —respondió a la vez que se ponía en pie.

La joven se dirigió hacia Grace, le dio un beso en la mejilla y sonriendo con ternura le dijo:

—Volveré pronto, Grace.

—No te preocupes, hija. El bruto de mi hijo cuidará de mí.

—Si tuviese mi móvil, estaría localizable —expuso con tono seco, lanzando una mirada de soslayo al cirujano.

—Elsa, espera un momento. Ven conmigo a la biblioteca, por favor —le exigió Adam. Se puso en pie y se dirigió, sin mirarla, al interior de la mansión.

Elsa no quiso montar otra bronca delante de Grace y James, y lo siguió. Cuando cerró la puerta, Adam la miró con cara compungida.

—Perdóname, por favor. Los tres tenéis razón. Debes salir de estas cuatro paredes.

Elsa se desarmó.

—Adam, yo no quería ir. Tú me has obligado.

—Lo sé. Recuerda, soy un ogro.

Elsa se echó a reír.

—Toma —continuó Adam, abriendo un cajón del escritorio y dándole el móvil a Elsa.

—Gracias —dijo cogiéndolo.

—Ahora vete. El guaperas ese te está esperando —se burló. Y añadió con una sonrisa arrebatadora— Y recuerda que yo también.

La tarde junto a James fue amena y llena de confidencias. Cuando salieron en el coche de James, este le dijo:

—Elsa, no podría conquistarte, ¿verdad? Tú ya estás enamorada.

Elsa se sonrojó. James había penetrado enseguida en su más íntimo secreto. La verdad es que ya era hora de que lo dijese en voz alta. Ni siquiera se había atrevido a pensarlo mucho, lo tenía guardado en su subconsciente bajo siete llaves porque sabía que con toda probabilidad ese amor le iba a traer más penas que alegrías. Jamás iba a ser correspondido. Pero lo que era... era. Y ella lo amaba. Durante los últimos días pasados en la mansión había conocido al hombre que ella sabía que había bajo esa careta de dictador, el hombre que había apartado capa a capa su reticencia a dejarse llevar por los sentimientos. Así que todo había acabado como ella había temido: enamorándose de él. Por lo que había decidido aprovechar el tiempo que fuese junto a él. Valía la pena.

—Sí, James. Amo a ese déspota —admitió con tono de resignación.

—Entonces, me conformaré con ser tu amigo.

—Gracias.

—No. Gracias a ti, querida. Me honras con tu amistad. Envidio a ese tunante que te ha atrapado el corazón. Si no fuese así, intentaría que fuese yo el afortunado —le confesó con una sonrisa de medio lado.

—James...

—En serio. Aquí me tienes para lo que quieras. Úsame —dijo con una juguetona sonrisa.

—¿Usarte? —preguntó extrañada.

—Para darle celos, mujer.

La joven se echó a reír, con una mueca de tristeza.

—Celos... no es eso lo que Adam siente.

—Pues yo creo que sí —aseguró James.

—No. Adam es un ser posesivo. Ahora me desea a mí, pero en cuanto me tenga a su merced, se cansará pronto.

James frunció el ceño.

—No creo que sea así, Elsa. Yo he visto algo más en los ojos del doctor

White —cuestionó reflexivo.

—Sí. Pasión, deseo, necesidad. Amor no. Su esposa le hizo mucho daño y le costará volver a confiar en una mujer —aclaró la joven convencida.

—Elsa, te infravaloras. Tú despiertas otras muchas cosas y no son tan tangibles.

James y Elsa atravesaron con el coche bellísimos paisajes del sur de Inglaterra rebosantes de amplísimas gamas de verdes luminosos y fueron hasta la cercana ciudad de Poole, desde donde cogieron un ferry para visitar la isla Brownsea situada en medio de su bahía, donde Baden-Powell realizó el primer campamento de *boy scout* en 1907. El doctor había pertenecido a este grupo de exploradores durante su infancia y juventud y le iba contando multitud de anécdotas mientras caminaban por su bosque de pinos y robles. Después decidieron merendar en una bonita cafetería que había junto al embarcadero. Al final se alegró de haber ido, pues pasó una tarde muy entretenida junto al joven doctor. Elsa tenía que reconocer que James era un hombre excepcional con el que cualquier mujer podía divertirse, aprender y hablar de innumerables temas. Era una lástima que las cosquillitas en el estómago no apareciesen. Estaba convencida de que con el doctor Anderson tendría una vida más tranquila que la que podría proporcionarle Adam. En el caso de que pudiese tener una vida junto al cirujano. Cosa que dudaba.

Cuando volvieron, se habían convertido en dos grandes amigos.

—Lo dicho, Elsa, cuando quieras darle celos, llámame —insistió al despedirse.

—Gracias, James.

Se abrazaron y Elsa le dio dos besos en las mejillas. Dos ojos inyectados en sangre los observaba tras los cristales.

Cuando entró en la mansión, se sentía reconfortada y feliz. James era un gran hombre y le gustaba tenerlo como amigo. En el saloncito verde encontró a la madre de Adam leyendo un libro.

—¿Cómo se encuentra, Grace? —preguntó Elsa solícita.  
—De maravilla. No te preocupes tanto. ¿Cómo te lo has pasado tú?  
—Muy bien. James es una compañía muy amena.  
—Siento la reacción de mi hijo —se disculpó la dama.  
—Tranquila, ya pasó. Me pidió perdón —le confesó.  
—Me alegra saberlo.  
—¿Dónde está? —indagó la joven.  
—En la biblioteca.  
—Voy a ver como se encuentra. Enseguida vuelvo.  
—Ve tranquila. Yo estoy entretenida con esta novela.

Salió de la salita y encaminó sus pasos hasta la puerta contigua donde estaba la biblioteca. Encontró la puerta medio entornada y, empujándola, la deslizó hacia adentro. Adam había pasado toda la tarde allí meditando.

—Adam... —llamó cuando entró en la biblioteca al tiempo que lo localizaba sentado en uno de los aparatosos sillones de cuero que se encontraban en medio de la estancia.

—¿Qué? —inquirió el cirujano con voz cortante y sin dirigirle la mirada.

—¿Otra vez enfadado? —preguntó a su vez al percibir el tono en el que la había hablado.

—¿Acaso tengo motivos?

—Pues yo creo que no —le contestó moviendo a la vez su cabeza con un gesto negativo.

Se sentó con parsimonia frente a Adam. Se había propuesto tener mucha paciencia con él, y para ello necesitaba estar tranquila y serena. Por tanto, decidió no molestarse dijese lo que dijese.

—Te he visto despedirte del guaperas —espetó a la vez que le clavaba una mirada furiosa.

—¿Y?

—Lo has abrazado y besado —insistió.

—Como a un amigo.

—Ya... —masculló dudoso.

—¿Quieres que te abrace y te bese como lo he hecho a él? ¿Cómo a un amigo?

—Elsa, ¿me estás queriendo decir que yo no lo soy? —la interrogó mientras sustituía el ceño fruncido por un gesto de preocupación.

—Bueno, tú desde que hemos vuelto del hospital, sí que lo eres —confesó la joven.

—¿Antes no? —preguntó el cirujano, aunque sabía la respuesta.

—No, Adam, antes no.

—Elsa, te hice daño, ¿verdad? —dijo con pesar.

—Sí, me lo hiciste. Mucho —admitió Elsa.

Adam se incorporó hacia adelante a la vez que juntaba sus manos en un claro gesto de arrepentimiento.

—¿Me perdonas?

—Ya estás perdonado, Adam. Tu comportamiento de ahora ha borrado tu conducta de antes.

—Gracias, Elsa.

Cuando se ponía tierno era peor. Le entraban ganas de demostrarle todo lo que sentía. Se dio cuenta de que pedía a gritos un poco de cariño. Elsa se levantó y se puso de cuclillas frente al cirujano.

—Adam, tú eres más que un amigo —confesó acercando su cara a la de él hasta posar los labios en los suyos. El cirujano no pudo controlarse y envolviéndola en un abrazo, prolongó ese beso, hasta que Elsa, con ternura, se separó.

—¿Ves cómo pierdes el control enseguida?

—No, Elsa, no te equivoques, me haces perderlo tú —repuso con una sonrisa pícaro.

—Pues entonces el dominio lo pondré yo. No me acercaré a menos de dos metros de ti.

—Lo siento, querida, pero eso es imposible. Para curarme tendrás que

acercarte —le recordó con sorna—. Y yo estoy muy malito —añadió poniendo cara de fingida tristeza.

Elsa se echó a reír.

—¡Vaya! Creo que no tengo escapatoria —declaró risueña.

—Así que vamos a jugar un poco a los médicos. ¡Enfermera! Me duele aquí —exclamó señalando sus labios.

—A ver qué le pasa a este pobre enfermito —dijo acercándose a Adam. Se inclinó y le dio un beso en los labios. Levantándose, añadió— ¡Ale! Ya estás curado.

Ambos rompieron en felices carcajadas.

—¡Ay, Elsa! Puedes conmigo.

A partir de ese momento, la complicidad se hizo mayor. Pasaban todo el día juntos, a ratos acompañados por Grace. El cirujano aprovechó para darle sus primeras clases de equitación a Elsa. Todas las mañanas se pasaban por las caballerizas, cuidaban juntos de los caballos, los peinaban, y Adam le ayudaba a montarse en una mansa yegua blanca para que practicara por los alrededores. Él agarraba el bocado del caballo para guiarlo y conseguir que a Elsa se le quitase el miedo a montar.

La actitud de Adam había dado un vuelco sorprendente, comportándose en todo momento con mucha cordialidad hacia Elsa y en un estado de felicidad que ni él mismo recordaba desde cuando no lo disfrutaba. Ni él mismo se reconocía. Pero lo que sí sabía era que era debido a la compañía de la extraordinaria mujer que lo hacía gozar de la vida.

Uno de esos días, estaba Elsa en su habitación cuando sonó su móvil. Miró la pantalla para saber quién era y vio que se trataba de su amiga Paula.

—¡Hola, cariño! ¡Qué gusto oírte! —exclamó entusiasmada.

—¡Hola, cielo! ¿Por dónde andas?

—Estoy en la finca de mi jefe, cuidando de su madre. ¿Pasa algo? —

interrogó preocupada.

—No, no. No pasa nada. Solo que ahora mismo me encuentro en el aeropuerto Gatwick de Londres.

—¿En serio? ¡¿Pero cómo no me has avisado?! —exclamó sorprendida.

—Ya me conoces, Elsa. Me muevo por instintos. He visto una oferta de un vuelo y, aunque me habías avisado de que a lo mejor no estabas, no lo he pensado y me he venido para aquí. Como tú, quería poner un poco de tierra por medio.

—Bueno, no pasa nada, cielo. Yo no puedo estar ahora allí, pero dentro de unos días tendré que ir. Ya te dije que tienes mi apartamento el tiempo que quieras. ¿No te volverás pronto a Valladolid, ¿verdad?

—No lo sé. Cuando me harte de estar por aquí —contestó entre risas—. No he comprado el billete de vuelta.

—¡Perfecto! A ver, ¿me has dicho que estás en Gatwick?

—Sí.

—Genial. Desde ese aeropuerto salen trenes hasta Brighton. Lo que voy a hacer es ponerme en contacto con mi compañera de piso, Lorena, y si ella puede, seguro que va a buscarte a la estación —le informó resuelta.

—No, Elsa. No quiero molestarla.

—Calla, boba, si es majísima y seguro que estará encantada de recogerte, pero tengo que ver si está trabajando. Es enfermera como yo. Ya verás cómo te llevas de maravilla con ella. Creo que os parecís en algunas cosas. Las dos sois muy buenas personas. Tú espera ahí. La llamo y le doy tu teléfono para que te localice y quede contigo, ¿vale?

—Está bien, cariño, pero no la fuerces. Si no puede, no pasa nada. Me las apañaré.

—Eso lo sé, pero así será más fácil. Venga, ahora te llamo y te cuento. Un beso.

Elsa colgó, habló con Lorena y le pasó el teléfono de Paula para que se arreglasen ellas. Le habría gustado estar allí para recibir a su amiga, pero

ahora no podía dejar a Adam y a su madre solos. Tenía muchas ganas de verla. En unos días se reuniría con ella. Además, conociendo a Paula, seguro que no se iría sin verla.

## Capítulo 12

Un día, Adam y Elsa decidieron hacer una excursión a la playa. Prepararon una gran cesta llena de comida y unas toallas, y Adam guio el coche hacia una hermosa cala de fina arena que permanecía solitaria entre playas abarrotadas de gente. Hacía un día espléndido, casi comparable a los días veraniegos de pleno agosto de las costas mediterráneas de España. El azul del cielo era brillante y luminoso. Ni una sola nube se divisaba en el horizonte. Las suaves olas rozaban la arena rizándose en efímera espuma blanca, y el mar, de forma extraordinaria, parecía un remanso de paz contagiado de la quietud de la arena de la playa.

—¿Cómo es posible que no haya nadie aquí? —preguntó Elsa en cuanto llegaron.

—Porque esta cala es propiedad privada. ¿Ves esa casa que hay ahí detrás? —Le explicó Adam señalando una preciosa vivienda escondida entre unos inmensos castaños—. Pertenece a un amigo mío y sé de muy buena tinta que ahora mismo no está en casa —terminó guiñándole un ojo.

—Ya veo... lo tienes todo bajo control.

—No, todo no —repuso el cirujano con una sonrisa socarrona.

—Adam...

—No provoques...

Después de la metedura de pata que había tenido la noche que prefería no recordar, Adam se había hecho el firme propósito de no sucumbir a la tentación ni perder el control. Quería demostrarle que podía confiar en él. Necesitaba borrar ese amargo recuerdo de su mente y proporcionarle otros nuevos que fuesen gratos y compartidos junto a él. No sabía porque le importaba tanto que Elsa tuviese una buena impresión de él, pero así era y se esforzaba día a día por conseguirlo. Ella se lo merecía. Era una chica con grandes valores. Él sabía que se había ganado a pulso los calificativos con los

que Elsa lo nombraba. En verdad se había comportado como un ogro. Ahora sabía que esa chica no tenía nada que ver con su exmujer y que no se merecía la forma en que la había tratado desde que había aparecido por el hospital. Elsa era una chica generosa al máximo y fuerte como un roble ante sus convicciones, pero también era risueña, graciosa y chispeante. Le encantaba, no lo podía negar. Lo malo era que todavía tenía veneno metido en el cuerpo en contra de las mujeres. No terminaba de fiarse y le salía una vena posesiva y celosa que lo descontrolaba. Bueno, bien pensado... solo le pasaba con Elsa. En cuanto la veía hablar con otro hombre... se encendía, no podía evitarlo. Mientras la desease había pensado que lo mejor para poder controlar esos ataques de... ¿celos?, bueno, de lo que fuese, era apartarla de todos, que le perteneciese solo a él y así, evitando las oportunidades, él conseguiría moderarse y disfrutar junto a ella que, al fin y al cabo, era lo que más le apetecía.

—Es preciosa la cala —admiró Elsa contemplando lo que les rodeaba y despertando a Adam de sus pensamientos.

—Sí, es la única playa a la que me gusta venir. El entorno es precioso y la paz que se respira calma cualquier espíritu inquieto.

—Venga, dejemos todo en la arena y démonos un bañito antes de tomar el sol.

Dejaron la cesta y las toallas, se quitaron la ropa y se adentraron en el mar. Pese a las apariencias de playa mediterránea, el agua estaba muy fría y a la joven le costó avanzar cortando el líquido elemento. Sus gestos, dando saltitos alternando los pies y levantando los brazos, eran muy graciosos, y Adam la observaba mientras se reía a carcajadas. Al final, decidió sacar fuerzas de donde le quedasen y arrojarse al agua buceando hasta estar al lado del cirujano. Cuando emergió, se impulsó con los pies en la arena elevándose con fuerza y lo salpicó entre carcajadas vengativas.

—¡Toma!, eso por reírte de mí.

Después huyó con rapidez y se dedicó a nadar durante un buen rato. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de su amor por la natación en una playa y

estaba disfrutando de su afición sin darse cuenta de que Adam no la seguía. Este la miraba ir de un lado a otro de la cala nadando. Contemplaba su cuerpo ondulante avanzar rompiendo el agua y fundiéndose con el mar. Tenía un estilo formidable.

Elsa se detuvo buscando a Adam y, cuando lo vio en el mismo sitio por donde habían entrado, giró y se dirigió hasta él.

—Perdona Adam, no he caído en la cuenta de que tú no podrías nadar —se lamentó en cuanto se acercó a él.

—Tranquila, no pasa nada. He disfrutado viéndote a ti. Te mueves en el agua como un pez. Tu estilo no tiene nada que envidiar a cualquier nadador profesional.

—Gracias, eres muy amable.

—No, no soy amable y tú lo sabes —adujo Adam mientras alargaba un brazo y lo enrollaba alrededor de la cintura de Elsa—. Soy un ogro —terminó mientras bajaba la cabeza y posaba sus labios en la boca de ella.

La joven elevó sus brazos hasta enroscarlos en el cuello de Adam. Abrió su boca provocativamente para que el beso se hiciera más profundo. El cirujano apretó con fuerza el cuerpo de ella hacia él. Sus cuerpos desnudos y mojados se reconocían y se atraían sin poder evitarlo. Elsa notó un bulto en su bajo vientre, síntoma inequívoco de la excitación que tenía Adam. Las manos de él se deslizaron hacia abajo frotando sus firmes cachetes. Elsa penetró sus dedos en el pelo de Adam apretando su cabeza hacia la suya para absorber con mayor profundidad la boca del doctor. Él volvió a subir sus palmas abiertas acariciando toda su espalda y posándose sobre el nudo de la parte superior del bikini.

Estaba a punto de desatarlo cuando atisbó un breve recuerdo de sus últimos pensamientos y, con mucho esfuerzo, empezó a separarse del cuerpo de Elsa. La agarró por los brazos y la sostuvo, mirándola a los ojos durante unos segundos para calmarse lo suficiente.

—Me quemas, cariño, me quemas. Ardo por dentro como un volcán con solo mirarte. Si no me separo de ti ahora mismo, no sé lo que haría... bueno,

si lo sé, me descontrolaría —admitió Adam mirándola con ardor. Su voz sonaba pastosa y ronca.

Se dio media vuelta y comenzó a salir del agua bajo la mirada sorprendida y desconcertada de Elsa. No entendía a este hombre. Ahora que ella daba claros indicios de estar de acuerdo en mantener relaciones íntimas con él, el que las evitaba era Adam.

Elsa pensó que quizá todo se debía a las heridas sufridas por el accidente. Era lógico que todavía no estuviese en plenas facultades, así que acordó consigo misma el evitarle otra situación parecida. Aun así, no pudo obviar el fijarse en la fornida espalda de Adam, en el movimiento de sus músculos...

Cuando salió del agua, Adam estaba tumbado sobre una toalla boca abajo, se acercó con sigilo y dejó caer de su pelo unas gotitas de agua sobre su espalda. Adam se giró con rapidez y, al ver a la joven, sonrió abiertamente y le dijo:

—¿Buscas pelea?

—¿Yo? —dijo Elsa poniendo cara de inocente.

—No, tu no, la gaviota que pasa por ahí —se burló Adam señalando el cielo que había sobre la cabeza de la joven. Elsa, por reflejo, levantó la mirada hacia arriba y el cirujano se puso de pie de un salto y se abalanzó sobre ella. La agarró por los hombros y haciendo un barrido con sus pies hizo que perdiese el equilibrio y cayese despacio sobre la arena. Una vez que la tenía tumbada, comenzó a hacerle cosquillas en la cintura. Elsa se retorció riéndose sin parar y dando manotazos en el aire intentando apartar a Adam.

—¡Adam! ¡te vas a hacer daño! —logró decir entre risas.

—Tú tranquila, estoy bien. La que va a sufrir vas a ser tú.

El cirujano se sirvió de sus profesionales manos para acertar en los lugares adecuados y sacudir el cuerpo de Elsa a base de risotadas.

—Por favor... por favor... basta —tartamudeaba la joven.

—Tú lo has querido.

Cuando Adam se cansó de hacerle cosquillas, se dejó caer encima de ella

para inmovilizarla, teniendo cuidado de no dejar todo el peso sobre su cuerpo para no hacerle daño.

—¿Y ahora qué? ¿Has aprendido la lección?

—Sí, sí, no volveré a hacerlo —cedió Elsa entre risas.

—A ver, dime... ¿Quién manda aquí? —inquirió socarrón.

—¡Eh! ¡Adam, no te aproveches!

—Sh, contesta a mi pregunta.

—¡No es justo!

Adam comenzó de nuevo a hacerle cosquillas.

—¡Tú, tú, tú! ¡Mandas tú! —balbuceó Elsa desternillada de la risa.

—¡Bien! Por fin lo has entendido. ¿Me prometes que vas a hacer todo lo que yo te diga sin rechistar?

Elsa guardó silencio apretando los labios dando a entender que no pensaba decir ni una sola palabra. Adam volvió a hacerle cosquillas.

—¡Está bien, pesado! ¡Te obedeceré sin protestar en todo lo que me pidas! —exclamó Elsa con los ojos chispeantes de la risa contenida.

—Mmmm... No me está convenciendo tu sinceridad... Repite conmigo... Yo, Elsa Ramírez...

—Yo, Elsa Ramírez...

—En plenas facultades mentales...

—¡Adam! —dijo Elsa soltando una carcajada.

—Repite... en plenas facultades mentales...

—En plenas facultades mentales...

—Prometo obedecer ciegamente ...

—Prometo desobedecer ciegamente ... —susurró ella.

Otra tanda de cosquillas.

—Repito, repito... prometo obedecer ciegamente —gritó.

—A Adam White...

—A Adam White...

—En todo lo que me ordene...

—En todo lo que me ordene...

—Desde este momento hasta las 12 de la noche.

—Desde este momento hasta las 12 de la noche.

—Y ahora vamos a sellar el trato —dijo bajando la cabeza y besando los labios de Elsa—. Brrrrr, ¡tienes arena en la boca! ¡Hala!, levántate y métete en el agua a lavarte —ordenó mientras él se incorporaba y alargaba una mano para ayudarla a levantarse.

Se dirigieron los dos, cogidos de la mano, hacia la orilla y allí mismo se dieron un chapuzón para quitarse la arena. Adam comenzó a restregar el cuerpo de Elsa con sus manos para ayudarla y la joven hizo lo mismo con él. Al final salieron del agua riéndose y más limpios que una patena. Y excitados, para qué negarlo.

—Ahora te vas a sentar en la toalla a tomar un poco el sol mientras que yo preparo la comida —dijo Adam.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué?

—Porque has prometido obedecerme.

—Pero a mí no me importa ayudarte a prepararlo.

—Pero a mí sí. Quiero que descanses, que bastante tienes ya al cuidado de dos enfermos.

—Pero...

—Sh. Has prometido obediencia ciega —le cortó Adam.

—Pero...

—¡Elsa!

—De acuerdo, de acuerdo. Me callo.

—Así me gusta. Túmbate, toma el sol y, cuando esté listo todo, te aviso.

—¿Puedo hablar mientras tomo el sol? No olvides que soy mujer y puedo hacer dos cosas a la vez... —se burló Elsa mirando con sorna a Adam.

Adam frunció el ceño poniendo cara de enfado.

—Si prometes no distraerme mucho, que yo soy hombre...

Ambos rompieron en estrepitosas carcajadas.

—Lo prometo. Hablaré de cosas ligeras para que no tengas que pensar mucho —siguió con la broma Elsa.

—Muy comprensivo de tu parte.

Elsa se recostó en una toalla mientras observaba a Adam coger la cesta y acercarla hasta la otra toalla que había junto a la suya para sentarse ella y empezar a sacar el contenido. Puso primero el mantel sobre parte de la toalla y comenzó a llenarlo con la comida. Dentro, Adam se encontró con una sorpresa.

—¡Tortilla de patatas! —exclamó cuando abrió uno de los tápers.

—La he hecho yo esta mañana antes de que te levantasés. En España no hay excursión que se precie sin una buena tortilla de patatas.

—¡Me encanta!

—Me alegro —dijo Elsa complacida con una gran sonrisa dibujada en su rostro.

Adam se le quedó mirando embobado.

—Eres preciosa.

Elsa bajó la cabeza avergonzada.

—Venga, sigue sacando cosas, a ver que más hay.

Adam alargó la mano, acomodó sus dedos debajo de la barbilla de Elsa y elevó su cara buscando su mirada donde encontró incredulidad.

—Elsa, es verdad, eres preciosa, y no deberías avergonzarte porque te lo reconozcan.

—No estoy acostumbrada a que un hombre me lo diga —confesó Elsa mientras agachaba la mirada avergonzada.

—Pero... ¿No tenías novio en España? Eso me dijiste ¿no?

—Sí. Lo tenía.

—¿Y?

—¿De verdad quieres hablar de eso ahora?

—Sí. Quiero. Quiero que me hables de ti. La comida puede esperar.

Adam se levantó de su toalla y se acercó a la de ella. Se puso detrás de Elsa sentándose y abriendo las piernas para cobijarla. Rodeó su cintura con sus brazos y la atrajo hacia sí, reposando la espalda de ella sobre su pecho y su brazo izquierdo. Así podía verle el perfil de su cara a la vez que la protegía.

—Cuéntamelo todo, Elsa. Empieza desde el principio, por favor —le susurró en su oído.

—No hay mucho que contar, Adam. Dicen que los pueblos felices no tienen historia y yo era un pueblo feliz... hasta que se acabó.

Adam frunció los labios. Conocía a esa mujer y, de tan fuerte que era, era incapaz de demostrar su propio sufrimiento.

—Entonces mejor, antes acabarás. Recuerda que has prometido obedecerme en todo.

Elsa miraba con persistencia el horizonte. No era una persona que verbalizara sus penas. No lo tenía por costumbre. En España todo lo compartía solo con Luis. Quizá el tiempo que llevaba en Inglaterra había sido la época de su vida en la que más se había apoyado en los demás. Allí tenía dos grandes amigos: Lorena y James, que la ayudaban en sus peores momentos. Y Paula en la distancia, no podía olvidarla.

—¿Sabes? Hace poco me he dado cuenta de una cosa —comenzó Elsa reflexiva.

—¿De qué? —preguntó Adam con interés.

—Pues de que, debido a mi historia feliz, me he perdido muchas cosas por el camino.

—Explícate.

—Verás, yo conocí a mi exnovio hace diez años en el instituto. Prácticamente fue mi primer y único amor.

—Ajá.

—Desde que intimé con él, me creí enamorada con locura de él.

Adam casi suelta un gruñido.

—Continúa.

—Pues casi eso lo explica todo. Me encerré en una cúpula con él. Mi centro era él. Sí, conseguí otros logros por el camino. Estudié enfermería, conseguí un gran trabajo... pero en lo personal, casi vivía en exclusiva para él. Después de cinco años de novios, nos fuimos a vivir juntos. Yo era feliz, muy feliz. Poco más de un mes antes de venir a Inglaterra, cuando llevábamos cinco años viviendo juntos y un pie puesto en la iglesia para casarnos, un día volví a casa antes de lo esperado y me lo encontré allí, en la cama, con una persona que creía mi amiga. Eso es todo. Ahí fue cuando dejé de ser feliz. Esa es mi historia.

Adam sintió una rabia contenida hacia el individuo que le había hecho eso a Elsa, que estaba a punto de estallar, pero debía controlarse por ella. Tenía que lograrlo. Él había pasado por lo mismo y no quería verter su odio ante ella.

—¿Y ahora? ¿qué sientes por él? —inquirió con mayor interés del que creía que tendría. Parecía que su corazón se había ralentizado en espera de su respuesta.

—A eso me refería antes. Aquí me he dado cuenta de que mientras vivía mi historia, esa que yo creía feliz, dejaba de lado un montón de cosas. Mi vida allí era mi trabajo y mi casa, mi casa y mi trabajo. Mi novio era algo... especial, y yo, por no pelearme, lo dejaba ser así. No me imponía, no peleaba, no... nada. Siempre he sabido que era fuerte y que cosa que quería, cosa por la que luchaba hasta el fin. Pero creo que me acomodé, me dejé llevar por las circunstancias cuando ya tenía lo que creía que más feliz me hacía: mi casa y mi trabajo. Ahora veo las cosas de otro modo, no sé; por supuesto mi trabajo ocupa un lugar importantísimo para mí, pero me apetece disfrutar más de la vida también, hacer otras cosas, salir con los amigos más a menudo. Teníamos nuestro grupo de amigos, pero cada vez los veíamos menos. Llegábamos tarde a casa después de trabajar, y a mi ex le solía apeteecer quedarse en casa y yo... pues me acomodaba. Esto, por ejemplo: un tranquilo día en la playa. Nadar siempre me ha gustado, aunque desde hace bastante

tiempo tampoco lo hacía con asiduidad. Hacía años que no me tomaba unas vacaciones para ir a la playa y nadar ¡Con lo que me gusta! Soy muy feliz descubriendo otras aficiones, como el montar a caballo. ¡Incluso leer ya era para mí algo extraordinario y eso que siempre me ha encantado! Quizás parezcan banalidades y que eso no puede condicionar un amor, pero son gotitas que forman parte de un lago —divagó sin contestarle.

—¿Y tu ex? ¿Cuándo lo viste en Brighton me dijiste que habías rechazado su propuesta de volver con él? ¿Sigues pensando lo mismo? —insistió Adam.

Elsa permaneció unos segundos callada. A Adam le iba a dar algo si no respondía pronto a la pregunta. Le interesaba, y mucho, saber la respuesta. No sabía el porqué, pero le interesaba.

—Luis ya no es nadie para mí. Aquí me di cuenta de que ya no estaba enamorada o que lo que en realidad tenía era un enganche con él. Pero todo eso pasó.

Adam soltó el aire que había contenido durante los largos segundos que tardó en contestar Elsa.

—Y ahora viene la pregunta con la que empezamos... ¿nadie te ha dicho nunca lo bella que eres?

Ella giró la cabeza para mirarle a los ojos.

—Mis amigas sí, mucho. Y mis padres, claro —aclaró con una sonrisa que indicaba recuerdos emotivos—. ¡Pero ellos no cuentan! Y bueno, algún que otro amigo del grupo, si salía algún tema sobre la belleza femenina, sin más. Todos éramos amigos y nos respetábamos. O eso creía yo. Mi ex no solía decírmelo, a no ser que me emperifollara para algún acontecimiento especial y yo le preguntara su opinión. Supongo que cuando empezamos a salir éramos unos críos y esas cosas no se dicen a esa edad. Luego nos acostumbramos a otro tipo de relación más... no sé cómo decirte...o tal vez ni yo sepa cómo era.

Los dos se quedaron pensativos. Mientras, Adam acariciaba con suavidad el brazo de Elsa, y esta se sentía protegida entre el regazo de Adam. En esos momentos sentía que podía contarle lo que fuese a él.

—Mira, para que te hagas una idea —continuó Elsa—. Yo estaba firmemente convencida que Luis era un excelente amante, que yo disfrutaba en la cama todo lo que se podía disfrutar, hasta que llegué aquí. Bueno, hasta que te conocí a ti —concluyó mirándolo con vehemencia.

Adam sintió que se le llenaba el pecho de orgullo y, bajando la cabeza, posó sus labios sobre los de ella hurgando con su lengua hasta que Elsa se abrió a él. Tenía que contenerse, tenía que contenerse. Separó los labios respirando con fuerza.

—Si quieres, puedo seguir con las confidencias, pero estas ya te atañen a ti —explicó Elsa volviendo a mirar al mar.

Era un lugar y un momento propicio para ellas. El sonido arrullador de las olas del mar, el paisaje idílico, la compañía... todo invitaba a las confidencias, pero él no sabía si podría batallar con lo que le fuese a decir Elsa; sin embargo, su necesidad de saber pudo con él y le dijo:

—Sigue...

—¿Estás seguro? Quizá no te guste... —indicó Elsa dudosa.

—A lo hecho, pecho. Yo he comenzado con esto, así que no puedo bajarme del caballo a mitad de camino —le conminó a seguir con valentía, aunque renuente en su fuero interno.

—Bien, continúo. Pero solo quiero que sepas que, porque yo hable de esto, no te obliga a ti a nada —aclaró la joven.

Adam se puso tenso. Se temía lo peor.

—Después del primer encuentro tuyo y mío en el quirófano —continuó Elsa—, llegó a mis oídos tu historia con tu mujer. Me di cuenta de que tú habías atravesado por una circunstancia muy parecida a la mía y empaticé contigo.

—No sabía que estabas al tanto —susurró Adam. Estaba a punto de ponerse a gritar.

—Casi desde el principio. Pero quiero que sepas que no fue por parte del personal del hospital por donde me llegó esa información a mí.

—Ajá. Me alegra saberlo —iba a explotar, seguro.

—¿Puedo yo preguntarte a ti algo?

—Adelante —¡No! Casi grita. No quería, pero comprendía que no tenía otra opción. Él había comenzado esto. «¡Maldita sea!», maldijo Adam en su interior.

—¿Qué sientes tú por ella? —preguntó con voz dulce. Sabía que era un tema duro para él.

—Odio —declaró con rapidez. Meditó. Pensó—. Bueno, odio hasta hace muy poco... creo que, desde hace poco tiempo, indiferencia.

—Eso es bueno.

Sí, eso estaba pensando él. Hacía tiempo que no meditaba sobre lo sucedido y la verdad es que en poco tiempo había dejado de rumiar con obsesión en su odio hacia su ex.

—¿A ti en que te afectó el engaño de tu mujer? Me explico... yo descubrí una nueva vida y conocí la verdad de mi vida anterior. No te creas que no fue doloroso el proceso hasta que llegué a esa conclusión ¡eh! Fue punzante y también fue horrible el desenlace, porque descubrir de un plumazo que mi vida no era tan bonita como creía... tiene su miga.

—Entiendo lo que quieres saber, pero a mí lo único que me ha enseñado mi historia es a desconfiar de todas las mujeres —admitió con tono frío y mordaz. No estaba consiguiendo controlarse. Se le estaba yendo de las manos.

Elsa volvió a girarse para mirarlo a los ojos.

—Lo sabía. Me di cuenta en cuanto me contaron la historia por cómo me tratabas. Por eso decidí darte más oportunidades de las que te merecías. Quería que comprobaras por ti mismo que no todas somos como tu ex.

—Fui muy borde contigo, ¿verdad? —Pues parece que sí podía controlarse...

—Fuiste un ogro —adujo Elsa asomando una sonrisa en su boca.

Preciosa la boca de Elsa. Verdaderamente preciosa. Bajó la cabeza y le dio

un suave beso en los labios.

—Lo siento.

—La verdad es que un poco ogro no me importa que seas —añadió Elsa con una amplia sonrisa—. Me gusta sacarte de tus casillas y burlarme de ti cuando asomas las orejas, ogrito.

Adam agradeció en su interior a Elsa que no quisiera ahondar más en su historia pasada. Estaba cristalino como el agua que a él le había afectado mucho más que a ella o, tal vez, que ella era más fuerte que él y había sabido reponerse con mayor prontitud y sin amargar su personalidad, cosa que a él sí le había ocurrido. Por lo menos, lo que sí había podido comprobar era que ya no le dolía tanto hablar del tema. Hasta hacía nada, era incapaz de verbalizarlo sin romper todo lo que tenía alrededor. Todavía tenía que seguir tratando el tema de la desconfianza, pero si conseguía evitar la ocasión... evitaría el peligro de explotar.

Distendido el ambiente, decidieron dar cuenta del ágape. Comieron en abundancia, ya que el aire de mar les había abierto el apetito. Tomaron el sol, jugaron en la arena y se dieron otro baño en el mar, todo ello entre risas. Permanecieron en la cala hasta que contemplaron la puesta de sol. Fue un día maravilloso para los dos. Se conocieron mucho más por dentro y por fuera. Y se gustaron, mucho.

Tras la larga conversación en la cala, siempre estaban de broma y de vez en cuando, Adam le pedía un beso a Elsa y esta se lo concedía. Grace estaba feliz de ver el cambio producido en su hijo, y su corazón se fortalecía. Adam se había recuperado del todo. Solo faltaba hacerle una radiografía para confirmarlo, pero a él no le dolía nada. Deseaba ir al hospital a hacérsela cuanto antes, pero Elsa se lo impidió hasta pasadas tres semanas del accidente.

—¿Mañana vienes conmigo al hospital, Elsa? —le interrogó de improviso.

Era de noche y estaban los dos leyendo en la biblioteca. Se habían vuelto inseparables.

—Si tú quieres... —contestó la joven a la vez que elevaba la mirada del libro y la dirigía hacia Adam.

—Claro que quiero.

—Además, me gustaría ir a ver a mi amiga Paula.

—Podemos pasar unos días en Brighton antes de volver aquí. Os llevaré a ti y a tu amiga a conocer la ciudad. ¿La has visitado?

—Solo tu hospital y el centro comercial cercano a mi apartamento —admitió con una sonrisa.

—¡Uff! Entonces no sé qué podría enseñarte. Ya has visto lo más interesante —dijo él con ironía.

—Lo más interesante de Inglaterra lo tengo enfrente de mí —reconoció con ojos cargados de picardía.

A Adam le dio un vuelco el corazón. Se puso serio y, dejando el libro a un lado, se arrodilló delante de ella. Cogió su cara por ambos lados con las dos manos.

—No sé qué tienes, pero me vuelves loco.

Y la besó con deleite y pasión, saboreando la boca de Elsa con calma. Fue un beso lento, sensitivo, desprovisto de lujuria, dando y recibiendo de igual medida. Fue un beso distinto... para los dos.

Adam se separó, se puso de pie y le agarró las manos.

—Será mejor que nos vayamos a dormir, mañana hay que madrugar —argumentó tirando de ella para levantarla.

Le cubrió los hombros con su brazo y en silencio recorrieron el camino hasta la puerta de la habitación de Elsa. Adam agachó la cabeza y le dio un tierno beso en los labios.

—Buenas noches —le susurró.

Dio la vuelta y se metió en su cuarto.

Elsa estaba aturdida. Adam, en su actitud, había dado un giro espectacular. De ser una persona huraña y déspota, se había convertido en un hombre tierno y socarrón. Justo como le gustaba. Su amor ya no le cabía en el pecho

y, con tal de estar junto a él, su relación sería como Adam quisiera. Si él quería una relación sexual, eso le daría. Aunque Adam había variado en su forma de tratarla, y parecía que le tenía algún tipo de cariño, jamás se lo había dicho. «Elsa, tu eres tonta —se dijo—, Adam solo siente pasión y deseo por ti. No busques nada más». Con ese pensamiento, se quedó dormida.

## Capítulo 13

Frederick los llevó hasta Brighton. Allí cogieron el descapotable del garaje del apartamento de Adam y fueron al hospital.

Las radiografías demostraron que las fisuras estaban casi consolidadas.

—Me alegro, doctor White, ya puede llevar una vida normal —verificó el doctor Anderson—. El proceso que queda puede durar unos meses más, pero si no hace ejercicios muy bruscos, no habrá problemas.

—Gracias, doctor Anderson —dijo Adam.

—Les invito a un café en la cafetería del hospital.

—Lo siento, pero no puedo. He de ver al gerente —se excusó el cirujano.

—¿Y usted, señorita Ramírez?

—Acepto. Doctor White, si no le importa, mientras usted hace su visita, yo tomaré el café con el doctor Anderson. Lo espero allí.

—De acuerdo —convino, aunque en los ojos se le veía un conato de furia.

Adam se marchó, y James y Elsa emprendieron el camino hasta la cafetería. Una vez allí, en una mesa y ante dos cafés, compartieron confidencias.

—Esto de tener que mantener las formas en el hospital me parece lo más anticuado —susurró James.

—Estoy de acuerdo —le imitó Elsa.

—¿Lo rompemos? —sugirió guiñándole un ojo.

—Por mí, perfecto.

—Elsa, tenía ganas de verte —le confesó el joven doctor.

—También yo a ti.

—¿Cómo van las cosas? —Se interesó.

—Van, James.

—¿Se está portando bien contigo?

—Bien es poco. Adorable diría yo, esa es la verdad —admitió con una sonrisa encantadora.

—¿Adorable? ¿el doctor White? —inquirió extrañado.

Elsa rio.

—Asombroso, ¿verdad?

—Pues sí, jamás lo hubiese pensado.

—He pasado unos días maravillosos —confesó con una mirada ensoñadora.

—Me alegro.

—Aprovecharé mientras dure, el día que se acabe, volveré a España.

—¿Volver? ¿No piensas luchar? —cuestionó James.

—James, si no lo consigo por mí misma, ¿para qué luchar?

—¿Tendré que hacer de caballero andante y luchar por ti? —ironizó el doctor.

—¡Oh! ¡No! —exclamó riendo.

Un rato después, cuando ya se habían terminado el café y la conversación había derivado hacia asuntos del hospital, llegó Adam.

—Bueno, ya he acabado, ¿nos vamos, Elsa?

—Vamos.

Se despidieron del doctor Anderson y salieron del hospital. El descapotable les estaba esperando en la plaza particular del propietario del hospital. Se subieron a él y Adam se giró hacia Elsa.

—¿Adónde quieres ir primero? ¿Qué te interesa ver?

—Me gustaría ir a mi casa para ver a mi amiga, Adam.

Adam hizo una mueca con la boca. Él se había hecho otra idea. Estaba deseando pasar ese día con ella.

—Elsa, solo te pido el día de hoy para mí, por favor. Lo tengo todo planeado y... bueno... tu amiga no entra mucho en mis planes —concluyó mientras le lanzaba una sonrisa lenta y seductora. Sus hipnóticos ojos la miraron con una intensidad que hizo que su cerebro se derritiera al instante.

A Elsa le dio un vuelco el corazón y un agradable escalofrío en el cuello le hizo salir de una especie de trance.

—Está bien, Adam. Pero mañana paso el día con ella —concedió como si hiciese un sacrificio, aunque por dentro lo estaba deseando.

—¡Trato hecho! Bien, entonces no perdamos más el tiempo. Primero te llevaré a ver el Pabellón Real —le informó a la vez que arrancaba el coche—. Brighton no es una ciudad que tenga muchos sitios que visitar, pero sí que es bonita para pasear por sus calles. El Pabellón Real fue construido a principios del siglo XIX como residencia a orillas del mar para rey Jorge IV de Inglaterra, cuando todavía era el Príncipe Regente. Es un edificio muy extravagante y estoy seguro de que te gustará.

—Estoy de acuerdo. Tengo ganas de verlo. He oído hablar mucho de él —admitió mientras intentaba sujetarse el pelo enrollándolo a un lado de su cara para que no le molestase por culpa del viento —Hablando de paseos... Adam, ¿por qué tienes un descapotable? —continuó sin transición, con una sonrisa burlona.

Adam soltó una carcajada.

—Piensas que estoy loco, ¿no?

—Bueno, reconozco que por esta zona hace mejor tiempo del que esperaba, pero llover... llueve bastante.

—Ya. La verdad es que es un capricho. Y yo suelo tener pocos caprichos, pero cuando tengo uno, no paro hasta conseguirlo.

—Ajá. Cómo yo, ¿no?

Adam dejó de mirar la carretera con brusquedad para mirarla a ella y volver a poner la atención en la conducción.

—No, Elsa. Tú eres más que un capricho.

En cuanto tuvo ocasión de estar un momento sola, mientras que Adam aparcaba en un parking para visitar el Pabellón Real, Elsa llamó a su casa para saber de sus amigas.

—¿Diga?

—¿Lorena? ¿eres tú?

—¡Elsa! ¡Por fin sé de ti! —exclamó su compañera de piso feliz.

—Perdona, cariño, no era mi intención abandonarte tanto tiempo.

—Bueno, déjate de disculpas y bla bla bla, y pasa a lo interesante. ¿Cómo va todo? Salvo la pequeñísima conversación que tuvimos cuando llegó Paula, no he sabido nada de ti desde que te fuiste a curar a tu doctorcito —objetó con un tono de reproche.

Elsa soltó una carcajada.

—Tú siempre tan directa, hija mía.

—Mamá, no te enrolles. Cuéntame.

—Vale, abusona. Te cuento. Estoy en una nube, Lorena, de verdad. Desde que nos fuimos a la mansión ha sido todo perfecto. Pasamos unos días inolvidables allí. Tuvimos una conversación bastante esclarecedora y desde entonces nos llevamos genial. Ahora estamos en Brighton de nuevo. Hemos llegado hoy para que le hicieran la última revisión a Adam, pero ha querido que nos quedemos unos días más aquí para enseñarme la ciudad y estar un poco a solas. Está siendo todo perfecto.

—¿Estás hablando de tu ogro? —inquirió con duda en su voz.

—¡Pues claro! —exclamó con énfasis.

—¡Venga ya, Elsa! Que soy yo la que ha puesto su hombro para que llores. ¡No te creo...!

Elsa se echó a reír. Le encantaba oír a Lorena cuando se ponía intransigente. No se callaba una. Pero, al fin y al cabo, ella era la que tenía la última palabra y la que decidía sobre su vida. Y la verdad era que esa lengua desatada que era su amiga cuando se sulfuraba le había abierto los ojos en varias ocasiones.

—Pues ahora te digo... ¡pon un ogro en tu vida! —replicó con alegría.

—¡Puaggg! —exclamó Lorena a la vez que hacía una mueca de asco con el rostro, aunque su amiga no la pudiera ver.

—Va, venga, alégrate por mi... —dijo con voz de fingida lástima.

—Está bien... ¡Me alegro mucho por ti! —claudicó.

—Oye, ¿qué tal con Paula? —preguntó Elsa cambiando de tema.

—Fenomenal. Estate tranquila que hemos congeniado muy bien. La tengo aquí pegada escuchando todo lo que hablamos.

—¡Qué bien! Pues dile que mañana me guarde el día para mí. Estoy deseando tener con ella un día de chicas.

—¡Ah! ¿Y conmigo no? Mañana libro, ¿me puedo apuntar? —se quejó Lorena con voz cargada de socarronería.

—Pues claro, boba. No te he dicho nada porque creía que trabajabas.

—No. He cambiado un turno y me lo pillo mañana.

—Estupendo. Pues mañana por la mañana me paso por ahí y os recojo. Un beso para las dos. Hasta mañana.

—Otro para ti, guapa —oyó la voz de Paula de fondo.

Fue un día maravilloso para Elsa. Adam la llevó a visitar los lugares más emblemáticos de la ciudad y luego comieron en un restaurante muy íntimo y selecto. Por la tarde se dedicaron a pasear por las callejuelas. Adam la mantuvo casi todo el tiempo agarrada por los hombros. Parecían una feliz pareja de enamorados. El cirujano le iba explicando la historia de Brighton mientras Elsa lo escuchaba con atención.

Ya anochecido, después del largo paseo, cogieron el coche.

—Y ahora... ¿dónde vamos? —interrogó Elsa llena de curiosidad.

—Es una sorpresa —le respondió con una amplia sonrisa en sus labios.

—¿Sabes? Eres un buen cicerone.

—Gracias. La verdad es que es la primera vez en mi vida que hago de guía.

—¡Vaya! Pues nadie lo diría.

—He dedicado demasiadas horas a trabajar y pocas a relajarme.

Se internaron en la zona más moderna de Brighton. Adam metió el coche en el garaje de donde lo habían sacado por la mañana.

—Quiero que conozcas mi santuario —confesó el cirujano.

Elsa lo miró con interrogación.

—Mi apartamento —le tradujo.

La joven sintió un estremecimiento. Había llegado la hora de cumplir su promesa.

El apartamento de Adam era ultra moderno, totalmente opuesto a la mansión. Era funcional y elegante a la vez, donde predominaba el blanco. Espacioso y con escaso mobiliario, pero muy acorde con la estética del lugar.

—¿Te gusta? —preguntó Adam a la vez que, con una mano puesta en su espalda, la hacía entrar hasta el salón.

—Me encanta. Se parece a ti.

—¿A mí? ¿en qué? —interrogó desconcertado.

—Es frío y confortable a la vez.

—¿Yo soy frío? —preguntó con una sonrisa juguetona.

—Bueno, quizás más que frío, distante —rectificó la joven.

—¡Pero si estoy pegado a tus faldas todo el día!

—No me refiero a lo físico, listillo.

—Creo que luego te demostraré que eso no es cierto —sugirió con sus ojos cargados de pasión—. Ahora vamos a hacer la cena. ¿Qué te apetece?

—¿Tú cocinando? —inquirió asombrada.

—Por supuesto. Aquí no tengo servicio. Solo una mujer que viene a limpiar un par de días a la semana. Me gusta estar solo aquí; como te he dicho antes, es mi santuario. Venga, vamos a la cocina a ver qué podemos hacer.

La cocina era impresionante. Todos los muebles eran de aluminio y no le faltaba detalle. Decidieron hacer una ensalada bien completa.

Adam abrió una botella de vino blanco bien frío mientras la preparaban. Los dos estaban disfrutando de ese momento íntimo. Partían los ingredientes

mientras bebían, charlaban y reían.

—He de añadir dos puntos positivos sobre tu persona —declaró Elsa.

—¿Cuáles?

—Eres un magnífico cocinero.

—¡No exageres!

—No exagero. Se te nota. Te desenvuelves muy bien con los cuchillos y toda persona que se meta en una cocina sabe que no es tan fácil controlarlos.

—Eso es un punto, ¿y el otro?

—Eres muy buen anfitrión.

—¿Cuántos puntos positivos tengo?

—Más de los que yo quisiera —admitió con sorna.

—¿Pero he cubierto ya el cupón? —interrogó juguetón.

—¡Uff! Te sobran puntos —confirmó Elsa a la vez que elevaba un brazo y sacudía la mano.

—Entonces, ¿qué hay de premio?

—Te lo daré luego —apuntó con una mirada muy sensual.

—Elsa... no me tientes, o paso de la cena.

—De eso nada. Se me ha abierto el apetito preparando esta magnífica ensalada.

Adam no quería ni rozarla, porque sabía que, si lo hacía, ya no se podría contener. Llevaba demasiados días esperando ese momento y controlarse hasta entonces había sido un reto muy difícil de cumplir. Pero esperaba mucho de esa noche y quería disfrutar de todos los momentos al máximo. Pronto sería suya. Muy pronto.

Adam preparó la mesa mientras Elsa ponía música. Puso dos velas sobre ella cuando estaba todo dispuesto y las encendió, luego apagó las luces. El rincón íntimo quedó perfecto. Se sentaron a comer mientras una música melodiosa los acompañaba.

—Mmm, está muy rica —comentó Elsa tras probar la ensalada.

—¿Lo dudabas? —inquirió Adam al tiempo que elevaba una ceja

interrogativa.

—No osaría hacer tal cosa, solo lo constataba —contestó la joven con ironía.

—Tengo la costumbre de que cuando algo me gusta, intento aprender para hacerlo lo mejor posible.

—Aparte de cocinar, ¿qué más cosas te gusta hacer? Algo que yo no sepa —preguntó curiosa la enfermera.

—¿A parte de cocinar y hacer el amor? —enumeró mirándola con intensidad—. Prefiero que lo vayas descubriendo poco a poco.

—Me gustan las sorpresas. Lo prefiero así.

—Pues esta noche aún tengo que demostrarte otro de mis talentos —anunció misterioso.

—Me intrigas...

—Cuando acabemos de cenar.

—Por cierto... Adam, gracias por este día. Ha sido maravilloso.

—Pero si todavía no ha acabado. —La miró inquieto.

—Bueno, no quería que se me olvidase darte las gracias —aclaró con una enorme sonrisa.

Elsa se sentía atrapada en la tela de araña a la espera de que llegase el momento de ser succionada a su interior. Lo curioso era que no sentía ni miedo, ni animadversión, todo lo contrario, estaba encantada de estar allí y esperaba con ansia la hora de ser devorada.

En cuanto la enfermera terminó el último bocado, Adam se puso en pie, colocó un DVD en la minicadena y se acercó a ella alargando una mano.

—¿Bailas?

—¿Bailar? ¿Contigo? —cuestionó sorprendida.

—¿No querías descubrir mis gustos?

—¿Te gusta bailar? —inquirió con asombro levantándose.

—Ahora lo comprobarás por ti misma.

Comenzó a sonar “Moon river” de Henry Mancini. La enlazó por el talle

con una mano e hizo que lo siguiera a través del salón bailando un vals lento. Elsa se dejaba llevar sorprendida de la facilidad con la que él la manejaba para que lo acompañara en sus pasos. Los ojos de ambos estaban enlazados, buceando uno en las pupilas del otro. La bella melodía los envolvía de magia. Cuando acabó la música, Adam soltó la mano de Elsa y la bajó al talle. Sus ojos seguían unidos. Con las dos manos en la cintura de Elsa la atrajo hacia sí y la pegó a su cuerpo. Despacio bajó su cabeza uniendo sus labios a ella en un beso abrasador. Todo el deseo acumulado por los dos se desató de sus cadenas y los envolvió en un fuego de pasión.

Elsa comenzó a desabrochar la camisa de Adam y sus manos tocaron la piel de su cuerpo produciendo en el joven estremecedores latigazos que recorrían su espalda y le hacían gemir de gozo. Sus manos desabrocharon con nerviosismo el vestido de ella y lo dejó caer al suelo. Adam deseaba contemplar su cuerpo desnudo. Separó su boca de ella y mirándola le quitó su ropa interior para dejar al descubierto su excitante cuerpo desnudo. Rozó con sus manos los pezones de Elsa mientras contemplaba como se ponían duros. Se agachó y tomó con su boca un pecho a la vez que acariciaba el otro con la mano. La joven le dejaba hacer mientras le acariciaba el cuello e introducía sus dedos entre el pelo rubio.

Adam la cogió en brazos, la llevó a su habitación y la depositó con delicadeza en su enorme cama. Elsa se incorporó y desabrochó los pantalones de él rozando su miembro. Los bajó hasta el suelo y volvió a subir sus manos para poder liberar del todo el miembro eréctil. Lo cogió entre sus manos mientras Adam emitía gemidos. Estaba a punto de no poder contener su excitación, aguantando a duras penas el torrente que pugnaba por salir. Llevaba demasiado tiempo deseándola y estaba próximo a perder el control. Le hubiese gustado haber culminado ese día con más entereza para deleitarse largamente con el cuerpo de Elsa, pero su pasión estaba a punto de desbordar.

Colocó a Elsa de nuevo acostada en la cama y se tumbó junto a ella. Sus labios se encontraron, sus lenguas se entrelazaron con lujuria. Sus manos buscaron los pechos de ella, tocando con el pulgar los pezones. Elsa perdió el

control, entrelazó sus manos en el cuello de Adam y lanzó un quejido que incrementó el ardor y la pasión de su interior, dejándolo fluir por su boca pegada a la de él. Le acarició el cuello y la comisura de los labios con los suyos. Después se desplazó hasta su pecho y cogió sus pezones con los dientes, besándoselos. Adam se volvía loco con sus caricias hasta creer que no aguantaría. Su máximo deseo era hacerle gozar a ella. Deslizó su mano por el costado de Elsa recorriendo su cuerpo. Sus piernas, por instinto, se abrieron cuando notaron el roce de su mano. Adam llenó de aire sus pulmones con un suspiro para calmarse un poco. Su corazón galopaba a gran velocidad. Acercó la mano por el vientre bajando hasta llegar al triángulo rizado y deslizó sus dedos dentro de él. Elsa comenzó a gemir y a contorsionarse curvando su cuerpo hacia atrás. Adam recorrió su garganta con los labios hasta encontrarse con un pecho. Lo besó y friccionó el pezón con su lengua, hasta que la condujo con rapidez a la culminación de un explosivo orgasmo.

Perdió el control al oírla gozar, cogió un preservativo de la mesita de noche, se lo colocó con urgencia y se situó entre sus piernas abriéndose paso con su miembro, penetrándola unos centímetros. Acercó sus labios a los de ella, rozándolos.

—Te deseo —susurró con avidez.

Elsa esperaba otro beso excitante, pero él apenas rozaba sus labios, haciendo que se intensificara el deseo en ella. Arqueó su cuerpo para incorporarse un poco hasta alcanzar los labios que se le ofrecían, pero que la hacían sufrir de anhelo. Se enganchó con sus brazos alrededor del cuello de él y loca de delirio le susurró con voz vehemente:

—Por favor... ya... Te necesito dentro.

Adam sonrió. Era lo que estaba esperando, que ella se lo pidiera. Con un fuerte empujón, penetró en ella. Elsa levantó sus caderas y empezaron a moverse al unísono. La joven abrazó el tórax de Adam, clavándole las uñas en la espalda. Los labios de él buscaron los de ella en un beso profundo y, dando unas últimas y fuertes sacudidas, explotó con fuerza. Un relámpago

estalló en todos los centros nerviosos de los dos a la vez que un fuerte gemido salió de sus bocas.

Jadeando, Adam se dejó caer de costado al lado de Elsa. Poco a poco iban calmándose, con la mirada fija el uno en el otro. Adam le pasó un brazo por debajo del cuello, atrayéndola hacia sí y ella se acurrucó junto a él, apoyando su cabeza en su hombro. El cirujano le dio un tierno beso en la frente. Se sentía culpable.

—Lo siento, pero la larga espera me ha desbordado —dijo Adam con contrición.

—Por mí no lo sientas. Creo que acabo de estar en el paraíso.

Adam soltó una carcajada.

—Eso me halaga. Pero te aseguro que podría haberlo hecho mucho mejor.

—Pues no te lo he dicho para halagarte. Es la verdad. Pero vamos, que si tú crees que puedes superarlo... —lo desafió levantando sus ojos hacia él llenos de sarcasmo.

Adam la miró. Jamás mujer alguna le había hecho experimentar lo que ella había logrado que sintiera. Una fuerte oleada de deseo volvió a recorrerle el cuerpo.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—¿Crees que podrías? —le interrogó con picardía.

—¿Me estás retando?

—¿Tú que crees?

—Te lo demostraré.

Elsa contuvo el aliento ante las caricias sensuales de él y, dejándose llevar, comenzaron de nuevo la búsqueda del paraíso.

Cuando los rayos oblicuos del sol incidieron sobre los ojos cerrados de Adam y lo despertaron, parpadeó antes de voltear la mirada hacia donde estaba Elsa. Los mismos rayos de sol acariciaban su pelo oscuro. Una amplia sonrisa se desplegó en los labios del cirujano al recordar la noche pasada. Se

incorporó y se inclinó para darle un beso en la punta de la nariz a la joven, que ante el cosquilleo que le provocó, elevó una mano y se restregó la nariz, aunque seguía durmiendo con placidez.

Adam se levantó y se dio una ducha antes de ir a la cocina para preparar un succulento desayuno. Cuando Elsa se despertó, se guió por el apetitoso olor y el ruido que llegaba a la habitación desde el otro lado de la casa para averiguar dónde estaba el cirujano.

—Veo que te has levantado muy activo.

Adam se giró sorprendido ante la interrupción. Elsa estaba apoyada en el marco de la puerta vestida tan solo con la camisa que él se había quitado la noche anterior y que a ella le llegaba hasta media pierna y tenía una hermosa sonrisa que le iluminaba todo el rostro. La imitó y elevó sus comisuras mientras su mirada la recorría de arriba abajo.

—Muy sexi te has vestido.

—Pues no te hagas ilusiones que me voy a cambiar de ropa ahora mismo para estar decente.

Adam hizo una mueca de desagrado a la vez que cogía el pan de la tostadora y lo colocaba en un plato.

—Yo creo que estás muy decente así.

Elsa soltó una fuerte carcajada.

—¡No eres tú listo ni nada! —exclamó con un fuerte tono socarrón.

La enfermera se acercó a la encimera de la cocina observando lo que estaba preparando Adam.

—¿Te ayudo? Por lo que veo, has invitado a un regimiento.

—Es que no sabía lo que te gustaba y me he liado a hacer de todo.

Sobre la mesa había un plato con huevos fritos y lonchas de tocino, otro con tostadas de pan, un cuenco con una macedonia de frutas, una jarra con zumo de naranja y se oía en el ambiente el café recién hecho.

—¡Madremíadelamorhermoso!

—¿Qué? —preguntó al no entender lo que había dicho.

—Nada, nada. Expresiones españolas —aclaró mientras contemplaba estupefacta todo lo que había sobre la encimera—. Desde luego, Adam, aquí solo faltan unos churros con chocolate.

El cirujano la miró confundido.

—¿No te gusta nada de todo esto?

—¡Por supuesto! —expresó—. Te has excedido, eso sí. Yo con una tacita de café y una tostada me daba por satisfecha.

Adam, despacio, con disimulo, se había ido acercando hasta colocarse tras ella, la rodeó por la cintura con los brazos y agachó su cabeza hasta colocarla junto a la de la joven, por encima de su hombro.

—Pues tendrás que hacer un esfuerzo para alimentarte para coger fuerzas, las vas a necesitar —le susurró cerca de su oído.

—¿Y eso?

Adam le dio la vuelta para tenerla frente a él. La miró y sus ojos se encontraron durante un electrizante momento.

—¿He de decírtelo? —interrogó mientras elevaba sus manos desde la cintura hasta los pechos.

Elsa posó sus manos sobre las de él con la presión suficiente para detenerlo.

—No, no. Recuerda: hoy voy a pasar el día con mi amiga Paula.

El rostro de Adam se contrajo en una mueca de disgusto, se le acercaron los ojos y su voz se endureció.

—Entonces iré contigo.

Elsa percibió enseguida el cambio operado en el cirujano. Elevó las manos hasta la cara de él y la acarició. Frotó con su dedo índice el ceño de Adam.

—Adam, confía en mí, por favor. Hoy quiero un día de chicas y no creo que tú pegues mucho en eso —concluyó con una sonrisa seductora.

El cirujano meditó durante unos segundos. Relajó su gesto al comprender que ella tenía razón y volvió a rodearla con sus brazos con ternura.

—Tienes razón, Elsa. No me hagas caso, ya sabes, soy un ogro.

La joven rio, se separó de él y le dio un sonoro beso en los labios.

—¡Bien! ¡Por fin lo admites!

Adam, de pronto, se arrojó sobre el cuello de ella, gruñó con fuerza abriendo la boca fingiendo un gran mordisco.

—¡Ay! —gritó la joven. De repente, dio un salto hacia atrás y echó a correr hacia el exterior de la cocina—. Ahora, de castigo, te quedas ahí solo terminando el desayuno mientras yo me ducho.

Adam hizo un amago como si fuese a perseguirla y Elsa aceleró la carrera saliendo de la cocina escopetada. El cirujano se echó a reír, y luego siguió preparando el desayuno.

## Capítulo 14

Cuando Elsa llegó a su casa, se encontró a sus dos amigas compartiendo risas y el desayuno en la mesa del comedor.

—¡Chicas! ¡Os veo muy risueñas! —exclamó desde la entrada del salón y se acercó a la mesa para sentarse junto a ellas después de abrazarlas y besarlas profusamente—. ¿Qué os hacía tanta gracia? —quiso saber.

Las dos jóvenes volvieron a reírse a mandíbula batiente sin poderlo remediar en cuanto recordaron el motivo de su diversión. Se miraban las dos y se desternillaban contorsionándose y apretándose el estómago que les dolía de tanta carcajada seguida. Sus caras estaban congestionadas y regueros de lágrimas rodaban hasta los mentones.

—¿De verdad que no pensáis contarme lo que os tiene tan alborotadas? —les insistió con una amplia sonrisa que casi se vuelve carcajada de verlas a ellas.

Paula comenzó a dar bocanadas de aire intentando calmarse para hablar y contarle a su amiga lo que las tenían tan hilarantes.

—¡Ay, Elsa! —consiguió decir— Tu amiga Lorena es la repanocha. Me estaba contando lo que le pasó en la cena de navidad del hospital.

Elsa miraba embobada de la una a la otra. Jamás había visto a Lorena reírse así. A Paula sí: era difícil que su querida amiga no rompiera en carcajadas por cualquier cosa. Sabía sacarle humor a cualquier circunstancia, aunque era cierto que esperaba encontrarla, después de la última conversación mantenida con ella, algo alicaída. Bueno, se alegraba de que no fuese así. Por lo que veía la compañía de Lorena le había sentado muy bien.

—Pues yo no sé nada de esa anécdota que por lo que se ve es tan graciosa —reconoció con sorna.

—Pues no se... No habrá salido el tema —contestó Lorena ya repuesta de su ataque de risa.

—Pues ya estás tardando. Yo también quiero reírme —le pidió a Lorena sin abandonar su enorme sonrisa.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Cuéntalo otra vez, Lorena! —exclamó con entusiasmo Paula.

—Vale, vale, estimado público —cedió poniéndose de pie y saludó haciendo unas reverencias. Se puso en medio del salón y haciendo grandes aspavientos con las manos, continuó—. Pongámonos en situación: deslumbrante diseño del Salón de Banquetes del Pabellón Real. No sé si lo conocéis, pero es lo más de lo más. Maravilloso.

—¡Yo sí! —exclamó Elsa entusiasmada— Estuve ayer ¡y es una pasada!

—Bien, pues imagínate a mí —recorrió su cuerpo con las manos—, vestida con una falda de lamé plateado con un vuelo vaporoso, largo hasta el suelo y un corpiño bordado de pedrería con escote de tipo palabra de honor y atado en la espalda con cintas plateadas cruzadas.

—¡Impresionante! —gritó Elsa sin poderlo evitar.

—Pues sí, para que lo voy a negar.

—Vale, ya estoy situada. Pibón monumental en un escenario de cine. Sigue, por favor, perdona por haberte interrumpido —resumió haciendo un gesto con el brazo extendido devolviéndole el protagonismo.

—Continúo. Una cena espectacular con todo el elenco de profesionales del hospital. Todos los gerifaltes también, por supuesto. La comida exquisita cocinada por un chef de renombre en este país y servida por multitud de camareros regios. Todo muy fino y elegante. Me seguís, ¿verdad?

Las dos jóvenes agitaron sus cabezas al unísono afirmando, embelesadas con el relato.

—Bien. Mesas vestidas con manteles de hilo de la mejor calidad con bordados del más fino estilo inglés. Cubertería de plata con las iniciales del rey Jorge iv. Cristalería de finísimo cristal de bohemia con tallado profundo en hueco y ribeteado en oro. Y entre todo ese lujerío, yo, ahí sentada, junto con mis compañeros. Todos anonadados, claro, pero comportándonos adecuadamente. Conversaciones en voz baja, no chillando, como pasa en España. —Se rieron juntas recordando esa peculiaridad de las charlas en la

tierra de las tres—. Esmerado cuidado con las palabras y la educación. En fin, todo perfecto.

—Lorena, tesoro —la interrumpió Elsa—, me encanta tu relato, de verdad. Estoy viendo el salón con toda la decoración y a ti allí, dejando el pabellón español en lo más alto, pero... gracia... lo que se dice gracia... pues como que no.

—¡Qué impaciente que eres, Elsa! —exclamó Paula, a la vez que le daba una palmada en el hombro riéndose— ¡Déjala que siga con la historia, pesada!

—¡Eh! ¡Sin agresiones! —le reprendió risueña.

—Hay que ver, chicas. Así no voy a acabar nunca de contarlo. Y tú, Elsa, ten un poco de paciencia que ya viene el quid de la cuestión, solo estaba intentando hacer un relato interesante.

—No, si interesante lo está siendo, ¡demasiado! Estoy que me muerdo las uñas. ¡Sigue ya, venga!

—Bueno, nos hemos quedado en la maravillosa cena.

—¡Bufffff! —bufó Elsa— ¡Tía, avanza!

—¡Estábamos en esa maravillosa cena! —insistió entre risas Lorena— Y como sigas interrumpiendo no voy a salir de ella.

Elsa hizo un gesto con la mano sobre la boca como si corriera una cremallera.

—Así me gusta. Prosigo... Cuando terminaron de servir unos succulentos postres, qué, haciendo un paréntesis, me llevaría todo un día una disertación sobre ellos, habilitaron una zona para bailar. Yo me quedé un poco a cuadros, porque la verdad es que no me esperaba algo así viniendo de los ingleses pero, bueno, yo nunca rechazo un buen meneo de esqueleto. En mi mesa estaban algunos de mis compañeros enfermeros y enfermeras, con los que me llevo fenomenal. Total, que en cuanto acabamos con los postres, nos fuimos a bailar. La verdad es que empecé con moderación, pero en cuanto comenzamos con las copas... me desmadré, pa' qué negarlo. Para sorpresa mía, aquello se animó bastante y, en uno de esos giros locos, noté que algo

pasaba en mi espalda. Por instinto, me desplazé deprisa hasta una pared y me pegué a ella oprimiendo con mis brazos el corpiño.

—¡No me digas que se te desataron las cintas! —exclamó Elsa entre risas.

—¡Peor! ¡Se me rasgaron!

Las tres rompieron en fuertes carcajadas.

—Sigue, sigue, por favor. ¿Qué hiciste? —indagó Elsa expectante.

Lorena lanzó un bufido, se pegó a una de las paredes del salón y gesticuló con las manos llamando a alguien.

—Pues hice gestos a mis compañeros para que alguno se acercase. Después de un buen rato, vino Alexia, una de las enfermeras con la que tengo más amistad. «Lorena —me dijo—, ¿estás cansada? ¿ya no quieres bailar más?» Le expliqué lo que me pasaba y después de ver varias opciones, decidimos que Alexia se pegaría detrás de mí, a mi espalda y nos dirigiríamos al aseo para arreglarlo. Y eso hicimos... Yo me despegué un poco de la pared, Alexia se puso detrás y me agarró con sus manos la cintura y comenzamos a andar hacia el baño. —Se separó de la pared—. Ven, Paula, ponte tú.

Paula obedeció y se colocó tras Lorena rodeándole la cintura con sus brazos. Lorena le agarró los brazos por delante.

—Vamos, sígueme, Paula.

Las dos jóvenes comenzaron a andar al unísono. Elsa miraba fascinada la representación de sus amigas mientras no dejaba de reírse. Lorena miró a Elsa.

—No sé si te he dicho alguna vez que en mi hospital hay varios españoles.

—Sí. Alguno lo conocí en una de nuestras salidas nocturnas con tus compañeros.

—Sí, es cierto. Bien, pues cuando estábamos pasando por al lado de la gente que bailaba, a uno de esos compañeros españoles no se le ocurrió otra cosa que gritar «¡Conga!» Y corriendo se vino hacia nosotras colocándose tras Alexia.

—¡No! —gritó entre carcajadas Elsa.

—¡Sí! Y para más colmo, se ve que todo el personal del hospital es asiduo a pasar las vacaciones en España, porque no tardaron ni medio segundo en secundar a mi compañero español y colocarse en fila detrás de nosotros al grito unánime de «¡Conga!»

—¡No me lo puedo creer! ¿Y qué hiciste?

—¡Pues qué iba a hacer! Di unas cuantas vueltas disimulando hasta que vi que me iba a quedar desnuda allí mismo, los guie hasta la puerta del aseo y me metí en él con Alexia, dejando al resto fuera.

Elsa estaba ya que se retorció de risa, Paula no pudo aguantar más y se tiró al suelo arrastrando a Lorena. Las tres jóvenes rodaron por el suelo sucumbiendo al regocijo.

—¡Ay, chicas, ya vale! —exclamó Elsa en cuanto logró calmarse—. Id a vestiros y vámonos por ahí. He venido con la idea de tener un día de chicas a lo grande.

Sus amigas le hicieron caso y se repusieron con rapidez; luego se fueron corriendo a sus habitaciones a ponerse ropas cómodas para acometer el día que habían pensado de la mejor manera posible.

La primera parada la hicieron en un enorme centro comercial para dedicar la mañana a las compras. Las tres jóvenes continuaron con las bromas y se dedicaron más a curiosear y a reírse sin ton ni son que a adquirir cosas. Se probaron todas las prendas que les dio la gana, hicieron pases de modelo por los pasillos de los probadores y recorrieron las tiendas como si fuese una novedad para ellas. Luego fueron a comer a una pizzería que les recomendó Lorena.

Durante la comida, Elsa observaba a sus amigas. Se dio cuenta de que, entre las dos, en unos pocos días, se había establecido una complicidad que las unía. Se les notaba en sus miradas, en los toques leves de sus manos en alguna parte del cuerpo de la otra para reafirmar alguna palabra. No podía dejar de contemplarlas: se las veía felices, y a ella se le embargó el corazón de alegría al verlas con esa química. Había tenido un sentimiento de culpa al

no haber podido estar con Paula desde que había llegado a Brighton, y ahora se daba cuenta que su amiga no la había echado en falta para nada. Durante la espera de la pizza, la invitó a acompañarla al aseo para poder hablar a sola con ella y su amiga aceptó, como suele ocurrir cuando una mujer hace esa sugerencia a otra.

—¿Qué hay entre Lorena y tú?! —quiso saber en cuanto entraron en el servicio y había cerrado la puerta.

—¿Qué?! —exclamó Paula riéndose.

Elsa se puso con los brazos en jarras, la miró con la cabeza torcida hacia un lado y una sonrisa socarrona en los labios.

—Venga, Paula, a mí no puedes engañarme. Te conozco.

Su amiga hizo un pequeño mohín con los labios y luego lo sustituyó por una inmensa sonrisa. Elevó las palmas de las manos hacia arriba con un gesto de rendición.

—Está bien, tienes razón. Tu amiga Lorena me gusta. No hay nada entre nosotras, pero no me importaría que lo hubiese —explicó con una sonrisa pícaro; luego cambió el gesto de sus ojos interrogando con ellos—. ¿Sabes si le gustan las chicas, si ha tenido alguna relación con alguna?

—No. No tengo ni idea. No puedo decirte ni que sí, ni que no. Tampoco sé si le gustan los hombres, aunque cuando hemos salido por ahí, me ha parecido que algo ha tenido con alguno de sus compañeros. La verdad es que nunca hemos hablado sobre ello. Y tú, ¿le has comentado que a ti te gustan las mujeres?

—No. Sabes que yo no lo voy pregonando por ahí, que simplemente soy quien soy. Supongo que tampoco es tan difícil saber hacia dónde van mis gustos, ¿no crees?

—No sé, Paula. Tú, de por sí, eres una persona muy cariñosa con todos en general, tanto con hombres como con mujeres. A la gente que quieres la abrazas, la besas y le hablas con cariño. A todos. En nuestro círculo de amigos, todo el mundo sabe los gustos de todos. Pero alguien que te ve desde fuera, quizás no lo tenga tan claro.

—¡Na! Tranquila, nunca he tenido problemas. Te aseguro que la mujer por la que me pueda sentir atraída se percata enseguida de la situación. ¿O acaso tú te has dado por aludida alguna vez?

Elsa se puso frente a su amiga y la abrazó a la vez que le daba un sonoro beso en la mejilla.

—Nunca, Paula, y no quise dar a entender lo contrario. No podría vivir sin tus mimos y arrumacos.

Paula le devolvió el abrazo riéndose.

—No te preocupes, cariño, no te van a faltar nunca.

Cuando volvieron a la mesa donde las esperaba Lorena frente a la pizza que ya había llegado, las dos se sentaron en sus sillas. Paula se volvió hacia Lorena con una amplia sonrisa en su boca.

—Lorena, cielo, Elsa está preocupada. Cree que debo informarte de que a mí me gustan las mujeres.

A Lorena se le notó la sorpresa en su rostro. Abrió los ojos de forma exagerada.

—¿Eres lesbiana? —la interrogó con espontaneidad.

Elsa y Paula se echaron a reír a carcajadas tapándose la boca con las manos para no llamar demasiado la atención en la pizzería.

—Pues sí, lo soy —le contestó entre risas— ¿Es novedad para ti?

—¿Pero no la ves? —se adelantó Elsa— Si la pobre se ha quedado atónita.

De repente Lorena se unió a las risas de sus amigas soltando una potente carcajada.

—No me estáis tomando el pelo, ¿verdad? —indagó cuando se sosegaron.

—Pues no... ¿eso te supone algún problema? —quiso saber Paula sin perder la sonrisa.

La enfermera abrió los ojos con asombro y comenzó a mover la cabeza de un lado a otro.

—¡Qué va! Solo quería asegurarme.

—¿Lo ves? —manifestó Elsa mirando a Paula con una mueca en su cara

de «ya te lo dije»—. No sabía nada. No ha captado tus insinuaciones — concluyó con una sonrisa.

—¡Eh! ¡Eh! ¿De qué hablas? ¿Qué insinuaciones? ¿Tú y ella? —preguntó incrédula a Elsa.

Ahora sí que Elsa y Paula no pudieron moderar sus carcajadas, y todo el mundo que estaba en el restaurante se giró para observar a las escandalosas jóvenes.

—¡Ma...dre mía que lío es...es...tamos for...mando! —exclamó Elsa tartamudeando por la risa.

Lorena las miraba desconcertada sin entender nada.

—¿Y ahora de qué os reis?

—Vale, yo lo aclararé todo —se ofreció Paula en cuanto pudo calmarse—. A ver, Lorena, lo que Elsa me estaba reprochando es que no he sido lo clara contigo y tú no habías captado que me gustas.

—¿Yo? ¿Te gusto? —preguntó asombrada y, ante la afirmación con la cabeza de Paula, continuó— ¡Ah! Vale. No se... es la primera vez que se me insinúa una chica, pero bien, me parece bien.

Paula y Elsa se miraron confundidas.

—¿El qué te parece bien? ¿Te gusta que me gustes?

—Me refiero a que... ¡Ay, chicas! ¡No sé! ¡Está bien gustar! A mí me caes muy bien, Paula, y me gusta tenerte como amiga. El mañana Dios dirá.

—Muy bien contestado, Lorena. Ahora, si no os importa, me estoy muriendo de hambre, y la pizza tiene una pinta estupenda y se está enfriando.

Las tres jóvenes atacaron la pizza con ganas. Después de comer, se fueron al cine, allí compraron un cargamento de palomitas y se acomodaron en las butacas para pasar la tarde disfrutando de una comedia romántica que les provocó un gran sentimiento de envidia, sana, pero envidia. Cuando acabó, Elsa se despidió de sus amigas, prometiéndose volver a repetirlo en poco tiempo.

## Capítulo 15

Adam decidió quedarse unos días más en la ciudad. Le gustaba la intimidad que tenían en el apartamento y prefería retrasar la vuelta a la mansión para no tener que compartir con nadie la compañía de Elsa. Estaba siendo egoísta, pero ahora que todo funcionaba de maravilla entre los dos, prefería aprovechar el momento. Todavía no se había saciado de ella, todo lo contrario. Su deseo se acrecentaba día a día y no solo para disfrutar de su sexualidad, sino también por el simple hecho de estar con ella, compartiendo sus risas, sus conversaciones, sus enfados y sus silencios.

Con pesar por parte de Adam, porque él se habría quedado todo el tiempo en la cama, cumplió también con su promesa de enseñarle la ciudad. Por las tardes visitaron el muelle de la ciudad, así como diversas iglesias y museos, pero lo que sobre todo hacían era pasear por las calles o por el parque de diversiones que había en uno de los muelles. Por lo general cenaban fuera, tomaban una copa en un pub y volvían con tranquilidad hacia el apartamento de Adam para disfrutar de una noche apasionada. Se levantaban tarde y comían allí mismo algo preparado por ellos. El rato que pasaban en la cocina también era muy divertido. Ambos competían para ver quién de los dos hacía el mejor plato. El problema era que cada uno era especialista en platos típicos de su tierra y siempre, para cada uno, el mejor era el suyo, cuestión que siempre resolvían con humor comiendo uno el plato del otro y viceversa.

Llevaban cinco días en la ciudad disfrutando a lo grande. La parte negativa era que algunos días, Adam había tenido que operar, ya que había clientes que deseaban que los interviniese él en exclusividad. Cuando eso ocurría, Adam no dejaba que lo acompañase Elsa. Ella se quedaba en el apartamento a la espera de su regreso. A Elsa no le agradaba esa situación. La enfermera no había venido a Inglaterra para ser la mantenida o amante de alguien. A ella le gustaba su trabajo.

Uno de esos días en los que Adam había tenido que ausentarse por un breve periodo de tiempo para firmar unos cuantos documentos en el hospital, Elsa llamó por teléfono a su amiga Paula:

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó a su amiga en cuanto se saludaron.

—Elsa, estoy feliz. Me alegro mucho de haber tomado la decisión de venir aquí un tiempo. Estoy conociendo muy bien a Lorena y lo que veo cada vez me gusta más.

—¡Qué bien! ¡Cuánto me alegro! Pero... ¿y ella?

—Pues... conociéndome a mí —rio por lo bajo y, sin transición, preguntó — ¿Y tú? ¿Qué tal con el cirujano?

—Adam. Bien. Muy bien. También conociéndonos el uno al otro.

—Elsa... noto algo en tu voz... Dime, cielo.

—Bueno, solo hay una cosita... Algunos ratos, tiene que ir al hospital y se empeña en que me quede aquí hasta que él vuelva. Y la verdad es que eso no me está gustando nada, me está recordando tiempos pasados que no quiero que vuelvan... Me gustaría hablarlo con él, pero no quiero romper la armonía que ahora mismo tenemos.

—Elsa... Háblalo. No dejes que se enquiste. Cuanto antes mejor. No dejes de ser la mujer fuerte que eres.

—Ya...

Era el sexto día de su estancia en Brighton. Elsa se encontraba intranquila. Adam tuvo que madrugar para irse al hospital a operar, y ella estaba sola rumiando su malestar. Llevaba un tiempo que no se encontraba del todo bien y cuando ese día se levantó de la cama y unas fuertes convulsiones le hicieron vomitar, un pensamiento le pasó por la cabeza. Hizo cuentas y con sorpresa se dio cuenta que tenía un retraso bastante extenso. ¡Qué despiste tenía! ¡Ni siquiera se había dado cuenta! Calculó el primer día que habían mantenido relaciones, cuando Adam había ido a su casa para invitarla a cenar y habían acabado en la cama, y su corazón se contrajo. Era posible, sí. La

verdad era que no había tomado precaución alguna. Ella había tomado la píldora cuando estaba con Luis y había dejado de hacerlo después porque, con tantos días duros que había tenido desde su ruptura, se le había olvidado tomarla varios días y al final había decidido que no tenía sentido que siguiese con ellas. ¡Menuda enfermera estaba hecha!

Se vistió con rapidez y acudió al hospital. Buscó a James y le contó su temor.

—¿Es posible que estés embarazada? —preguntó James con profesionalidad.

—Sí, posible es. Segura no estoy.

—Pues vamos a sacarte sangre y enseguida saldremos de dudas.

—James, Adam no sabe que estoy aquí. Me sacas sangre y me voy. Yo te llamaré para saber los resultados. No me llames tú, por favor.

—¿Él no sabe nada de tu retraso?

—No. Ni yo me había dado cuenta hasta hoy. Por favor, no le digas nada.

—Tranquila, mis labios están sellados.

—Gracias, James.

El doctor Anderson le sacó sangre, y Elsa se fue corriendo al apartamento de Adam. Estaba nerviosa ante la posibilidad de estar embarazada. No sabía cómo se lo podría tomar Adam. Cuando llegó, el cirujano ya estaba allí sentado en el sofá, tomándose un whisky. La miró entrar con ojos furiosos. Elsa plasmó en su cara una sonrisa intentando aparentar algo que no sentía.

—¿Dónde has estado?

—He ido a dar una vuelta —respondió todo lo tranquila que pudo.

—Te dije que me esperaras aquí.

—¿Es que sigo secuestrada? —interrogó en un tono de broma.

Adam dejó con parsimonia el vaso sobre la mesa de centro, se levantó y se acercó a ella.

—Elsa —insistió terco—, quiero que estés aquí cuando yo vuelva.

A Adam le pasó por su mente su vida con su exmujer. Cada uno vivía por

separado: él trabajando y ella de fiesta en fiesta. Él la animaba a que fuese así; había confiado en ella y lo había defraudado. La sonrisa de Elsa se fue difuminando poco a poco.

—Mira, Adam, la verdad es que yo no sirvo para estar aquí esperándote. He decidido que, ya que estamos en Brighton, mañana volveré a trabajar en el hospital —intentó razonar con él.

—¡No! —gritó con furia.

—Está decidido, Adam.

—Pues te despediré.

—Y yo te demandaré por despido improcedente.

Adam, en un arrebato de furia, cogió a Elsa por el brazo y la condujo hasta la habitación.

—Haz tu maleta. Nos vamos de inmediato a la mansión. Allí te espera tu trabajo.

—Pero Adam...

—Haz tu maleta —le exigió sacando la suya y, abriendo los armarios, comenzó a colocar su ropa en ella.

Elsa se sentía morir. No tenía suficiente con creer que estaba embarazada. Ahora volvía a encontrarse con el frío y déspota doctor White. No tenía fuerzas para luchar, así que hizo lo que él le había pedido, cogió la maleta y empezó a llenarla de todas sus pertenencias.

—Es una pena que hayas fastidiado nuestra estancia aquí —cuestionó él con deseos de hacerle daño.

—¿Yo la he fastidiado? ¿Por salir a dar una vuelta? ¿Por querer trabajar? Adam, yo no sabía que eras tan machista tú también.

—Yo no soy machista —protestó.

—¡Ah! ¿no?

—No. Tengo experiencia con las mujeres.

Elsa comprendió. La estaba comparando con su exmujer.

—Adam —dijo suavizando la voz—, no todas somos iguales. Y si las hay

que han nacido para ser mantenidas o tener amantes, yo no.

—¿Entonces qué soy yo? —adujo con menosprecio.

A Elsa se le cayó el alma a los pies. Eso era ella para él. Su amante. Sabía que era así desde el principio, pero una venda en los ojos y su esperanza de llegarle al corazón la habían mantenido fuera de la realidad. El daño ya estaba hecho, y si se confirmaba el embarazo... No quería pensar en eso.

Adam se había arrepentido en cuanto lo soltó; vio la cara de ella desencajarse y supo que la había perdido. Se flageló mentalmente por ser tan estúpido. Lo importante ahora era llevarla a la mansión, allí podría conquistarla de nuevo.

## Capítulo 16

En silencio los dos, hundidos en sus pensamientos, recorrieron el camino hasta la mansión. Cuando llegaron y bajaron del coche, él dijo las únicas palabras del viaje:

—Recuerda que mi madre está enferma.

Elsa lo miró con odio. Él había olvidado que ella era una profesional, no solo su amante.

Grace los recibió con alborozo. Adam y Elsa fingieron una alegría que no sentían y, en cuanto pudieron, cada uno se fue a su cuarto. Una vez allí, Elsa no pudo contener el llanto y su cara se convirtió en un mar de lágrimas. Adam no pudo evitar oírla llorar cuando pasó delante de su puerta para ir a la biblioteca. Se sentía perverso: él sabía que Elsa era distinta. Su experiencia matrimonial con Claire había sido tan traumática que siempre había creído que le sería imposible confiar de nuevo en una mujer. Y ahora, por primera vez desde ese aciago día, su corazón volvía a creer.

Con lentitud se fue acercando a su puerta. La abrió con cuidado. Elsa estaba sentada en la cama, de espaldas a la puerta. Le temblaba todo el cuerpo por los sollozos.

La joven se restregó las lágrimas de la cara e hizo un gran esfuerzo por serenarse un poco, cogió su móvil y llamó a James. Ya era hora de enfrentarse a la verdad.

—¿James?

—Sí, Elsa, soy yo.

—¿Lo sabes ya?

—Sí, querida, lo sé. Estás embarazada.

Elsa rompió a llorar de nuevo.

—Elsa, cariño, no llores, ¿qué te pasa?

—James, no puedo más —admitió entre sollozos.

—Pero, Elsa, ¿no iba todo bien entre vosotros?

—Iba, tú lo has dicho.

—¿Quieres que vaya allí?

—No, no. No vengas.

—Elsa, quiero ayudarte.

—James, Adam no se va a enterar. Confío en ti. Es un secreto entre tú y yo.

—¡Elsa! ¡Debes decírselo!

—No, James. Iré a verte pronto y te lo explicaré todo. Déjalo todo como está. Tú no puedes hacer nada.

—Vale, espero a que vengas y lo hablemos —se resignó el doctor.

—Sí, James, pronto.

—Un beso, querida.

—Adiós.

Colgó y rompió en fuertes sollozos. No oyó como se cerraba la puerta de su cuarto con sigilo.

Otra vez lo traicionaban. Elsa y James. Sintió su corazón romperse en mil pedazos. Cuando se había enterado de lo de Claire había sentido un odio mortal hacia ella, unido a una terrible ansia de venganza. Sin embargo, la traición de Elsa lo había llenado de una gran tristeza y de dolor. Había creído que solo Elsa lo devolvería a la vida, y esta acababa de derrumbársele entre sus manos. Comprendió que lo que sentía por Elsa era amor en el mismo instante que la perdía. O quizás nunca había sido suya. No jugó limpio; la obtuvo casi a la fuerza. No se había portado bien con ella, así que no podía culparla por su traición. Rememoró los días pasados junto a Elsa a partir del accidente: los cuidados que había recibido de ella, las largas conversaciones, los paseos por la mansión y por Brighton, su risa cristalina, sus encuentros sexuales y, en definitiva, cada segundo que había pasado con ella y que había disfrutado y vivido con intensidad. Hasta el roce de su piel le había producido

sensaciones nuevas que en su momento había pensado que estaban relacionadas con su deseo y que ahora sabía que se debían a su amor por ella. Habían sido los días más felices de su vida. Eso se lo debía a ella, así que, tenía la obligación de dejarla libre para que hiciese su vida. Una vida lejos de él. Ahora comprendía que amar significaba dar. Y él iba a darle la libertad. Si había elegido al doctor Anderson, él se apartaría de su camino.

Fue incapaz de dejarla ir durante ese día. Se dijo que esperaría al día siguiente para ir acostumbrándose a su ausencia. Se pasó el tiempo observándola y, aunque delante de su madre, Elsa parecía la misma de siempre, Adam pudo ver que cuando no se creía observada, aparecía una mirada melancólica y triste en sus ojos. Incluso en algún momento creyó detectar lágrimas a punto de desbordarse. En esos momentos, le habría gustado ir a consolarla, rodearla con sus brazos y besarla con ternura en el pelo. Pero Adam estaba convencido de que Elsa solo lo había soportado por las circunstancias en las que él mismo la había metido, así que se contuvo.

Durante la noche, los dos encerrados cada uno en su habitación, meditaban sus amarguras y derrotas. Elsa no sabía si Adam iba a pasar por su cuarto para acostarse con ella. Lo más probable era que aún le durase el enfado de la mañana. Todavía tenían dificultad en gestionar sus disputas. Mejor así. No se sentía con ánimo. La noticia que le había confirmado James la había dejado completamente lisa. Las palabras que le había dedicado el cirujano antes de irse de Brighton le habían aclarado su futuro con él, así que era inviable que la llegada de un hijo de los dos hiciese feliz a Adam. Al final dedicó casi toda la noche a pensar, y lo único que había sacado en claro era que no pensaba decirle nada del embarazo y que no podría quedarse mucho tiempo en Inglaterra. Tenía que buscar un motivo para romper su contrato con el hospital y volver a España antes de que se le notase.

Adam tampoco consiguió dormir en toda la noche pensando en las pocas horas que le quedaba para estar con Elsa. Él podría haberla enamorado si se hubiese comportado de forma distinta. Había perdido su oportunidad, y James había sabido aprovecharse. ¡Cómo había podido ser tan estúpido!

A la mañana siguiente, ambos abandonaron sus habitaciones con visibles ojeras. Adam esperaba verla en la piscina, pero ese día Elsa se sentía apática hasta para hacer su deporte favorito, así que dedicó su tiempo libre en leer en la biblioteca. Evitaba encontrarse con Grace y con Adam porque su capacidad de fingimiento estaba llegando a su límite. Cuando, tras buscarla durante un tiempo, Adam entró en la biblioteca y la encontró allí, tuvo la tentación de correr a su lado y abrazarla, pero pudo dominarse a duras penas. Debido a esto, le salió una voz contenida, mientras ella levantaba la cabeza del libro y lo miraba.

—Te buscaba.

—Pues estoy aquí.

Adam se sentó frente a ella.

—Elsa, he decidido que voy a encargarme yo de mi madre. Cuando quieras, te puedes ir de aquí.

A Adam le había costado horrores pronunciar esas palabras, pero Elsa no pudo vencer la congoja que le había producido oírlas y le fue imposible decir algo. Solo lo miraba a los ojos inmóvil.

—¿Me has oído? —interrogó Adam ante el silencio de Elsa.

—Sí, te he oído. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —balbuceó.

—Simplemente, ya no te necesito.

Era eso. Se había saciado. Ya ni la deseaba. El pequeño vínculo que los mantenía unidos ya había desaparecido. Un fuerte ahogo le apretó el pecho y en sus ojos pugnaron por salir un torrente de lágrimas. No quería que viese en qué estado la habían dejado sus palabras, así que se levantó del sillón y, dirigiéndose a la puerta, de espaldas a él, se obligó a decir con toda la serenidad de la que fue capaz:

—De acuerdo.

Salió y cerró la puerta echando a correr.

Adam agarró su cabeza con ambas manos con un claro gesto de desesperación. Ya lo había hecho. Sintió que su corazón se rompía como el

cristal, explotando en cientos de diminutos trocitos. No sabía cómo iba a poder vivir de ahora en adelante.

Elsa corrió sin parar hasta su habitación y se arrojó en la cama con estremecedores sollozos. Él le había facilitado la salida, pero el saber a ciencia cierta que ya no los unía nada, le había creado el mayor de los dolores. Después de conseguir calmarse a sí misma, reconoció que era lo mejor que le podía haber pasado, y decidió hacer su maleta y marcharse cuanto antes. Cuando acabó de preparar todas sus cosas, se dirigió al saloncito verde para despedirse de Grace.

—Grace —dijo mientras se sentaba frente a ella y cogía sus manos—, vengo a despedirme de usted.

—¿Despedirte? ¿Tienes que volver a la ciudad otra vez?

—Sí, pero esta vez para siempre. Mi trabajo aquí ya ha terminado.

—¿Cómo que para siempre? ¿No vas a volver?

—No.

—Pero ¿por qué?

—Su hijo ha decidido quedarse aquí a su cuidado y yo debo volver a mi trabajo.

—Hablaré con mi hijo. Yo quiero tenerte aquí.

—¡No! —exclamó sin querer. Se calmó y continuó con mayor sosiego—. No, Grace. Debo ir allí. Me necesitan. Usted ya no. Su hijo cuidará mejor de usted que yo. Además, debe estar contenta: tendrá a Adam a su lado —le costaba pronunciar ese nombre—, con usted, una larga temporada.

—Elsa... mi niña, te echaré mucho de menos —declaró la dama conformándose.

—Y yo a usted, Grace.

—Nos veremos en el hospital cuando ingrese para la operación.

—Claro que sí —mintió.

Le dio un fuerte abrazo y salió del saloncito. Buscó a Robert para que le llamara a un taxi.

—Señorita Ramírez, no estoy autorizado.

—Yo sí para irme. Me lo acaba de comunicar el señor White.

—Siendo así...

Cuando Adam salió de la biblioteca, se encontró a Elsa llevando la maleta.

—¿Qué haces? —inquirió con asombro.

—Ya lo ves. Me marchó.

Adam no esperaba que se fuese enseguida.

—Te has dado mucha prisa —dijo enfadado—. Avisaré para que te lleve Frederick.

—No hace falta, ya he llamado a un taxi.

—Pues ve corriendo a encontrarte en los brazos de tu amor —arguyó enojado, se dio la vuelta y se fue a paso ligero.

Elsa se quedó desconcertada. ¿Su amor? ¿Se referiría a Luis? No lo entendía, pero bueno, eso no tenía importancia. Su destino ya estaba trazado y no era junto a Adam. Sin despedirse de él como a ella le hubiese gustado, subió al taxi y dio la dirección de su apartamento. Se acomodó lo mejor que pudo en el asiento del coche para concentrarse en sus pensamientos, ya que tenía un dilema que solventar y lo iba a decidir en el tiempo que duraba el trayecto hasta su casa: qué iba a hacer con su vida.

Ni Lorena ni Paula estaban allí, así que dejó sus cosas y marchó hacia el hospital. Buscó al doctor Anderson en su despacho. Necesitaba hablar con alguien, además de que quería pedirle un favor.

—¡Elsa! —exclamó James en cuanto la vio entrar.

—Hola, James.

El doctor vio enseguida en qué estado de nervios estaba su amiga. Se levantó de su silla, tras la mesa, salió a su encuentro y la abrazó con fuerza y ternura a la vez. En cuanto sintió los brazos protectores de James, Elsa rompió a llorar.

—Elsa, querida, tranquilízate.

Permanecieron así largos minutos hasta que Elsa consiguió apaciguarse. Se separó del doctor.

—Gracias, James. Necesitaba un abrazo amigo.

—Sabes que, por mi parte, siempre lo tendrás —agarró a Elsa por los hombros y la arrastró hasta los dos sillones que estaban frente a su mesa para las visitas—. Siéntate y con calma me cuentas que ha pasado.

—Todo se ha acabado, James —explicó con pesar, una vez sentada.

—¿Pero por qué? No me dio esa impresión el otro día, cuando estuvisteis aquí. Todo lo contrario. Pese a lo que tú me dijiste, os vi comenzando una historia muy bonita.

—Pues esa historia duró cinco días.

—¿Qué ha pasado para que ocurra eso? —interrogó preocupado.

—Pues lo que te dije. Adam ya no me necesita. Ha dejado de desearme.

A James le salió fuego por los ojos.

—Jamás pensé que el doctor White fuese así. Siempre lo he considerado frío y déspota, pero no malvado —señaló enojado—. Pero dime, te lo ha dicho él o es lo que tú has imaginado.

—Él me lo ha dicho esta misma mañana. Me ha dicho que me podía ir porque ya no me necesitaba —confesó Elsa desolada.

—¡Maldito sea!

—James, necesito un favor tuyo.

—Lo que sea. Dime. —Le aseguró alargando su brazo para coger sus manos e infundirle confianza y cariño.

—Quiero volver a España, pero me ata un contrato con este hospital.

—Lo comprendo y dalo por hecho. Hablaré con el gerente.

—Gracias.

—Querida... ¿lo has pensado bien? —le preguntó para asegurarse.

—Por supuesto. No puedo quedarme aquí. Todo me recuerda a él.

—No le has dicho lo del embarazo. —No preguntó, afirmó.

—No.

—Pero Elsa, él tiene que asumir su responsabilidad.

—James, eso no lo quiero yo. Me iré a España y allí tendré a mi niño y lo criaré. Prefiero no mantener algún tipo de unión con él.

—Pero existe. Estarás unido a él de por vida en cuanto nazca vuestro hijo —intentó convencerla.

—Mi hijo. Y no quiero que él lo sepa. No deseo que él se sienta obligado a nada —insistió la joven.

—No creo que obres bien, pero te ayudaré en todo lo que pueda — cuestionó.

—Yo sabía que lo que nos unía a Adam y a mí tenía un tiempo limitado. En cuanto dejase de desearme, se acabaría. Y te lo dije.

—Me lo dijiste, Elsa, pero no quise creerte. Me parece deleznable que alguien como el doctor White actúe así.

—James, yo he tenido la culpa de lo que ha pasado. Bastaba con haber dicho que no desde el primer momento.

—Querida, tú has actuado bajo la influencia del amor: eso resta puntos a tu culpa —dijo sonriendo con ternura.

Tras unos minutos más, Elsa se fue a su apartamento, y James, a intentar solucionarle a ella el tema del contrato.

En su casa se encontraban ya Paula y Lorena. Lorena estaba en la cocina preparando la comida, y Paula, en el salón poniendo la mesa. En cuanto la vio se abrazó a ella.

—¡Elsa, cariño! ¿Qué te pasa? —se interesó de inmediato Paula.

—Paula, ¡soy tan infeliz! —Reposó su cara en el hombro de su amiga, ocultándolo.

—¡¿Qué te ha hecho ese monstruo?! —gritó Lorena mientras recorría el trayecto entre la cocina y el salón

—Por favor, Lorena, me lo he hecho yo sola —objetó entre sollozos.

—¡No seas tonta! A ver, cuéntanos que ha pasado —insistió Lorena. Acarició el cabello de la joven mientras las empujaba a las dos, que estaban

fuertemente abrazadas, hacia el sofá.

La ayudaron a sentarse entre las dos, acomodándose ellas una a cada lado, y la ciñeron entre sus brazos.

—Pues... me he quedado embarazada... —dijo la joven acongojada.

—¿Qué? ¿de ese ogro? ¿y te ha repudiado? —la interrogó Lorena muy enfadada.

Paula permanecía callada intentando sosegar a su amiga con sus caricias y sus besos.

—No, no. Él no lo sabe —sollozó.

—¿No se lo has dicho? —interrogó su compañera de piso.

—No.

—¿Y no se lo piensas decir?

—No.

—¿Por qué?

—Él no me quiere, solo me ha deseado, y ahora ese deseo ya ha pasado, y no me necesita. Yo lo sabía, ¡lo sabía!, pero quería estar con él el tiempo que durase —reveló Elsa.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí.

—¡Maldito sea! —maldijo Lorena frustrada.

Parecía una copia de la conversación que acababa de tener con James. Eran buenos amigos y se preocupaban por ella, pero ya estaba cansada de todo y lo único que deseaba era estar con sus padres y olvidarse de Adam.

—Me voy a España —les informó con contundencia, dentro de sus posibilidades.

—Elsa...

—No, Lorena, no intentes hacerme cambiar de opinión. Está decidido. —Miró a Paula—. ¿Tú no dices nada?

—Cielo, yo solo quiero que te calmes y que sea lo que sea lo que quieras hacer, lo hagas después de meditarlo bien. Yo te apoyaré en todo, como

siempre. Y si decides irte, me iré contigo.

—No, tú quédate el tiempo que quieras, de verdad. No necesito que me acompañes —aseguró Elsa.

Paula le dio un beso muy fuerte en la mejilla agarrando su cara con la mano.

—No te vas a desprender de mí con tanta facilidad, querida.

Elsa le dirigió una mirada cargada de gratitud con los ojos rojos por el llanto.

Lorena no le hizo caso e intentó convencer a Elsa para que no huyese, pero esta tenía muy claro lo que quería hacer y, en pocos días, con todo arreglado, volvió a Valladolid junto con Paula.

## Capítulo 17

En cuanto llegó a su casa, se encerró durante días en su habitación y expulsó de su cuerpo todas las lágrimas que pugnaban por salir. Solo admitía que entrara en su cuarto a su amiga Paula, que la visitaba todos los días y la inundaba de buen rollo y tranquilidad. Lloró y lloró en silencio hasta que ya no pudo más y poco a poco volvió a retomar su vida pasada. Sus padres, generosos como siempre, no insistían cuando Elsa los esquivaba en las respuestas a sus lógicas y extrañadas preguntas. En cuanto al trabajo, fue diferente. No podía presentarse allí y, sin dar explicaciones, solicitar su plaza. Tuvo que hablar con el Dr. Ruiz y explicarle, más o menos, lo que había pasado.

—Elsa, ¿me estás contando que tuviste una relación allí, que te has quedado embarazada y que por eso te has vuelto a España? ¿Tú? ¿La sensatez personificada? No, cielo, no. No me lo estás contando todo. Aunque haya sido así, tú no abandonarías tu trabajo por eso. Te conozco. Estoy convencido de que hay mucho más, pero si esa es la versión que quieres dar, yo no soy quien para intentar sonsacártelo.

—Doctor, yo se lo agradecería...

—Tranquila, ahora estas entre amigos. Por supuesto que tu puesto vuelve a ti.

El doctor Ruiz miró con fijeza a Elsa escudriñando su rostro.

—Y el doctor White, ¿cómo se ha portado contigo?

Él observó cómo se le fruncía el rostro de dolor, aunque lo disimuló en seguida y comprendió más con ese gesto que con todo lo que le había contado Elsa.

—Es un cirujano asombroso, doctor. He aprendido mucho de él el tiempo que he estado operando a su lado —dijo con sinceridad.

—Bueno, pues cuando quieras retomas tu trabajo. Aquí sabes que eres

muy apreciada y valorada, y será una gran satisfacción volver a operar contigo.

—Gracias, es usted muy amable. Volveré lo antes posible.

Elsa echaba de menos su trabajo en el quirófano. Aunque no renegaba del tiempo que había estado cuidando a Grace y a Adam, lo que de verdad adoraba era ayudar a los cirujanos en sus operaciones.

Adam, mientras tanto, ignoraba la decisión de Elsa; la creía trabajando en el hospital y junto con doctor Anderson. Prefería permanecer en la mansión, junto a su madre, que verla a ella a diario y no poder tocarla. Desde allí podía controlar todo lo que ocurría en el hospital y confiaba por completo en la gestión de su gerente.

Pasó un mes, y consideró que el corazón de su madre ya estaba con fuerza suficiente como para resistir la operación. Y a pesar de que el suyo no lo estaba para soportar ver a Elsa junto al doctor Anderson, decidió que tenía que volver al hospital por el bien de su madre. Además, había dejado demasiado tiempo su trabajo olvidado.

Durante ese mes, además de cuidar de su madre, se había dedicado casi todo el tiempo a vagar con el caballo por sus bosques, como alma en pena, y a leer en la biblioteca, encerrado allí durante largas horas. A veces, entraba en la habitación que había ocupado Elsa y como había hecho ella en su cuarto durante su ausencia, mantenía flores frescas en los jarrones cogidas por él mismo en el jardín. En ocasiones, hasta le parecía percibir el olor de ella entre esas paredes. Cuando entraba allí, solía acostarse sobre la cama que había ocupado Elsa y rememoraba los días felices que habían vivido juntos.

Cuando llegó al hospital, durante varios días, esperó lleno de inquietud y añoranza encontrarse con Elsa, pero esto no sucedió. Observó el cuadrante de las guardias de enfermería y no logró encontrar el nombre de ella. Al final le preguntó a una enfermera, y esta le dijo que Elsa ya no trabajaba allí. Asombrado, habló con el gerente y este le confirmó que, a instancias del doctor Anderson, habían cancelado el contrato sin perjuicio ni beneficio por

ninguna de las dos partes.

Adam había notado durante esos días que el doctor Anderson lo trataba con cierta animadversión y que un reflejo de furia se traslucía en su mirada. Él lo había achacado a que Elsa le habría contado hasta qué punto había sido de íntima su relación.

Supuso que Elsa estaría viviendo con él y una intensa oleada de celos le hizo estremecer todo su cuerpo. Adam recordó la última discusión de ellos dos: Elsa quería volver a trabajar y no quedarse en su apartamento esperándolo. Sin embargo, ahora había renunciado a su trabajo por el doctor Anderson. Intentó coincidir con él para ver si lograba averiguar algo sobre ella, pero los preparativos para la intervención de su madre lo mantuvieron alejado del camino del doctor.

Por fin llegó el día de la operación. Ingresó a su madre en el hospital para hacerle las últimas pruebas.

—Adam, ¿Elsa sabe que estoy aquí? Es que me gustaría verla —indagó Grace.

—No creo, madre —le respondió conciso.

—¿Por qué no se lo dices? Seguro que me visitaría si lo supiese —le dijo con una tierna sonrisa.

—No puedo avisarle. No sé dónde está —admitió con brusquedad.

—¿Pero no trabaja aquí? —preguntó extrañada la dama.

—No. Se fue del hospital en cuanto regresó de la mansión.

—¿Y eso por qué? ¿Le has hecho algo a esa chiquilla? —siguió interrogando con mirada de sospecha.

—Pregúntale al doctor Anderson —dijo con brusquedad saliendo de la habitación.

La mujer se quedó atónita ante la actitud de su hijo. Ella había visto que entre Adam y Elsa había algo especial, pero la marcha de la chica le había alejado de ese pensamiento. Ahora volvía a su mente. La reacción de Adam no había sido normal.

La operación de Grace fue un éxito rotundo. Las manos expertas de su hijo, pese a la presión de saber que entre ellas tenía el delicado corazón de su madre, habían logrado el objetivo marcado y, con un poco de reposo, la señora White podría volver a hacer una vida normal.

El doctor Anderson acudió a visitar a la madre del doctor White. La mujer no tenía la culpa de lo que había hecho su hijo y, por otra parte, el día que había pasado en la mansión se había dado cuenta de que era una mujer encantadora y de que le había cogido verdadero aprecio a Elsa.

—Buenas tardes, señora White —la saludó cauteloso.

—Doctor Anderson, me alegra verle. —Lo recibió con una sonrisa.

—Lo mismo digo. Me satisface ver que la operación ha sido un éxito y que pronto podrá hacer una vida normal.

—Gracias. Es usted muy amable. Pero siéntese. La verdad es que deseaba verle.

—¿Sí? Si lo hubiera sabido, habría venido antes. No quería ser una molestia.

—Usted jamás podría ser una molestia, doctor Anderson.

—Pues dígame, señora White, ¿qué deseaba de mí?

—Quería preguntarle sobre Elsa. Mi hijo me informó que ya no trabajaba aquí y que, si quería saber algo de ella, le preguntase a usted —expuso la dama con una mezcla de extrañeza e interés.

La cara de James se tensó. La dama lo notó.

—Pues poco puedo decirle yo. Solo sé que volvió a su país —contestó James evasivo.

—¿Ha vuelto a España? —inquirió más extrañada aún.

—Sí.

—¿Y sabe usted por qué?

—Pues... no. Lo siento, señora White. No puedo ayudarla —mintió.

James consideró que no debía informar a la dama del comportamiento de su hijo con Elsa y menos en sus circunstancias. Además, se lo debía a Elsa.

Ella no querría que la madre de Adam lo supiese.

—Me apena saberlo —dijo con tristeza Grace—. Le había cogido verdadero cariño a esa joven.

—Yo también, señora White.

Cuando la dama se quedó sola, Elsa y su repentina marcha a España ocuparon sus pensamientos. Además, estaba convencida de que el doctor Anderson sabía más de lo que había dicho. Cuando entró Adam, lo primero que le dijo fue:

—Ya sé dónde está Elsa.

A Adam le pilló desprevenido, y su cara reflejó ansiedad, cosa que también notó la dama.

—¿Dónde?

—Ha vuelto a España.

—¿Está en España? —interrogó asombrado.

—Sí. Eso me ha dicho el doctor Anderson —le confirmó su madre.

—Pero... no lo entiendo...

—Yo tampoco, hijo. Algo le debe haber pasado a Elsa para irse así. Sin decirnos nada y rompiendo su contrato. Es una gran profesional y adora su trabajo.

Adam se quedó pensativo. Estaba desconcertado. Creía que James y Elsa estarían juntos. Se suponía que se amaban. Él había visto el interés del doctor hacia ella y el trato que Elsa le dispensaba a él. Además, había oído la conversación telefónica. Algo había pasado, y él necesitaba averiguar el qué.

Decidió ir a buscarlo a su despacho.

—Doctor Anderson, ¿me permite pasar? He de hablar con usted —le solicitó con educación.

—Adelante, doctor White. Pase y siéntese.

—Gracias.

—De nada. Dígame. Lo escucho.

—Me ha dicho el gerente que la enfermera Ramírez, a instancia suya,

llegó a un acuerdo con el hospital para romper el contrato que los unía.

—Es correcto.

—¿Podría decirme por qué?

—Ella me lo pidió —contestó adusto.

—¿Y qué motivos adujo para romper el contrato?

—Quería volver a España.

—¿Por qué? —inquirió acerando su tono de voz.

—Lo siento, doctor White, pero son asuntos personales de la señorita Ramírez, y yo no soy quién para difundirlos —contestó con tono seco.

Adam se puso furioso. No esperaba esa contestación por parte del doctor.

—Pensaba que ustedes dos tenían una relación —exhortó.

—En efecto, la tenemos. Mantenemos nuestra amistad en la distancia. Y por esta no puedo revelarle nada más.

—Pero yo creía que ustedes tenían otro tipo de relación —adujo asombrado.

—¿Otro tipo de relación? No sé a lo que se refiere, doctor White —indagó sorprendido.

—Bueno... creía que se amaban —reconoció, aunque le costaba decirlo en voz alta.

—Doctor White —declaró furibundo—, la señorita Ramírez y yo somos amigos. Yo la aprecio mucho. Es una gran mujer. Pero entre nosotros no hay nada más, y no entiendo cómo ha podido deducir eso.

Adam salió de allí aún más desconcertado. No entendía nada. Una idea le vino de pronto a la cabeza: si Elsa no amaba a James, todavía podría luchar para conseguirla. ¿O quizás ella sí lo amaba, pero no era correspondida por el doctor Anderson? ¿Por qué se habría ido a España con tanta precipitación? Miles de preguntas le martillaban la cabeza. Maldecía al doctor por no haberle querido aclarar los motivos que había tenido Elsa para irse de Inglaterra. Lo que tenía claro era que algo le había ocurrido. Si no, el doctor no se hubiese negado a contárselo. Tenía que averiguarlo. Lo necesitaba.

Dándole vueltas en su mente, se acordó de la compañera de apartamento de Elsa. A lo mejor ella podía aclararle algo. Decidido, fue hasta el apartamento donde había vivido Elsa. Tocó al timbre y oyó como unos firmes pasos se acercaban a la puerta y esta se abría. La misma joven que le abrió la puerta el día que fue a ver a Elsa cuando estuvo enferma, apareció frente a él. Iba muy arreglada, con un vestido escotado y altos tacones. Parecía a punto de salir.

—Dígame, ¿qué desea? —le preguntó la joven observándolo con curiosidad. Le sonaba el rostro de ese hombre, pero no sabía de qué.

—Buenas tardes. Soy el doctor White, antiguo jefe de su compañera de piso, Elsa Ramírez.

La cara de Lorena se transformó y una exorbitante furia apareció en ella.

—¡Vaya! El ogro.

—¿Puedo pasar? Desearía hablar con usted —le espetó asombrado ante la forma de hablarle de la joven.

—No. No puede. Conozco su forma de actuar, y es usted un canalla. Además, tengo prisa. Voy a salir.

—Oiga, joven, no le consiento...

—Me da igual si me lo consiente o no. Digo lo que pienso. Después del daño que le ha hecho a Elsa, no sé cómo se atreve a venir aquí —le recriminó Lorena furibunda.

Adam, creyendo que Lorena se refería a la forma en que se había comportado con ella al principio, le dijo asombrado:

—Ya le pedí perdón por ello, y ella me perdonó.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre? ¿Pedir perdón? —aulló incrédula.

—¿Y qué más quiere que haga? —tronó exasperado.

—¿Qué le parece hacerse cargo a medias del niño? —espetó con desprecio.

—¿El niño? ¿Qué niño? —preguntó desconcertado.

Lorena comprendió en ese momento que había metido la pata. Había

creído, por su contestación, que al final Elsa había decidido contarle lo del embarazo al doctor. Pero estaba claro que se había equivocado.

—¡Nada! —gritó, e intentó cerrar la puerta, pero Adam lo evitó y de un empujón entró dentro del apartamento cerrando de un portazo.

—¡Dígame de qué está hablando! —demandó exacerbado.

Lorena lo miró furiosa. Total, el mal ya estaba hecho. Además, ella estaba convencida de que Elsa debía habérselo dicho. Al fin y al cabo, él era su padre y era rico, por lo que tendría que pasarle una magnífica pensión al niño de ambos.

—¡Elsa está embarazada! —gritó.

Adam se quedó bloqueado. Ni por un segundo se le había pasado por la cabeza tal posibilidad.

—¿Es mío? —balbuceó.

—¡Es usted un monstruo! ¡¿Cómo hace esa pregunta?! ¿Con quién se ha estado acostando Elsa últimamente? —lo acusó sin pelos en la lengua— ¿O se cree que en cuanto la echó de su lado se metió en la cama de otro así porque sí? ¡Qué poco conoce a Elsa si piensa eso de ella!

Adam se sentó en el sofá. No podía mantenerse en pie. ¡Un hijo! ¡Y de Elsa! Una oleada de dicha lo invadió por todo el cuerpo. Pero... ¿por qué se había ido sin decírselo? Miró interrogante a Lorena.

—A mí no me pregunte nada más —se adelantó Lorena—. Es ella la que tiene las respuestas. Mis labios están sellados.

Adam abandonó el apartamento muy perturbado. Ahora entendía aún menos la marcha de Elsa. La única respuesta que encontraba a esa duda era que Elsa, ante todo, a pesar del posible bienestar que él pudiese proporcionar a ese niño, prefería no estar con él. Elsa, estaba claro, no lo quería y no deseaba ningún tipo de ataduras entre ellos dos. Por eso había huido.

Debido al amor que él sentía, a pesar de su certeza de no ser correspondido, el solo hecho de tener esa unión con Elsa lo había llenado de

gozo. Pensó que, quizás, si hablaba con ella, podría convencerla para que volviese a Inglaterra, pero con otras condiciones. Decidió ir a España lo antes posible. Esperó unos días para seguir la recuperación de su madre y cuando esta ya estaba fuerte, y con los competentes cuidados del personal del hospital, decidió que era el momento de ir en busca de Elsa.

—Madre, voy a ausentarme un par de días —le informó.

—¿Y eso?

—Tengo un congreso de cirujanos. Ya sabes —mintió.

No quería alterarle en nada pues la operación era muy reciente.

—Muy bien, hijo. Yo estaré de maravilla aquí.

—Lo sé, por eso voy.

## Capítulo 18

En la administración del hospital le dieron los datos de Elsa en España, y cogió el primer vuelo que pudo. Cuando el taxi lo dejó en la puerta de casa de Elsa, el corazón le iba a mil por hora. Necesitaba convencerla de que volviese con él. Sabía que era una mujer fuerte, decidida, con las ideas muy claras, y capaz de rebatir a cualquiera con buenos argumentos, así que los suyos debían ser mejores.

Había estado pensando durante todo el vuelo lo que le iba a decir y creía que su mayor baza era el bienestar del niño. Se sentía zafio por usar esa estrategia, pero creía que era la única razón que podría esgrimir para convencerla.

Nervioso, tocó el timbre de la puerta. Le abrió una mujer de unos cincuenta años. Sus rasgos le recordaban a los de Elsa.

—Buenas tardes —saludó en un mal pronunciado español—. Busco a Elsa Ramírez.

—¿De parte de quién? —preguntó Ana.

—Soy el doctor Adam White.

A la mujer no le sonaba de nada ese nombre. Su hija había vuelto de Inglaterra muy extraña. Siempre estaba pensativa y no quiso contarles nada de su estancia allí, ni tan siquiera, por qué había adelantado la vuelta. A los pocos días de volver, se reintegró a su hospital de siempre y su vida transcurría entre su habitación y el hospital. El hombre que tenía frente a ella le pareció inglés y como su aspecto era muy distinguido, decidió hacerlo pasar al salón en donde podría esperar a su hija con comodidad.

—Aguarde un momento aquí. Voy a avisarle —explicó saliendo del salón.

Cuando entró en el cuarto de su hija, vio a esta sentada en la butaca leyendo un libro.

—Elsa, tienes visita —informó Ana a su hija.

—¿Quién es? —preguntó extrañada, a la vez que levantaba los ojos del libro y miraba a su madre.

—A ver si lo recuerdo... un tal doctor Adam no sé qué y parece inglés.

Elsa se quedó atónita. Ana observó cómo su tez se volvía pálida. Asustada se puso en cuclillas junto a su hija y le acarició el rostro.

—¿Lo conoces? —insistió su madre ante el silencio de esta, preocupada.

—Sí, sí. Lo conozco. ¿Dónde está?

—En el salón. ¿Quieres que lo eche? Si no quieres verlo me deshago de él enseguida, hija.

—No, no. Ahora mismo bajo —aseguró levantándose.

—¿Estás segura? Te noto muy afectada, Elsa.

La joven se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes, mamá. Solo ha sido la sorpresa inesperada. Vete tranquila. Voy a asearme un poco y bajo de inmediato.

Llevaba puesto unos leggings negros y un jersey de cuello vuelto sin mangas del mismo color y ajustado al cuerpo. El embarazo todavía no se le notaba casi nada y su cuerpo parecía más frágil. Estaba preciosa. Fue al aseo, se peinó y lavó la cara. Necesitaba despejarse. Era la última persona que esperaba que fuese a su casa. Intranquila, bajó las escaleras y se dirigió al salón.

Cuando abrió la puerta, vio a Adam que la esperaba de pie delante de la cómoda que había pegada a una de las paredes y sobre la que reposaba una foto de Elsa que él observaba con atención. Vestía unos pantalones vaqueros negros y un niqui de fino hilo de color gris que dejaba que se marcara toda su musculatura. Estaba más guapo y arrebatador que nunca, y con una expresión en su cara que no supo descifrar. ¡Cómo había añorado esa cara! ¡Esos ojos de acero fundido! ¡Sus finas manos de cirujano! Seguía amándolo y, al verlo, toda la fuerza de su pasión la hizo estremecerse. Hizo un esfuerzo titánico para contenerse. Jamás debía saber la nostalgia que sentía por estar junto a él. Entró, cerrando la puerta tras ella.

Al oír el chasquido de la cerradura, Adam giró su cabeza; la recorrió con la mirada de arriba a abajo. Estaba más guapa que nunca. Destilaba fragilidad y fortaleza al mismo tiempo. Tuvo unos inmensos deseos de correr hacia ella, abrazarla y besarle esos labios que tanto había evocado. Pero sabía que no debía hacerlo. Eso no era lo que ella quería.

—¡Elsa! —exclamó con euforia en cuanto la vio.

—Hola, Adam, me alegro de verte —saludó ocultando su intranquilidad bajo una sonrisa.

—Y yo de verte a ti. Estás preciosa —aseveró con voz admirativa sin poder contenerse.

—Gracias. Siéntate, por favor.

Ni se rozaron. Cada uno se sentó en un sillón. Solo se miraban.

—¿A qué se debe tu visita? —le preguntó a bocajarro.

—Como siempre, tan directa —indicó con una media sonrisa en sus labios.

—Es lo mejor.

—Primero he de decirte que me sorprendió mucho cuando volví al hospital y me dijeron que ya no estabas allí.

—Ajá.

—¿Solo dices eso?

—¿Qué quieres que te diga? Tomé la decisión de volver y lo hice.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿He de contestar a esa pregunta? —preguntó mosqueada.

—Elsa... estás en guardia. Yo no he venido a discutir contigo. Solo a aclarar ciertas cuestiones. —Intentó tranquilizarla.

—Perdona, tienes razón. Me ha sorprendido tu visita. Eso es todo —reconoció con voz más suave.

—Vale. Ahora quiero que me contestes, ¿por qué volviste?

Elsa miró con atención a Adam. Se dio cuenta que él sabía algo de su secreto, pero no sabía si todo o solo una parte. Frotó sus muslos con las

manos, nerviosa; se remeti6 un mech6n de pelo que se habfa escapado de la coleta que llevaba en alto y se humedeci6 los labios con la lengua. Observ6 como la mirada del cirujano seguia todos sus movimientos y se detenfa en sus labios. Querfa ganar tiempo y averiguarlo, asf que le dijo:

—T6 ya lo sabes, ¿no?

—Sf, Elsa. S6 que est6s esperando un hijo mfo —admiti6 a la vez que una opresi6n en el pecho le avisaba que estaba a punto de confirmarlo de sus labios.

«Vale. Eso lo sabe ¿Y lo otro? ¿Tambi6n sabe que lo amo y que no quiero estar cerca de 6l al no ser correspondida?», se pregunt6 Elsa.

—Es cierto —afirm6. No podfa mentirle.

—¿Por qu6 no me lo dijiste? —endureci6 la voz sin poder evitarlo.

—No querfa que te sintieras obligado a nada.

—Bien. Tienes raz6n, me siento obligado para contigo y mi hijo, pero...

—¿Ves? Pues no te sientas asf. Yo criar6 a mi hijo sin ti —lo interrumpi6 con el objetivo de convencerlo.

—Elsa, por favor, d6jame acabar. Es cierto que me siento obligado —repiti6 suavizando la voz. Habfa notado que se habfa puesto a la defensiva—, pero como cualquier padre. Deseo ese hijo. Me ha hecho inmensamente feliz saber que estaba en camino y quiero ocuparme de 6l de la misma forma que t6.

Elsa se qued6 confusa. Esa respuesta no la esperaba.

—Pero, Adam, yo no te pido eso —declar6 angustiada.

—Quiero que vuelvas a Inglaterra, Elsa. Que vivamos juntos, por el bienestar de nuestro hijo.

—¡No! —exclam6 con brusquedad.

—Esc6chame primero, por favor —le pidi6. Elsa not6 un leve tono de desaliento.

—Habla —autoriz6 resignada. Cruz6 las piernas y repos6 sus brazos sobre ellas, entrelazando los dedos de ambas manos.

—Mira, he pensado que podríamos casarnos. Pero no te preocupes, sería un matrimonio blanco. Ya me entiendes. Por nuestro hijo. Conmigo tendría un futuro prometedor, además de compartir su vida con sus dos padres.

Elsa no se creía lo que estaba oyendo.

—No conocía tu faceta de pedantería. Yo he tenido una vida excelente sin necesidad de que mis padres nadaran en la abundancia. Mi hijo vivirá bien conmigo.

—Elsa, no tergiverses mis palabras. No dudo que no se necesita ser millonario para tener una buena vida, pero si lo eres, mejor, ¿no? Y no solo he hablado de dinero. Hablo de la figura paterna. Yo quiero tenerlo a mi lado. No puedes privarme de él.

—No, Adam, no voy a volver a Inglaterra contigo —replicó con voz cortante.

—Espera. No tomes una decisión todavía. Quiero que comprendas bien todo lo que te propongo. —Su voz le pareció que empezaba a sonar desesperada.

—Te he oído con claridad. Pretendes que deje mis mayores anhelos para vivir a tu sombra. Una vida falsa, sin lo que una mujer necesita en una relación de pareja, solo dedicada a mi hijo. No. —Meneó de un lado a otro su cabeza reafirmandose—. Espero mucho más de mi paso por este planeta. Olvídalo. Lo que me ofreces no llenará mi espíritu. Quiero una vida llena de cosas, no materiales, por supuesto. Cosas que me llenen por dentro.

—Pero, Elsa...

—No. Ahora me vas a dejar hablar a mí. —Se levantó del sillón y comenzó a pasear de un lado al otro del salón dando grandes zancadas mientras hablaba—. Es cierto que este bebé que crece dentro de mí es tanto mío como tuyo, pero no pienso dejar que me condicione mi vida. Si quieres formar parte de tu hijo, lo harás, pero no a costa de hundir mi vida. Te dejaré verlo cuando quieras y pasará largas temporadas contigo. Llegaremos a un acuerdo razonable —concluyó al tiempo que se paraba frente a él.

Adam veía que la conversación se le escapaba de las manos. Solía pasarle

con ella. Elsa sabía rebatirle y llevar la conversación a su terreno y desarmar sus puntos de vista. Sabía que en esa ocasión llevaba razón en todo lo que ella decía. Le hubiese gustado ofrecerle otro futuro, el que a él en realidad le habría gustado llevar junto a ella, pero ese sería rechazado aún con más contundencia. Se puso de pie, frente a ella. Los separaban apenas unos centímetros. Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no lanzarse sobre ella. Desesperado atacó por los sentimientos maternos.

—Elsa, ¿de verdad piensas que eso es lo mejor para nuestro hijo? Desde antes de nacer ya estará separado de su padre o de su madre. Yo no quiero eso para él. La verdad es que me parece muy egoísta de tu parte. Mira, haz la prueba. Yo no te estoy pidiendo que no cumplas tus anhelos. Solo que los hagas cerca de mí, en Inglaterra. Si no quieres que nos casemos por ahora, no nos casaremos. Vente conmigo, probemos. Y si no eres feliz, siempre estarás a tiempo de regresar y realizarlo a tu modo. Inténtalo por lo menos —objetó con el fin de convencerla.

A Elsa le tocó el corazón. No. La verdad es que no era lo que deseaba para su hijo, pero vivir al lado de Adam, sin ser suyo por entero...

—Adam, déjame pensarlo. Dame tiempo. Todavía faltan muchos meses para que nazca el niño. Cuando eso ocurra, volveremos a hablar y decidiremos —concedió.

Por lo menos ya no tenía un no rotundo.

—Está bien, algo es algo. Me dejas una ventana abierta —aceptó desesperado.

—Y ahora, dime, ¿cómo está tu madre? —se interesó.

—Está en el hospital. Ya la operé. Salió todo muy bien y ahora está recuperándose.

—Me alegro mucho, Adam. Dale recuerdos de mi parte.

—Gracias. Se alegrará mucho. Te echa en falta.

—Y yo a ella. Es una mujer maravillosa.

—Pues vente conmigo y la ves —intentó convencerla de nuevo.

—Adam...

—Perdona —y cambiando de tema, continuó—. Oye, se me está ocurriendo una idea. Ya que estoy aquí, podría invitarte a cenar y tú me harías de cicerone a mí.

A Elsa se le vinieron a la cabeza las imágenes de ellos dos cuando Adam le estuvo enseñando Brighton. Titubeó. Estar con él unas horas antes de separarse, quizá por mucho tiempo, porque ya sabía que no iba a ser para siempre. Era una tentación. Desde que había vuelto de Inglaterra estaba muy sensible y lloraba por cualquier cosa. No sabía si la culpa la tenía el embarazo o las circunstancias en las que debía vivir su amor por Adam. Así que no le extrañó cuando una gran congoja se le subió a la garganta y sus ojos le empezaron a picar, preludio de unas inminentes lágrimas. Estas eran producidas por la gran añoranza que tenía de estar junto a él. Desde que había llegado a su casa, su mente siempre estaba ocupada con todos los momentos vividos junto a él. A solas, el solo pensamiento de recordar los instantes más íntimos le producían una gran excitación.

Con Adam había vivido los dos extremos: el goce más profundo y más placentero y la infelicidad más absoluta. Su carácter cambiante, difícil de comprender, la había hecho pasar de un extremo a otro como si de un péndulo se tratase.

—De acuerdo —decidió—. Voy a cambiarme. Espérame unos minutos.

Se levantó dándole la espalda para que no viera sus lágrimas. Otra vez recurría a la misma estratagema para que no la viese llorar. Subió a su cuarto y, antes de arreglarse, se serenó, pensó y al final decidió que valía la pena disfrutar esa noche con él. Se lo veía dispuesto a complacerla en todo y ella necesitaba de él, añoraba los buenos momentos vividos a su lado. Saborearía esta noche como si fuese la última. No. Como si fuese, no: era la última.

Cuando apareció de nuevo en el salón, el cirujano tuvo que contener el aire para no exteriorizar de forma excesiva la impresión que le produjo al verla con el mismo vestido que llevaba cuando hicieron el amor por primera vez en el apartamento de Adam. Recordaba con todo detalle cómo le había

desabrochado el vestido y este se había deslizado por su cuerpo hasta el suelo. Estaba impresionante con unas altas sandalias y su pelo suelto y ondulante por su espalda. Se había maquillado con sutileza el rostro para darle un poco de color a sus mejillas tras la sorpresa que se había llevado con la visita del cirujano. Los dos se propusieron tener una velada inolvidable. Adam estaría atento y cariñoso, y Elsa, dulce y simpática.

Elsa tenía un pequeño vehículo para moverse por la ciudad, así que, se dirigieron hacia el garaje para sacarlo.

—No es tu descapotable, pero nos llevará donde queramos —advirtió Elsa con guasa.

Ambos rieron. Y es que había química entre ellos. El déspota cirujano se volvía un pícaro socarrón junto a Elsa y la introspectiva enfermera se transformaba en una juguetona campanilla.

—Anda, deja que lo lleve yo —sugirió Adam.

—¿Sabrás? Con este coche hay que saber conducir. No es automático, como el tuyo —continuó con la guasa.

—¡Vaya! Te demostraré lo que es conducir, querida.

Adam le abrió la puerta del acompañante y le hizo una reverencia.

—Alteza, suba, por favor—se burló.

Elsa, cogiéndose el vuelo de su falda con dos dedos de cada mano, como si fuese una damisela, se introdujo en el coche.

—Gracias, sir Adam White.

—Tú mófate, pero en realidad sí que soy sir —dijo con guasa.

—¿Cómo? —preguntó asombrada.

—Lo que has oído. Fui nombrado miembro de la Orden del Imperio Británico por la reina por mis aportes a la cirugía; por lo tanto, soy sir, pero yo prefiero ser el doctor White.

—¡Ups! —exclamó Elsa.

Adam soltó una carcajada mientras se sentaba al volante. Arrancó el motor. Dentro del coche parecía más coloso que nunca. La joven parpadeó al

ver sus fuertes y musculosos brazos marcados a través del niqui tan cerca de su rostro. Parecía que el automóvil había encogido en un segundo.

—¡Ajá! ¡Por fin te sorprendo! —exclamó Adam alegre.

—Más me sorprenderás si sabes llevar el coche. Recuerda que tienes que poner las marchas —la atacó con ironía.

—¡Elsa! —exclamó haciendo como que se enfadaba.

—Y que aquí se conduce por la derecha —continuó la mofa.

—Te vas a arrepentir. Vas a tener que pedirme perdón por todas tus burlas. —La amenazó con el dedo índice y una amplia sonrisa en el rostro.

Adam sacó el coche del garaje y condujo con gran pericia por las calles de la ciudad. Tenía una sonrisa triunfal en sus labios.

—¿Y ahora qué? ¿Ya no te mofas? —preguntó Adam con socarronería.

—Vale. Te pido perdón —masculló a regañadientes.

—Así me gusta. Ahora guíame hasta el mejor restaurante de aquí.

—¿Me dejas elegir a mí?

—Por supuesto. Poco podría elegir yo.

—Te aviso que puede ser peligroso para ti. A lo mejor la palabra «mejor» no significa lo mismo para mí que para ti —dijo dibujando en sus labios una sonrisa sardónica.

—Me arriesgaré. No tengo más remedio —contestó imitándola con la sonrisa.

Elsa lo guio hasta el barrio antiguo. Aparcaron y la joven lo condujo hasta una pequeña tasca.

—Te voy a enseñar lo que es bueno. No sé si sabes que en España se suelen hacer rutas de tapeo.

—¿Tapeo? ¿Eso qué es?

—Te lo explico. «Ir de tapas» se dice cuando recorres distintas tascas, restaurantes o bares en los cuales degustas pequeñas porciones de alimentos variados, llamadas «tapas» como nombre genérico, acompañadas de sus bebidas. Una de las rutas más conocidas de Valladolid está por los

alrededores de la Plaza Mayor. Pero como eres novato en esto y no quiero que salgas piripi de aquí, te voy a llevar a un restaurante donde preparan un combinado de sus mejores tapas y así podemos estar sentados en una mesa. Ya verás.

Elsa entró seguida por Adam a la tasca y buscó una mesa donde acomodarse. En cuanto se sentaron, apareció el camarero, y la joven le pidió un surtido de tapas y la bebida.

—Vas a chuparte los dedos —aseguró Elsa en cuanto se fue el camarero.

—Deja que lo dude, Elsa. Recuerda, soy inglés. Esas cosas no las hacemos nosotros —señaló a la vez que hacía un gesto como si estirase los puños de una camisa imaginaria.

—¡Qué finos! —se burló.

—Pero te aseguro que tengo ganas de ver cómo te lames tú —dijo con una sonrisa traviesa.

—Tú disfruta mirándome, que yo disfrutaré comiendo.

El camarero dispuso sobre la mesa varios platos con las tapas que había pedido Elsa. Adam no pudo resistirse a probar cada uno de ellos, mientras la joven le explicaba de qué eran y miraba con satisfacción los gestos de aprobación que iba haciendo el cirujano.

—¡Está todo buenísimo! —exclamó Adam.

—Me alegra que te guste.

—¿Y dices que esta forma de cenar es habitual aquí?

—De cenar, comer y hasta de tomar un aperitivo. Cualquier ocasión es buena para ir de tapeo. Hay cientos, si no miles de tapas creadas por cocineros de prestigio. Bueno, en realidad cualquier cocinero, de cualquier barecito, e incluso cualquier ama de casa, crea sus propias tapas. Las hay con cualquier ingrediente combinando diversos sabores. ¡Cómo se nota que no has hecho turismo por España!

—Es cierto. Tendré que solucionarlo. Supongo que no tendrás

inconveniente en enseñarme vuestras costumbres y menos si son como esta.

Elsa se estremeció. Esperaba que Adam se fuese al día siguiente y no la atormentara más con su presencia allí.

—Pero... ¿no te vas mañana?

—Sí. He de ver cómo sigue mi madre, pero pienso volver pronto. Me gustaría seguir tu embarazo e incluso ir al médico contigo para ver las ecografías.

Elsa lo miró pensativa. No podría resistirlo. Verlo a menudo significaba que no conseguiría arrancárselo de la cabeza, y ella necesitaba seguir su vida sin su presencia.

—Adam, preferiría que no fuese así. No quiero que vuelvas hasta que dé a luz.

—Elsa, me pides demasiado. Quiero ver cómo crece nuestro hijo dentro de ti —dijo asombrado.

—Lo siento, pero no puede ser.

—¿Por qué no? —preguntó decepcionado.

—Yo quiero llevar mi vida de siempre. No quiero alteraciones. Está claro que tú tienes unas obligaciones, pero son con tu hijo, no conmigo, y yo no quiero que formes parte de mi vida.

Estas palabras dolieron a Adam de forma sobrehumana. Más claro no se lo podía haber dicho. Una inmensa tristeza le invadió. Jamás recuperaría a Elsa. Ahora lo tenía claro. Ella le había dado largas, prometiéndole pensárselo, pero no tenía intención de hacerlo.

—Elsa, me dijiste que lo pensarías —adujo con pesar.

—Y lo haré, pero sin ti dando vueltas por aquí. Lo siento, pero es lo que deseo.

La noche acabó ahí. Adam había disfrutado enormemente desde que habían salido de la casa de Elsa hasta ese momento y, al ver la complicidad y lo mucho que habían congeniado, se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que ella cambiase de parecer. El duro golpe que acababa de

recibir lo había dejado desolado. Se despidieron casi sin pronunciar alguna palabra más.

En cuanto Elsa llegó a la casa de sus padres, subió a su habitación y se sentó en el sillón agotada. Había sido una tarde entretenida y había disfrutado de la compañía de Adam, del Adam que a ella le gustaba; el que había conocido durante sus días de relax en la mansión y en Brighton antes de la última pelea y de las palabras tan duras que le había dirigido y que se le habían marcado a fuego en su mente. Ese Adam encantador, caballeroso y que le seguía el juego en sus lides dialécticas, que sabía reírse de sí mismo y que la hacía reír a ella. Sentía que volvía a desgarrársele el alma al volver a perderlo, pero no podía hacer otra cosa. En cuanto la conversación había derivado a la posible reiteración en las visitas de Adam, la tensión se había apoderado del cuerpo de Elsa, y se le había instalado un punzante dolor en la cabeza que todavía la martirizaba.

Sacudió los pies para quitarse los zapatos con la idea de acurrucarse en el momento en que sonó su móvil. Se agachó para coger el bolso que había dejado en el suelo, junto al sillón, y buscó el teléfono en su interior. Miró de quién era la llamada entrante y vio que era de Paula.

—Hola, cariño —la saludó casi en un susurro mientras elevaba las piernas y las torcía para encajarlas entre los dos brazos del sofá.

—¡Lo sabía! —exclamó su amiga en cuanto la oyó.

—¿Qué? ¿Qué sabías? —preguntó Elsa confusa.

—Que a ti te había pasado algo. He sentido una cosa por el cuerpo que me ha impulsado a llamarte. ¿Qué te ha ocurrido?

—Ha venido Adam —confesó con una voz que dejaba traslucir una inmensa tristeza.

—¿Aquí, a Valladolid? —inquirió sorprendida.

—Sí. Se ha presentado en mi casa esta tarde y he ido a cenar con él. Acabo de llegar.

—Vale. Voy para allá —decidió la joven impulsiva.

—No, Paula, es muy tarde.

—Cielo, eso sabes que no es importante para mí. Dime, ¿quieres que vaya o no?

Elsa lo pensó durante solo un segundo.

—Sí, Paula, me gustaría que vinieses.

—En nada estoy ahí, cielo. Hasta ahora —aseguró la joven y colgó.

En pocos minutos su amiga entró en la habitación de Elsa y la encontró hecha un ovillo en el sillón. Sus brazos rodeaban su regazo, como protegiendo a su futuro hijo. Y su cabeza reposaba en uno de los brazos del sillón. Paula se acercó hasta ella y se acuclilló. La acarició con ternura, frotando con delicadeza sus piernas.

—Cielo, estoy aquí. Venga, te ayudo a levantarte. Debes estar incómoda ahí.

Elsa, haciendo caso de su amiga, se desplegó de su asiento y se levantó.

—Estoy bien, Paula —dijo mientras se dirigía a su cama y se sentaba en ella dando unas palmaditas a su lado para que se sentara su amiga junto a ella—. Solo es que necesitaba hablar con alguien. —Se frotó los brazos con sus manos, abrazándose a sí misma—. O, mejor dicho, necesitaba hablar contigo —acabó mirando a Paula.

—Bueno, pues ya estoy aquí para escuchar todo lo que quieras decirme —le ofreció a la vez que se sentaba a su lado.

Elsa tenía el ánimo algo más levantado. Ya había pasado por esto. Era la segunda vez que tenía que renunciar a Adam y sabía qué tenía que hacer para superarlo, aunque fuese solo en parte.

—Escucha. Se me ha ocurrido una idea —le dijo a su amiga con una media sonrisa juguetona—. ¿Por qué no hacemos una fiesta del pijama tú y yo? Quédate a dormir conmigo, te presto un pijama y lo que necesites. ¿Qué te parece?

—Por mí, estupendo. Hace tiempo que no hago una —aceptó Paula con una amplia sonrisa en sus labios.

—Vale. Si me lo permites, yo me voy a la ducha un segundo —le informó a su amiga. Se levantó de la cama y abrió un cajón de la cómoda—. Aquí hay pijamas, elige uno y pónelo mientras tanto. ¿O prefieres darte una ducha antes?

—¿Contigo? —le preguntó con ojos y sonrisa picarones.

Elsa se echó a reír.

—¿Quieres volver a verme desnuda? —Le hizo un gesto con el dedo índice, incitándola a cercarse a ella.

Paula bufó y alargando los brazos le dio un empujón en los hombros.

—¡No seas boba! ¡Te tengo demasiado vista!

—No, en serio, ¿quieres ducharte? —insistió risueña. Estaba feliz ante la perspectiva de pasar la noche con su amiga.

—No, gracias, cariño. Vengo duchada ya. —La miró con guasa y añadió — A lo mejor eres tú la que quieres que te lave el pelo y te frote la espalda.

—¡Calla, maja! A ver si te enamoras de mí y tengo que romperte el corazón —le dijo con mofa mientras salía de la habitación.

Hacía años que pertenecían al mismo grupo de amigos y desde el principio habían conectado muy bien. Se llevaban fenomenal y en poco tiempo habían llegado a quererse de verdad. Podrían haber sido la pareja perfecta si no hubiera sido porque no sentían atracción entre ellas. El cariño que se había forjado en torno a la amistad se había transformado en casi amor de hermanas. Elsa no tenía ningún hermano ni hermana y, sobre todo en los últimos tiempos, necesitaba a alguien a su lado y Paula estaba siempre allí, lo que las había unido aún más. Además, desde que se habían conocido en el instituto, habían compartido muchos momentos íntimos, como dos jóvenes que eran, y el juego verbal entre ellas casi siempre acababa en pincharse la una a la otra. No era la primera vez que tenían alguna escena muy parecida.

## Capítulo 19

Adam, destrozado, cogió el vuelo con destino a su país esa misma noche. Su cuerpo caminaba por instinto. Parecía un sonámbulo, sin vida en sus ojos. Cuando llegó a Brighton se fue de inmediato al hospital para ver a su madre. Intentó, con un esfuerzo titánico que no se le notara lo deshecho que estaba, pero su madre lo conocía muy bien y algo detectó en el vacío de sus ojos.

—Adam, hijo, a ti te ocurre algo —aventuró preocupada.

—No, madre, no me pasa nada.

—Mira, es peor que me lo ocultes. Sé con certeza que es así, aunque me lo niegues mil veces. Imagino que no quieres decírmelo por mí, para que no me afecte, pero yo preferiría que me lo contaras porque esta incertidumbre me dará vueltas en la cabeza y es peor —expresó en un intento de razonar con su hijo.

Adam no pudo soportarlo más y, sentándose derrotado en la silla junto a su madre, le cogió las manos.

—Madre, estoy enamorado de Elsa, pero ella no quiere saber nada de mí.

La madre permaneció callada durante unos instantes.

—Adam, ¿la amas de verdad, con el corazón? —le preguntó al tiempo que posaba una mano en el pecho de su hijo, sobre el corazón.

—Daría lo que fuera por compartir el resto de mi vida con ella —sentenció con ardor.

—Y dices que no te quiere...

—No.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Hoy mismo. Me ha dicho que no quiere que forme parte de su vida.

—Eso es muy duro viniendo de Elsa. ¿Le has hecho algo? —aventuró la dama.

—La verdad es que no me porté muy bien con ella al principio de su estancia en Inglaterra —reconoció con tono de arrepentimiento.

—Ya decía yo...

Adam no quiso decirle a su madre que Elsa estaba embarazada de él porque pensó que la llegada de un nieto lejos de ella la afectaría demasiado.

—Adam, debes ganártela, pero con mucha paciencia. Sé que si te conociese como eres de verdad, ella se enamoraría de ti. Ahora debes darle tiempo para que borre de su mente el daño que, por lo que entreveo, le has causado —lo aconsejó.

—Lo sé, pero es tan duro.

Adam, desde ese día, se concentró en su trabajo; operaba sin interrupción. Desahogaba sus penas entre el material quirúrgico y sus pacientes. Todo el personal del hospital se daba cuenta de que algo le sucedía al doctor White. Siempre había sido un trabajador incansable, pero lo que estaba haciendo ahora era destructivo para cualquier persona. Sus compañeros cirujanos tenían miedo de que se derrumbase en una de las operaciones y pasase algo irreparable. Lo veían caminar por los pasillos como alma en pena entre operación y operación. Entre ellos hablaban e intentaban convencer a alguno de ellos para que hablara con el cirujano, porque temían por él y por sus enfermos; pero nadie se atrevía.

Adam había convencido a su madre para que, una vez dada de alta, se fuese una temporada al apartamento que este tenía en Brighton para tenerla más cerca y poder controlarla mejor.

La dama se instaló allí con parte de su servicio de la mansión, pero su hijo casi no aparecía por el apartamento. Estaba muy preocupada por él. Venía casi solo a darse una ducha y cambiarse de ropa, porque dormir... casi no dormía.

Después de dos meses de observar cómo se estaba maltratando, el doctor Anderson decidió hablar con él. Esperó a que saliera de la operación que

estaba practicando.

—Doctor White, ¿podría hablar un momento con usted? —inquirió en cuanto lo vio salir del quirófano.

—Acompáñeme a mi despacho. Tengo pocos minutos. He de preparar otra operación para dentro de poco.

En cuanto se acomodaron en los sillones del despacho de Adam, el doctor Anderson comenzó a hablar.

—Precisamente sobre eso era sobre lo que deseaba comentar con usted —repuso siguiendo el hilo de la conversación interrumpida.

—¿Sobre qué? —preguntó Adam distraído.

—Sobre las operaciones. Estamos preocupados por usted. Casi no descansa: realiza una operación tras otra.

—Eso es asunto mío —espetó con rudeza.

—No si afecta al hospital —le criticó James.

—¿Y en qué puede afectar al hospital?, si se puede saber.

—Doctor White, al ritmo que lleva, cualquier día cometerá un error.

—Sigue siendo mi problema —objetó el cirujano con contundencia.

El doctor Anderson se fijó más en el doctor White. Parecía que tenía los ojos febriles y las mejillas algo acaloradas.

—Doctor White, ¿está enfermo? —indagó con preocupación.

—No. Solo tengo unas décimas de fiebre.

—Sabe que así no debe operar —le advirtió.

—Le he dicho que no estoy enfermo —insistió Adam.

—La fiebre es síntoma de algo, usted lo sabe de sobra.

—Solo es un poco de cansancio, esta noche no he dormido bien —reconoció el cirujano con tono de hartazgo.

—Creo que debería tomarse un descanso.

—Le agradezco su preocupación, pero estoy bien —zanjó a la vez que se ponía en pie.

No sirvió de nada la intervención del doctor Anderson. Hizo oídos sordos a la recomendación de James y continuó con su actividad desenfrenada, pero esa misma noche, cuando estaba a punto de entrar al quirófano, cayó desmayado.

Lo llevaron rápido a una habitación. El doctor tenía una fiebre altísima. Le realizaron todas las pruebas posibles ya que no hacía mucho que había sufrido una conmoción cerebral debido al accidente de tráfico. Todos los resultados confirmaron que no tenía nada de qué preocuparse, por lo que llegaron a la conclusión, visto como se había comportado en los últimos meses, de que lo único que tenía, era agotamiento.

El doctor Anderson llamó a la madre de Adam para informarle y esta le pidió que lo enviaran a casa. Decidieron hacerle caso, acompañado por una enfermera.

—No se preocupe, señora White. Lo único que su hijo necesita es descanso —le explicó a la dama angustiada.

Una vez en su apartamento, el doctor White comenzó a delirar. La fiebre seguía siendo muy alta, y la enfermera le procuraba todos los cuidados posibles para que esta remitiera. Grace se acomodó en un sillón junto a la cama de su hijo y lo oía desvariar. No entendía lo que decía, pero la mujer estaba segura de que, en algún momento, diría lo que le atormentaba y le hacía tener esa fiebre.

Pasó la noche y con el amanecer parecía que se calmaba un poco. La fiebre bajó algo y su forma de dormir se hizo más normal. La dama acababa de volver de asearse un poco cuando lo oyó delirar otra vez, pero en ese momento la voz era más clara y pudo entender lo que decía.

—Elsa... mi hijo... Elsa... Elsa...

Grace comprendió enseguida lo que le ocurría a su hijo. Tenía esa sospecha, pero las palabras de Adam lo confirmaban. Su hijo estaba enfermo de amor. Cuando comenzó a volcarse en el trabajo, ella había sabido que se debía a un intento, por parte de él, por olvidar el rechazo de Elsa. Estas eran las consecuencias.

La dama quería hacer algo. Necesitaba ponerse en contacto con Elsa y pedirle que acudiese al lado de Adam. Estaba convencida de que su hijo no despertaría de su letargo hasta que no oyese la voz de Elsa. Desesperada, porque no sabía cómo localizarla, cayó en la cuenta de que en el hospital debían tener los datos de Elsa y decidió llamar al doctor Anderson. Entonces fue cuando recordó la amistad que había entre Elsa y el doctor, y evocó la conversación que había tenido con él cuando había ido a visitarla a su habitación del hospital: le dio la sensación de que el doctor Anderson sabía más de lo que había dicho.

En ese momento, cuando levantaba el teléfono para llamar al hospital, sonó el timbre de la puerta y dejó de nuevo el auricular en su sitio hasta saber quién había llegado al apartamento.

—Señora White —dijo Robert asomando por la puerta del salón—, el doctor Anderson desea ser recibido.

—Hazle pasar de inmediato, Robert —ordenó con impaciencia.

Cuando entró el doctor, la dama se levantó, se dirigió hacia él y agarrándolo por los brazos, le dijo:

—Me alegro muchísimo de verle, doctor Anderson. En este momento iba a llamar al hospital para localizarlo y pedirle que viniese a hacerme una visita.

—¿Ha empeorado el doctor White? —interrogó con preocupación.

—No, no. Parece más tranquilo y le ha bajado algo la fiebre —le informó la dama.

—¿Entonces? —preguntó James con interés.

—Siéntese, doctor, tengo que hablar con usted.

Se acomodaron ambos en sendos sillones.

—Dígame.

—¿Puedo llamarlo James?

—Por supuesto, señora White.

—Gracias. Pues James, debo pedirle que me ayude a localizar a Elsa.

—¿A Elsa? ¿para qué? —inquirió extrañado.

—Mire, voy a ponerle al tanto de algo muy delicado y que no me compete decirlo a mí, pero dadas las circunstancias, es necesario —hizo una breve pausa y continuó—. Mi hijo está enamorado de Elsa.

James la miró escéptico.

—¿Se lo ha dicho él o lo cree usted?

—Me lo ha dicho él, James. Hace dos meses fue a España para hablar con ella. Cuando volvió me confesó que estaba enamorado de ella y que Elsa lo había rechazado.

James se quedó atónito. Tanto por la declaración de amor de él, como del rechazo de ella, ya que él sabía que ella lo amaba. Ahí había algo que no cuadraba.

—Vamos a ver, señora White, vayamos por partes. ¿Qué tiene que ver lo que me está contando con la enfermedad de su hijo? Si lo estoy entendiendo bien, usted relaciona estos dos hechos, ¿no?

—Así es. Escuche, Adam comenzó a trabajar de forma desahogada cuando volvió de España con el rechazo de Elsa a cuestas. Yo vi cómo estaba a su vuelta: destrozado. Intuí que se estaba concentrando en su trabajo con el objetivo de olvidar su desengaño. Y cuando esta mañana, en su delirio, llamaba sin cesar a Elsa, mis sospechas se confirmaron —le explicó con vehemencia.

—¿Llama a Elsa delirando? —se asombró.

—Sí. Y tengo el convencimiento de que no despertará hasta que no oiga su voz —expresó Grace con desaliento.

—Y quiere que yo la ponga en contacto con ella.

—James, sé que usted oculta algo sobre Elsa. Ustedes tienen una gran amistad, y su forma de hablar sobre ella me lo hizo intuir la última vez que hablamos.

—Es cierto lo que dice, pero yo no soy quién para contarle lo que sé.

—Por favor, James, necesito que me ayude —pidió con lágrimas en los ojos.

—Señora White, tranquilícese. Yo no he dicho que no pensara ayudarla. Me pondré en contacto con Elsa, pero no le puedo asegurar que ella venga — cuestionó el doctor.

—Ya sé que mi hijo no se portó bien con la joven, pero Elsa es una mujer muy sensata y sabrá que debe venir.

—Solo le diré, para que la entienda en el caso de negarse, que le hizo mucho daño y sus consecuencias estarán presentes toda la vida —le advirtió.

—James, por favor, haga todo lo posible —suplicó la mujer acongojada.

—Lo intentaré, pero quiero que me haga un favor. No se meta en la relación entre ellos dos. Deben solucionarlo solos.

—De acuerdo, no lo haré, pero tráela aquí.

El doctor Anderson pasó a reconocer a Adam. Lo vio intranquilo. Murmuraba algo sin cesar. James acercó su oído a los labios de Adam y pudo oír con claridad como pronunciaba el nombre de Elsa. ¿Sería verdad lo que la madre de Adam le había contado? Él había tenido sus dudas porque sabía toda la historia de Elsa, pero después de oír de los labios de Adam el nombre de Elsa, empezaba a creer en la posibilidad de que fuese cierto que este estuviese enamorado de la enfermera. Se alegraría muchísimo por Elsa. Se lo merecía. Decidió hacer todo lo posible para que la joven viniera, pero sin contarle lo que la dama había dicho. Prefería que no se hiciese ilusiones y que ellos dos se lo contasen todo, si tenían algo que contarse, una vez que Adam despertase de su sopor.

Cuando terminó de reconocer las constantes vitales de Adam, se marchó a su casa. Desde allí llamó a Elsa.

—Hola, James. ¡Que gusto oírte! —exclamó la joven en cuanto reconoció la voz de su amigo.

—Hola, Elsa. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien. Gracias. ¿Y tú?

—Muy bien. Y el embarazo, ¿qué tal? —se interesó.

—De maravilla. No tengo ninguna molestia. Hago mi vida normal sin

ningún problema, aunque ya se empieza a notar la tripilla.

—¿Ya sabes lo que es?

—Sí. Es un niño.

—¿Estás contenta?

—Sí, mucho. Aunque a mí me daba igual, pero me alegro por Adam, seguro que a él le hará mucha ilusión.

—¿No me preguntas por él?

—Pues... claro que sí. ¿Cómo está? —Su voz sonó algo reacia.

—Pues, querida, por eso te llamo. Necesito de tu ayuda.

—¿Qué pasa, James? —preguntó preocupada.

—Verás, Adam está enfermo.

—¡¿Qué le pasa?! —exclamó con voz angustiada.

—En realidad no tiene una enfermedad. Te cuento. Desde hace dos meses se ha dedicado a trabajar a destajo. Casi sin descansar. El esfuerzo le ha pasado factura y está con fiebre delirante postrado en cama. En realidad lo que tiene es agotamiento.

—¿Y qué puedo hacer yo? —interrogó a sombrada.

—Ayer cayó desmayado y no conseguimos reanimarlo. En su delirio lo único que pronuncia es tu nombre.

—¿Mi nombre? —El corazón de la joven dio un vuelco y su voz le salió temblorosa.

—Sí. La señora White me ha pedido que me ponga en contacto contigo para pedirte que vengas. —James fue al *quid* de la cuestión.

—James...

—Querida, sabes que está recién operada del corazón y la pobre mujer está muy angustiada por su hijo.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —preguntó reticente.

—Simplemente estar a su lado. La señora White está convencida de que su hijo, en cuanto oiga tu voz, se recuperará.

—Pero tú sabes que eso no ocurrirá. Yo no sé porque pronuncia mi

nombre, aunque supongo que se debe a la sorpresa del embarazo, pero que se recupere por oír mi voz... no.

—Elsa, querida, debemos intentarlo todo —insistió el doctor.

—Lo sé, y mi cuerpo me está pidiendo correr a su lado, pero mi mente tiene miedo de volver allí —confesó acongojada.

—No lo tengas, yo estaré aquí para protegerte. Mira, ¿quieres que vaya en coche a buscarte? —le propuso.

—No, no, James. Estoy bien y puedo volar sin problemas.

—Entonces, ¿vendrás?

—James, tú conoces toda la historia, ¿crees que debo ir? —La joven pidió el consejo de su amigo.

—Sí, querida, creo que debes hacerlo, aunque, por supuesto, yo siempre apoyaré tu decisión.

—De acuerdo, iré —resolvió al final.

—Bien. ¿Hago yo los trámites del vuelo?

—No, ya me encargo yo.

—Pues avísame cuando llegas y te voy a buscar al aeropuerto de Londres. Así hablaremos por el camino —le propuso James.

—Perfecto. He de contarte algunas cosas que ocurrieron hace dos meses. Supongo que, a consecuencia de ellas, Adam procedió como lo ha hecho. Por eso voy.

—Lo más seguro es que tengas razón.

—¿Es que sabes algo de lo que pasó? —inquirió extrañada ante las palabras de su amigo.

—No, solo sé que fue a verte a España. Me lo dijo la señora White.

—¿Ella sabe lo de mi embarazo? —preguntó azorada.

—Yo creo que no, por lo menos a mí no me ha dicho nada.

—Vale. Pues yo te llamo avisándote cuando llego.

—Espero tu llamada. Hasta pronto, querida.

—Un beso, James.

Cuando colgó el teléfono, Elsa se quedó pensativa durante largos minutos. Deseaba como nada en el mundo acudir al lado de Adam. El saberlo enfermo le había producido un nudo en el corazón que no se desataría hasta que no lo viese recuperado, pero que esto dependiese de ella, lo dudaba. Lo más probable era que a Adam le afectase más de lo que había imaginado la negativa de ella a irse a vivir a Inglaterra con su hijo. Pero no por ella, sino por el hijo de ambos. Se había dado cuenta de que él estaba muy ilusionado con la llegada del bebé, y su negativa lo habría frustrado. Era un hombre acostumbrado a obtener lo que quería, como la había obtenido a ella.

Durante el tiempo transcurrido desde su visita, ella había conseguido asumir su futuro y tranquilizarse por el bien de su hijo. Por fin había hablado con sus padres y les había contado parte de lo ocurrido en Inglaterra, disfrazando algunas cosas. Los dos habían reaccionado de maravilla, ilusionados ante la llegada de su primer nieto. Le hacían la vida fácil, mimándola y estando siempre pendiente de ella. Había recuperado su antiguo trabajo y casi había conseguido normalizar su vida tras dos meses sin saber nada de Adam. Tanto sus amistades como sus compañeros de trabajo se habían dado cuenta del cambio producido en Elsa: se había vuelto meditabunda y algo solitaria. Pero nadie la forzaba porque creían que se debía a lo ocurrido con Luis y que necesitaba un tiempo para olvidar y aclimatarse a su nueva vida. Era muy querida por todos ellos, e intentaban hacerle la vida fácil sin agobiarla.

Llamó al hospital para pedir permiso para una semana e hizo la reserva del primer avión a Londres. Entre el desplazamiento de Valladolid a Madrid para ir al aeropuerto y las más de dos horas de vuelo el viaje se le hizo interminable. Estaba nerviosa, y su intranquilidad no le dejaba relajarse. En su cabeza bullía la conversación que había mantenido con James. Aún sin querer, y a pesar del hecho de que Adam estaba enfermo, el saber que sus labios pronunciaban su nombre mientras estaba inconsciente, le había abierto un rayito de esperanza.

Por otro lado, no sabía lo que la madre de Adam conocía de su relación

con ella y estaba preocupada por la dama. El que su hijo pronunciara su nombre seguro que la habría desconcertado. Tendría que hablar con ella y calmarla para que no sufriera su corazón, sobre todo si se daba cuenta de su incipiente embarazo.

## Capítulo 20

James y Elsa se distinguieron a la vez entre el gentío del aeropuerto y avanzaron el uno hacia el otro con una amplia sonrisa en sus rostros. James le dio un cálido abrazo que Elsa correspondió y que la hizo sentirse reconfortada.

—¡Qué guapa estás, Elsa! —exclamó James apartándola un poco de sí para admirarla—, de verdad que el embarazo te ha sentado fenomenal.

—Gracias, James. Tenía unas ganas tremendas de verte.

James tomó la maleta de Elsa, y juntos se dirigieron hacia el aparcamiento para coger el coche de James.

—¿Cómo sigue Adam? —preguntó Elsa con ansiedad.

—Igual. Le ha bajado algo la fiebre, pero sigue inconsciente.

—¿Está en el hospital?

—No. Está en su apartamento. Su madre se instaló allí cuando salió del hospital y quiso que llevásemos al doctor White junto a ella. Le atiende una enfermera y, gracias a ella y a todo lo que hace por cuidarle, la fiebre, poco a poco, va remitiendo.

—Bueno, si habéis consentido en llevarlo a su casa, supongo que será porque estáis seguros de que no tiene nada de qué preocuparse. Recuerda que tuvo, no hace mucho, una conmoción cerebral —apuntó con algo de alivio.

—No, Elsa, de eso estamos seguros. Solo tiene agotamiento, por eso decidimos que era lo mejor para él estar en su casa. Todos los del hospital preveíamos que algo así le ocurriría. El frenesí con que trabajaba, operación tras operación, nos hizo a todos darnos cuenta de que, tarde o temprano, reventaría por algún sitio. Y eso ocurrió.

—Y dices que eso ocurría desde hace dos meses —indagó con voz dubitativa.

—Pues... sí. —Meditó—. Dos meses más o menos.

—Lo lamento muchísimo, pero creo que fui yo la causante de su actitud —advirtió afligida.

—¿Por qué lo crees? —Le preguntó James a la vez que desviaba durante un segundo sus ojos de la carretera para mirarla.

—Porque hace más o menos dos meses estuvo en España para verme. Vino con la pretensión de que me viniese a Inglaterra con él. —Le contó lo que Adam le había ofrecido y como le había respondido ella—. Como comprenderás no voy a hipotecar mi vida porque vaya a tener un hijo suyo, pero sé que fui dura al decírselo.

—Solo le dijiste lo que querías; si no supo asumirlo, no es culpa tuya —constató el doctor.

—No, James. Lo que quería, no. Lo que debía. Tener a Adam cerca y que no sea mío, es para mí un suplicio. No soy tan fuerte como creía. Debo mantenerme lo más lejos posible de él si no quiero vivir angustiada toda mi vida.

—Lo que me extraña de ti es lo rápido que te has conformado. Eres una mujer luchadora y tu resignación no encaja con tu forma de ser.

—¡Ay, James! Yo misma me sorprendo. Verás, durante el tiempo que estuve en Inglaterra, la lucha interna que tuve me dejó agotada. Al principio, ya lo sabes, me negué a formar parte de su juego, pero cuando dejé de resistirme a la evidencia, creí que, sucumbiendo al placer, conseguiría penetrar en su corazón. Todo fue inútil, y entre sus bruscos cambios de comportamiento y la sensación que yo tenía de haberme convertido en una mujer objeto, mi fuerza fue mermando, convirtiéndome en una frágil mujer. Por eso decidí que lo mejor era retomar mi vida anterior, en la que todo estaba acomodado a mí y en la que mi fuerza y tesón siempre habían sido cualidades mías. Además, y fue lo que me dio el último empujón para alejarme de él, yo no quería atraparlo con mi embarazo. Lo conozco, y sé que su responsabilidad ante la llegada de un hijo; la obligación y el deber se antepondrían a cualquier otra cosa —confesó la joven.

—Ahora, supongo, que ya habrás cargado pilas.

—Pues sí, por eso pude, con mucho esfuerzo, eso sí, rechazar el ofrecimiento de Adam —dijo con resignación.

—Pero yo estaba pensando en todo lo contrario, Elsa. Si vuelves a ser fuerte, lucha por tu felicidad, no por tu conformismo —la instó.

—Ya veremos, James. Ahora que vuelvo a su lado, todo puede ocurrir.

—¿Sabes? Yo te daría un consejo.

—Dámelo, James, lo necesito —aceptó apesadumbrada.

—Actúa junto al doctor White con el corazón y deja a un lado la cabeza. Piensa solo que acudes a la cabecera del lecho de tu amado y que este está enfermo.

Elsa lo miró pensativa.

—Eso es lo que más desearía hacer en el mundo —reconoció a la vez que echaba la cabeza hacia atrás, la apoyaba en el respaldo y cerraba los ojos.

—Pues hazlo.

Cuando James la dejó en la puerta del edificio del apartamento de Adam, Elsa subió en el ascensor y nerviosa pulsó el timbre de la puerta. De ese lugar tenía tantos recuerdos que temblaba al saberse tan solo a un paso de entrar en él. Allí había vivido con Adam unos días inolvidables en los que había dado rienda suelta a su pasión y había gozado lo indecible.

Robert le abrió la puerta y la condujo hasta el salón donde se encontraba la señora White.

—¡Elsa! —exclamó la mujer levantándose del sillón donde se encontraba y yendo con premura hasta Elsa para darle un fuerte abrazo.

—Grace, me alegro muchísimo de verla —dijo Elsa con lágrimas en los ojos.

—Ven, querida, ven. Sentémonos aquí —dijo señalando un comfortable sofá.

Ambas se sentaron muy juntas. La dama cogió con ternura las manos de Elsa.

—Dime, ¿cómo estás? Te veo guapísima, pero con cierta tristeza en el rostro.

—No se preocupe, solo es el cansancio del viaje —mintió desviando la mirada.

—Hija, te agradezco que hayas venido —confesó emocionada.

—No tiene nada que agradecerme —y añadió casi sin transición—. Dígame, ¿cómo está Adam?

—Estabilizado. No le sube más la fiebre, pero tampoco le desaparece del todo. Sigue inconsciente y, de vez en cuando, murmura tu nombre —dijo con una mirada de esperanza.

—Me gustaría verlo cuanto antes, Grace. No entiendo que hago yo aquí, pero ya que me ha llamado, haré mi trabajo. Puede decirle a la enfermera que se ocupa de su hijo que puede volver al hospital.

—No, Elsa. No te he llamado para eso. No es ese tipo de cuidados lo que espero de ti. Quiero que te ocupes de su espíritu, que estés a su lado y le hables. Sé que de esta forma él despertará. Creo que necesita tu perdón —le explicó la dama esperanzada.

—Grace, perdone que le contradiga, pero dudo que sea así. En todo caso sería más bien al contrario, yo tengo la culpa de su estado actual. Pero ahora no creo que eso sea lo importante. Lo principal es ayudarle a salir de su fiebre y de su inconsciencia. Insisto en ocuparme yo de Adam, Grace, preferiría que se fuera la enfermera.

—De acuerdo, Elsa. —Se resignó la dama.

A la señora White le habría gustado hablar con Elsa sobre su relación con su hijo. Decirle lo que él le había confesado cuando había vuelto de España. Pero creía que el doctor Anderson tenía razón en cuanto a dejar que ellos dos arreglasen sus asuntos y, ahora que estaba allí Elsa, en cuanto despertase Adam, tenía la esperanza de que esto ocurriese.

—¿Adam está en su dormitorio? —preguntó Elsa con ansiedad.

—Sí.

—¿Puedo ir sola?

—Claro, querida, estás en tu casa.

Elsa se levantó del sofá y recorrió la distancia que la separaba del dormitorio de Adam con lentitud. Por una parte, estaba ansiosa por estar a su lado y, por otra, tenía miedo. Una marea de imágenes se le agolparon en la mente que le hicieron recordar lo vivido entre esas paredes. La puerta estaba abierta y desde el dintel de esta contempló el bulto que había sobre la cama. La ventana entornada mantenía el entorno en la penumbra. Antes de dirigirse hacia la cama, se acercó a la ventana y la abrió para inundar todo con la luz del sol. Así pudo ver con todo detalle el cuerpo inmóvil de Adam. Se aproximó a la cama y se sentó en esta. En su brazo derecho, que reposaba sobre el embozo de las sábanas, tenía puesta una vía para introducirle el suero para alimentarlo y los medicamentos que precisase. El rostro del doctor, enrojecido por la fiebre, parecía dormido con placidez. Recorrió con la mirada cada centímetro de la cara de su amado antes de inclinarse y rozar con sus labios los de él. Adam, al notar el contacto, se agitó levemente.

—Elsa... —susurraron sus labios.

Elsa estaba lo bastante cerca de él para entenderlo, y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Era cierto: la llamaba en sueños. Podía ver el deterioro que había sufrido su rostro desde la última vez que lo había visto en España. Pequeños surcos habían surgido alrededor de sus ojos y su ceño permanecía fruncido de forma permanente; su mentón estaba más definido y anguloso, y sus labios mantenían un rictus de dolor perpetuo.

Levantó las sábanas del enfermo y pudo comprobar lo que se temía: su cuerpo, con anterioridad, casi perfecto, ahora estaba consumido. Sus fuertes músculos habían mermado y había adelgazado sobremanera. La visión del cuerpo casi inerte de Adam le producía un hondo pesar, y se propuso conseguir que este despertara de su letargo lo antes posible.

Decidida, fue a hablar con Grace para que le indicara su cuarto para poder darse una ducha y cambiarse de ropa. Después habló con la enfermera que, antes de irse, le explicó los procedimientos que había seguido para bajarle la

fiebre y, cogiendo un libro del despacho del cirujano, se encaminó de nuevo hacia el dormitorio de Adam. Cuando entró vio que el doctor se agitaba intranquilo en la cama. No parecían movimientos convulsivos, sino más bien de tener un mal sueño. Se acercó a él y le pasó una mano por el cabello en un intento de tranquilizarlo.

Se sentó en el sillón que había junto a la cama, lo más seguro donde la señora White se había pasado largas horas sentada observando a su hijo. Comenzó a leer en voz alta. Modulaba las palabras clara y pausadamente con un tono tan íntimo que endulzaba el ambiente. Poco a poco, Adam se fue calmando y una honda placidez surgió en su rostro y en todo su cuerpo. Durante toda la mañana, Elsa estuvo alternando la lectura con el cuidado hacia el enfermo. Cuando llegó la hora de la comida, la señora White se personó en el cuarto de su hijo.

—Querida, ¿qué tal lo encuentras?

—Está calmado, pero sigue igual, Grace —le informó levantándose del sillón.

Se había puesto, para estar cómoda, unos ajustados leggins negros y un ceñido jersey de color verde azulado, sin mangas. Calzaba unas manoletas negras. Era la viva imagen de la juventud. Su rostro sin maquillaje y la cola de caballo que se había hecho con sus largos cabellos morenos, le conferían una aureola de inocencia que enterneció a la mujer.

La recorrió de arriba a abajo con la mirada, pero a mitad de camino algo le llamó la atención: ella solo había estado embarazada una vez, pero las mujeres, para esto, tienen un sexto sentido. Elevó la mirada con brusquedad hasta los ojos de Elsa. Esta comprendió al instante que la dama se había dado cuenta del cambio en su físico.

—Grace, creo que debemos hablar —musito con ternura.

—Sí, creo que sí —acordó Grace con voz temblorosa.

—¿Quieres que lo hagamos aquí? ¿en presencia de tu hijo? Al fin y al cabo, forma parte esencial de la historia.

—Como quieras...

La joven acercó el sillón donde había estado sentada hacia el otro sillón a juego que permanecía junto a una mesa en una esquina de la habitación. Ambas se sentaron en sendos sillones.

—Grace, lo que has creído ver, es cierto: estoy embarazada.

La dama permaneció callada. Elsa ignoraba como se iba a tomar el hecho de que Adam fuese a tener un hijo con ella. Lo que más le preocupaba era su reciente operación, y no quería darle la noticia de forma brusca, pero no sabía cómo hacerlo. Nerviosa, se pasó las manos por el rostro y luego entrelazó los dedos apoyando los brazos sobre la mesa.

—Grace, por favor, no quiero que se altere. Recuerde su enfermedad — continuó Elsa.

—No te preocupes, hija, he llegado a saber controlar bastante bien las emociones para que no me perjudiquen.

—Bien. Pues verá, durante el tiempo que permanecí junto a usted y a su hijo, él y yo mantuvimos una relación bastante íntima —explicó Elsa poniéndose colorada. Esperaba que la dama entendiese sin tener que dar demasiadas explicaciones.

En el rostro de Grace apareció la sorpresa y la alegría a la vez. Elsa lo detectó enseguida y la tranquilizó en gran medida.

—¿Me estás diciendo que ese hijo que esperas es de él? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Sí, Grace. Así es.

—¿Y él lo sabe?

—Sí. Por eso vino a verme a España.

Grace sentía una gran emoción. Durante mucho tiempo había creído que dejaría este mundo sin ver a un nieto suyo y en la actualidad, gracias a las manos de su hijo, estaba curada, y esa encantadora muchacha le iba a proporcionar su mayor anhelo. Solo una sombra enturbiaba la alegría de la sorpresa.

—Elsa, ¿Adam no quiere a ese hijo? —inquirió angustiada.

—No, Grace, todo lo contrario. —La tranquilizó posando sus manos sobre las de la dama. La joven había comprendido el desasosiego de Grace en su pregunta.

—¿Entonces? No lo entiendo —expresó confusa.

—Grace, se lo dije cuando llegué. La culpa del estado en que se encuentra Adam es mía. Él vino a España para que lo acompañase de vuelta aquí para poder ocuparse de su hijo. Estaba entusiasmado con la idea de ser padre, y creo que mi negativa a acompañarlo provocó su exceso en el trabajo y, por consiguiente, su actual situación —le relató apenada.

Grace estaba desconcertada. Tenía multitud de preguntas que pugnaban por salir por su boca, pero le había prometido al doctor Anderson no implicarse en la relación entre Adam y Elsa, y ella iba cumplir su promesa.

—Elsa, querida, tus motivos tendrías cuando te negaste, no tienes nada que explicarme y, por supuesto, tú no tienes la culpa de nada. Mi hijo es adulto y médico para saber que su forma de actuar le traería consecuencias.

—Gracias. Le aseguro que haré todo lo posible para que despierte su hijo y con respecto al niño, no se preocupe. Le juro que podrán disfrutar de él todo lo que quieran.

—Me tranquilizan tus palabras. Sé que cumplirás lo que dices, y no dejes de pedirme todo lo que necesites —dijo Grace con una sonrisa.

A partir de ese momento, las dos mujeres se concentraron en cuidar de Adam. Grace se empeñó en turnarse con Elsa para que esta descansase el tiempo suficiente para que el exceso de vela no perjudicase su embarazo.

De vez en cuando compartían un rato de charla junto al enfermo durante el cual Elsa pudo comprobar lo entusiasmada que estaba la madre de Adam con el embarazo y con el futuro nieto.

Elsa, en cuanto se levantaba, acudía al cuarto de Adam y comenzaba un ritual casi marcial. Primero comprobaba el estado de la vía que tenía el doctor en el brazo derecho, el estado de la botella de suero, el horario de los

medicamentos, etc. Luego llevaba una bandeja con su desayuno a la mesita auxiliar y allí, mientras reponía fuerzas, le iba comentando a Adam las novedades que pasaban en el mundo. Prefería mantener un poco las distancias y no tocar temas personales ante él porque en cuanto le venían a la mente los recuerdos atesorados junto a él, las lágrimas asomaban con rapidez a sus ojos y la tristeza embargaba su corazón, y ella debía permanecer lo más calmada posible por el bien de su hijo.

Después del desayuno, se dedicaba a asear al enfermo. Con delicadeza le pasaba una esponja jabonosa por cada centímetro de su cuerpo, lo peinaba e incluso le pasaba la maquinilla eléctrica por la barba para que cuando despertase no se viese demasiado desaliñado.

Con el paso de los días, pudo ir comprobando cómo cada vez perdía más masa muscular, aunque también se dio cuenta de que cuando ella estaba junto a él Adam permanecía más tranquilo y, en cuanto salía del dormitorio, su sueño era más agitado.

Lorena se pasaba en sus horas libres a hacerle compañía, cosa que le agradecía muchísimo. La había llamado en cuanto se instaló en el apartamento de Adam y ella había acudido de inmediato a verla.

Esas visitas eran como un bálsamo para Elsa porque Lorena conseguía insuflarle positividad y energía con su lengua vivaracha. Incluso, cierta tarde, las dos jóvenes, instadas por la señora White, habían ido a nadar un rato a la piscina cubierta que había en los bajos del edificio.

—¡Ya se te nota la tripita! —exclamó Lorena en cuanto Elsa se quitó el blusón que llevaba sobre el bañador.

Elsa bajó su mirada hacia su cuerpo y, tocándose la barriga con sus dos manos, dijo poniéndose colorada:

—Sí..., algo se nota ya.

Lorena miró jocosamente a la joven.

—¿Vergüenza? ¿En serio? —interrogó su amiga extrañada.

—No, no es vergüenza... bueno sí, un poco. Pero no es por el embarazo, ¡eh! De eso me siento muy orgullosa y feliz. Tengo unas ganas locas de ver a mi hijo.

—¿Entonces?

—Es por el hecho de que la gente, cuando ve una embarazada, por lo general se la queda mirando... o por lo menos es lo que yo hago. Siempre me ha gustado observar a las embarazadas que he visto por ahí y escudriñar sus gestos de cariño hacia el ser que hay dentro de ellas: como posan las manos sobre la tripa, o sus caras felices... no sé, siempre me ha gustado y ahora pienso que todo el mundo va a hacerlo conmigo y me da vergüenza.

Su amiga rompió a reír.

—¡Eso te pasa por cotilla!

—¡Eh! ¡Que yo no soy cotilla! Es deformación profesional —se quejó con una sonrisa relajada en sus labios.

—Sí, ya... escúdate en tu profesión —la pinchó.

Elsa, soltando una carcajada, le lanzó la toalla a su amiga dándole una pequeña azotaina en el trasero.

—¡Y ahora agresiva! Esta no es mi amiga, que me la han cambiado.

—Lorena, Lorena, deja ya de meterte conmigo o te tiro a la piscina — bromeó mientras hacía un amago de empujarla.

Las dos amigas decidieron darse un bañito relajante junto al bordillo de la piscina para hablar un rato antes de dedicarse a dar unos cuantos largos.

—¡Uff! Muchas gracias, Lorena.

—¿Por? —dijo su amiga levantando las cejas con interrogación.

—Por hacerme reír un rato y conseguir que me relajara.

—¿Cómo está el ogro? Dime la verdad ahora que no está su madre delante —comprendiendo de antemano a lo que se refería su amiga.

—Lorena...

—Vale, vale. Lo siento. No puedo evitarlo. Yo sé, por lo que tú me has contado, que el doctor White tiene un lado tierno y humano, pero debes

comprender que yo no lo he visto. Las dos veces que me he encontrado con él no presagiaba nada halagüeño.

—Ya. Bueno, espero que cuando se despierte y esté convaleciente, puedas tratarlo más y cambies de opinión. Si quieres que te diga la verdad, jamás he sido tan feliz como cuando hemos estado juntos y bien —dijo Elsa terminando con un tono de melancolía.

—Mira, chica, yo creo, y espero que esto no lo repitas ante él porque lo negaré por siempre jamás —dijo Lorena volviendo al tono jocoso—, que ese hombre es tu hombre. Sí, sí, no me mires así. La verdad es que pienso que el chico ha perdido la sesera por ti, se muere por tus huesitos, ¡vaya!

—¿En qué te basas? Tú misma acabas de decir que las dos veces que lo has visto no han sido favorecedoras para él.

—Elsa, tú no viste a ese hombre cuando vino a casa y a mí se me escapó lo del embarazo. Por cierto, no te he pedido las suficientes veces perdón por la metedura de pata.

—Tranquila. No pasa nada. De todas formas, tú tenías razón. Este hijo es de dos personas, y yo no tenía razón al no querer involucrar a Adam en esto. Yo misma he podido ver lo mucho que le interesa su futuro hijo —aseveró con un deje amargo.

—¿Qué ocurre? Parece que a pesar de lo que dices, no te hace mucha gracia que se interese por él.

—Sí, claro que sí. No me malinterpretes. Lo que no me gusta es que intente manejar mi vida por cumplir con su paternidad.

—A ver, que no me entero, ¿qué me quieres decir? —se interesó, desconcertada.

—Pues que cuando vino a España al enterarse del embarazo, me propuso matrimonio para que nuestro hijo tuviese una familia convencional y no se criase con sus padres separados desde antes de nacer.

Lorena se quedó meditando las palabras de su amiga un rato.

—Espera, que voy a darle la vuelta a la tortilla. ¿No será que puso como

excusa el nacimiento de vuestro hijo para que te casaras con él?

Elsa frunció el ceño...

—Eso es muy rebuscado hasta para ti, Lorena. Si hubiese querido casarse conmigo, solo tenía que pedírmelo, no buscar excusas.

—¿Él sabe que tú lo amas?

—Bueno... no se lo he dicho nunca, pero sí que se lo he demostrado. O por lo menos eso creía yo. Aunque poco importa. Él a mí no me ama —sentenció con vehemencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque una de las últimas frases que me dijo antes de irme de su lado fue que yo era su mantenida o amante. No os dije nada porque me había afectado tanto, que preferí no hablar sobre ello para que no seguir ahondando en mi dolor.

—¡Canalla! —exclamó Lorena a la vez que volvía a sentir rechazo por el cirujano.

—No te sulfures. Eso ya pasó, y lo que ahora quiero es olvidar lo malo para tener una relación lo más llevadera posible por el bien de nuestro hijo.

—¡Si es que al final no deja de ser un ogro!

Elsa no pudo evitar reírse.

—No te creas. No tanto. Es cierto que tiene un carácter endemoniado a veces, pero yo sabía llevarlo. Hemos pasado muchos momentos de risas porque a los dos nos gusta jugar con las palabras y, además, sexualmente era rozarnos y saltar las chispas —dijo Elsa guiñando un ojo a su amiga.

—¿Ves? Volvemos al principio. Es tu hombre —claudicó a regañadientes.

—Por favor, Lorena, no insistas. Estoy aquí para cuidar de él, nada más. En cuanto se encuentre bien, volveré a España.

—¡Qué cabezota eres!

—Cabezota no, realista. Él me lo dijo muy claro. Era su amante, nada más —dijo entristeciendo la mirada. Tras unos segundos, levantó con firmeza la cabeza y continuó—. Y ahora, cambiando de tema... Aún no me has

preguntado por Paula.

Lorena explotó en carcajadas.

—¿Debía hacerlo? —preguntó con retintín.

—No sé, hicisteis muy buenas migas, ¿no? —Quiso saber con una mirada pícara.

—Pues sí, cotilla. Para que luego digas... —sonrió abiertamente—. No te he preguntado porque hablo muy a menudo con ella. Nos llamamos casi todos los días.

—¡Ah! —exclamó asombrada—. No sabía nada. Paula no me lo ha dicho.

—Y ahora vamos a dar unos largos a la piscina que necesito quemar energía —propuso Lorena, sumergiéndose en el agua a continuación.

Cuando la joven volvió al apartamento de Adam, se encontró a la madre de este muy azorada intentando calmar al enfermo.

—¡Elsa! ¡por fin! —exclamó en cuanto vio aparecer a la joven enfermera por la puerta del dormitorio de Adam.

—¿Qué pasa, Grace? —corrió a socorrer a la dama.

—Míralo, Elsa. No para de agitarse desde que te has ido.

Elsa miró hacia la cama comprobando lo que la perturbada mujer decía.

—¿Por qué no me ha avisado?

—Hija, me sabía mal. Llevas días enclaustrada entre estas cuatro paredes y necesitabas un rato de distracción.

La joven se puso en seguida en su papel de enfermera. Adam se estremecía en la cama moviendo todo su cuerpo, en lo que parecían fuertes escalofríos. Su cabeza bailaba agitada de un lado a otro de la almohada. Elsa comprobó de inmediato el estado de la vía mientras acariciaba con suavidad el brazo del cirujano.

—Adam, cálmate, por favor —le dijo con ternura.

La frente del doctor estaba perlada de sudor. Elsa le comprobó la temperatura y le tomó el pulso.

—Grace, necesito un recipiente con agua a temperatura ambiente y una toalla.

—En seguida te lo proporciono —dijo la madre de Adam saliendo de la habitación.

Elsa prosiguió con los cuidados necesarios para verificar que las constantes vitales del enfermo estuviesen dentro de lo aconsejable mientras que le susurraba palabras tranquilizadoras.

—Tranquilo, Adam, todo está bien. No te alteres. Aquí está tu madre y estoy yo cuidando de ti. Te prometo que no volveré a irme de tu lado. Ponto te pondrás bien, ya lo verás.

Conforme iba hablando, Elsa pudo confirmar como el cuerpo de Adam volvía a tranquilizarse. La joven se sentía fatal por haberse ido a la piscina en lugar de quedarse a cuidar del enfermo como era su deber. En cuanto llegó Grace con el agua, sumergió la toalla en ella y la fue pasando por la frente y el rostro de Adam, poco a poco fue bajando por el cuello y por el resto del cuerpo hasta que consiguió que le bajase la temperatura. Miraba ese rostro tan querido y anhelado, y su corazón latía desenfrenado.

Una vez sosegado y bajada la temperatura de Adam, Elsa se dirigió a su habitación para darse una ducha y cambiarse, puesto que todavía llevaba el bañador. En cuanto llegó a su dormitorio la joven se sentó en su cama y sin poder aguantar más, tapó su cara con sus manos y rompió a llorar. Para ella estaba siendo muy difícil comportarse solo como enfermera, ya que sus instintos le pedían otro tipo de manifestaciones más tiernas y personales hacia Adam. Lo veía allí, en el lecho, tan indefenso, tan débil... Era una tortura para ella, pero no debía demostrar sus sentimientos ante Grace y ante él. Ese no era su cometido. Estaba allí solo para cuidar de él como enfermera que era, se repetía una y otra vez.

## Capítulo 21

Tras una semana de máximos cuidados, Adam seguía sin despertar. La joven estaba desesperada porque no sabía que más hacer. Una mañana, durante la cual Elsa se encontraba más intranquila que el resto de los días, pasó por el apartamento el doctor Anderson para hacerles una visita. En cuanto vio a su amiga, se dio cuenta de que la joven estaba atravesando un momento crítico.

—¿Qué te pasa, Elsa? —preguntó abrazándola— ¿Ha empeorado?

—No, no —negó la joven refugiándose en los brazos de su amigo—. Sigue igual. Eso es lo que me está desesperando.

—Sé fuerte, cariño, por ti, por Adam y por el bebé.

El doctor y la enfermera se sentaron en el sofá del salón.

—¿Y la señora White?

—Está descansando ahora. Nos turnamos para no dejarlo solo. Ella pasa las noches con su hijo mientras yo duermo, y el resto del día estoy yo al cuidado de Adam mientras ella descansa. Así lo ha querido ella. Dice que por las noches se desvela mucho y prefiere coger un libro y sentarse al lado de su hijo que estar en la cama con los ojos como platos.

—Bien. Entonces, ¿qué va mal? —indagó preocupado.

—No lo sé, James. No consigue despertarse y día a día veo como su cuerpo se va deteriorando sin conseguir evitarlo. Ni siquiera logro que se le vaya del todo la fiebre y esto me está matando —le informó desesperada.

—Mira, por experiencia te puedo decir que lo que más ayuda en estos casos, a parte del cuidado físico, es el mantener un contacto permanente con el enfermo. Hablarle mucho, tocarlo, acariciarlo, besarlo, darle mucho cariño.

—Lo sé, James. Yo le hablo todo el tiempo. Le cuento todo lo que pasa por el mundo todos los días.

James miró con fijeza a su amiga.

—Elsa, tú sabes que yo no me refiero a eso. Tienes que darte a ti misma. No ser un informativo.

Gruesas lágrimas comenzaron a recorrer las mejillas de la joven.

—James, no me pidas eso. Es lo único que me he guardado porque sé que, si me expongo, si vuelvo a caer en la tentación, si doy todo de mí..., no sé si podría levantarme de nuevo...

—Te lo aconsejé cuando te recogí del aeropuerto y te lo vuelvo a aconsejar ahora. No te amilanes y lucha por tu amor. Y si vuelves a caer, yo recogeré los pedacitos, los volveré a pegar y volveré a incitarte para que luches por lo que quieres. Tú eres así: luchadora. Y quiero que sigas siendo tú misma ante todo y ante todos. A mí no me puedes engañar. Sé lo fuerte y brava que eres. Eso es lo que quiero ver de ti.

Elsa sabía que su amigo tenía razón. Había llegado el momento de dejar de ocultarse bajo un manto de profesionalidad. Agitó la cabeza hacia arriba y hacia abajo, asintiendo.

—Te lo prometo. Voy a ser valiente y voy a luchar hasta el final, poniendo todo de mí, para conseguir que Adam vuelva a nosotros.

James volvió a abrazar a su amiga dándole un beso en la coronilla con la intención de infundirle el valor necesario.

—Sé que será duro, Elsa, pero es lo que debes hacer.

Después de comer, Elsa acudió al lado de Adam. Volvió a llevar el sillón junto a la cama y se sentó en él. Adam volvía a estar intranquilo. Elsa le cogió una mano y comenzó a hablarle con voz dulce, sin apartarle la mirada de su rostro.

—Adam, soy Elsa. He venido a estar contigo. Tengo muchas cosas que contarte. Hay una muy importante para mí, un secreto que llevo guardado desde hace mucho. Tú no lo sabes, pero te amo casi desde el mismo día que te conocí. Me hechizaste con tu mirada, esa mirada que en ocasiones es fría como el hielo y en ocasiones candente como el mismo acero líquido. Te

metiste dentro de mi corazón como si hurgaras con un escalpelo en una de tus exitosas operaciones y al cerrar la costura dejaras un pedacito de ti allí dentro. Sé que tú no sientes lo mismo que yo, ya me lo has dicho, pero siento en mi interior que yo te importo algo, así que estoy decidida a conservar lo poco o mucho que tengamos. Además, juntos criaremos a un hijo de los dos maravilloso. Ahora voy a contarte cómo va el crecimiento de nuestro hijo. Hace unos días me hice una ecografía, y mi médico me dijo que pesaba 150 gramos aproximadamente y medía unos 18 cm. Sus dedos, tanto de las manitas como de los pies están formados. El rostro se veía con casi todos sus detalles y ¿sabes una cosa?, es un niño. Sé que eso te gusta, así que debes despertar para poder disfrutar de tu hijo. Tenemos que pensar un nombre para él.

Siguió hablándole y acariciándolo con ternura, recordando los días pasados junto a él en su apartamento cuando Adam le hacía de cicerone por las calles de Brighton. De vez en cuando se levantaba y lo besaba en los labios. La noche sucedió a la tarde, y ella siguió al lado de Adam. Grace le aconsejó acostarse y encargarse ella del cuidado del enfermo, pero se negó en redondo. No pensaba moverse de allí hasta que despertase. Poco a poco fue notando evidentes cambios en Adam: su respiración dejó de ser profunda para ser acompasada y relajada; su cuerpo ya no parecía estar en tensión; en un par de ocasiones había notado como si parpadease intentando abrir los ojos e incluso parecía que había vuelto algo de color a su macilento rostro.

Cuando, ya amanecido, fue a tomarle la temperatura, asombrada, comprobó que le había remitido por completo. Se la tomó varias veces para cerciorarse. Entusiasmada fue a contárselo a la señora White que ya estaba levantada preparándose un café en la cocina. Mientras que Elsa cogía el teléfono para informar al doctor Anderson, Grace acudió a la habitación de su hijo. Cuando entró, vio que Adam estaba con los ojos abiertos y parpadeaba mirando al techo. La dama corrió hasta su hijo.

—¡Adam! ¡Por fin! —gritó alegre.

El doctor miró a su madre confuso.

—Mamá... ¿qué hago aquí? ¿qué ha pasado? —murmuró desorientado.

—Te desmayaste en el hospital, hijo mío, has estado inconsciente varios días —le explicó emocionada.

—No recuerdo nada.

—Tranquilo, ya lo harás. Ahora estás aturdido. —Intentó calmarlo.

—Solo recuerdo que estaba soñando con Elsa —rememoró con tristeza—. Estaba junto a mí y me hablaba sin cesar.

—Cariño, eso no ha sido un sueño...

En ese momento entró Elsa al dormitorio.

—¡Adam! —exclamó al verlo despierto.

—¡Elsa! ¡Estás aquí! —exclamó asombrado con voz bronca.

La joven acudió hasta su lado. Grace, comprendió que los dos tenían muchas cosas que decirse y con sigilo salió de la habitación. Los dos jóvenes se miraban a los ojos y no se dieron cuenta de la desaparición de la dama.

—Elsa, ¿qué haces aquí? —interrogó con sorpresa.

—Tu madre me mandó buscar. Pero ahora no deberías hablar.

—Elsa...

—No, Adam. Te lo prohíbo. Soy tu enfermera y no quiero que te esfuerces. Tendremos tiempo de decirnos todo lo que queramos en cuanto te recuperes —dijo con firmeza, pero con inmensa ternura.

Adam frunció el ceño.

—Está bien —dijo con voz cansada—. Creo que tienes razón. Me siento muy débil.

—Lógico. Ahora iniciaremos el tratamiento de recuperación. Sobre todo, buena comida casera y vitaminas para recobrar las fuerzas —le aconsejó para infundirle ánimo.

A partir de ese momento se inició un pacto de silencio entre los dos. Por una parte, tanto Adam como Elsa, sabían que ella tenía razón y lo primordial

era que Adam volviese a su estado físico normal. En los días de inconsciencia solo se había alimentado a través de la sonda y su debilidad era notoria. Por otra parte, Adam temía el momento de confesarse. Estaba dispuesto a afrontar la verdad y declararle su amor, luchar por él, pero tenía un miedo irracional a que ella volviera a rechazarlo. Había tenido mucho que reflexionar durante el tiempo que había estado alejado de Elsa. Sabía que no se había portado bien con ella acusándola injustamente e hiriéndola a propósito. Además, la había atacado con sus celos enfermizos incluso para con su trabajo. También sabía que había intentado coaccionarla con el nacimiento de su hijo para que volviera junto a él. Todo eso tenía que corregirlo y pedirle perdón. Desde el mismo momento en que le había acusado de todas esas sandeces sabía que estaba equivocado, que Elsa no era Claire y nunca lo sería. Confiaba en ella y estaba dispuesto a demostrárselo una y mil veces hasta convencerla.

Durante las siguientes horas, aunque hubiesen querido, no habrían podido hablar. Varios médicos del hospital acudieron a visitarlo, y Elsa y Grace se dedicaron a potenciar la mejoría del enfermo. En un par de días, Adam ya se levantaba de la cama y, aunque parecía algo débil, su estado había mejorado de forma notoria.

Adam observaba de continuo a Elsa, y esta se notaba observada. Habían retomado en seguida sus largas conversaciones añoradas por los dos y una camaradería se había impuesto en el trato diario, aunque eso no era lo que perseguía él. Había tomado la determinación de hablar con claridad con ella, aunque temblaba por dentro por el más que probable rechazo de Elsa. La amaba con locura y tenerla junto a sí sin poderle demostrar todo lo que sentía por ella lo estaba trastornando. Era preferible poner las cartas boca arriba. No podía jugar con su vida de esta manera.

Al tercer día, Adam decidió abordar el tema. Se encontraban solos en su dormitorio. Cada uno sentado en sendos sillones, conversaban sobre temas intrascendentes, como todos los días desde que Adam había despertado de su inconsciencia. Ni siquiera habían nombrado el embarazo de Elsa, ni la llegada de ese hijo en común. Ya era hora.

—Elsa, creo que debemos hablar ya —dijo en un momento en que ambos se habían quedado callados.

—Bien, hablemos —aceptó Elsa.

Bueno. Ahora debía decirle algo de vital importancia para él y no sabía cómo abordarlo. Pensó que intentarlo por la vía del humor siempre le había funcionado con Elsa, así que intentó poner un tono jocoso y dijo:

—Elsa, creo que el destino quiere que estemos juntos. ¿No te has dado cuenta de que las dos veces que nos hemos separado ha pasado algo con mi salud y has tenido que acudir a cuidarme?

A Elsa le pilló desprevenida la forma que tenía Adam de abordar el tema.

—Vaya. Primero era nuestro hijo quien nos unía y ahora el destino —dijo con sorna, pero con un tono amargo en el fondo—. Demasiada intromisión externa, ¿no tienes algo más personal?

Adam decidió arriesgarse.

—Sí. Lo tengo. Pero temo tu respuesta. —Tras una leve pausa, añadió—. Estoy locamente enamorado de ti.

Un jarro de agua fría no le habría causado mayor impresión.

—Adam, no esperaba esto de ti. Por favor, por lo menos seamos francos el uno con el otro. No acudas a las mentiras.

—¡Elsa! ¡No te miento! —se incorporó del sillón y se puso de rodillas ante ella cogiéndola de las manos—. Recuerdo el primer momento en que te vi con absoluto detalle. Tus gestos de desconcierto primero y de enfado después. En cuanto entraste en mi despacho y pude verte a ti, y no a la imagen de mi exmujer, comprendí que ibas a causarme problemas. —Elevó su comisura derecha con una media sonrisa—. Lo recuerdo como si fuera ayer, pero por alguna extraña razón, no recuerdo cuando me enamoré de ti, es como si esos sentimientos hubieran estado ahí, dormidos, esperándote a ti, y sé que seguirán ahí para siempre, lo noto en mí interior. Es cierto que tardé un poco en darme cuenta, pero casi desde el principio de conocernos algo me decía que mi necesidad por ti era algo más, hasta que entendí que era consecuencia de mi amor, pero nunca me atreví a confesártelo porque tu

rechazo constante me hacía refrenar mis locos deseos de declararte mi amor.

—¿Mi rechazo? ¡Adam! ¡Si te di todo mi ser! Pese a tu forma de obtenerme y tus cambios de carácter, yo te lo perdonaba todo con tal de estar contigo. Pero lo que ya no pude soportar fue que me trataras como a una mantenida. Además, recuerda que fuiste tú el que me dijo que ya no me necesitabas —los ojos de Elsa de humedecieron.

—Estaba muerto de celos cuando te dije eso. He de suplicarte de rodillas una y mil veces que me perdones por todo lo que te he hecho. Jamás has sido para mí una mantenida. Has sido lo más importante en mi vida desde el minuto cero. Elsa, sabes mi historia, sabes en lo que me había convertido sintiendo rencor hacia todas las mujeres, pero ya no siento lo mismo, de verdad, tú me has salvado de una vida de odio constante. ¿Necesitarte? Como el beber, así te necesito. Antes, ahora y para siempre. Te necesito, te amo, te adoro. Confío en ti. Por favor, olvida todos mis arranques primitivos o, si no puedes perdonármelos sin más, dime que debo hacer para que lo logres. Oí una conversación entre tú y el doctor Anderson y creí que estabas enamorada de él. Sé que no es excusa, que debería haberlo hablado contigo en lugar de expulsarte de mi casa. Pero eso lo averigüé cuando ya era demasiado tarde.

—¡Ay, Adam! Te dije que James era mi amigo. ¡Cuánto daño nos hemos hecho el uno al otro por ocultarnos lo más importante!

—Elsa... lo siento... Sé que no te lo he puesto fácil para que me correspondas, pero te prometo que, si me das otra oportunidad, haré todo lo que esté en mi mano para demostrarte lo que siento por ti, e intentaré con todas mis fuerzas que llegues a enamorarte de mí.

La joven, sin poder remediarlo, elevó las comisuras de sus labios formando una tierna sonrisa. El cirujano miró su boca desconcertado.

—No, Adam. No quiero que te esfuerces en enamorarme. Prefiero que los dos nos comprometamos a mantener nuestro amor.

Adam elevó una mirada interrogativa desde los labios de Elsa hasta sus ojos. En cuanto comprobó que él seguía confuso, amplió su sonrisa hasta reflejarla en sus ojos risueños.

—Yo también he ocultado que te amo desde... ¡bueno! ¡¿qué más da desde cuándo?!

Adam se levantó del suelo e izó a Elsa. Un fuerte abrazo rodeó el cuerpo tembloroso de la muchacha y unos conocidos labios se posaron con pasión en los suyos, abrasándolos.

—Perdóname —susurró Adam entre los labios de Elsa.

Elsa no contestó con palabras, sino que se lo demostró devolviendo el beso como si le fuese la vida en ello.

En ese momento, una figura se recortó en la puerta del dormitorio. La señora White sonrió al ver a los dos jóvenes fundidos el uno en el otro. Giró sobre sí misma y feliz se dirigió hacia su habitación. No iba a molestarlos en un largo periodo de tiempo.

—Cariño, ¿te casarás conmigo? —preguntó Adam cuando separó un poco sus labios de su amada.

—¿Por nuestro hijo? —respondió Elsa frunciendo apenas el ceño.

—No, por mí. Por nosotros. Por los tres. Eso de casarnos por nuestro hijo fue una estratagema que urdí para convencerte fuese como fuese. Yo pensaba que tú no me querías, Elsa, y quería que volvieses conmigo para intentar conquistarte —le sonrió con ternura y continuó—: cástate conmigo y trabaja junto a mí, por favor.

—¿Quedarme en la guarida del ogro? —dijo con una amplia sonrisa y unos ojos chispeantes de emoción.

—Tú lo has convertido en un osito de peluche.

Elsa soltó una carcajada rebotante de felicidad.

—Pero mira lo que te digo. Como vuelva a surgir el Adam celoso y posesivo, te daré un mamporro en la cabeza para que vuelvas a perder el conocimiento y regrese mi Adam tierno.

—Te doy vía libre para que lo hagas —autorizó el cirujano con una amplia sonrisa, dispuesto a lo que fuese con tal de mantener a su lado a Elsa.

## Epílogo

Un revuelo de satén rojo y azul entró con ímpetu en la habitación en la que se encontraba Elsa. La joven estaba sentada ante el espejo del tocador retocándose el rímel de las pestañas. Vio a través de este como sus dos amigas se dirigían hacia ella.

—¡Madredelamorhermoso! ¡Pero que sexi estás, Elsa! —exclamó Lorena.

Elsa se levantó y se encaminó al encuentro de sus amigas.

—¡Vosotras sí que estáis espectaculares! —exclamó al tiempo que se lanzaba con los brazos abierto contra ellas para abrazarlas a la vez.

Lorena llevaba un vestido de satén azul añil brillante de tirantes y escote de pico pronunciado. La piel de su espalda estaba por completo expuesta por un escote que le llegaba hasta la cintura. Lo adornaba un cinturón de pedrería, y la falda comenzaba estrecha en sus caderas y aumentaba con un vuelo hasta el suelo, que cuando andaba, removía reflejos dándole movilidad. Llevaba de la mano a Paula que parecía una llama viviente con su pelo rojo recogido en la coronilla de la cabeza con los bucles saltando por detrás hasta rozarle el cuello. El vestido de satén de color sangre encerraba su cuerpo como un guante. El escote de tipo corazón con los hombros descubiertos dejaba ver el inicio de sus senos. Su cuerpo de sirena se contorsionaba lamiendo el satén que le cubría hasta los pies.

—¿Pero cuando te piensas vestir, guapa? —inquirió Paula mirándola de arriba abajo con una sonrisa juguetona.

La joven enfermera llevaba un albornoz de seda abierto que dejaba ver unas braguitas de encaje color hueso con el sujetador sin tirantes a juego y unas medias de cristal sujetadas con unas ligas también a juego.

—Solo me falta ponerme el vestido, maja. Y os esperaba a vosotras para que me ayudaseis.

—¿Dónde está? —indagó Lorena dando una mirada alrededor buscándolo.

—Dentro del vestidor, para que no lo vea nadie.

—¿Nadie o él? —preguntó Paula a la vez que le guiñaba un ojo.

En ese momento se abrió la puerta de golpe y entró Adam yendo hacia Elsa sin dilación.

—¡Adam! —exclamaron a la vez Lorena y Paula.

El cirujano, sin hacerles caso, llegó frente a Elsa y la agarró por la cintura con un brazo introduciéndolo por dentro del albornoz y le dio un apasionado beso.

—¡Pero chico! ¡Déjala ya que la vas a despeinar y quitar todo el maquillaje! —lo acusó Paula dándole unas palmadas en el brazo.

Adam separó los labios de Elsa y la miró con pasión.

—Lo siento, no podía estar más tiempo sin verte y sentir tus labios. —Se separó un poco del cuerpo de ella y la miró de arriba abajo elevando la comisura de sus labios con una sonrisa pícar—. ¿Vas a salir de casa así?

Elsa sacudió el cuerpo para desasirse de él, le dio una palmada en el pecho y a continuación un pico en los labios.

—Venga, bobo, vete ahora mismo o te suelto a las fieras —dijo señalando a sus amigas con el pulgar.

Adam no la dejó separarse de él y miró a Lorena y Paula.

—Chicas, estáis muy guapas y todo eso, pero necesito que me dejéis a solas con mi amor unos segundos —les dijo con una amplia sonrisa en sus labios.

—¿Veis? Por esto he tenido que guardar el vestido en el vestidor. No para de entrar aquí.

—Pues entonces no nos vamos a mover de la habitación —aseveró Lorena.

—¡Por favor! —exclamó poniendo cara compungida—. Prometo no volver a pisar este cuarto en lo que queda de día si me dejáis unos minutitos con ella —insistió dirigiéndose a las amigas de Elsa.

Las dos jóvenes se miraron entre sí con complicidad y asintiendo con la

cabeza se giraron para dirigirse hacia la puerta.

—Te advierto que volveremos en diez minutos, ni un segundo más — concretó Lorena a la vez que se giraba de medio lado y lo apuntaba con el dedo de forma amenazante.

Adam y Elsa miraban como se iban las jóvenes y cerraban la puerta. En cuanto se encontraron solos se miraron a los ojos. Ternura: eso es lo que se veía en los ojos de los dos. Una inmensa y entrañable ternura que inundaba sus rostros como si fuesen lágrimas derramadas. Adam acarició la espalda de Elsa con mucha suavidad, con lentitud y delicadeza poniendo el vello de la enfermera de punta. Elsa se puso de puntillas y, emocionada, le dio un beso en los labios.

—Estás muy guapo de chaqué. Creo que no debes guardarlo mucho. Igual te pido que te lo pongas algún día para estar por casa —dijo Elsa con ojos pícaros y una sonrisa arrebatadora.

Adam llevaba una chaqueta gris antracita con los dos faldones habituales de los chaqués. El pantalón era de mil rayas y el chaleco cruzado en el mismo color que la chaqueta. Una camisa blanca y una corbata con grandes dibujos de cachemir en tonos blancos y negros y sujetada con una aguja de oro blanco, a juego con el pañuelo que le sobresalía del bolsillo superior de la chaqueta completaban el atuendo.

—¿Te gusto? Yo estoy colado por ti, por si no te habías dado cuenta... — se insinuó volviendo a apretarla contra su pecho.

—¿Qué quieres? —le preguntó intentando contener la agitación que siempre le poseía cuando lo tenía cerca—. Tienes que dejar que me vista o no voy a salir de aquí en la vida.

—Es solo un momento, amor, y ya te dejo tranquila. Es que tenía la necesidad de verte a ti y a Gabriel por última vez —le contestó al mismo tiempo que la empujaba hacia una de las puertas que había en la habitación.

—¡Mira que eres exagerado! Nos vas a ver a los dos en unos minutos. Si me dejas arreglarme, claro —lo riñó con una sonrisa a la vez que se abrochaba el albornoz.

Pero pese a su queja, Elsa se dejó llevar porque ella también estaba deseando cruzar esa puerta para ver a Gabriel. Tras ella, se encontraron con otro cuarto en el que estaban Ana y Ricardo, los padres de Elsa, sentados en sendos sillones conversando en susurros. Frente a ellos había una cuna de madera lacada en blanco con hermosos faldones bordados con animalitos de colores y, dentro de ella, un cuerpecito rechoncho dormía con placidez.

Elsa y Adam se acercaron con sigilo a la cuna y se quedaron mirando a ese ser que les había vuelto la vida del revés. El cirujano buscó la mano de la joven a tientas y la apretó con ternura. Elsa se acercó a él necesitando su proximidad para sentirse más fuerte y que la plenitud de alegría que le entraba cuando miraba a su hijo no la hiciese llorar como tantas veces ocurría. Adam la besó en la coronilla.

—Mira que perfecto que es. ¿Has visto alguna vez algo más maravilloso?  
—susurró él con un elevado tono de orgullo.

A Elsa, las palabras de Adam le produjeron una sacudida por todo el cuerpo que se aposentó en el estómago. Miles de mariposas revolotearon dentro de ella. Desde que esa cosita había aparecido en sus vidas, Adam estaba volcado a él y recomponía su agenda en función de la actividad del bebé. Tenía cinco meses y desde que había nacido, era el rey de la casa. Elsa, por ahora, había decidido ocuparse de su hijo, pero ya había acordado con el cirujano volver al hospital cuando volviesen de las vacaciones de verano que iban a disfrutar a partir del día siguiente en la finca de Adam junto a su madre y los padres de Elsa.

—Vamos, te acompaño al dormitorio y ya te dejo tranquila —volvió a susurrar Adam.

Los dos hicieron un gesto de despedida a los padres de la enfermera mientras iniciaban la vuelta a la otra habitación adyacente donde Elsa se estaba arreglando.

—Haz el favor y busca a Lorena y Paula para que vengan. Al final se me va a hacer tarde, ya lo verás —le propuso mientras le daba un beso y lo empujaba hacia la puerta de entrada.

—Ni se te ocurra retrasarte ni un solo segundo o vengo a buscarte, te lo advierto —apuntó Adam mientras salía del cuarto y cerraba la puerta antes de que Elsa le replicase.

La joven tenía instalado en su corazón el momento que acababan de vivir junto a su hijo y se acercó hasta la ventana en espera de sus amigas. Desde allí podía observar cómo se ultimaban los últimos preparativos del banquete que se iba a dar en esa zona del jardín. Las carpas ocupaban casi toda la zona de césped y bajo estas se esparcían las mesas redondas adornadas con elegantes manteles de color champán con sobremanteles de gasa rematados con fino bordado inglés. En el centro de las mesas ya estaban colocados los adornos florales en los que se destacaban los capullos de color blanco y amarillo pálido.

Elsa alargó un poco el cuello para poder ver la zona en la que se iba a celebrar la ceremonia de su boda. ¡Su boda! Un arco de flores marcaba el espacio en donde dentro de un rato, ella y Adam iban a comprometerse de manera oficial, aunque en realidad llevaban viviendo juntos desde que se habían confesado su amor mutuo. Habían empezado la casa por el tejado y, ya que Elsa estaba embarazada y que en cuanto naciera el bebé ya no podrían hacerlo en un largo periodo de tiempo, habían decidido irse de viaje de novios en cuanto Adam se había restablecido.

El cirujano se había empeñado en encargarse él de todo y no había consentido decirle a Elsa el destino del viaje hasta que habían llegado al aeropuerto de Londres y habían tenido que facturar las maletas. ¡Las islas Fiji! No había podido reprimirse y le había dado un abrazo en medio de toda la gente que estaba en la cola. Pero ahí no se habían quedado las sorpresas. Llegaron a Suva, la capital de Fiji, pero no se quedaron allí. Una lancha motora los había recogido y los había llevado hasta Matangi, la única isla privada resort del Pacífico, donde los habían alojado en una lujosa cabaña inmersa en la selva, pero frente a una interminable playa desierta. Cerca de la cabaña estaba situado el complejo turístico donde acudían a comer una extraordinaria oferta gastronómica y recibían relajantes masajes en el spa.

Disfrutaron de espectaculares puestas de sol mientras se bañaban en las cristalinas aguas. Y fueron a bucear a la Gran Muralla Blanca. Durante quince días se dedicaron a conocerse aún más y a gozar de ese entorno paradisíaco, pero con mucha calma. Adam estaba preocupado por si podía afectarle algo al embarazo y no la dejaba esforzarse más de lo estrictamente necesario pese a que ella le aseguraba que se encontraba muy bien y que solo estaba embarazada, no enferma.

Una vez que habían vuelto, se habían instalado en el apartamento de Adam, y Elsa se había reincorporado al hospital hasta que había dado a luz. Cuando esto sucedió, descubrió un nuevo Adam. Durante el embarazo ya había notado lo participativo y atento que estaba ante cualquier novedad. Se pasaba el tiempo posando sus manos en su tripa para sentir el movimiento de su hijo y acudía con ella a todas las pruebas y clases de preparación al parto. Pero cuando vio las lágrimas rodando por sus mejillas cuando la matrona le dio a su hijo y lo sostuvo en sus brazos antes de posarlo en el pecho de ella, comprendió hasta qué punto ese bebé, que luego reposó sobre ella, era un bebé deseado y querido por su padre.

La mirada de Elsa se había perdido en el horizonte rememorando todos esos momentos y no pudo evitar dar un salto cuando la puerta de la habitación se abrió con ímpetu.

—¡Chiquilla! ¡¿Todavía estás así?! —exclamó Paula arrastrando a Lorena en su impulso—. ¿Qué estás mirando por la ventana? No te pongas nerviosa que todo está controlado. Ya verás como sale perfecta. Tengo a ese doctorcito tan guapo y a tu futuro marido atendiendo a los invitados que ya han llegado, y tu queridísima suegra se está encargando del catering. Como ves, todo controlado. Ahora tienes que vestirte...

—¡Paula! —gritó Elsa—. ¡Para ya! ¡Madre mía, tía! Parece que la que te vas a casar eres tú. ¿De dónde has sacado esos nervios? Tú que siempre has sido la tranquila del grupo.

Paula soltó a Lorena y aflojó los brazos y el tórax sacudiéndolos para

relajarse. Sus amigas la miraban asombradas y cuando entendieron lo que estaba haciendo, se echaron a reír con grandes carcajadas.

—¡Bufff! No sé lo que me pasa, pero estoy atacá. —Levantó la mirada y la concentró en Lorena— Quizás sea el vino que nos hemos tomado hace un rato... A lo mejor no está bueno y me está sentando mal. ¡Ay! ¡Me estoy mareando! —exclamó mientras se llevaba una mano a la frente y se balanceaba hasta topar con el cuerpo de Lorena.

Lorena la agarró y la acercó hasta ella, apretándola contra su cuerpo para que no se cayera. Entonces, Paula se afianzó en el suelo y alargó los brazos rodeando el cuello de Lorena y le estampó un beso en sus labios.

—¿En serio has hecho esa pantomima para darle un beso a Lorena? —preguntó Elsa mientras se reía.

—Es que es muy puritana, Elsa —le contestó mientras la miraba y le guiñaba un ojo.

—¡¿Puritana yo?! ¡Te vas a enterar, guapa!

Lorena agarró a Paula por la cabeza, poniendo las manos a ambos lados de su cara y unió sus labios a los de ella. Ladeó la cabeza para tener mejor acceso y profundizar en el beso. Lorena pilló a Paula por sorpresa y esta tardó unos segundos en reaccionar, pero casi enseguida participó activamente agarrándola por la cintura y compartiendo el beso. Elsa las miraba sonriendo. Al final no tuvo más remedio que intervenir.

—Chicas, ya está bien, que a este paso no me caso.

Ambas se separaron de inmediato, pero se quedaron con las miradas enlazadas durante unos segundos. Elsa pudo ver en los ojos de las dos un ardiente deseo.

—O me ayudáis de inmediato a vestirme o dejáis de ser mis amigas —les recriminó mientras se dirigía hacia el tocador para retocarse el maquillaje y el peinado.

Las dos reaccionaron enseguida y acompañaron a su amiga para ayudarla. Lorena se puso detrás de Elsa y se puso a recomponerle el peinado mientras Paula le daba los últimos toques al maquillaje.

—Lorena, por favor, ponme estas flores por el pelo —le pidió cogiendo una cestita con capullitos de rosas de pitiminí de color amarillo pálido y florecillas de azahar.

Cuando terminaron con los últimos retoques, se dirigieron al vestidor y las amigas de Elsa pudieron ver el vestido que la joven había elegido para su día.

—¡Pero Elsa, es preciosísimo! ¡Vas a estar espectacular, cariño! — exclamó Paula sin poder apartar la mirada del vestido.

En el jardín, Adam paseaba nervioso esperando la llegada de su futura mujer. Atendía a los invitados que iban llegando como un autómata sin prestar atención a lo que le decían. Todo estaba preparado ya. Casi todo el mundo había llegado, y muchos de los invitados ya estaban sentados en las sillas que se habían dispuesto en filas frente al arco de flores que iba a ser el marco ideal para pronunciar los votos que había estado preparando para sorprender a Elsa. Sabía, porque ella misma se lo había dicho, que en España no había esa costumbre, pero él había querido hacerlo sin decírselo a ella, para proclamar delante de todos el amor que sentía por ella y lo mucho que había cambiado su vida.

Vio a su madre que se había encargado de inspeccionar los últimos detalles del catering. Estaba hablando en esos momentos con James. La verdad es que el joven doctor se había portado como un gran amigo con él y le había ayudado muchísimo durante el recibimiento a los invitados. Además, Elsa le había explicado, cuando volvieron a estar juntos, la ayuda que había recibido del doctor Anderson y, desde entonces, lo había tratado más y había surgido un gran afecto entre los dos. Se acercó a ellos y, dándole una palmada en el hombro a James, le dijo:

—Amigo, gracias por tu ayuda.

James se giró para mirarlo de frente.

—Ha sido un placer, Adam. Como testigo, no podía hacer menos.

Adam hizo un gesto de asentimiento con la cabeza en reconocimiento por

su amistad y miró a su madre.

—A ti también tengo que darte las gracias, mamá. Te has encargado tu sola del dichoso catering.

—Calla, hijo. Lo he hecho con gusto. Lo único que lamento es que llevo horas sin ver a mi nieto —le contestó Grace con una sonrisa llena de ternura—. Además, ¿tú sabes lo dichosa que me hace verte a ti así de feliz? Antes de conocer a Elsa me tenías muy preocupada, Adam. Te veía tan cambiado. Estabas como enfadado con el mundo entero, aunque yo pensaba que lo que de verdad te pasaba era que estabas perdido. Tenía fe en que con el tiempo te volverías a encontrar y me alegra mucho que lo hayas hecho de la mano de Elsa. Es una chica estupenda y me ha dado lo que más añoraba: un nieto para mimarlo y malcriarlo.

Adam, emocionado, le dio un cariñoso abrazo a su madre.

—Pues todo eso te lo debo a ti, mamá. Si no le hubieras insistido a James para que llamase a Elsa, yo seguiría perdido, tienes razón.

—No, estáis hechos el uno para el otro y al final habríais acabado juntos.

En el fondo de su corazón, Adam sabía que su madre había dicho la verdad. Él tenía claro cómo se sentía antes de caer enfermo, por lo que, a no tardar mucho, él le habría confesado de todas formas su amor a Elsa. Estaba en el proceso de reunir fuerzas para hacerlo. Y, ahora, sabía que ella le correspondía, por lo que tarde o temprano, habrían llegado a juntar sus vidas. Era su destino.

Pero lo que también tenía claro es que le debía la vida a Elsa. Quizás no la vida física, pero sí que la vida emocional. Gracias a ella ahora se sentía con plenitud, vivo. Esa muchacha de ojos negros que había irrumpido en su vida sin él esperarla y que lo había trastornado desde que entró en su despacho, era la que había conseguido que ahora percibiese el mundo de otro color. Los grises habían desaparecido y todo era ahora de colores brillantes.

Mientras tanto, Elsa, ayudada por sus amigas, había terminado de vestirse.

—Será mejor que vaya llamando a una ambulancia —dijo Paula mientras sacaba el móvil de su pequeño bolso de fiesta en cuanto acabaron de colocarle el vestido.

Elsa y Lorena la miraron desconcertadas.

—¿Para qué? —interrogó Lorena.

—Para que asista a Adam en cuanto vea a Elsa. Estoy segura de que le va a dar un jamacuco —contestó entre risas que contagiaron a sus amigas.

—No te preocupes, el jardín está lleno de médicos y enfermeras que pueden asistirlo de inmediato —rechazó siguiéndole la broma—. Y ahora largaos, que voy a buscar a mi padre y vamos ya. Venga, id, avisad de que voy enseguida para que todo el mundo se coloque en su sitio, incluyendo vosotras —concluyó mientras aleteaba las manos instándolas a que se marchasen.

—Ya vamos, ya vamos, que nos tienes esclavizadas —le rebatió Lorena mientras cogía a Paula de la mano y se marchaban entre un revuelo de faldas.

Cuando ya habían salido de la habitación, Paula volvió a abrir la habitación y asomando la cabeza le dijo:

—Estás preciosa, toda va a salir genial y te quiero mogollón. —Y volvió a cerrar la puerta sin esperar respuesta.

Elsa sonrió con inmenso cariño con la mirada fija en la puerta cerrada. Hacía años que eran amigas, pero desde aquel lejano día en que la había llamado para..., no sabía con exactitud para qué, habían afianzado su amistad. Porque en esos aciagos momentos ella no había estado en condiciones de reaccionar, pero lo que sí había sabido era a quién tenía que recurrir. Mientras caminaba hacia el cuarto contiguo donde estaban su hijo y sus padres, recordaba lo que le había cambiado la vida desde ese momento que ahora ya ni le afectaba ni lo recordaba con dolor. Gracias a lo que le había pasado, había conocido al hombre de su vida y era inmensamente feliz. Abrió la puerta de la habitación y entró. Sus padres se pusieron en pie en cuanto la vieron.

—¡Oh! ¡Elsa, estás preciosa! —exclamó Ana.

Su padre se acercó a ella mirándola con los ojos llorosos llenos de ternura. La observaba como si fuese una pieza de cristal muy frágil que no se podía tocar.

—Hija, no he visto una novia más bella que tú —aseguró Ricardo.

—Papá, que exagerado que eres, pero me encanta que seas así —le dijo mientras se arrojaba en sus brazos.

—Cariño, tu padre será un exagerado, pero yo no lo soy y opino lo mismo que él —dijo Ana acercándose a los dos.

Elsa alargó un brazo y acercó a su madre para abrazarlos a los dos a la vez.

—No se puede tener unos padres mejores que vosotros. Lo que más lamento es que viváis tan lejos de mí, aunque os prometo que iremos todas las veces que podamos y vosotros tenéis que venir mucho, mucho, mucho, ¿me lo prometéis?

—Claro que sí, mi vida, vosotros sois lo único que tenemos —le respondió su madre.

Su padre se separó un poco para mirarla a los ojos.

—Ha llegado la hora, cariño —le dijo.

Los tres se separaron y Elsa se dirigió hacia la cuna. Se asomó y vio a su hijo pataleando y moviendo los bracitos mientras la recibía con una amplia sonrisa y daba pequeños grititos de alegría. Se agachó hasta poner su rostro frente al de él y comenzó a ponerle *caras* a la vez que le decía bobadas.

—Nena —le dijo Ana—, no lo cojas que te puede manchar si arroja algo.

—Ya, mamá. Aunque me muero de ganas por hacerlo, me esperaré a dar el «sí, quiero» —le aseguró al tiempo que se ponía recta de nuevo—. Cógelo ya y vete con él a sentarte en tu sitio, por favor. Papá y yo te seguiremos en unos minutos.

La mujer hizo lo que le pidió, le dio un beso a su hija, dirigió una mirada cómplice a su marido y se fue. En cuanto Ana había desaparecido por la puerta, el padre de Elsa se acercó a ella.

—Elsa, cariño, tengo algo que darte —le dijo mientras se metía una mano

en el bolsillo del pantalón del chaqué que vestía.

—¿Algo que darme? ¿Qué es? —interrogó curiosa.

Su padre sacó una cajita de joyería y se la tendió a su hija. Elsa la abrió y pudo contemplar con admiración un delicado broche antiguo en oro rosa y platino, de talla antigua y motivos calados en forma de guirnalda de líneas onduladas cuajadas de diamantes, con un zafiro fino azul central de talla octogonal. Una lágrima, también de zafiro, colgaba en la parte inferior.

—Pertenece a mi madre y antes de ella a su madre, y a la madre de su madre y así sucesivamente hasta la primera antepasada a la que pertenece y que yo sepa era de mediados del siglo xviii. Lo tenía guardado para dártelo este día.

Elsa no podía separar su mirada del broche. Era impresionante. Miles de brillos de colores refulgían desde los diamantes.

—No lo había visto nunca.

—Claro que no. Lo guardaba aposta.

—¿Mamá tampoco lo ha visto? —preguntó asombrada.

—Por supuesto que lo conoce. Los dos lo guardábamos para ti.

—¿Pero por qué no lo ha usado ella? —inquirió curiosa.

—Esta joya tiene una historia.

—¿Y me la vas a contar? Porque ya me estás poniendo nerviosa con tanto secretismo —le recriminó con una sonrisa que desmentía sus palabras.

—Ya te la cuento, impaciente —le reprendió Ricardo correspondiendo a la sonrisa de su hija con otra dirigida a ella—. Pero más que una historia, es una leyenda. Verás, esta joya, según me contó mi madre, la diseñó un maduro duque, cuyo nombre no ha sobrevivido a la leyenda, y la encargó elaborar a un prestigioso joyero de esa época. El duque se la regaló a su joven amante el día que ella se casaba con un cortesano con el que la obligó a contraer nupcias para que no la relacionaran con él. El marido de la joven estaba muy enamorado de ella y logró que su amor fuera correspondido, por lo que fueron muy felices en su matrimonio. No se sabe cómo, la mujer del duque se

enteró del regalo y lo reclamó para ella. El caso es que, con el tiempo, la mujer del duque se lo hizo poner a su propia hija el día de su boda. Quizás para darle en los morros a su marido, no sé. Pero le salió mal la jugada; la pobre hija del duque murió la misma noche de bodas, presa de unas fuertes fiebres repentinas. El duque, tras la tragedia de su hija, recobró la joya de su ex amante con la intención de recuperarla, pero la mujer, pese a su intenso acoso, supo mantenerse fiel a su marido.

—¡Qué truculento todo! —exclamó Elsa atenta a las palabras de su padre.

—Pues sí, pero ahora viene el *quid* de la cuestión. A lo largo de estos siglos, cada vez que la joya ha pasado de las manos de una mujer a otra que no fuese del mismo linaje que la ex amante, algo ha ocurrido que ha provocado que su matrimonio no fuese feliz. En cambio, si la heredera es consanguínea, es muy muy feliz en su matrimonio. Es decir, la joya solo puede ser heredada por una sucesora directa, aunque haya que saltarse alguna generación.

—¡Madre mía! ¡Pero que embrollo! ¿Pero mamá y tú os habéis creído esa historia?

—Bueno, ya no se trata de creerlo o no. Por si acaso, tu madre ha preferido evitar la maldición, no fuese a ser como las meigas, que haberlas, haylas —concluyó Ricardo con una carcajada.

—Tienes razón, papá. Mejor que no hayáis tentado a la suerte. Ya me gustaría en el futuro, tener un matrimonio como el vuestro.

—¡Bobadas! Yo sé que vais a ser muy felices, lo huelo.

Elsa sacó el broche y se puso frente a un espejo para ponérselo en el escote, entre los dos senos, justo en medio. Después se acercó a su padre y le dio un tierno abrazo.

—Muchísimas gracias, papá. Es maravilloso. Me encanta y, sabiendo la historia, todavía más. Seguro que me trae mucha suerte.

—Cariño, no vas a necesitar esa suerte, pero me hace mucha ilusión que lleves esta joya familiar.

—Más ilusión me hace a mí. —Se separó un poco de su padre—. Bueno,

papá, llegó la hora. En marcha.

El hombre le dio un beso en la frente y elevó el brazo para que ella se agarrara de él. Elsa cogió el ramo que reposaba sobre la cómoda de la habitación y se colgó del brazo de su padre. Así, juntos, emprendieron el camino hacia una nueva vida para Elsa.

Adam ya estaba en su sitio junto a James, que actuaba de su testigo, y frente a Paula, que era testigo de Elsa, delante del arco repleto de flores blancas y amarillas pálidas bajo el cual se encontraba el representante del Ayuntamiento de Bournemouth que iba a officiar la boda. Frente a ellos, los invitados se encontraban acomodados en las sillas colocadas en perfectas filas dejando en medio el pasillo cubierto de pétalos de flores de color amarillo claro por donde debía caminar la novia. En primera fila estaban sentadas, en un lado Grace, la madre del novio y Lorena y, al otro lado, Ana, la madre de la novia, en cuyos brazos sostenía a Gabriel. Al novio se le notaba muy nervioso. Se restregaba las manos, se estiraba el chaleco o se colocaba una y otra vez el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Su mirada no se apartaba de la puerta de la finca por donde debía surgir Elsa.

Cuando había visto salir a Ana con Gabriel se había acercado a ella a cogerle a su hijo, pero la mujer no lo había dejado alegando que podría mancharlo y le había asegurado que Elsa iba a salir enseguida, pero la espera se le estaba haciendo demasiado larga.

De pronto, Adam sintió que un estremecimiento le recorría todo el cuerpo hasta que se asentó en el estómago y aceleró su corazón. La punta de un zapato de color marfil asomó por la puerta, seguida por el empeine de un delicado pie casi cubierto por el borde del vuelo de una falda. A continuación, una aparición surgió por el quicio de la puerta, o por lo menos eso le había parecido a él. Elsa llevaba un vestido en color marfil con cuerpo de encaje de talle bajo y escote ilusión de corazón con malla transparente hasta el cuello y manga larga con apliques de encaje en los hombros y por los brazos. La falda de chiffon de seda caía con vuelo hasta el suelo por delante y

con una cola barrida por detrás. El pelo lo llevaba recogido en un elaborado moño salpicado por pequeñas florecillas. En una mano llevaba un pequeño buqué redondo hecho con la flor de azahar, fresias blancas y rosas de pitiminí de color amarillo pálido. La otra mano reposaba sobre el brazo de su padre.

Pero todo eso a él le daba igual, se sentiría igual de nervioso y emocionado si ella fuese con su bata de enfermera o unos vaqueros. Lo importante de ese día era que se iba a casar con la mujer que había tocado su corazón hasta apoderarse por completo de él. La vio avanzar por el pasillo tapizado de pétalos con la mirada fija en su rostro. Ella, en cuanto se sintió segura, levantó la cara buscándolo a él. Las miradas se entrelazaron destilando amor en los ojos de los dos. Los labios de Adam formaron un «te quiero» que le infundió ánimos, y una sonrisa llena de ternura se formó en su boca. Si ya se sentía nerviosa antes de salir por la puerta, según se iba acercando a Adam, las piernas le temblaban como hojas al viento. El camino hasta él se le hizo eterno. Estaba deseando llegar a su lado, pero parecía que ese pasillo no tenía fin. Pero eso le permitió observar cómo los rayos del sol, que había decidido bendecir ese día con su presencia, se reflejaban en el pelo brillante ofreciendo, a quien quisiera verlo, multitud de tonos de rubio. Su flequillo, rebelde, se había colocado en su lugar habitual, pese a que Adam se lo había repeinado hacia atrás cuando se había arreglado. Elsa pudo ver que esos ojos que antes se asemejaban al acero, ahora parecían un lago de agua cristalina que invitaba a sumergirse en ellos.

Cuando por fin logró llegar hasta él, su padre tomó la mano de Elsa de su brazo e hizo un gesto cediéndosela a Adam. El cirujano la sostuvo entre las suyas y la guio hasta que ella se colocó junto a él. Sus miradas seguían entrelazadas cuando el oficiante comenzó con el ritual. Elsa no podía concentrarse en lo que decía y actuaba de forma mecánica, imitando los gestos que hacía Adam hasta que oyó algo que entró en su mente sorprendiéndola.

—Y ahora —dijo el representante del Ayuntamiento—, el novio quiere decir sus votos.

Adam se giró hacia ella y la tomó de ambas manos, mientras la miraba con intensidad. Elsa estaba desconcertada; no se lo esperaba.

—No voy a prometerte nada, cariño, porque todo yo te pertenezco. Pero sí que te pido que me dejes unirme a ti, porque yo ya no podría vivir sin ti. Te pido que cada día que amanezcas junto a mí seas feliz, porque yo, con solo ver tu sonrisa al despertar, ya lo soy. Te pido que permanezcas siempre junto a mí, porque yo siempre estaré a tu lado. Te pido que no te prives de besarme cuando quieras, porque yo no pararé de hacerlo. Te pido que compartas conmigo todo lo que te pase, bueno o malo, porque necesito tu confianza para vivir. Te pido que seas mi amiga, mi amante y mi confidente, porque yo ya soy tu compañero incondicional. Y te pido que sigas amando a este ogro hasta el infinito, porque de eso depende que yo respire.

Gruesas lágrimas surcaban las mejillas de Elsa cuando Adam terminó de hablar. Un fuerte nudo se le había formado en la garganta que le impedía responderle. Solo pudo asentir con movimientos bruscos de su cabeza y soltando las suaves manos del cirujano, lo agarró por los dos lados de su cara y le dio un beso que lo decía todo. El resto de la boda transcurrió para Elsa como si estuviese en una nube y solo se dio cuenta cuando se pusieron el anillo el uno al otro y el beso que daba por finalizada la ceremonia. Pero cuando en realidad despertó del todo fue cuando vio a Adam con su hijo en brazos, que se acercaba a ella para compartir el momento los tres juntos. En cuanto llegó hasta ella, cogió a Gabriel en sus brazos y se pegó a su marido. Su marido. El hombre de su vida.

—Adam —le susurró—, eso que has dicho ha sido precioso. Me he quedado sin palabras. Perdona por no haberte correspondido de igual manera.

—Lo haces a cada momento, Elsa. Solo con estar a mi lado ya me haces inmensamente feliz.

—¡Eh! ¡Pareja! Dejaros los arrumacos para esta noche. Ahora queremos disfrutar de vosotros. —Oyeron la voz de Paula por detrás y se giraron.

—Oye, Elsa, ¿tú no decías que tu jefe, el cirujano ese, era muy déspota y tal? —dijo Lorena con sorna en cuanto llegaron hasta ellos—. Yo creo que lo

decías para que no fuera detrás de él, pillina.

—Menudo par de brujas estáis hechas. Cría amigas y te sacarán los ojos. ¡Hala! Idos a la carpa a comer que así, con la boca llena, no podréis meteros conmigo.

Lorena y Paula se miraron y a la vez gritaron:

—¡Comida! —Y en total sincronía, se alejaron de ellos para dirigirse a la carpa.

Elsa y Adam no pudieron aguantar la risa, que contagiaron a Gabriel. Y así, entrelazados los tres y riendo, se dirigieron hacia donde iban a celebrar el día de su unión con sus familiares y amigos.

FIN

## AGRADECIMIENTOS

A Lola e Ilu por seguir confiando en mí, y especialmente a Lola por la paciencia que ha tenido ante mi ataque de «titulitis» con esta novela. A Rebeca, por curármelo y, además, a la primera. A mi hija, por convertirse en mi *Community Manager* y aguantar mi acoso.

Por supuesto, a mi familia y amigos que siempre, siempre me animan a continuar con mis sueños. Adelante, como los de Alicante... ¡uy! ¡si soy alicantina! Será que lo llevamos en los genes.

A todos mis colegas de Selección BdB por ser TAN GRANDES compañeros. Da gusto formar parte de esta gran familia y aprender tanto de ellos.

Y en especial, a todas aquellas personas que antes, durante o después, han leído, están leyendo o van a leer alguna de mis novelas. Por elegir mis letras y darles una oportunidad a mis historias y personajes. Por vuestros comentarios y reseñas que me impulsan a intentar ser mejor escritora. Sin vosotros, todo esto no sería posible ni tendría sentido. ¡Mil gracias!

No puedo dejar de hacer una mención muy especial a Elsa y Adam, y a los demás personajes de *El dilema de Elsa*. Ellos, en un momento dado, tomaron las riendas de la historia de la que querían formar parte y decidieron cómo querían ser y cómo comportarse. Mis dedos solo sirvieron para darles voz. Os aseguro que en mi mente era otra historia distinta.

Si te ha gustado

*El dilema de Elsa*

te recomendamos comenzar a leer

*Burlando al destino*

de Lola Rey

Selección RNR

# Burlando al destino

LOLA REY



Romance Paranormal

# Capítulo 1

Ashley apretó el botón de apagado del mando a distancia y sintió un frugal alivio por el silencio y la penumbra que se instauraron en la sala cuando el aparato de televisor se apagó.

Mentalmente repasó todos los pasos de su plan a pesar de haberlo hecho ya una decena de veces antes; solo le faltaba una cosa. Cogió su teléfono móvil y abrió la galería de imágenes. Reprimiendo un intenso sentimiento de tristeza, comenzó a borrar las fotos de sus padres y la de su hermano; por supuesto, no pensaba llevar teléfono móvil, pero no quería dejar atrás algo tan personal.

Una leve sonrisa curvó sus labios al ver las últimas fotos que se habían hecho juntos; habían pasado ya tres años. Desde que Seth se había hecho cargo de ella, solo había visto a su familia un par de veces y durante unas pocas horas; el saber que todo era por su bien no mitigaba en nada el sentimiento de añoranza y pérdida que experimentaba.

Convencer a sus padres de que accedieran a las condiciones de Seth había sido mucho más difícil. Los durstads habían tenido que emplearse a fondo para persuadirlos de no dejarlo todo en manos de la policía. Solo cuando fueron testigos de algunas de las capacidades sobrehumanas que poseían comenzaron a darse cuenta de que todo aquello no era el argumento de una película de ciencia ficción: el destino de la humanidad tal y como la conocían hasta ese momento estaba en las manos de Ashley. Si los khandishan daban con ella, todos lo lamentarían. A pesar de los hechos prodigiosos que habían observado, los padres de Ashley aún se negaban a aceptar algo así, pero tampoco podían arriesgarse a que fuese cierto y, por extraño que pareciese, el que toda esa historia fuese tan disparatada era lo que en cierta forma la dotaba de credibilidad. Podía existir una persona tan loca como para creer algo así,

pero... ¿tantas? Esos durstads eran trece y todos parecían tan cuerdos como ellos mismos.

En ese momento, el dedo con el que estaba marcando las fotografías para eliminarlas se detuvo. Los ojos color miel de un atractivo chico parecieron atravesarla: Dasyan.

No recordaba tener esa foto allí; de hecho, estaba segura de no haber guardado ninguna imagen suya... ¿Cómo era posible que hubiese aparecido justo en ese momento? Se alegró al comprobar que ya no sentía la punzada de anhelo que había experimentado durante casi todos y cada uno de los días que habían estado separados; siete años habían transcurrido desde aquel lejano momento en el círculo de piedras en el que los durstads habían decidido que lo más seguro era separarlos. Desde entonces no había sabido nada de él.

Los primeros meses había pensado que no podría soportar un solo día más sin tener noticias suyas; poco a poco había dejado de preguntarle a Seth si sabía algo de él. En ese momento, contemplar la imagen del sonriente chico del que se había enamorado solo le provocaba un leve regusto a resentimiento. Apretando los labios en un gesto inconsciente marcó la foto y la eliminó.

Sabía que no iba a ser nada fácil, pero estaba completamente decidida a tener una nueva vida: una vida normal. A sus veinticuatro años no estaba dispuesta a seguir recluida; Seth había elaborado un programa de entrenamiento que habían llevado a cabo con disciplina militar durante esos siete años y, aunque no poseía las habilidades sobrehumanas de un guardián, sabía que era capaz de defenderse... si su atacante era un ser humano, claro.

Disponía solo de una hora. Se levantó y buscó debajo de su colchón; durante tres años, justo después de la breve visita de sus padres, había comenzado a elaborar su plan. Había reunido las cosas que necesitaba y el dinero poco a poco para evitar levantar sospechas. Dominando su impaciencia y haciendo gala de una fuerza de voluntad que no sabía que tenía, había esperado hasta estar segura de tenerlo todo bien atado. Había llegado el momento.

Durante un instante sintió una punzada de remordimiento al pensar en la reacción de Seth cuando descubriera que se había escapado. La relación que habían mantenido había ido estrechándose hasta el punto de que ella lo considerara como un miembro muy querido de su familia, la única persona que siempre permanecía a su lado. Al principio él no se separaba jamás de ella; luego, conforme la confianza entre ambos aumentaba a la par de sus habilidades de defensa, comenzó a ausentarse durante breves periodos en los que nunca le decía a ella dónde estaría o qué iba a hacer, solo la hora a la que regresaría, que cumplía con precisión suiza. Aún faltaban dos horas para el plazo que Seth había fijado para su llegada, pero Ashley esperaba ultimar todo en la mitad de ese tiempo para asegurar su huida.

Con frialdad observó los objetos y productos que servirían para eliminar su identidad y proporcionarle una vida nueva y, sin que le temblara el pulso, se puso manos a la obra.

\*\*\*

La joven caminaba con paso rápido por las desiertas calles de Bartlesville. Sus zapatillas con suela de goma no hacían ningún ruido, daba la sensación de que, más que andar, se deslizaba en la quietud de la noche. Había elegido al azar esa ciudad tal y como podría haber elegido cualquier otra; la única razón que guiaba sus pasos era la de alejarse cada vez más.

Una vez resuelta su huida, no planificaba los pasos a seguir; se limitaba a moverse por instinto. Buscaría un lugar donde quedarse unos días, un motel limpio y barato donde permanecería hasta que se sintiera a salvo. Una vez que hubiese tanteado la ciudad, comprobaría si era un lugar seguro y, si era así, buscaría trabajo, algo temporal. Aunque tenía suficiente dinero guardado en el doble fondo de la enorme mochila que cargaba en su espalda, prefería reservarlo por si las cosas se torcían. Usar la tarjeta de crédito que le había facilitado Seth pondría a los durstads sobre su pista; la llevaba solo por si

acaso, sabiendo que en el momento en que la usara ellos la localizarían.

Mientras caminaba, su mente se entretenía en cuestiones prácticas; había aprendido que debía vivir al día procurándose solo lo que necesitaba para cada momento; no podía permitirse pensar en lo que dejaba atrás, en lo que había sido su vida. Esos pensamientos eran un lastre, así que jamás sucumbía a la tentación de mirar la fotografía arrugada y algo desvaída de sus padres y hermano que llevaba en el fondo de la mochila junto al dinero. No tenía teléfono móvil y su documento de identidad era falso, una falsificación tan buena como la que algunos años atrás les habían proporcionado los durstads a ella y a Dasyan. En su nueva identidad ella se llamaba Amy Starcry y era originaria de Columbus, en Ohio; conseguirla le había costado un buen puñado de dólares, pero los daba por bien empleados.

Ashley esbozó un gesto de disgusto al darse cuenta de que unos metros por delante de ella había un grupo de cuatro jóvenes haciendo ruido, bebiendo y fumando marihuana. Esperaba que no le causaran problemas. Su máxima era pasar lo más desapercibida posible y, aunque sabía que saldría airosa de cualquier enfrentamiento gracias a las enseñanzas de Seth, esperaba sinceramente no tener que ponerlas en práctica. No le gustaba la violencia; ya había visto demasiada en sus veinticuatro años de vida.

No tuvo suerte y, en cuanto estuvo a su altura, ellos comenzaron a darse codazos y a emitir estúpidas risitas.

—¡Oye guapa! ¿Te apetece un trago?

Ella negó con la cabeza y continuó su camino sin apenas mirarlos, rezando para que no insistiesen, pero el que se había dirigido a ella la tomó del brazo.

—Vamos, solo será un momento. —Su aliento apestaba a cerveza.

—Tengo prisa.

—Un traguito nada más —insistió, mientras las risas de sus amigos y sus gestos de expectación lo animaban—. No seas antipática...

Ashley se dio cuenta de que tratar de razonar con ellos iba a ser inútil, así que, dando un brusco tirón, se desasió de la mano que la agarraba a la vez que lanzaba su pie contra la entrepierna del hombre. Luego, en un

movimiento casi invisible por su rapidez, sacó la navaja automática que siempre llevaba consigo disimulada en lo que parecía la funda de un teléfono móvil.

—¿Alguno de vosotros quiere que la haga una cirugía estética?

Todos menos el que la había agarrado, que estaba retorciéndose en el suelo aullando de dolor, la miraron con los ojos y la boca abiertos por la sorpresa, preguntándose cómo la situación había cambiado de una forma tan rápida. Algo en la expresión fría y tranquila de Ashley les hacía comprender que no bromeaba.

—Coged vuestra mierda y largaos —dijo ella, señalando con la cabeza las botellas que había por el suelo.

Los tres se apresuraron a hacer lo que les decía; uno de ellos cogió a su amigo del suelo y, caminando deprisa, se alejaron de allí. Ashley permaneció unos minutos parada en mitad de la calle. Solo cuando estuvo segura de que se habían marchado, guardó la navaja y continuó su camino.

Tuvo que caminar durante media hora más hasta que encontró una pensión cuyo aspecto le gustó, aunque quizá sería más adecuado decir que le disgustó menos que las demás que había visto desde que había bajado del autobús. Un cartel en la puerta la invitaba a llamar al timbre si quería una habitación. Llamó y, a pesar de que el mismo cartel anunciaba que estaban disponibles las veinticuatro horas del día, tuvo que esperar casi diez minutos a que le abrieran la puerta.

Un hombre de mediana edad con aspecto soñoliento y con el escaso cabello revuelto la miró de arriba a abajo. A Ashley no se le escapó la expresión recelosa de su cara mientras evaluaba la conveniencia de dejarla pasar o no. Ella soportó el escrutinio en silencio. Estaba acostumbrada a esas miradas de desconfianza. Sabía que su aspecto despertaba recelos.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre con voz brusca.

«El último best seller de Stephen King, no te jode», pensó ella con fastidio. En lugar de eso dijo:

—Una habitación.

Tras dudar unos segundos, el hombre asintió.

—Está bien, pasa.

Ella casi tuvo que reprimir un suspiro de alivio.

—Son veinte dólares la noche, pago por adelantado de la mitad de la estancia. No me gustan las drogas ni los líos. A la mínima te pondré de patitas en la calle, ¿está claro? —El hombre lanzó la retahíla mientras rebuscaba en un cajón una llave.

—Como el agua.

—¡Ah! Y el pago siempre en efectivo. —El gesto de suficiencia del recepcionista daba a entender que sus condiciones serían inaceptables para ella.

—Le pagaré una semana.

Él la miró con desconfianza.

—No estarás escapando de la policía, ¿no?

«Ojalá fuera tan sencillo como eso», pensó ella.

—No, aquí tiene mi documentación. —Sacó su carnet falso y se lo tendió. El hombre lo cogió y lo miró, detuvo la mirada en su rostro y volvió a mirar la tarjeta un par de veces, como si su aspecto pudiese cambiar en ese intervalo de tiempo. Por fin pareció darse por satisfecho y le tendió la llave que había estado buscando.

—Toma, el cambio de sábanas y toallas se hace cada cinco días; la limpieza es diaria.

—Perfecto. —Ella se permitió una sonrisa. Había estado en lugares que parecían auténticas pocilgas, lo de la limpieza diaria le parecía estupendo.

Ashley subió las escaleras hasta la segunda planta. Un pasillo abierto comunicaba varias habitaciones, pero solo en una de ellas le pareció distinguir el sonido de un televisor. Cuando llegó frente a la puerta marcada con el número doscientos diecisiete la abrió, soltó la pesada mochila y encendió la luz.

La habitación no era demasiado amplia, pero tal y como había esperado, se

veía bastante limpia y era funcional. Cerró la puerta tras de sí y se entretuvo en revisarla minuciosamente. Probó las luces y el televisor. Abrió la puerta que comunicaba con el baño y esbozó una breve sonrisa, satisfecha. Olía a desinfectante, y las toallas eran de un blanco impoluto. Se lavó la cara y las manos, y observó su reflejo en el espejo. Ya había logrado acostumbrarse a su nueva imagen, aunque en un principio se sobresaltaba cada vez que se miraba, como si una extraña hubiese tomado su lugar.

Su largo cabello había desaparecido, sustituido por un corte radical. La parte derecha del cabello estaba cortada casi al cero, mientras que la izquierda lucía larga, casi hasta el mentón. Ya no era rubio, lo había teñido de negro, y el contraste con sus grandes ojos verdes era bastante llamativo. Ashley había probado ponerse lentillas de color marrón, tratando de pasar desapercibida, pero sus ojos no las toleraban. Lucía varios *piercings*, un pequeño brillante en la nariz y aros en las cejas y en las orejas. Se había tatuado el brazo derecho desde el hombro hasta el codo, un hada hermosa y triste que lloraba sobre un lago en el que había reflejado un corazón roto. A todo color.

Vestía un pantalón vaquero tan apretado que parecía una segunda piel, camiseta negra de tirantes y cómodas zapatillas. Además de esto llevaba un ancho brazalete negro en el que escondía otra pequeña navaja.

Nadie reconocería en ella a Ashley Dawson, la popular estudiante que una vez había sido. A pesar de que solo habían pasado siete años, tenía la sensación de que había transcurrido toda una vida desde que había sido una despreocupada chica de diecisiete cuyo mayor problema era decidir qué ropa se pondría para salir con su chico.

Apretó los labios y desechó los recuerdos al sentir cómo la autocompasión la invadía; Seth se había encargado de protegerla, manteniéndola oculta, enseñándole y haciéndole comprender la verdadera naturaleza de la amenaza que la acechaba, pero en ese proceso la había despojado de la ilusión, de la esperanza y de la vida que había llevado hasta entonces. Cuando se dio cuenta de que prefería asumir el riesgo de ser atrapada por esas horribles

criaturas en lugar de vivir cómo una prisionera, había comenzado a trazar su plan.

Por supuesto, antes había intentado convencer a Seth para que la dejara vivir con algo más de normalidad, pero él se había mantenido imperturbable y le había dicho que aún era demasiado peligroso. Por lo visto las nemheim continuaban su búsqueda.

«Son más fieles que Dasyan», había pensado con sarcasmo. Mientras se desvestía para ducharse, la imagen fugaz del joven de pelo castaño e increíbles ojos color ámbar cruzó por su mente, pero con la misma rapidez ella la expulsó. Le había costado mucho aceptar que él no volvería, que probablemente la había olvidado. Seth se limitaba a decirle que no era el momento. Lo repetía de una manera tan mecánica que Ashley había sabido que ni siquiera lo pensaba.

Dando un profundo suspiro recibió el chorro de agua tibia sobre sus cansados músculos. Al día siguiente volvería a preocuparse por el paso que debía dar a continuación y saldría a buscar trabajo, pero en ese momento solo quería disfrutar del pequeño placer del agua resbalando sobre su cuerpo y perderse en la ensoñación de que era una chica normal viviendo una vida normal.

La necesidad de buscar un trabajo la dictaba el hecho de ahorrar más dinero a fin de no tener que recurrir a la tarjeta de crédito. Permanecería en esa ciudad hasta que algo la inquietase; la cualidad que la hacía tan especial para los khandishan la dotaba de un sexto sentido para olfatear el peligro que ellos suponían. Así que, si su cabello se erizaba sin causa aparente, si una pesadilla terrorífica la despertaba con el corazón acelerado o bien si notaba unos pasos a su espalda y al volverse no había nadie, cogería su pesada mochila y se largaría a otro lugar, sin importarle la hora del día que fuese o lo a gusto que pudiese encontrarse. Sabía que su vida dependía en gran medida de hacer caso a su instinto.